

SAMANTA ESPERÓN

EL DIOS MUERTO

UNA CHICA Y UN DRAGÓN

LIBRO 2

El dios muerto

Una chica y un dragón, libro 2

Samanta Esperón

Copyright © 2024 Samanta Esperón

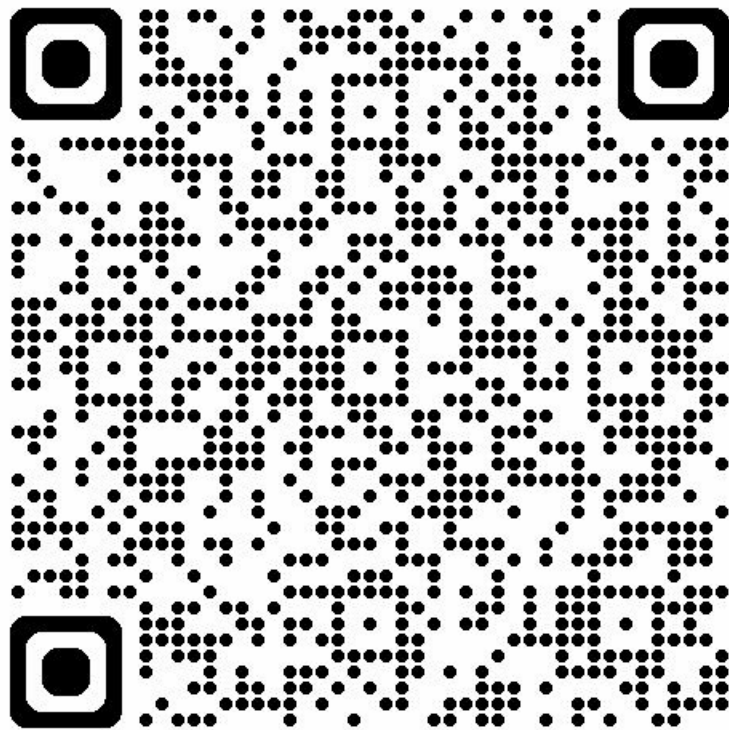
Todos los derechos reservados.

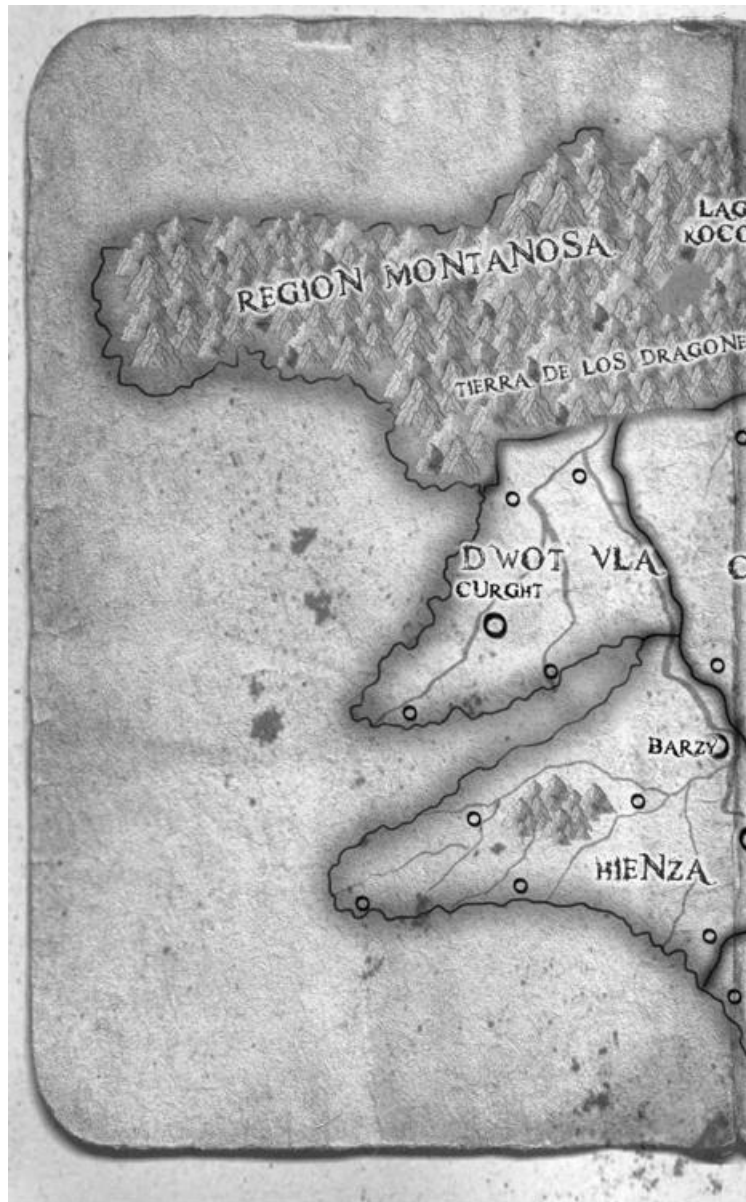
Diseño de portada: Samanta Esperón

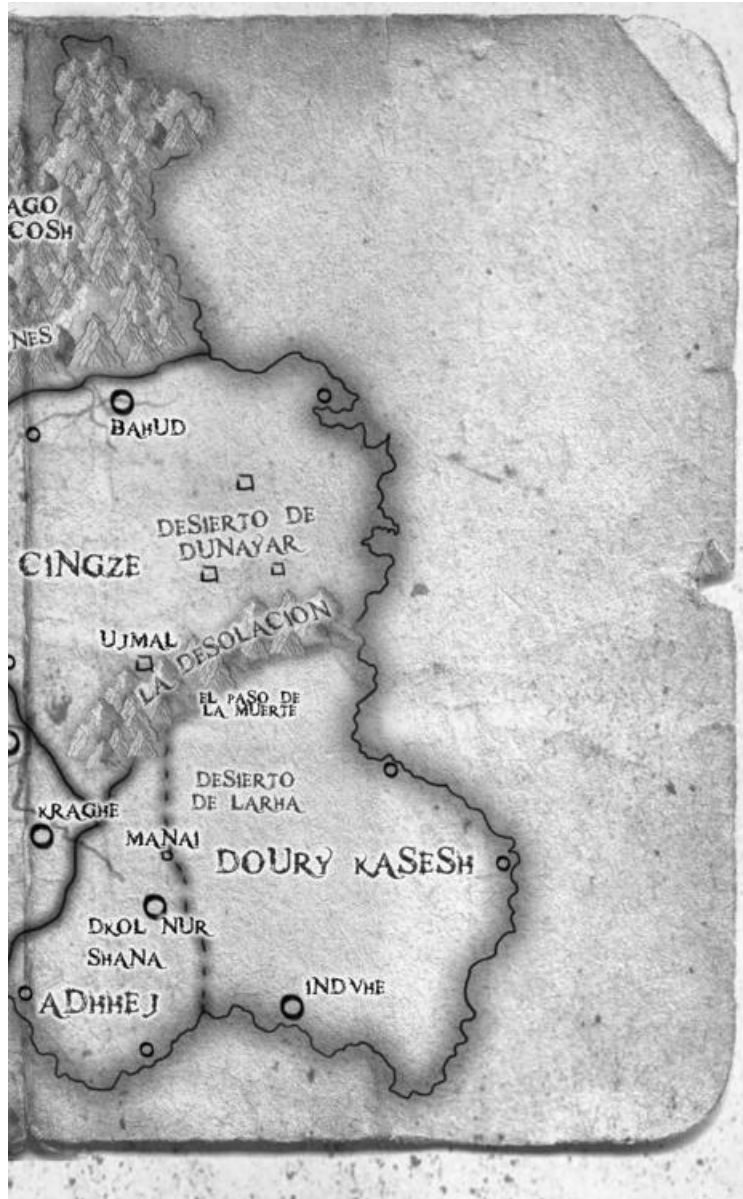
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

★ *A Manuela, que le gusta viajar por mundos inventados* ★

Encuentra más libros de la autora aquí







Esta historia nació en una época en la que todos los pueblos eran nómadas en busca de tierra de asilo. Al atravesar el desierto, se presentaban ante él y decían:

—Queremos vivir en el Sahara.

—Soy muy caliente.

—No importa.

—Soy frío, muy frío.

—Tampoco importa.

—No tengo suficiente agua.

Entonces, los pueblos se retiraban en silencio. Llegaban otros pueblos, y siempre tenía lugar idéntico diálogo. Cuando el desierto evocaba el viento, el silencio o la luz, los pueblos huían. Un día, llegó un pueblo y dirigieron sus preguntas al desierto. Este les recordó todos los temores que presenta esta tierra tan hostil para la vida humana.

—Aquí hay demasiada luz.

—Tenemos nuestros turbantes.

—Hace frío.

—Tenemos nuestras *gandouras*^[1].

—Casi no llueve.

—Contamos con los pozos y los odres.

—Soy un enorme silencio.

—Nos queda sitio en el corazón.

—¿Qué esperáis de mí?

—Queremos paz.

—La tendréis.

—Y libertad.

—La tendréis.

—Y fuerza contra nuestros enemigos.

—La tendréis.

Y así se selló un pacto que aún perdura.

«*En el desierto no hay atascos*»

Moussa Ag Assarid.

Prologo

*Bahud
Cingze*

La jaula dejó de tambalearse y ellos se acurrucaron en un rincón. Tenían miedo. Hacía semanas que las mujeres los habían separado de su madre y de sus hermanos, pero aún sentían terror por esas extrañas. No los trataban mal, los alimentaban varias veces al día, aunque hablaban en un idioma que no comprendían. Ellos solo querían regresar a su hogar, a lo conocido, a lo familiar, a los aromas de siempre, a sus hermanos, a los juegos, al calor de su madre, al fuego de su padre.

La puerta se abrió y la luz del sol les hizo achicar los ojos. La mujer dijo algo, rio, y otra mujer respondió tan divertida como ella. Tomó a su hermano y lo arrastró fuera de la jaula. Él chilló y se quejó, y ella aulló, pero eso no la detuvo. Los humanos siguieron hablando, su hermano gritando y ella... Ella estaba paralizada en el mismo rincón, sentada sobre un charco de su propia orina.

El carro donde iba volvió a moverse, pero no se dio cuenta hasta un buen rato después, cuando este se detuvo otra vez. Regresó a ese momento y se percató de que no habían devuelto a su hermano a la jaula. La desesperación volvió a apoderarse de ella, pero no tuvo tiempo para nada más, puesto que la puerta se abrió y la mujer la arrastró hacia afuera. La tomó en brazos y oyó que mucha gente hablaba, aunque no entendía qué decían. Se aferró a la mujer clavándole las uñas con fuerza, porque la incertidumbre de no saber qué ocurriría la aterraba.

La mujer caminó entre la gente, luego ingresó en una prolija caverna, después a una brillante y enorme cámara. Había muchas personas, pero la mayoría dejó el lugar cuando un hombre hizo una seña con la mano. Era alto, delgado y cojeaba de una pierna, a pesar de ser joven. Una cicatriz rosada, que parecía una luna muy fina, le cruzaba el rostro desde la frente hasta el comienzo de sus labios, le atravesaba el párpado y ese ojo era todo blanco; el otro, que estaba sano, era del color del cielo. Su cabello era rubio, casi blanco, su piel pálida y delicada. Tenía los rasgos suaves y sonrió al verla. Sin embargo, cuando se acercó a la mujer, sintió más miedo del que antes había sentido.

La mujer los arrancó de su hogar, pero nunca los trató mal y, aunque enganchó las garras en el vestido de su captora, ella la puso en los brazos del hombre y después se alejó, sin que le importara nada más.

¿Qué haría él con ella?

Le ofreció comida, eso hizo. Y agua. También una bebida de aroma dulce, pero que no se atrevió a probar en ese momento ni en otros.

La llevó en brazos por otra larga caverna, mientras hablaba en voz baja y con mucha amabilidad, y luego la dejó en el suelo de una cueva similar a la que había sido su hogar. El hombre se apartó y ella corrió a esconderse entre las rocas. Buscó a su hermano allí, a su madre, a los demás, pero no había nadie; lo que olía no le era familiar, tampoco. El hombre la alimentó y permaneció allí día y noche. Le hablaba con calma en todo momento y le enseñaba su mano

poniendo la palma hacia arriba, para darle confianza.

Él solo se limitaba a mirarla, a estirar el brazo para invitarla a acercarse, y a sonreír cada vez que ella se asomaba a espiarlo, pero le llevó varios días poder vencer el temor a que le hiciera algo malo. El miedo se fue alejando de a poco, cuando ella comprobó que el hombre no le haría daño y la trataría con respeto.

Aprendió después que su nombre era Galadh y era el Tjar de Cingze. A ella le puso como nombre Ze Rawa, que significaba «primer rayo de sol del día». A ella le parecía hermoso que la llamara así.

De a poco, Ze Rawa empezó a quitarse el miedo y a disfrutar de la compañía de Galadh, aunque en todo momento pensaba en su hermano. Cuando aprendió a hablar con Galadh, le preguntó si sabía que habían hecho con él y el hombre respondió que seguro se encontraba bien, que pronto volvería a verlo. Sin embargo, los días pasaron, también las semanas y los meses, y no supo más de él, hasta que un día Galadh, que ya la dejaba en compañía de otras personas para ocuparse de su reinado, llegó con la noticia de que su hermano estaba vivo, que era negro y rojo, y que tenía una compañera humana que se llamaba Indra.

El rugido de Ze Rawa estalló en la cueva, haciendo temblar el aire y tintinear las rocas sueltas. Su pecho ardía de alegría y desesperación.

—Quiero que volemós a verlos ahora mismo —exigió. Cada segundo que pasaba sin ver a su hermano siempre le pareció un tormento—. ¿Dónde está?

—En el desierto, pero no podemos ir.

—¿Por qué?

—Porque todavía eres pequeña.

Ze Rawa hizo chasquear los dientes, molesta. Era enorme, incluso más alta que Galadh, podía volar y hacer fuego, y tenía las plumas y las escamas del color de las llamas que escupía por su boca; ya no era pequeña.

—¿Sabes si mi hermano se encuentra bien?

—Las noticias que llegaron desde el sur no son del todo buenas, pero al menos sabemos que vive.

—Quiero ir con él.

—No podemos. El Tjar de Doury Kasesh... ¿Recuerdas?

—Doury Kasesh es el país del sur, gobernado por el Tjar Rizwan —recitó—. El tirano que aplastó Adheej y condenó a los prury a una agonía constante.

—¡Exacto! —festejó Galadh, y le acarició las plumas del pecho—. Eres tan inteligente...

Ze Rawa soltó un puñado de chispas, feliz y complacida, aunque se apartó y se irguió nuevamente al recordar la conversación que estaban teniendo.

—¿Qué le hizo a mi hermano?

—Se lo obsequiaron a ese Tjar, aunque tu hermano no tuvo la misma suerte que tú. Lo encadenaron en una cueva, lo maltrataron y lastimaron muchas veces.

Ze Rawa saltó hacia el aire y voló hasta la saliente más alta. Una cascada de llamas brotó de su garganta, incendiando el aire a su alrededor. Las rocas que formaban la bóveda sobre su cabeza se convirtieron en lava que cayó en un peligroso torrente. Cada gota que golpeaba el suelo chisporroteaba con violencia, dejando cráteres humeantes en la piedra. El humo amargo y ácido le hacía picar los ojos, pero Ze Rawa no le puso atención a eso. Rugió con todas sus fuerzas su indignación, y el calor de su furia hizo vibrar las paredes de la cueva, aunque de una manera diferente esta vez.

—¡Detente!

Oyó la voz de Galadh y vio su silueta recortarse entre las columnas de humo anaranjado. Corría con dificultad entre las piedras que tapizaban su cueva, tratando de huir de la lluvia infernal que estaba cayendo a su alrededor.

Ze Rawa descendió y utilizó sus alas para protegerlo. Sabía que una sola de esas gotas podía matar a Galadh, pero que ella no sufriría ningún daño si la tocaban.

—Entiendo tu furia, pero tienes que hacer lo posible por controlarte, Ze Rawa. —Galadh se abrazó a una de sus patas delanteras.

La dragona no contestó. Estaba demasiado enojada como para sentir algo más que una inmensa cantidad de odio hacia ese Tjar del sur.

—Respira con calma, piensa en algo que te guste. Respira, Ze...

Ella obedeció. Galadh siempre encontraba la forma de lograr que su enojo se aplacara.

—¿Qué sabes de mi hermano y de su compañera? —preguntó cuando el rojo que nublaba su vista se apagó, y volvió a ver todo con normalidad.

—Sé que se llama Indra —contestó y se apartó para sentarse sobre una roca.

—¿Quién es? ¿Es importante? —Ze Rawa se echó a sus pies.

—Una ladrona de Dkol nur Shana.

—La capital de Adheej.

—Así es. Llevaron a la muchacha a la cueva donde lo tenían cautivo, para que él se la comiera, pero ella lo ayudó a escapar

—¿Lo alimentaban con humanos?

—Así parece... —Ze Rawa se sintió asqueada y miró a los ojos a Galadh. Al ojo bueno, mejor dicho. Él bajó la vista y parecía sentir vergüenza por lo que había dicho, pero volvió a mirarla y sonrió un poco—. El Tjar mandó a sus soldados a encarcelarlos, pero tu hermano los calcinó.

Se sintió bien oír eso. Su hermano también podía hacer fuego y podía matar a los hombres que querían volver a maltratarlo. Eso era algo bueno.

—Quiero saber más de él, quiero ir a buscarlo.

—Estoy haciendo lo posible para averiguar dónde está.

—Cuando lo sepas, ¿iremos por ellos?

—Considerando que puedes mantener una llama capaz de derretir esta cueva, creo que estaría bien que pudieras salir. —Ze Rawa soltó un montón de chispas—. Sin embargo...

—¿Qué? —No fue capaz de ocultar su molestia.

Galadh rio y señaló la abertura de la cueva. Ze nunca había subido hasta allí, porque Galadh se lo había prohibido. Decía que otros humanos podrían verla y querían separarlos si eso ocurría. Ze todavía les tenía algo de miedo a los humanos desconocidos, pero al parecer él ya no temía que fueran a hacerle daño, ya había visto que era una dragona casi adulta y capaz de defenderse.

—El sur está lejos y no estás acostumbrada a volar por mucho tiempo. Desde esta noche podrás salir al exterior, pero debes regresar antes del amanecer, para que nadie te vea.

—Solo si vienes conmigo.

Galadh sonrió.

—No te dejaría sola ni aunque me encadenaran, bonita.

—Si lo hicieran, derretiría el mundo entero para liberarte.

1 – Arin, Azhar y Bherna

*Manai
Doury Kasesh*

—Tenemos que hacer algo —dijo su padre.

—Este es el mejor momento —aseguró su tío.

—Vamos —dijo su madre.

Arin oyó que los adultos dejaban las mantas y se disponían a salir de la habitación en la que todos vivían juntos.

—¿A dónde van?

—Quédense aquí y no salgan por nada del mundo —dijo su madre.

En los pasillos del deteriorado edificio en el que vivían amontonados como ratas, se escuchaba el alboroto de muchos pies descalzos y, también, de palabras susurradas. La estancia se llenó de sombras oscilantes y de luces naranjas que duraron apenas un momento, lo que tardaron los vecinos en pasar frente a la puerta. Pasaron muchas luces y muchas personas. Las voces fueron aumentando el tono y pronto los susurros se volvieron exclamaciones en las que se repetía siempre lo mismo: querían que el Tjar usurpador dejara sus tierras y pedían por el regreso del príncipe de Adheej.

Arin sentía el corazón latirle en las sienes.

Desde que recordaba, la esperanza de que el príncipe reclamara su trono era algo de lo que solo se hablaba en voz baja, entre pocas personas, a medias. Los niños tenían prohibido mencionarlo y ellos no comprendían la razón. Sin embargo, una tarde estaban jugando en la calle y los soldados del Tjar estaban cerca, patrullando. No lo iba a olvidar mientras viviera. Yasmina no pudo atrapar la vara de madera que él le lanzó y exclamó «¡Por el fénix de Adheej!»

Los soldados, que eran dos, corrieron a ella con sus bastones en las manos y la golpearon hasta hacerla sangrar. Arin no se atrevió a mover ni un solo músculo. Uno de ellos la arrastró del cabello por la calle, ignorando sus llantos y sus súplicas, y se dirigieron hasta la casa donde vivía, si se le podía llamar casa a la habitación que compartía con su familia. Arin corrió a buscar a su madre, le contó lo que había ocurrido y ella le dijo que no saliera a la calle otra vez. Obedeció y se quedó adentro ese día. Y los siguientes también, por si acaso. Yasmina tampoco salía a jugar.

Después, llegó la noticia de que los soldados llegaron por la noche en un carro y se llevaron a Yasmina, a su familia y a los vecinos de las habitaciones contiguas. Veintiséis personas en total.

No volvieron a verse en las calles y no se supo con certeza cuál había sido su destino final, pero se sabía a medias qué les había sucedido. Estaban muertos, como todos los que los soldados se llevaban en las noches. No había sepultura para ellos, ni flores, ni cánticos, ni rituales, pero sus nombres estaban escritos en muchas libretas que se ocultaban como un tesoro preciado, para que el día en que el príncipe de Adheej regresara, pudieran ser tallados en piedra y colocados en

un cementerio, para que pudieran volver a ser pronunciados cuando les devolvieran las canciones y los rituales que les habían quitado. Había tantos nombres, que no merecían ser olvidados.

Esa noche, sin embargo, el miedo había abandonado el territorio de Manai, pero Arin estaba tan sorprendido como aterrado, porque escuchar a todos mencionar al príncipe de Adheej atraería a los soldados y con ellos llegarían los problemas, las muertes y el llanto. No estaba listo, a sus diez años, para quedarse huérfano. Tampoco estaba listo para cuidar a su hermana él solo. No había mucho trabajo para los niños de su edad y la perspectiva de morir de hambre esperando a que alguien le diera algún mendrugo de pan no era nada alentadora. Tenía que ir por sus padres y convencerlos de regresar, antes que se perdieran en la multitud o los mataran los soldados. O las dos cosas.

Tomó a la pequeña en brazos, se echó una manta en los hombros y salió al frío. Las estrellas esa noche parecían estar al alcance de la mano, cercanas, blancas, perfectas. La luna era una delgada línea que se asomaba entre los cerros, pero lo que lo impactaba era el río de fuego que descendía hacia la ciudad. Miles de personas que llevaban antorchas en sus manos decidieron que esa noche era la ideal para reclamar por las condiciones en que vivían, porque querían sus hogares de regreso, querían su libertad y poder comer de los frutos de sus huertos. Estaban cansados de que se robaran sus miserables cosechas, sus hijas, su dignidad y sus esperanzas.

Arin se detuvo unos momentos para acomodar a su hermana, porque le resultaba pesada y parecía que en cualquier momento se resbalaría de sus brazos, y siguió caminando poco después, hasta que alcanzó a los últimos de la marcha. Sus rostros no le parecieron familiares, por lo que continuó andando, llamando a sus padres por sus nombres, aunque nadie respondiera.

—¿Dónde está mamá? —preguntó la niña, aferrándose a su cuello.

—No te preocupes, los encontraremos pronto. Yo te protegeré, siempre te protegeré —respondió él, sin saber si estaba intentando calmarla a ella o a sí mismo.

La marea de gente lo arrastró, entre gritos, furia y descontrol, hacia el centro de la ciudad. Arin solo quería que sus padres volvieran a casa, pero sin saber cómo, en su interior se despertó una furia que era muy difícil de ignorar. Quería lo mismo que todos y pedía a gritos que le desgarraban la garganta que el Tjar Rizwan se marchara de una vez y para siempre de Adheej. Era la primera vez que mencionaba el nombre del país de sus padres con tanta fuerza y confianza, pero no tenía miedo. Arin ya no tenía miedo a los soldados, ni a los bastones, ni a las espadas de los douryenses. Se sentía enorme, poderoso, importante, como todos a su alrededor.

La multitud se fue uniendo a los otros ríos de fuego que inundaban las calles, y se dirigieron en masa hacia la avenida principal, donde se encontraba todo lo que deseaban y lo que odiaban a su vez.

Arin tomó una roca y la arrojó hacia uno de los ventanales de la casona que tenía en frente. Su hermana lloraba, pero él no le hizo caso. Estaba sordo por el alboroto que había a su alrededor y, también, por el que llevaba dentro, en su pecho.

Un hombre arrojó una antorcha al interior. Una mujer comenzó a darle hachazos a la puerta principal. Se oyeron llantos y gritos desesperados desde las habitaciones superiores, pero eso no detuvo a la marea de gente que ingresó, arrasando cristales, puertas, sirvientes...

Las llamas se extendieron hasta las mansiones vecinas y los douryenses comenzaron a gritar por ayuda, pero sus propios esclavos aprovecharon el caos generalizado para escapar de sus barracones y entrar a donde sus amos se refugiaban para silenciarlos a golpes, como tantas veces los vieron hacer con sus compañeros de desgracia.

El retumbar de las botas y las órdenes comenzaron a oírse y eso, en lugar de asustar a los prury, los llenó de coraje. Morirían muchos, tal vez, pero ya llevaban años muriendo sin ninguna

razón. Si caían bajo las espadas de los soldados esa noche, lo harían con la seguridad de que estaban luchando para dejarles a sus hijos un mundo un poco mejor, más justo, más saludable, más prometedor. El príncipe sin dudas oiría sus reclamos y se atrevería a regresar para tomar lo que le fue arrebatado en su infancia. Su nombre, su corona, su pueblo, ese pueblo que lo llamaba a gritos, tal como lo hicieron días antes en la antigua capital de Adheej.

Los esclavos, que conocían mejor la zona y estaban algo mejor alimentados que el resto, buscaron las armas y las herramientas de sus amos y las repartieron entre los demás. No necesitaron palabras para organizarse, puesto que parecía que compartían todos una misma mente, y esta tenía solo un deseo: expulsar a los douryenses del territorio de Adheej.

Arremetieron con toda la fuerza que tenían, con toda la determinación y la furia acumulada, y eso fue suficiente para matar a un soldado, a dos, a diez. Y con cada douryense muerto, su valentía aumentaba y les daba el valor para intentar hacer caer a otro más. Y cayeron. Cayeron soldados y prury. Niños y hombres. Niñas y mujeres. Pero robaron espadas y escudos, lanzas y dagas, arcos y flechas. El fuego no... El fuego era de los prury y los soldados ya no se lo podrían robar otra vez, porque esa noche habían recuperado al fénix que por siglos voló en la bandera de Adheej y no volverían a dejarlo ir. El ave de fuego había regresado a ellos y les había llenado el corazón de valor y alma de esperanzas.

Los soldados, mientras, siguieron cayendo.

A pesar de que la niña ya sabía caminar por su cuenta, Arin no se atrevía a dejarla en el suelo en medio de ese caos. Ya no lloraba, pero continuaba aferrada a su cuello. El mayor de los hermanos volvió a recuperar el sentido de la responsabilidad luego de que el cuerpo sin cabeza de un soldado cayera frente a él. La sangre le salpicó las piernas y la sensación de ese líquido caliente descendiendo por su piel le llenó el estómago de asco y la mente de pavor.

Corrió de inmediato para apartarse del caos y buscó refugio en un jardín, entre montañas de rocas y arbustos espinosos. Uno de ellos le arañó el brazo, pero apenas se detuvo a pensarlo. Tenía que proteger a su hermana de todo ese infierno, porque se dio cuenta de que permanecer allí, entre la gente, era una invitación para que los mataran.

Las órdenes dejaron de escucharse en algún momento y los soldados que lograron escapar de la furia del pueblo se dispersaron por las calles. Huían, pero antes de irse al infierno, se llevarían con ellos a cuantos prury pudieran alcanzar. Arin oía sus botas en las aceras y en las piedras que decoraban los jardines, y le parecía que sonaban más fuerte que los gemidos de los moribundos o que los gritos que poblaban el aire.

Uno de los soldados tuvo la misma idea que Arin y vio su sombra recortarse en el humo naranja que pintaba el cielo. Su hermanita se asustó y empezó a gimotear, pero él le puso la mano en la boca para que el soldado no la oyera. El soldado buscó escondite muy cerca de él y como en ese momento los ojos de Arin estaban más habituados a la falta de luz, pudo verlo mejor que lo que el soldado a él. Podía oír su respiración agitada, oler su sudor y ver el brillo que le cubría la piel. Vio que era joven, apenas unos años mayor que Arin, y que tenía tanto o más miedo que él. Así y todo, tenía armas.

Arin se dio cuenta de que su hermana no se movía y, cuando quitó la mano de su rostro, notó que no reaccionaba.

«Ya se desmayó».

No era la primera vez que sucedía. Cuando los soldados entraban a los edificios, era la única forma de callar a los niños aterrados. A él también lo habían desmayado varias veces. Recordaba que la desesperación por no poder respirar era espantosa, pero había vivido diez años y fue gracias a que sus padres estaban dispuestos a todo con tal de mantenerlos vivos.

Arin dejó a su hermana entre las rocas con todo el cuidado posible. Se giró a ver al soldado y este no se había movido ni un ápice. Murmuraba alguna cosa y sujetaba con ambas manos una daga. El filo apuntaba a su cuello. Si era lo suficientemente veloz y preciso, podía enterrárselo en la garganta, pero si fallaba, terminaría con las entrañas en las manos.

Miró a su hermana y ocultó mejor sus piernas. Buscó una ruta de escape y abandonó su escondite de inmediato.

—¡Hay uno aquí! —exclamó, llamando la atención de los demás. Un grupo de personas lo oyó y él señaló el lugar. El joven soldado salió corriendo, pero lo alcanzaron y lo golpearon hasta que ya no se movió.

Arin había quedado de pie a pocos pasos, hipnotizado por la brutalidad con la que buscaban deshacerse de los douryenses. Vio a su padre entre los que regresaban a la calle y sus ojos se inundaron de lágrimas. Estaba vivo, todavía. Lo vio sonreír y correr hacia él, pero el hombre se detuvo de golpe. Movié la cabeza de lado a lado y estiró una mano, como si quisiera alcanzarlo. Estaba serio, muy serio.

Y en ese momento, Arin sintió como si un hierro candente se le hubiera enterrado en la espalda, en el vientre, en el estómago. Sintió que eso que lo quemaba se retiraba de golpe y las manos comenzaron a temblarle. Miró hacia abajo y vio que una mancha oscura empezaba a crecer en su túnica. Levantó los ojos y vio a su padre correr hacia él, pero ya no sonreía. Se veía desesperado. Lo alcanzó y lo abrazó, y Arin se desplomó en sus brazos.

—¿Qué te hicieron? —murmuró el hombre, y Arin señaló hacia el jardín donde estaba su hermana.

—Alana está allí... La desmayé.

Su padre miró el jardín por unos momentos, pero regresó su atención a él. Se quitó el pañuelo que llevaba en el cuello y lo presionó en su herida, pero Arin sabía que era en vano. La espada lo atravesó por completo y la sangre se le escabullía por los dos lados.

—Todo estará bien, hijo —dijo su padre, pero Arin sabía que no era verdad y se sintió traicionado, de alguna forma. Él le prometió que nada malo le pasaría mientras estuviera cerca, pero su padre estaba allí, y no podía evitar que la vida se le escapara del cuerpo gota a gota.

—Ya va... a despertar —susurró—. Ve por ella.

Su padre lo tomó en brazos y corrió hacia el jardín, saltando entre cadáveres y rocas y, a cada salto, Arin sentía que le estaban arrancando las vísceras.

—¿Dónde?

—En el rincón.

El hombre lo dejó en el suelo y al dolor que ya sentía, se le sumó el pinchazo de las piedras en su espalda, alrededor de la herida.

Un grito desgarrador le perforó los oídos a los pocos segundos, o unas horas después, tal vez. Ya no podía saberlo porque, al parecer, el tiempo transcurría de un modo extraño cuando uno era consciente de que estaba por morir. Tampoco le importaba mucho lo que estaba sucediéndole a quien gritaba. Solo quería que el dolor se fuera y que los gritos cesaran y que la sangre se le acabara de una vez.

Su padre se arrastró hasta él y apoyó su frente sudorosa sobre su pecho. Tenía la cabeza pesada y le estaba causando más dolor del que ya sentía.

—La mataste... —susurró y esas fueron las últimas palabras que Arin oyó antes de irse al reino de los muertos.



—Creo que hicimos un buen trabajo por aquí —dijo Azhar. Ambas estaban de pie en el tejado de la primera casa de la avenida principal. La montaña al otro extremo de la ciudad parecía un volcán en erupción, al estar todas las calles llenas, de lado a lado, de personas portando antorchas.

—No quiero irme hasta que no hayan terminado con todos.

—Parece que no van a tener problemas...

—Pensamos lo mismo en Dkol nur Shana y ya sabemos cómo están las cosas. La ciudad es tierra de nadie.

Azhar metió la mano en el saco en el que guardaba sus huesos y los movió con los dedos. Tenía ganas de liberar a todos sus espíritus para que ayudaran un poco, pero sabía que Ysha se molestaría. Una porque después tendría que cargar con su cuerpo inconsciente y otra porque lo mejor era que no se pusieran en evidencia. El cinti de Dkol nur Shana casi les arruina los planes, pero no se arriesgarían a que sospecharan de ellas solo por un impulso.

—El Tjar es un inepto —dijo Azhar después de sacar la mano de su bolso.

—Y un cobarde, pero lo cierto es que Adheej todavía pertenece al pasado y sus tierras le pertenecen a Rizwan.

—No por mucho.

—Quizás tengas razón, pero no nos adelantemos. Nosotras tenemos un plan, pero no podemos subestimar las ideas ni las lealtades de los demás. —Ysha caminó hacia la escalera—. Ven, busquemos un lugar seguro desde donde poder ver lo que ocurre, porque van a arrasarlo esta calle, ya verás.



La ciudad se había convertido en un trozo de infierno. Bherna estaba acucillada en el techo de su casa y miraba el espectáculo de llamas desde la seguridad de sus tierras. Algunas oleadas de viento, en algunos momentos, arrastraban un poco del griterío de la ciudad y, si bien tenía ganas de ir a ver qué demonios estaba ocurriendo, no se decidía a bajar.

Esperó hasta que el dorado del sol se robó el color anaranjado del humo y lo volvió negro y ahí, recién, decidió ir a ver cómo estaban las cosas.

Caminó acompañada de su manada de perros hambrientos en dirección al humo, pero sus animales fueron quienes la llevaron hacia donde estaba lo interesante, guiados por el olor a sangre y a carne chamuscada que flotaba en el aire. Se amontonaron alrededor de un cadáver, y Bherna los dejó comer por algunos minutos, mientras observaba la ciudad.

Había montañas de basura quemándose; montañas que antes fueron casas de alguna clase, al parecer. También había algunos cuerpos carbonizados, otros llenos de heridas. Vio que a varios soldados los habían colgado de los pies y los habían golpeado hasta dejarlos convertidos en una masa informe de carne y cuero colgando. La ciudad era un maldito desastre y no sabía la razón, porque no se había cruzado a ningún vivo.

Llamó con un corto silbido a sus animales y ellos regresaron a su lado de inmediato.

—Vamos, cabrones.

Bherna avanzó cada vez con más cautela, porque a medida que se adentraba en las calles, había más cuerpos y más restos chamuscados. Sus dedos acariciaban el puñado de huesos que llevaba en el bolsillo, jugaban con ellos, los sujetaban por un instante y los dejaba, para luego volver a tomarlos... Se sentía segura cuando tenía a sus niños en su mano.

Pronto los gemidos de los heridos empezaron a acompañarla en su camino. Algunos pedían

agua, otros a sus madres, otros querían piedad.

Esos eran los más interesantes, a su parecer. Bherna sacó una daga de su bolsillo y se acercó a uno de ellos. Tenía el rostro desfigurado por varios cortes, le faltaba una mano y perdía sangre por el costado del vientre.

—¿Qué sucedió? —Se acuclilló cerca, aunque manteniéndose fuera de su alcance.

—Vete a la mierda, maldita prury —masculló.

—Tengo agua.

—Entonces ve a lavarte el culo.

—¿Por qué tanta violencia? —preguntó divertida—. Solo quise ser amable.

—Mátame de una vez y...

—No era mi intención, pero ya que lo pides así...

Bherna se movió rápido y puso la punta de su arma en el cuello del soldado; el hombre abrió mucho los ojos y apretó los labios, para que no saliera ni una mínima queja de ellos.

—Pensé que ibas a defenderte o algo. —La mujer retiró la daga—. No tiene mucho sentido matarte así.

El soldado respiró profundo varias veces, aliviado.

—Sí quiero de tu agua. —Una sonrisa sanguinolenta se dibujó en su rostro.

La señora Bherna buscó la bota de agua que colgaba de uno de sus hombros, la destapó y bebió un trago, antes de acercarla a los resacos labios del hombre, pero antes de llegar, la apartó y volvió a taparla.

—Ya me arrepentí —dijo y enterró el filo en el cuello. De la boca del hombre salió una espuma rosada y, luego, una bocanada de sangre espesa. La señora Bherna rio.

Retiró la daga, mientras el hombre seguía soltando borboteos y gemidos, se puso de pie y lo miró por unos momentos. Volvió a acuclillarse a su lado y tomó su mano, para luego cercenar la última falange del dedo meñique. El hombre aún estaba muriendo, pero no era que le importara demasiado si le causaba más dolor. Sería interesante tener un soldado a su servicio y, sin dudas, en un futuro cercano necesitaría a uno para protegerse de lo que fuera que hubiera ocurrido en Manai.

Los perros estaban lamiendo la sangre de las heridas de los que estaban por allí, pero siguieron a Bherna cuando ella volvió a andar.

Algunos muertos y un poco de fuego. Un poco de fuego y algunos muertos. Cambiaban las formas y el orden en que los encontraba, pero la esencia de todo era la misma. Sin embargo, cuando llegó a la calle principal, se encontró con el epicentro del desastre. Y sí que había sangre y fuego a montones. Las mansiones estaban arrasadas y ennegrecidas por las llamas, y los cadáveres tapizaban las calles y los jardines, colgaban de las ventanas o estaban clavados en los postes, como macabras decoraciones de una ciudad en decadencia.

Bherna se lamentó por no haber bajado antes de la montaña.

«Hubiera sido interesante asistir a la fiesta».

Los muertos eran, en su mayoría, soldados a los que habían despojado de todas sus armas y equipamiento. Se los reconocía por su túnica azul, porque no había ningún prury que tuviera ropa en buen estado... Y menos que conservara el color, aunque en esos momentos estuvieran manchadas con la oscuridad de la sangre.

Continuó andando hasta que llegó a la mansión de la señora Baddi, esa loca que cambió la esencia de su familia. Se preguntó si había corrido la misma suerte que los demás o si había huido antes del levantamiento.

—¡No de ni un paso más! —ordenó un hombre, y ella obedeció. Se le había helado la

sangre por el susto. De inmediato levantó ambas manos sobre su cabeza, por si acaso, y le enseñó que llevaba una daga—. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Bherna. Vivo al norte, fuera de la ciudad.

—¿Dónde estuviste anoche? Parece que no por aquí.

—Lo vi desde mi casa, me quedé allí hasta que amaneció. No sabía lo que estaba ocurriendo y para una mujer sola, estas cosas no son fáciles. ¿Qué sucedió?

No podía ver con quién estaba hablando, pero sentía decenas de ojos clavados en ella. Se giró despacio, para tratar de encontrar algún rostro, pero solo alcanzó a divisar, entre las bocanadas de espeso humo, un par de destellos. Puntas de flechas, tal vez, o alguna espada. Los perros estaban dispersos por todos lados, comiendo de los cuerpos que adornaban la avenida principal.

—Queremos nuestra libertad y a nuestro príncipe de regreso.

—Todos queremos lo mismo, al parecer. —La señora Bherna tosió. Estaba acostumbrada al humo, pero el que había en la ciudad era demasiado incluso para ella—. En Dkol nur Shana ya se levantaron...

Una ráfaga de viento limpió el aire y el alivio de poder respirar le duró apenas unos momentos, porque vio también, que varios arqueros apuntaban hacia ella. Se preguntó si su mano llegaría al bolsillo donde tenía los huesos antes de que las flechas se le enterraran en algún lado.

—Hemos matado a la mayor parte de los soldados del Tjar y estamos terminando con los últimos. ¿Tú qué quieres?

No, no llegaría antes, de ninguna forma.

—Soy yadugari, pero antes que nada, soy prury. Mis ancestros nacieron aquí antes que la historia de los hombres empezara a ser contada. Quiero lo que todos los prury quieren: que el príncipe de Adheej regrese a reclamar su trono.

Una silueta se recortó en el humo y un hombre alto se dirigió hacia ella.

—¿Puedes ayudar a los heridos?

—Puedo.

—¿Tienes huesos?

Más hombres la rodearon. Algunos con arcos, otros con espadas o lanzas en sus manos.

—Sí.

El que hablaba con ella se acercó todavía más.

—No te muevas o será lo último que intentes. —Bherna asintió y dejó caer la daga—. Te devolveré los huesos cuando sepa que podemos confiar en ti.

Bherna respiró profundo y retrocedió un paso, pero algo le pinchó la espalda. Lo último que quería era entregar sus huesos, pero si quería que confiaran en ella, no tenía más opción que acceder.

—Está bien —asintió. El hombre vació sus bolsillos, le sacó el bolso y lo revisó. Se quedó con todos los huesos y el dedo mutilado, y luego le devolvió lo que no significaba una amenaza.

—Los heridos están...

—Sería de más utilidad si me dejaran encargarme de los soldados. Mis espíritus pueden rastrearlos y terminarlos en unos pocos minutos.

—Te ocuparás de los heridos, por ahora. No queremos sorpresas.

—Soy prury.

—Si miras a los soldados, también verás a algunos prury entre ellos.

—Comprendo. Me ocuparé de los heridos, llévame con ellos.

El hombre hizo una seña y caminó hacia una de las primeras mansiones de la calle.
—Vamos, cabrones —dijo Bherna y sus perros se apresuraron a seguirla.

2 —Indra y Dragon

*Desierto de Dunayar
Hienza*

—Debes acompañarnos a Barzy —dijo Indra. Ya había perdido la cuenta de cuántas veces lo había dicho.

—¿De nuevo lo mismo? —murmuró.

Indra pensó que le habló justo cuando estaba por dormirse, por la forma en que respondió. O quizás ya estaba harto de ella. Lo miró apenas y vio que tenía el rostro cubierto con un pañuelo; tal vez sí estaba a punto de dormirse.

—Ajá... Otra vez lo mismo.

—No quiero aprovecharme de la situación.

—De todas formas, la Tjarina sabrá de tu existencia cuando hablemos con ella. No hay forma de que podamos ocultarle que existes.

El fénix se había marchado con la promesa de que regresaría pronto, y estaban esperándolo para presentarse en Barzy. No dijo a dónde iba ni por qué motivos, por más que Rajesh le preguntó varias veces.

—¿Y quieres que me presente así ante ella?

—¿Así cómo? —Indra miraba cómo el toldo que los cubría del sol subía y bajaba por acción del viento. Rajesh se quitó el pañuelo del rostro y se sentó.

—Como un pordiosero.

Indra lo miró de reojo.

—Bueno, no es que estemos nadando entre monedas de oro, ¿no? Además, sería de una hipocresía descomunal presentarte vistiendo sedas y llevando cadenas de oro, cuando nuestro pueblo se está muriendo de hambre a cada día.

—No hablo de lujos, hablo de no apestar a estiércol, al menos. Llevo vistiendo lo mismo hace años, sin mencionar que hace semanas que no me acerco al agua.

Indra blanqueó los ojos.

—Hace semanas que está en el desierto, ¿cómo se supone que encuentres dónde bañarte?

—No lo sé, Índara... —dijo y volvió a recostarse.

—Debes ser la única persona que se preocupa por la mugre que lleva encima en estos momentos. Hay cientos de problemas que podríamos solucionar si hablaras con ella.

—Le darás terribles noticias sobre su hijo, ¿crees que le importará la suerte de un príncipe devenido en pordiosero?

—Supongo... Pero, tal vez hasta se vaya a ofender si no te presentas ante ella. Es más, creo que lo mejor sería que tú llevaras la noticia, y que el dragón y yo nos quedáramos en el desierto.

—¿Qué? —Rajesh se sentó otra vez, alarmado, pero Indra ignoró su reacción—. No, de ninguna manera.

—Claro, es una excelente idea. Tú eres una persona de sangre real y yo soy una ladrona de

poca monta.

—Y adicta al polvo de estrellas —apuntó Mhena, desde su sitio, a la sombra del dragón.

—Eso, también. Además, el dragón es un arma mortal. Ya es enorme y mete miedo, y ninguno de los dos queremos que nos usen para sus futuros movimientos, porque dudo que no quiera usarlo para ir por Yásid.

—Están en deuda con él —dijo Rajesh—. Son ustedes los que tienen que ir.

—Sí, estamos en deuda, pero no somos estúpidos. Si tú vas y hablas por nosotros, ganaremos tiempo. Primero porque la Tjarina sabrá lo que le ocurrió a su hijo y segundo, porque sabrá que el trono de Adheej será reclamado. —Rajesh pareció estar dudándolo, algo que debía aprovechar. La perspectiva de entrar a una ciudad la tenía con los nervios hechos harapos—. Debes volver a Dkol nur Shana cuanto antes, tu pueblo pide por ti y el Tjar huyó de la ciudad. No habrá mejor momento que este, que los nuestro están dispuestos a todo y el usurpador está asustado.

—Tienes razón.

—Akram está cerca de Dkol nur Shana y dijo que te apoyará en lo que sea...

—Es un kanafi.

—¿Y qué con eso? Sigues vivo gracias a que él mató al Gran Señor Uzair, porque de otra forma, me hubiera hecho hablar. Yo estaría alimentando gusanos y tú... Bueno, era bastante creativo con las torturas. No sé qué tan amable hubiera sido el Gran Señor Uzair con tu pellejo.

—De todas formas, no deberías tener tanta confianza en él.

Indra respiró profundo. No le importaba que desconfiaran de ella, porque era consciente de que era bastante irresponsable, pero que juzgara a Akram sin saber nada de él, le molestó muchísimo. Él se había arriesgado a que lo descubrieran cada vez que iba a la prisión a verla, al matar a Bjsa e incluso puso todo en juego al hechizar a su ama cuando le ordenaron que hechizara a Indra. ¿Cómo podía Rajesh hablar así de él?

—Akram fue quien me mantuvo con vida en la prisión, cuando nada ni nadie más lo hizo... Creo que confío más en él que en nadie más —dijo e hizo una pausa al notar lo que acababa de decir. Tal vez, no era el mejor momento para esa discusión, pero estaban a un paso de la capital y una vez que llegaran las cosas cambiarían por completo para todos ellos—. Podría haber muerto de locura, paranoia y soledad, pero él me mantuvo anclada a la realidad.

—Quizás lo hizo porque quería algo de ti, Índara, no seas tan ilusa.

—Tú querías algo de mí y, así y todo, me abandonaste a mi suerte —soltó.

—No podíamos...

—Sí, podían, pero no quisieron. Antes estaba demasiado aterrada y perdida por la falta de polvo de estrellas como para notarlo, pero lo veo con más claridad ahora, sin mencionar que ustedes dos me entrenaron haciéndome pasar por cientos de momentos similares a los que viví en la prisión, para así cuidarse el culo si me atrapaban.

—¿De verdad lo estás diciendo, Índara? ¿Sabes que es por un bien mayor!

—¿Tú eres el bien mayor?

—Soy el príncipe de Adheej.

—¿O eres un farsante? ¿O un sirviente al que le hicieron creer que era el príncipe?

—Cuida tus palabras.

—No cuido una mierda —dijo bajando la voz, para que no la escucharan los demás—. ¿Quién nos asegura que tú eres quien dice ser? ¿Acaso no puedo ser yo la sobreviviente de la Noche de la Caída? ¿O Mhena? Cualquier otro infeliz muerto de hambre podría ser el príncipe.

Rajesh, sin decir una sola palabra, se puso de pie y se quitó la túnica. Indra se hizo sombra

en los ojos con la mano, para poder verlo.

—Vístete, no me atrae para nada verte los cueros en estos momentos... —dijo indiferente, y Rajesh la miró como si quisiera golpearla. Sin embargo, se dio vuelta para mostrarle un tatuaje que ocupaba toda su espalda. Indra se asombró al ver un dibujo algo deformado y en partes un poco despintado. A primera vista, no eran más que manchas borrosas, pero mirándolo con atención, se podía distinguir el palacio de Dkol nur Shana, el fénix en la bandera de Adheej y unas cuantas palabras. Para Indra ya de por sí era difícil descifrarlas, por lo que no se esforzó en tratar de entender qué decían esos caracteres borrosos. Solo los miembros de la realeza de Adheej tenían esa clase de dibujos sobre su piel, y por eso estaban prohibidos para el resto de la población.

—Tenía tres años cuando me lo hicieron y todavía recuerdo ese dolor y a mi padre sosteniendo mi mano, llorando conmigo. —Rajesh volvió a vestirse y la miró de nuevo, esperando que ella dijera algo, pero Indra había sentido dolores de toda clase a lo largo de su vida como para sentirse conmovida—. Casi te matan a golpes porque te vieron hablar con el cinti, Índara.

—Eso fue lo último que hicieron antes de tirarme a la cueva del dragón. Ni siquiera sabías de lo que Akram hacía antes de eso, no intentes excusarte.

—Lo mismo podrían haberlo hecho antes si nos veían contigo. ¿Crees que iba a arriesgar tu vida de esa forma? ¿Por qué? ¿Un puñado de dátiles? ¿Pan viejo?

—¡Para recordarme que no estaba sola! —dijo apretando los dientes—. Que había alguien, en algún lugar, que se acordaba de mi existencia, alguien a quien le importaba, Rajesh. ¿Tú sabes lo que es estar solo y aterrado? No tienes ni puta idea, porque naciste rodeado de sirvientes y ellos salvaron tu pellejo y fueron leales a ti hasta su muerte. Y como ellos, miles murieron por ti, por mantenerte a salvo, por mantenerte vivo, para darte de comer, aún cuando no tuvieran qué llevarse a la boca. ¿Pensaste en algún momento en alguien más que en ti mismo?

—Adheej es en todo lo que pienso, Índara. Quiero mantener vivas a miles de personas, devolverles sus hogares, sus sonrisas, su río. ¿Crees que es muy fácil?

—No lo sé, pero si fallas en mantener a salvo a quienes dan la vida por ti, vas a tener serios problemas cuando te toque cargar con el peso de la nación entera.

Indra se levantó y se alejó. Ya había tenido suficiente de esa conversación y estaba de un humor de mierda. Rajesh, por su parte, no había terminado.

—No puedes acusarme y luego largarte así.

—Si puedo y me importa una mierda lo que pienses —dijo de mal modo.

—Detente, Índara. —Rajesh la tomó del brazo e Indra se dio vuelta y le dio un golpe en la cara.

—No vuelvas a tocarme o te despellejo vivo, ¿me oyes?

—¿Qué mierda te sucede? —preguntó con una mano en el labio partido, del que brotaban pequeños rubíes. Indra le dio la espalda y volvió a alejarse.

—Estoy molesta, nerviosa, aterrada, frustrada y con muchísimas ganas de irme al demonio y no ver nunca más a ninguna persona.

—Tienes que ir a Barzy para que la Tjarina busque a Yásid. Si quieres, lárgate después, pero primero cumple con tus responsabilidades.

—Vayan ustedes a Barzy. El dragón y yo nos iremos al medio de la nada, donde nadie nos moleste.

—No puedes, Índara. —Rajesh le rozó el brazo e Indra se giró y lo miró amenazante, pero él ya había retrocedido, con las manos en alto—. Perdón. ¿Y el príncipe Yásid? No puedes

abandonarlo a su suerte.

—Ahora tú sabes quién es y dónde está. Puedes encargarte de eso y asegurarte el apoyo de Hienza al haber puesto en aviso a la Tjarina.

—¡No es así como funciona el mundo!

—No me importa, Rajesh. Lo único que quiero, es paz para el dragón y para mí. Que no nos molesten, que no nos persigan, que no quieran matarnos.

—¿Crees que huyendo lo lograrás?

—Supongo... —dijo encogiendo los hombros—. El dragón puede volar y podemos escapar más rápido.

—¿Índara... ¡Maldición! ¿Y qué hay de Adheej?

—Ya cumplí con Adheej. Te di los libros que querías, que no aprovechaste en lo absoluto, y te saqué de tu mundo de sombras, aunque sin quererlo. Ahora tienes que hacerte cargo de lo que te corresponde: recuperar el trono.

—No se puede razonar contigo.

Indra le dio la espalda, una vez más.

—No, no tengo interés en razonar, solo quiero que me dejen un poco tranquila.

—Pero así...

—Me importa una mierda —se giró para mirarlo. Se lo veía contrariado y un poco desilusionado, o perdido, tal vez. Como si no supiera qué hacer—. Ve tú a buscar problemas, yo ya tuve suficiente de eso.

Rajesh asintió y se quedó en silencio por unos momentos.

—¿Nos dejarán ahora?

—Después que los reciban. Iremos hasta las puertas con ustedes. Quiero estar segura de que la Tjarina sepa de la existencia del dragón, y que él está de tu lado. Tómallo como un respaldo, por si en algún momento... —Mhena gritó en ese momento y, cuando miró, vio que el dragón la estaba revolcando de un lado al otro—. ¿Qué demonios estás haciendo?



—Devan. —Mhena estaba estirada en la arena, a la sombra del dragón, con su diminuta bestia insulsa al lado.

El dragón bufó, desconforme.

—Harik.

Bufido.

—Y Johar —dijo con la voz agotada—. No tengo más. ¿De verdad que ninguno te gustó? —Bufido—. ¿Ni un poquito?

Hacía días que estaba recitando nombres y ninguno le gustaba.

—Tus nombres eran aburridos, poderosa herbolaria.

—¿Y cómo te gustaría llamarte? —Mhena se incorporó para mirarlo—. ¿Chamuscador de humanos?

—¡Sí! —exclamó y soltó un montón de chispas—. No ese nombre, pero quiero uno así, que sea intimidante y cause miedo de solo oírlo.

—Eso no da miedo, es ridículo. —Mhena se dejó caer en la arena otra vez.

—Dime más nombres.

—Ya no tengo.

—Fue tu idea, necesito un nombre.

Mhena respiró profundo y se mantuvo en silencio por un rato. El dragón, impaciente, bajó la cabeza para ver qué hacía.

—¿Te dormiste? ¿Y mi nombre?

—Estoy pensando... Además, estuviste sin tener uno hasta ahora, no te va a hacer mal esperar un rato más.

Bufido.

Era cierto, pero ella le dio la idea de que necesitaba ser conocido de alguna manera y no solo por ser un dragón. Estiró una pata y tocó con el mayor cuidado posible a Mhena, pero le enganchó la túnica con la garra y, cuando quiso desengancharse, terminó arrastrando a la muchacha por la arena. Mhena gritó y Bitzan aulló y se alejó corriendo hacia donde estaban Indra y Rajesh.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exclamó Indra, a lo lejos. El dragón se asustó todavía más, porque Mhena empezó a llorar y a oler a miedo. En un intento más de liberarse de la túnica, sacudió la pata y la yaducare voló por el aire y cayó despatarrada como un trapo viejo.

Algo crujió y el dragón se sintió tan mal por lo que hizo, que saltó al aire y se escapó de todos. Estaría bien si Indra se enojaba, si Mhena no volvía a hablarle, si Bitzan le ladraba, si el fénix quería meterse en su garganta y calcinarlo por dentro. Se lo merecía por descuidado e impaciente, por no haber sido capaz de esperar hasta que la muchacha volviera a hablar.

Al poco tiempo escuchó que Indra lo llamaba, pero no quería regresar. Le daba miedo confirmar que había lastimado a Mhena, porque podía reconocer el sonido que hacían los huesos al romperse.

Descendió en medio de la nada, lejos de la voz de Indra, y se echó pesadamente. Se cubrió la cabeza con las alas y, si hubiera sido por él, hubiera enterrado el hocico en la arena, para morir asfixiado ahí mismo.

—Dragoncito... —Indra hablaba con calma, lo que era una sorpresa. Pensó que estaría furiosa con él.

—No quise hacerle daño —dijo sin levantar las alas.

—Lo sé.

—Mhena no va a querer volver a hablarme.

—Claro que sí. —Indra se sentó junto a su cabeza y le acarició una de sus alas—. Entre dos seres de una misma especie, no hubiera sido tanto problema, pero eres grande y fuerte, y nosotros somos insignificantes a tu lado. No es de extrañar que puedas arrojarnos por el aire con tanta facilidad.

—Solo quería que siguiera dándome nombres, quise molestarla, no romperle un hueso.

—Ya lo sé.

—Me siento muy mal por lo que hice.

—Entonces regresemos, así te disculpas con Mhena.

—No va a querer verme.

—Claro que sí, ella me pidió que te siguiera, quería que estuviera contigo y te convenciera de regresar, porque sabía que te sentirías mal por lo que sucedió.

—No sucedió, yo lo hice.

—Fue un accidente.

El dragón apartó las alas y la miró. Se veía más preocupada que molesta, pero Indra sonrió cuando pudo ver su ojo.

—Vamos, dragoncito. Mhena necesitará ayuda. No sé si se rompió un hueso o no, pero se sujetaba un brazo cuando los dejé.

—Sí se lo rompió. Pude oírlo.

—Entonces con más razón debemos regresar.

—Y si...

—Nada se va a solucionar si te quedas aquí. Sé que tienes miedo y lo comprendo, pero cuanto antes hables con Mhena, antes podrás saber qué piensa.

—¿Eso es cierto?

—Sé que pocas veces hago lo que digo, pero es inútil escaparse cuando uno tiene miedo. —Indra hizo silencio y se vio confundida por algunos momentos, pero luego volvió a la normalidad—. Ya sabes lo que ocurrió antes. Nos asustamos cuando Yásid mencionó su idea de ir a Barzy y...

—Shas y Burya están muertos. —El dragón se incorporó al pensar en que podría volver a ocurrir lo mismo con Mhena y a Rajesh—. Monta.

—¿Ya no tienes miedo?

—El miedo cambió, pequeña humana. Ahora temo que algo o alguien los lastime si no estamos con ellos.

Indra trepó al lomo del dragón.

—Mhena es poderosa, no va a ser tan fácil que le hagan daño.

—Yo lo hice —dijo y saltó hacia el cielo.

—Pero tu pesas trescientas veces lo que ella pesa. Si se acercan soldados, no van a llegar a ellos tan fácilmente.

—Sería útil que ese pajarraco de fuego estuviera aquí, para cuidarlos.

—Tal vez tenía asuntos que solucionar...

—¿Qué asuntos? Eso es ridículo, humana.

—Es un bicharraco inteligente, déjalo hacer sus cosas de fénix a su manera. ¿Tú sabes qué es capaz de hacer?

—¿Aparte de calcinar a cualquiera que se le acerque demasiado?

—Sí.

—Cuando cantan, pueden reventarte los oídos, la cabeza o el cuerpo, pueden volverte loco o hechizarte.

—¿Sí?

—Sí, dependiendo la canción y el tono que elijan.

—Vaya... ¿Y todos los que están cerca lo sufrirán?

—Los que puedan escucharla.

—¿Él te lo dijo? —preguntó y él se quedó pensando. No había hablado con el fénix más que unas pocas palabras. Tampoco recordaba que su madre se lo hubiera dicho, en el poco tiempo que estuvo con ella. Indra lo sacó de sus cavilaciones cuando le dio un pequeño golpe en el lomo—. Baja, allí están.

Cuando los vio, su corazón volvió a sentirse apretado y dolido. Sintió que se le había reducido a una minúscula mota de polvo, como cuando estaba encerrado solo en esa horrible cueva. Aterrizó, Indra bajó de un salto y él se arrastró por la arena para acercarse a Mhena, que estaba sentada a la sombra de un toldo. Se la veía pálida y sudorosa. Bitzan empezó a lloriquear, asustado, por lo que Rajesh lo levantó en brazos y para llevárselo de allí.

—Perdóname, poderosa herbolaria.

—Fue un accidente, no te preocupes. —Mhena hablaba lento y apenas se movía.

—Te rompí un hueso...

—Podrías haberme despanzurrado, pero solo fue eso.

—¿Solo eso? —dijo en voz baja—. Estás sufriendo, puedo olerlo.

—Tú estás sufriendo más que yo. —Mhena se soltó el brazo quebrado y estiró la mano para acariciarle el hocico, pero solo alcanzó a rozarlo con la punta de los dedos. El dragón se acercó más a ella, pero con muchísimo cuidado, esta vez. No comprendía cómo podía estar más preocupada por él que por su propio malestar—. Tarda más en curarse el dolor del corazón que el del cuerpo, dragoncito, así que ya olvídale. Solo debo esperar a que la pócima esté lista y el dolor se irá.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que hierva —dijo y el dragón miró hacia la fogata. Sobre ella colgaba un pequeño caldero lleno de agua, del que asomaban diversas ramas, pero no parecía que estuviera muy cerca de hervir.

El dragón retrocedió para poder incorporarse y se acercó hasta donde la poción estaba preparándose. De su boca salió fuego, pero no como las veces anteriores, en las que las llamas eran potentes y el torrente de fuego parecía salir sin control alguno, sino que fue un delicado hilo que envolvió con suavidad al caldero. El agua empezó a hervir rápido y el viento arrastró un aroma dulzón y, a su vez, algo picante. Mhena rio y se acercó al dragón para ver cómo iba su poción. Le puso una mano en el costado y le dio unos pequeños golpes.

—Ya es suficiente, o se va a pasar. —El dragón cerró la boca y las llamas se extinguieron—. Te lo agradezco.

—Si no te hubiera roto el brazo, no tendrías que agradecerme nada...

—Ya olvídale, *rompehuesos* —dijo riendo. El dragón se irguió y la miró, asombrado—. ¿Acaso te gusta ese nombre?

—Perdóname, pero sí que es bueno. Aunque no sería justo después de lo que causé.

—Puedes hacerlo tu nombre, si quieres. Es ridículo, pero si a ti te gusta...

—Me gusta, es digno de ser temido. Rompehuesos —dijo el dragón, sintiendo una gran satisfacción y orgullo, y miró a Indra—. ¿Te gusta?

—Mhena está en lo cierto, es bastante ridículo.

—No me importa. Desde ahora ese será mi nombre. Rompehuesos. Es grandioso —dijo y un puñado de chispas se escapó entre sus labios.

—Como tú —sonrió la yaducare. Indra se acercó para ayudar a colocar un poco de la poción en un jarro y se lo dio a Mhena, que lo bebió de un sorbo, sin esperar a que se enfriara.

—Estás loca, eso estaba hirviendo —dijo Rajesh.

—Sí que estaba caliente —dijo abanicándose la boca—, pero es mejor beberlo apenas hierve, para que sea más efectivo.

—Espero que también lo sea para las quemaduras... —Indra la miraba con una mezcla de admiración y asombro.

—No sentiré dolores de ninguna clase por un buen rato y es muy probable que me duerma por varias horas.

—Descansa, herbolaria, yo cuidaré de ti —dijo Rompehuesos y Mhena sonrió, algo atontada.



—Ahora no podrán marcharse —dijo Rajesh con una seguridad impropia de él—. El dragón...

—Rompehuesos —aclaró Indra, divertida.

—... No querrá dejar a Mhena.

—Puedo convencerlo de que lo mejor será que nos larguemos.

—¡No puedes usar este incidente para alejarlo de aquí, eso es cruel!

—Tú estás queriendo hacer lo mismo, no puedes reprochármelo. No sabes cómo fue que nos conocimos, no tienes ningún derecho a opinar. —Indra estaba por volver a enojarse, pero respiró un par de veces para calmarse. Rajesh no tenía la culpa de sus problemas, después de todo—. Sé que tiene miedo a las personas, que vuelvan a capturarlo y le hagan lo mismo otra vez.

—Ya no podrán, es casi un adulto.

—No subestimes la crueldad y el ingenio de los humanos para hacerle entrar el miedo en la sangre a todas las criaturas con las que se topa. Creo que somos los únicos seres vivos que torturamos a otros.

—Los gatos... Ellos torturan a sus presas antes de comerlas.

—No las torturan, las agotan para que no se escapen.

—Es un modo de tortura.

—Es un modo de garantizarse la cena.

—Pero es una tortura...

—Ya, Rajesh.

—Está bien, está bien —suspiró—. ¿Entonces sí se irán?

—Sí, debo protegerlo del mundo. Y al mundo de él, porque no sé cómo puede llegar a reaccionar si se siente amenazado. Lo he visto enfrentar a los soldados, pero también escapar. En un entorno diferente, en una ciudad, por decir, no sé de qué sea capaz y eso me aterra más que la gente en sí.

—Esperaremos al fénix, entonces, para ir a Barzy.

—¿A dónde se fue?

—No lo sé, solo dijo que debía irse... Seguro él tendrá algo que decir sobre esto.

—¿Qué sabe el fénix de reinos y de humanos? ¿Has hablado con él?

—La vida de un fénix nunca se termina, Índara. Nació con el mundo y aquí seguirá hasta que todo se termine, si es que algún día eso sucede. Cuando muere, renace de las cenizas que consumen su cuerpo. Una y mil veces, de ser necesario, y jamás olvida lo que ha vivido, quién le ha hecho daño o quién lo ha ayudado. Tienen la historia de Ásico grabada en su ser.

—Vaya, eso es...

—Maravilloso, ¿verdad? —dijo, entusiasmado.

—Aburridísimo. Imagínate vivir tanto tiempo, tantas eras, tantas guerras... Qué fastidio, la verdad.

Rajesh suspiró, resignado.

—No se puede contigo...

—Es que es cierto, debe ser terrible. ¿Y está solo? ¿Tiene...? No sé, ¿una familia?

—Es el único de su especie.

—¡Por los bigotes de mi madre! Pensé que había muchos.

—No, es solo él. Siempre ha sido él y ninguno más.

—Sobre que ya me parecía una tristeza vivir tanto, hacerlo solo debe ser todavía peor.

—Me imagino que ya debe estar acostumbrado.

—Menos mal que los reinos se heredan...

—¿Por? —preguntó, confundido, e Indra resopló. Explicar el chiste hacía que perdiera la gracia.

—Porque si se ganaran con inteligencia, seguirías siendo un mendigo. ¡Claro que está

acostumbrado, si no conoce otra cosa, Rajesh!

—Podría haber convivido con otras especies, yo que sé.

—Es lo mismo, porque los demás se murieron y el sigue aquí.

—Por eso...

—Ya no sigas, ¿sí? Ya comprendí —murmuró. Apenas había estado con Rajesh y Mhena un par de días completos y ya se había cansado de la forma que tenían de repetir mil veces lo mismo.



—¿Y qué haremos cuando ellos se queden en Barzy?

—Ir por Akram.

—¿Vamos a cambiarlos por Akram?

—No los cambiaremos por nadie. Akram es un kanafi muy poderoso, y puede que Rajesh y Mhena necesiten de su ayuda. Yo no sé hacer nada y tú eres fuerte e inmenso, pero los cintis tienen experiencia, que tú no tienes, y saben cómo someter a los soldados.

—Puedo calcinarlos, no hace falta que los abandonemos.

—No los abandonaremos... —Indra se recostó sobre su abdomen, que se sentía cálido en el frío de la noche—. Tengo miedo, dragoncito. Miedo de mí, de lo que puedo hacer cuando llegue a la ciudad, miedo de que algo malo te suceda cuando estemos entre la gente.

Rompehuesos se tardó en responder.

—No tenía tantas ganas de ir a la ciudad, de todos modos. La idea de dejarlos me aterraba y eso era lo que me detenía de decirles que no quería ir. Pero si dices que así será mejor para todos...

—No sé si para todos, para nosotros.

—¿Y ellos?

—A veces tenemos que ser un poco egoístas para cuidarnos a nosotros mismos, dragoncito. Está bien ayudar a otros, solo que también hay ocasiones en las que tenemos que ponernos antes de los demás; más que nada cuando estamos en peligro y ellos no.

—Pero Barzy puede ser peligroso para ellos, humana.

—Rajesh y Mhena no hicieron nada malo, y Hienza nunca estuvo muy de acuerdo con que Rizwan anexara Adheej a sus tierras. Será, de seguro, peligroso para ti y para mí. Tú eres un dragón y yo... Yo una adicta al polvo de estrellas.

—¿Qué es eso?

—Una mierda que se aspira por la nariz y que hace que me sienta un poco estúpida, pero a la vez más ágil e increíblemente feliz.

—No suena tan mal, si lo pienso...

—Es malo. Malísimo, porque después de unas cuantas dosis, quieres permanecer así, aislada de la realidad cada vez por más tiempo, porque vivir como las personas normales se hace insoportable. Pensar se hace insoportable, sentir, sufrir... El polvo de estrellas en cambio te sumerge en un mundo perfecto, pero solo mientras dura el efecto. Después se va y la realidad golpea muy fuerte y necesitas más polvo para poder seguir...

—No deberías hacer eso, humana.

—Ya lo sé, pero lo hice un par de veces y es muy difícil alejarse de esa mierda.

—Ahora no tienes de ese polvo y lo mismo eres ágil, y tu mente no está adormecida.

—Pero sí a un paso de volverme loca...

—No comprendo por qué quieres volver a aspirar polvo de estrellas.

—Que no lo tenga no significa que no quiera meterme un poco en estos momentos. En todo momento, mejor dicho. Estoy pensando todo el día en lo bien que me harían un par de pizcas para calmar mis nervios y a mi cabeza, que no para de hablarme en todo el día.

—Tu cabeza es la que es, y tú eres quien eres. Debes aprender a convivir con eso, a escuchar tus pensamientos, a comprenderlos y, también, a calmarte por ti misma, no metiéndote polvo de estrellas.

—Ya te pareces a la voz que está en mi cabeza, dragoncito, no me jodas. El polvo es más rápido y más efectivo. Y no me da consejos de cómo lidiar con las mierdas que llevo dentro.

—¿Entonces cuando lleguemos a una ciudad buscarás de eso?

—No lo sé. Espero que no.

—Si trato de evitarlo, ¿te enojarás conmigo?

—Por supuesto, pero seguro que luego lo comprenderé y te pediré perdón. Ahora entiendo perfectamente por qué lo harías y quiero que sepas que lo más probable es que te diré cosas horribles e hirientes, y te gritaré y haré un escándalo.

—Puedo gritar más fuerte, no te preocupes.

Indra sonrió.

—Te quiero, dragoncito.

—Supongo que yo también.



Manai
Doury Kasesh

El sol era un disco blanquecino que asomaba de vez en cuando entre la nube de espeso humo negro que salía constantemente desde todos los puntos de la ciudad. El olor amargo que se les impregnó en la piel y en el cabello, les irritó la garganta y apenas si hablaban, para evitar los accesos de tos.

Los sonidos se redujeron a unos ocasionales alaridos punzantes cuando los prury hallaban a algún soldado y lo golpeaban hasta la muerte. Ysha usó sus espíritus varias veces para ver de dónde provenían los gritos, incapaz de contener su curiosidad.

Vio en sus incursiones que había una sanadora entre los prury, una mujer que se ocupaba de curar a los heridos con hierbas, pero no parecía ser alguien importante. Una yadugari de poca monta, sin dudas. De haber sido yaducare, hubiera hecho hasta la imposible para evitar el caos primero, o para encontrar a las gemelas después, cuando sus espíritus comenzaron a entremezclarse con el humo. Un ojo avezado habría notado la diferencia de inmediato, sin mencionar que podían sentir a los que eran cautivos.

Cuando llegó el atardecer, quedaban apenas unas pocas columnas de humo, alimentadas por los mismos ciudadanos, y parecía que ya no había más soldados. Ysha y Azhar decidieron que ya podían marcharse, puesto que se sentían conformes con lo que habían logrado.

Manai fue la primera ciudad en regresar a ser parte de Adheej.

3 – Yasid, Vintha y Bherna

*Desierto de Dunayar
Doury Kasesh*

La caravana se detuvo cuando el sol, que era medio círculo rojo como la sangre, estaba sumergiéndose a lo lejos, donde el mundo se terminaba.

A Yásid le dolía el cuerpo por ir en esa jaula dura, cuadrada y diminuta, donde no podía ponerse de pie ni estirar las piernas sin que salieran entre los barrotes. Lo hizo al inicio, cuando sentía que los calambres estaban por llegar, pero lo golpearon por ello. No sabía si dolían más los calambres que los golpes, pero al menos los calambres eran previsibles y los hombres enojados no.

Lo dejaron salir después de haber terminado de montar el campamento, y le permitieron caminar por algunos minutos, para luego devolverlo a su encierro.

Había perdido la noción del tiempo y hacía rato que ya no tenía ninguna clase de sentimiento. Desde que lo separaron de Burya y de Shas. No sabía si Indra vivía todavía, ni cómo estaría el dragón, pero tampoco pensaba mucho en eso. No tenía ninguna certeza de cuántos días habían pasado desde la última vez que los vio y, acostumbrado a estar siempre rodeado de gente a su entera disposición, se vio de pronto solo. Se encontraba aturdido y apático desde entonces, sin importarle demasiado lo que ocurría.

Nadie le hablaba allí y él no pedía explicaciones; eran soldados del Tjar Rizwan, ¿qué necesitaba saber más que eso? Era obvio hacia dónde lo llevaban, así que le bastaba con que le dieran de comer, agua y una manta para dormir... Eso era suficiente para él.

Hubo un alboroto una noche, cuando llegó el espíritu cautivo de uno de los cintis del Tjar. Según pudo oír, le dijeron que llevaban a un prisionero que estuvo con Indra y, también, que los hienzenses habían asesinado al yadugari que los acompañaba y por eso no habían podido avisar antes de su captura. Le preguntaron su nombre y Yásid dijo que se llamaba Shas. El espíritu les dijo que fueran hacia El Paso de la Muerte; los soldados se negaron, pero el espíritu envolvió el cuerpo de uno de ellos y lo apretó hasta sofocarlo. Los demás dijeron que obedecerían.

Yásid no pensó mucho en eso, lo olvidó ni bien el espíritu se fue. Los soldados enterraron al muerto y el campamento retomó su rutina.



*Indvhe
Doury Kasesh*

—En lugar de enviar a una centena de hombres, deja que vaya por el prisionero, padre.

La mano de Vintha guiaba con mucho cuidado la navaja que se deslizaba con suavidad por

la mejilla del Tjar.

—¿Sola? ¿Y si algo te sucede? No, de ninguna manera.

—Puedo llevarme a Nirek.

—¿Crees que te voy a dejar viajar con un kanafi? —Vintha levantó una ceja y el Tjar miró hacia el techo, respiró profundo y luego volvió a mirarla—. ¿Qué tienes con él?

—Asuntos, padre.

—¿Confías en él?

Vintha rio.

—Sabes que solo confío en tres personas, y Nirek no es uno de ellos. Pero ya ves, unas buenas nalgas pueden mantener a un hombre idiotizado y sumiso y eso es lo que necesito de Nirek, que me sea fiel y útil.

—¿Sabías que es un suicidio lo que haces? ¿Conoces la maldición de los kanafi?

Vintha rio con más ganas.

—Amor, padre. La maldición habla de amor. ¿Acaso me ves como alguien capaz de enamorarse?

—No, es cierto.

—Entonces no temas —dijo y tomó un paño para limpiar el rostro de su padre—. No me voy a morir en un par de meses.

—¿Vas a embarazarte y quedarte encerrada en el palacio de por vida?

—Antes me corto las tetas. No, tomo precauciones. —Después de haber terminado con el rostro, Vintha se colocó detrás de su padre y colocó aceite en sus manos, para luego untar con él la cabeza del Tjar—. Padre, esto se está volviendo incómodo, por favor.

—Tú trajiste tus nalgas y tus tetas a la conversación, no me culpes —dijo y ella rio—. Además, estoy en mi derecho de preguntar, eres mi hija mayor y algún día...

—Deberás casarme para alejarme de aquí, para que uno de tus hijos legítimos tome el trono.

—Prométeme que no vas a permitirlo.

—¿Qué? —La navaja se resbaló de su mano y repicó en el suelo de piedra.

—Júrame que no dejarás Doury Kasesh en manos de los ineptos de tus hermanos.

Vintha caminó alrededor de la silla de su padre y se sentó frente a él.

—Padre, tu eres consciente de que para eso ocurra, debo matarlos, ¿verdad? Cualquiera de ellos tiene más derecho que yo.

—Que tengan el derecho no los hace más aptos.

—¿Y qué hay de Amira y de Dwot Vla? Si algo le sucede van a arrasar conmigo y con Doury Kasesh en cuanto lo sepan.

—Amira no pensará en Ryza —dijo su padre y ella bajó la vista. Amaba a Ryza por sobre todas las cosas y pensar en que cabía la posibilidad de que lo asesinaran para tomar el trono, le hacía hervir la sangre—. Mientras él viva, nadie más que su madre podrá reinar.

—Lo sé.

—Primero irán por él o por ti, porque los demás saben que tú no le harás daño.

—¿Piensas morir, padre? —preguntó de forma burlona, solo para evitar mostrarse sensible ante él, y se incorporó para continuar con su tarea.

—No es que tenga unas ganas incontrolables de hacerlo, pero ya sabes, a veces la demás gente sí está apresurada.

—¿Alguno de mis hermanos?

—Que yo sepa, no, aunque ya sabes que solo quien esté destinado a sentarse en el trono podría hacerlo y no sabemos a ciencia cierta cuál de todos es el menos inútil a ojos de los dioses

—dijo con cierto dolor en su voz, y Vintha asintió—. Pero el mundo, hija... El mundo está cambiando, las cosas en Dkol nur Shana no están bien.

—Por eso es que quiero ir por ese prisionero y, después, ir a buscar a esa tal Indra y a su dragón.

—Mi dragón.

—Dudo que quiera ser tu dragón después de la forma en que lo trataron.

—No fue mi culpa, ordené que lo cuidaran bien, pero al parecer Uzair prefirió quedarse con el oro que le enviaba para ello.

—El Tjar y su dragón... Hasta suena épico —agregó, divertida.

—Podríamos llegar a Hienza con él.

—¿Quieres Hienza?

—Me gustaría tener a sus guerreros, sí, y tienen grandes extensiones de tierras fértiles, ríos, buen clima para que crezcan las frutas.

—Puedes pedir a la princesa como esposa.

—Recuerda que es Hienza, y las cosas allí son diferentes.

—Rizwan el conquistador, segundo esposo de la mocosa de Hienza —rio.

—No sería nada bueno para mi reputación. Solo queda ir por *mi* dragón y hacerlo a la antigua.

—¿Me dejarás ir contigo cuando vayas a Hienza?

—¿Y quién cuidará mi trono?

—Amira.

—Amira va a matar a todos sus hermanos mayores para después poder matarme, Vintha.

—¿Tan poca confianza le tienes?

—Fui muy poco atento con mis hijos en su niñez; ahora ellos me detestan. Nunca me agradaron demasiado, debo decir, pero ahora menos que antes.

—Deberías buscarles algo para hacer, darles alguna responsabilidad...

—Tengo siete vástagos y...

—Diez.

—¿Qué?

—Son diez. Vintha, la mejor de todos ellos —dijo y el Tjar rio—, Ryza, Tafer y Golran, Amira, Kiran, Uma y Ura, Gura, Dask, y Dara, que nació hace un par de semanas.

—¿Cómo no me dijeron que había más niños?

—Fuimos juntos a conocer a Dara...

—¿Ese bebé era mío?

Vintha suspiró.

—Demonios, padre... ¿Desde cuándo un Tjar se preocupa por los nacimientos de sus súbditos? Claro que es tu hijo.

—Bueno, ya está visto que ni siquiera me importan mis propios hijos... ¿Por qué son tantos?

—No responderé a eso. Y no olvides a los niños de las no esposas, que deben rondar los cuarenta, pero no los conozco a todos.

—Demonios... ¿Cuántos años tiene el mayor de ellos?

—Unos ocho o nueve —contestó mientras la navaja arrastraba con su filo el cabello de la nuca del Tjar.

—Son pequeños... Una cosa menos por la que preocuparme. Tengo que hacer algo con los demás.

—Mantenerlos ocupados, para empezar. Al menos a los mayores. Dijiste que había problemas en Dkol nur...

—¡No voy a enviar a estos inútiles a Dkol nur Shana! No, ni lo sueñes. Son tan ineptos que pueden terminar ellos mismos trazando las fronteras de Adheej de nuevo. No, de ninguna manera.

—A otras ciudades que antes eran parte de Adheej, entonces.

—No le veo el sentido, Vintha.

—Yo sí. Pensarán que confías en ellos, se sentirán responsables y querrán hacerte feliz haciendo las cosas bien, aunque fallen y tomen malas decisiones.

—Las malas decisiones pueden significar perder territorio.

—Iré por tu dragón y solucionarás sus errores, si los cometen, pero Tafer y Amira se han vuelto cercanos, Golran y Tafer siempre lo fueron, porque son de la misma madre. Lucyl hace meses que está en Dwot Vla y vaya uno a saber con qué ideas regresa de su hogar; Amira escucha a su madre más que a nadie.

—¿Cuándo se fue a Dwot Vla?

—¿Hace cuánto que no la visitas? —preguntó Vintha, en cambio. El Tjar levantó los hombros y ella suspiró—. Tienes que poner más atención a los movimientos que hace tu familia o nos vamos a despertar recién cuando estemos descansando sobre un charco de sangre.

—Son muchas esposas, muchos hijos...

—Con más razón. Tal vez el heredero que los dioses hayan elegido ni espera a que llegues a enfermar por tu cuenta, ¿lo has pensado? Parece que no... —se respondió a sí misma, al ver que su padre no se movía en lo absoluto—. En todo caso, todos saben que soy la única a la que le hablas. Hasta hace unos años pudo justificarse con las diferencias de edad, pero ya no son tan idiotas, sin mencionar que no soy la persona favorita de sus madres.

—Supongo que ellas no hablarán muy bien de ti, tampoco.

—Por eso lo decía. —Vintha tomó un paño limpio para limpiar la reluciente cabeza de su padre—. ¿Quieres que vaya a Manai?

—De ninguna manera, tú te quedarás aquí y aprenderás a gobernar Doury Kasesh.

—Ya sé más que cualquiera de los ineptos de mis hermanos. Además, Manai era la segunda ciudad más grande de Adheej, y no me extrañaría que allí se contagiaran del sorpresivo sentimiento nacionalista de los prury.

—Si no lo hicieron ni bien corrió la noticia de lo que sucedió en Dkol nur Shana, no creo que vayan a empezar ahora.

—Los rumores de que hay un príncipe de Adheej vivo nacieron en Dkol nur Shana. Puede que sea ese mismo farsante el que ocasionó todo esto.

—Si fuera el príncipe el que comenzó la revuelta, ¿por qué todavía no hay noticias de él? ¿Por qué no tomó el palacio y el trono?

—Quizás porque está en Manai, buscando más gente que esté dispuesto a seguirlo. —Vintha movió la navaja—. ¿Las cejas?

El Tjar negó con un gesto.

—Con más razón te quedarás aquí. Manai puede volverse un sitio peligroso. Enviaré a Tafer y a Amira allí.

—La idea era que los separaras, padre, para evitar alianzas que pudieran perjudicarnos.

—¿Y si los decapito a todos y ya? —El Tjar tomó los paños que Vintha había descartado y los puso en un cuenco, al que roció con aceite.

—¿Es una broma?

—No del todo... —dijo y echó fuego al cuenco—. Si no lo hago yo, tendrás que hacerlo tú en un futuro. —Vinthá era consciente de eso; la primera vez que lo oyó, fue de la Tjarina Thaba—. Ryza no va a morir, porque su madre hizo un trato con un yadugari. Va a partir ella antes que él. Ryza nos va a sobrevivir a todos nosotros, probablemente.

—¿No sería más piadoso que...?

—No tengo las fuerzas necesarias —dijo su padre sin quitar la vista de las llamas, y ella agradeció que no la dejara terminar esa pregunta—. Lo pensé alguna vez, pero no puedo. Tampoco dar la orden para que alguien más lo haga, no podría dejar que alguien más lo hiciera. Soy consciente de que su partida aseguraría a Tafer en el trono

—Si es el indicado —dijo Vinthá.

—Sí, si es el correcto, pero ahorraría una multitud de muertes si fuera Tafer. De todas formas, prefiero deshacerme de ocho hijos antes de terminar con el sufrimiento de Ryza.

—Matarlos significaría otro caos. Sus madres son importantes y tendrás que terminar con todos sus parientes para que te dejen en paz.

—No se puede, Vinthá. Tendría que viajar por todo Ásico masacrando familias enteras...

—Entonces ve a lo práctico: separa a mis hermanos y envíalos a las ciudades que antes pertenecían a Adheej. Lucyl no podrá objetar las órdenes que le des a Amira, porque está en Dwot Vla.

—¿Y Sheena? Ella no querrá que...

—¿Es una broma? Sheena lleva muerta más de un año.

—¿Cómo que...? Demonios, ¿por qué nadie me dice estas cosas? ¿Cómo fue?

—Un escorpión rojo —respondió, contrariada.

—Demonios... ¿Y Tafer y Golran cómo lo tomaron?

—Se encerraron en sus habitaciones con diez mujeres...

—¿De verdad?

—No, claro que no —dijo con el ceño fruncido—. Su madre murió de pronto y tú no estabas para ellos, más vale que lo tomaron mal.

—¿Y dónde estaba cuando eso ocurrió? ¿Por qué no recuerdo el funeral? Lo único que falta es que me este poniendo viejo y enfermo de la memoria.

—Estabas en Dwot Vla, con Lucyl y Amira.

—Ah, el viaje a Dwot Vla... —suspiró con cierto alivio—. No puedo creer que no me lo hayan comunicado. Era mi segunda esposa, después de todo.

—No sé qué sucedió. La Tjarina Thaba ordenó a los cintis que te lo dijeran.

—¿Nirek...?

—No había llegado todavía. Las gemelas regresaron contigo de ese viaje. Qara te acompañó y el resto permaneció aquí.

—Excepto por Tabnan, resultaron todos unos inútiles.

—Por eso es que ya están muertos.

—Los cintis ya no son lo que eran... En los tiempos de mi padre, su lealtad no tenía límites. Ahora se venden al primero que le ofrece un par de monedas.

«O un par de tetas» pensó Vinthá.

—Creo que ya es demasiada charla por hoy. Habla con mis hermanos un poco más seguido, muéstrate orgulloso de sus avances y asegúrate de darle alguna ciudad a cada uno para...

—¿Y qué les digo? Ni siquiera sé si son buenos en algo.

—¿También quieres que te escriba un ensayo sobre sus fortalezas y debilidades para que puedas parecer un padre interesado en su educación?

—Eso estaría muy bien, me sería de mucha ayuda. Mi buen juicio me decía que eras la mejor hija que tengo.

—Claro que soy la mejor, me esfuerzo por serlo.

—Lo sé, mi pequeña. Eres la única que...

—Ya, padre —sonrió—. No hace falta que me halagues. Haré tus tareas de padre preocupado, pero no hablaré con ellos por ti.

—Demonios... Por un momento tuve esperanzas de que me ahorraras el mal rato. Ya sabes que no soy muy bueno fingiendo.

—Tendrás que esforzarte esta vez. Ellos deben creer que de verdad estás convencido de que lo mejor es que aprendan a gobernar teniendo a cargo una ciudad. Al fin y al cabo, si se dan las condiciones, Tafer será el Tjar y los demás tendrán que ocuparse de mantener todo el territorio de Doury Kasesh en orden.

—¿Y si no?

—Las dagas harán su trabajo.



*Manai
Adheej*

Después de que el Tjar Rizwan anexó Adheej a sus dominios, los douryenses ocuparon las inmensas casonas y mansiones que antes pertenecieron a los habitantes de Manai, en la calle principal. Construyeron unos horrendos barracones para los esclavos, escondidos en el fondo de sus lujosos jardines, disimulados entre pérgolas y burdas imitaciones de los cerros que rodeaban la ciudad, y los prury que todavía eran libres se amontonaron en una sola habitación, en edificios de varios pisos, viejos y precarios, que se venían abajo con más frecuencia de la deseada. Si no morían aplastados, morían de hambre o por las enfermedades que el hacinamiento provocaba, por la falta de agua y porque no había canales suficientes para llevarse los desechos de tantas personas, y por eso se tapaban y desbordaban constantemente.

Quienes morían en las calles, muchas veces permanecían allí por días, porque aquellos que tenían un trabajo, llegaban a sus casas por la noche, agotados y hambrientos, y quienes no trabajaban, no tenían fuerzas ni para levantar sus propias manos, sin mencionar que el estado de desidia e indiferencia era tal, que no les molestaba en absoluto compartir su rincón con un muerto. Estaban muertos en vida desde hacía dieciocho años, de todos modos.

En los días que siguieron al levantamiento, después de haber enterrado a sus parientes muertos, de haber curado a los heridos y de haber caído en la cuenta de lo que habían logrado, las cosas en Manai cambiaron muchísimo y se volvieron... raras.

Muchas familias ocuparon las casas que les pertenecían antes de la caída de Adheej, o cualquier otra casa que nadie reclamara. Al menos tuvieron la decencia de respetarse entre ellos y no matarse por una casa, y eso era bueno. Otros, en cambio, se unieron para tirar abajo un buen número de las casuchas de las montañas con la esperanza de hacer viviendas más seguras en los días siguientes. Hasta ahí, todo parecía marchar bien. Sin embargo, la mayor parte de la gente hacía lo que quería, cuando quería, donde quería. Había muchísimos borrachos deambulando en las calles, los burdeles no daban abasto y la zona de los almacenes, donde se concentraba lo peor de Manai, era tierra de nadie.

Bherna aprovechó el descontrol para hacerse con un par de huesos, por supuesto, pero era quien tenía la cabeza más centrada entre todos.

Fue la única que vio que los muros de Manai no eran más que una burla. Eran una inútil cerca de barro y paja que no le llegaba más allá de la cintura, y que tampoco rodeaba la ciudad por completo. De más está decir que no tenía una puerta como tal, sino más bien una abertura por la que podían pasar dos carros juntos.

Una defensa de mierda.

La yadugari sugirió desde el primer día que reforzaran los muros y los extendieran hasta rodear toda la ciudad, que los hicieran más altos y anchos, que hicieran una puerta medianamente decente, pero no le hicieron caso. Estaban demasiado ocupados cuidándose el culo o, por el contrario, entregándolo al que pagara mejor, holgazaneando, comiendo, bebiendo y cogiendo hasta hartarse, y aprovechando que no había ya látigos que los obligara a trabajar hasta la extenuación. Sí, sí, era todo muy bonito, muy divertido y era bastante agradable ser libres de los douryenses, pero la ciudad necesitaba orden y limpieza, necesitaban reglas claras, alguien que fuera capaz de organizar a los ciudadanos en caso de que los soldados del Tjar llegaran y los encontraran a todos borrachos o durmiendo. O ambas cosas.

Sin embargo, los prury no querían pensar en eso. Querían festejar que habían ganado una miserable batalla al Tjar y habían recuperado una ciudad, aunque los cuerpos medio calcinados de los muertos siguieran pudriéndose en las calles por las que circulaban a diario, junto a las puertas de las casas que ocupaban, en los jardines, en los parques a los que iban a jugar los niños.

Las ratas, las moscas y los carroñeros nunca habían sido tan felices.

La señora Bherna nunca fue una mujer que destacara por su pulcritud, pero eso era demasiado hasta para ella, y hacía varios días que se había retirado a su casa a las afueras de la ciudad, desde donde podía ver con bastante claridad los movimientos de la gente y el camino que conectaba Manai con el resto del mundo.

Estaba una tarde sin mucho que hacer, mirando hacia el borde del mundo, cuando vio una nube de polvo sobre el camino. No era una nube tan extensa como la que arrastraban las tormentas de arena, sino como las que hacían un número importante de viajeros.

Entró a su casa, buscó su manto por si la noche la encontraba en la ciudad, tomó su bolso y volvió a salir.

—Vamos, cabrones —dijo y sus perros abandonaron la sombra en la que se resguardaban del calor.

Los huesos bailoteaban entre sus dedos, el viento se enredaba en su melena, sus perros corrían delante de ella. Algunos ladraban.

Se cruzó con mucha gente y a todos les dijo lo que había visto, pero no demostraron mucha alarma, ni siquiera interés, y nadie la siguió.

«Malditos sean».

—Dalha —murmuró cuando estaba llegando a las ruinas del edificio de la gobernación, para que los espíritus buscaran a Qarin, el que le había quitado sus huesos el primer día. No sabía si seguía vivo, pero no era que le importara su salud, solo quería recuperar sus niños y sabía que él los tenía. Si encontraba su cadáver, se ahorraría una discusión y, probablemente, tener que matarlo. Estaba segura de que el cabrón iba a negárselos, pero ella estaba muy determinada a conservar Manai libre para el príncipe.

Lo vio, estaba muy vivo, borracho y cogiendo. Era una ventaja. Lo encontraría con la guardia baja.

Regresó sobre sus pasos y tomó rumbo hacia el este, a donde lo había encontrado.

Entró a la casa. Qarin no la escuchó. Abrió la puerta de la habitación. El hombre se sorprendió.

—¡Maldita seas! ¿Qué haces aquí?

La mujer que estaba sobre él se cubrió los pechos, aunque le quedaron las nalgas al descubierto. Si hubiera tenido algo más de decencia, se hubiera separado del hombre, pero ni siquiera se preocupó por eso. Siguió allí, ensartada.

—Se acerca un grupo numeroso de personas, los vi desde la colina.

—Me importa un carajo, pueden ser prury de las aldeas...

—Quiero mis huesos, no me voy a quedar esperando a que empiecen a masacrarnos para empezar a hacer algo.

Qarin tomó las nalgas de la chica y ella rio y se movió sobre él. El hombre se incorporó y le besó los senos.

Iban a ignorarla, al parecer.

La señora Bherna miró a su alrededor y vio que sus perros jadeaban a su lado, cansados de tanto correr, pero atentos a las palabras que salían de su boca. La miraban expectantes, como si ya supieran lo que iba a seguir.

—Cache, cache —susurró y su jauría entera saltó sobre la cama. Los perros empezaron a morder y a romper carne y mantas, y los humanos gritaron y gimieron y se quejaron. Y soltaron sangre, claro que sí. A montones. Sangre primero y pedazos de carne desgarrada después, cuando los perros sacudían la cabeza para deshacerse de los trozos que se le enganchaban entre los dientes.

La señora Bherna los dejó hacer y volvió a usar a sus espíritus para ver dónde estaban sus niños. No tenía tiempo, ni tampoco muchas ganas, de revolver toda la casa para ver en qué sitio los había escondido.

Llegó hasta un armario un poco desvencijado, a una caja pequeña de madera, a una bolsa de cuero.

—Mis niños —susurró al abrir el saco y vaciarlo sobre su mano—. Prometo que nunca más me voy a separar de ustedes, pero cuando el príncipe de Adheej regrese, serán libres por siempre. Ahora tenemos trabajo que hacer, mis niños, tenemos que cuidar Manai.

Silbó y los perros regresaron a su lado. La señora Bherna rio. Todos estaban rojos por completo; dientes, pelos, orejas, hocicos, patas, colas. Uno de ellos estaba masticando. Parecían demonios recién llegados de la parte más oscura del reino de los muertos.

—Vamos, cabrones.

Qarin y la chica seguían gritando cuando salieron, por supuesto, y pudo escuchar sus chillidos por una calle más, hasta que estos se mezclaron con los murmullos de la gente que se horrorizaba al ver a sus perros.

—Llegan los soldados del Tjar. Nos reuniremos en la entrada de Manai, hagan correr la voz —exclamaba cada pocos pasos y, esta vez, empezaron a seguirla algunos, y a dispersarse en todas direcciones, otros.

Bastaba hacer correr un poco de sangre para que esos hijos de puta se despertaran.

Tal vez no eran los soldados y Qarin tenía razón, pero no iba a ser ella quien se quedara de brazos cruzados mientras los douryenses llegaban, inundaban las calles de sangre y le prendían fuego a todo lo que quedaba. Mejor estar prevenidos.

No tardaron mucho en unírsele, todos armados con lo poco que tenían, y la señora Bherna les ordenó ubicarse en la calle principal y a los lados del arco de entrada, detrás de la muralla.

Esperaron bastante, con el sol inclemente sobre sus cabezas, pero la señora Bherna no dejó

que nadie se marchara.

—Si pudieron pasarse años trabajando de sol a sol para un puto esclavista, bien pueden quedarse aquí un par de horas para defender la ciudad que tanta sangre nos costó —dijo, y nadie volvió a quejarse.

El sol rojo del atardecer se cubrió de una nube de polvo y pronto proyectó un puñado de sombras alargadas. El viento alejaba los sonidos de los tambores que marcaban el paso, pero que se dejaron oír cuando los soldados se acercaron a la ciudad. Eso y también las órdenes.

Los muy cabrones eran ordenados, diligentes y veloces, y apenas si les tomó un par de minutos hacer un muro de escudos y comenzar a lanzar flechas, que no vieron hasta que fue muy tarde.

—¡No se dispersen! —exclamó la señora Bherna.

—Levanten los escudos —dijo alguien más.

Sabía que era bastante inútil tener a toda la gente allí, porque ella sola podía encargarse de los soldados, pero quería que estuvieran allí, que la vieran, que supieran de lo que era capaz. Quería ser quien se quedara con el control de Manai.

Cuando la primera flecha hirió a uno de sus vecinas, la señora Bherna sacó los huesos de sus niños y los de los soldados, y los sostuvo con las palmas hacia arriba.

—¡Krasta!

Tuvo que usar uno de sus espíritus para contener a sus perros, que se agitaron, nerviosos, en cuanto olieron la sangre humana.

4 – Akram y Azhar

*Desierto de Larha
Doury Kasesh*

Las sombras que lo rodearon ni bien ingresó al reino de los muertos eran más densas que de costumbre y Akram se alarmó.

—Garth...

—¡Huye, Akram!

A pesar de la advertencia, no fue lo suficientemente veloz para hacerlo y las manos de un espíritu lo sujetaron de las piernas, para evitar que se alejara.

Sintió la presencia de Garth a su lado y, también, la de su madre, aunque solo por unos momentos, puesto que de inmediato comenzó a sufrir las consecuencias de haber forzado el hueso de un cinti oscuro. Todavía recordaba lo mucho que le costó que una yaducare lo liberara, y estaba aterrorizado ante la perspectiva de no poder abandonar ese lugar nunca más.

Se sentía asfixiado, como si estuviera debajo del agua, pero no era el agua lo que le impedía respirar, sino las oscuras manos de la muerte, que apretaban su cuello con dedos gélidos. Mientras tanto, le parecía que otros espíritus se introducían en su boca, buscando abrirse lugar en su garganta para llegar a sus entrañas.

A la desesperación de no poder respirar se sumó, además, la de no poder ver nada en lo absoluto cuando el cinti que lo había capturado lo arrastró hacia lo más profundo de las tinieblas. Ni siquiera un miserable haz de luz lograba penetrar de tan denso que era el aire. Cada movimiento moría en un esfuerzo inútil por escapar de aquel abismo sin fondo, donde el tiempo parecía haberse detenido y el miedo tenía forma, olor y sabor.

Sus sentidos se agudizaron para captar cada sonido que resonaba en el vacío, cada roce helado que le dejaba entrever la presencia de algo desconocido, cada diferencia del aire a medida que seguía cayendo, un poco acre, un poco amargo, un poco ácido. Era todo bastante contradictorio, porque se sentía perdido en una inmensidad que, a la vez, era diminuta y opresiva. Akram se sentía a un paso de volverse loco.

Tratando de mantenerse en razón, pensó en Garth y en su madre, quienes lo cuidaban. Pensó en Indra, en que él moriría allí, en medio de la nada, y ella nunca lo sabría.

Sin darle tiempo siquiera a desesperarse por ya no ver, se dio cuenta que, de a poco, las manos que lo sujetaban empezaban a desvanecerse, y no supo si eso era bueno del todo. Se percató de que los sonidos eran diferentes, ya que podía oír cientos de voces que gritaban, lloraban y gemían, pero no supo si eso ya existía de antes o si había empezado a ponerle atención en ese momento. Sin embargo, las voces se fueron acallando y se quedó en el más absoluto de los silencios. Intentó llevarse las manos a la cara, pero no podía sentir ni sus extremidades ni su rostro. Gritó, desesperado, aunque no pudo oír su propia voz.

«Me robó los sentidos» pensó.

Estaba flotando en medio del infinito, incapaz de sentir algo, pero con una mente que podía pensar y razonar, lo que no le servía para nada.

«Tal vez lo merezco por todo el daño que hice... Este debe ser mi banhdó».



—¡Lo encontré! —Ysha tomó con fuerza la mano de su hermana—. Está en el reino de los muertos y un espíritu se lo está llevando.

Azhar vació su saco de huesos frente a ella. Ysha la imitó y ambas los cubrieron con sus manos para poder estar en contacto con la mayor cantidad de huesos posibles.

—¿Qué hace allí?

—Vaya uno a saber...

—Trianta —dijeron a coro, y ambas, acompañadas de sus espíritus, traspasaron los umbrales de las puertas que separaban ambos reinos y se sumergieron en las tinieblas para ir en busca del kanafi.

Lo hallaron siendo arrastrado hacia el centro de la nada misma, pero el espíritu que lo retenía lo dejó de lado en cuanto las vio.

—Groni —murmuró Azhar y sus espíritus fueron por el kanafi—. Es de un cinti —dijo a su hermana al ver que el humo negro volvía su atención hacia el muchacho.

—Yo me encargo —respondió Ysha. Sus espíritus lo rodearon y la gemela se alejó de allí junto a ellos.

—¿Quién eres? —preguntó Azhar, aunque sin esperanzas de que respondiera, porque se lo veía a un paso de colapsar. Tenía los ojos entreabiertos y flotaba sin controlar su propio cuerpo.

—Akram —susurró.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Debo... Las paraki del Tjar, debo superarlas. Ejército...

—¿Por qué?

—El príncipe Rajesh...

La sangre de Azhar comenzó a retumbar en sus oídos y sintió como si una enorme cantidad de fuego la quemara por dentro. Lo tomó de las manos, para que no se alejara.

—¿Qué príncipe es ese? —atinó a preguntar, apenas siendo capaz de contener sus nervios.

—El fénix de Adheej —dijo en voz apenas audible. Azhar quiso gritar—. Me necesitan. Indra debe ir a Barzy.

Otro nombre importante. Otra persona poderosa.

—¿La chica que se llevó al dragón?

—Sí, Indra... —Una sonrisa atontada se dibujó en sus labios y Azhar se lamentó por él. Todos los cintis de Ásico conocían la maldición de los kanafi, y el que tenía frente a ella parecía estar enamorado hasta los huesos.

Apartó, sin embargo, esos extraños sentimientos para continuar sacándole la mayor cantidad de información posible.

—¿Se resguardarán en Barzy?

—Se llevaron al príncipe de Hienza.

«¡No me jodas!» Las cosas cada vez se volvían más interesantes. Hicieron bien en seguirle el rastro al kanafi, después de todo. Azhar quería que su hermana regresara ya para contarle lo que el chico estaba diciendo.

—¿Quiénes? ¿Cómo lo sabes?

—Estaba con Indra, pero... los soldados del Tjar...

—¿Lo capturaron?

—Sí.

—¿Quiénes acompañan al príncipe?

—No...

—Dime, por favor.

El muchacho se desmayó y Azhar tuvo ganas de abofetearlo hasta que despertara, aunque sabía que sería en vano. Debía ayudarlo a regresar de inmediato al reino de los vivos, antes que los dos se quedaran allí por siempre.

Antes de dejarlo en las puertas que separaban los reinos, Azhar hizo que sus espíritus recordaran su esencia y, ni bien ella misma regresó a su cuerpo, los envió a buscar algunos cabellos y la sangre de Akram.



Akram despertó cuando el día estaba llegando a su fin. Se sentía como después de haber hechizado a alguien. Las manos le temblaban bastante y no podía hilvanar dos pensamientos coherentes, y no tenía idea alguna de lo que le estaba sucediendo. Le llevó un buen rato darse cuenta qué era lo que estaba haciendo y de lo que ocurrió mientras estuvo en el otro reino y, aun cuando lo recordó, le llevó otro rato más pensar con claridad las consecuencias de su encuentro con el cinti.

No había estado solo y había hablado de más.

Se sentó recién cuando el cielo estaba cubierto por un manto negro poblado de pequeños destellos titilantes, y se apresuró a hacer fuego, aunque los temblores en sus manos le dificultaron un poco el trabajo. Cuando las llamas danzaron por sí solas, miró su cuerpo en busca de alguna herida y encontró, en su brazo, un corte. Era mínimo, pero estaba ahí. Ni siquiera le dolía.

—Maldición. ¡Maldición! —Akram sacó el hueso de su madre y el humo nació enseguida de su mano—. Madre, busca a Indra.

—Enseguida.

Los ojos de Akram viajaron por largas extensiones de arena y encontraron a la muchacha y a sus compañeros.

—Indra —dijo. Indra sonrió, pero todos los demás se alarmaron, porque no lo habían visto. El dragón rugió, un perro chiquito comenzó a ladrar, la yaducare metió la mano en su bolso, el príncipe Rajesh palideció y no movió ni un solo músculo—. Perdón, soy Akram, no quise asustarlos.

Indra rio.

—Cobardes —dijo la muchacha y se apartó de los demás—. ¿Cómo estás?

—No muy bien. Algo me va a suceder en la luna negra, y quería decírtelo.

—¿Qué? ¿Vas a hechizar a alguien? Dime que no, por favor.

—No es eso. Estaba tratando de conocer el dueño de uno de los huesos que hallé, pero era de un cinti. De alguna forma, otra cinti me encontró en el reino de los muertos y... Me ayudó a salir de ahí, sí, pero tomó mi cabello y mi sangre.

—¡Maldición!

—Me obligarán a hacer algo, aunque no sé qué.

—No puede ser. ¿La conoces?

—No, no sé quién puede ser, pero las paraki del Tjar me buscan. Quizás una de ellas...

—Maldición. —Indra regresó con los demás y él la siguió—. Tenemos que ir por Akram.

—No, Indra —dijo en voz baja.

—Sí, iremos —se dio vuelta para mirar el humo por unos segundos y, luego, miró a sus compañeros.

—¿Por qué? —preguntó la yaducare.

—Una cinti tomó su cabello y su sangre. Puede que esté al servicio del Tjar.

—Debemos ir por él. —La herbolaria se puso de pie. Indra asintió y se retiró a buscar sus cosas.

—No, es mejor que sigan con sus planes, yo...

—Mañana es la luna negra, Akram —dijo Mhena con algo de alarma y a él se le erizó la piel—. Puedo ayudarte. Resguardarte, en caso de que lleguemos antes o anular la maldición.

—Te costará demasiado y yo... No quiero perder mis poderes, no soy nadie sin ellos.

—Eres más que un puñado de humo asesino, Akram —dijo Indra desde el lomo del dragón. En otras circunstancias, tal vez hubiera sonreído, pero no pudo hacerlo en esos momentos.

—Yo iré —dijo Mhena.

—¿Y yo? —preguntó el príncipe.

—Cuida a Bitzan.

—¿Y el fénix? —preguntó Akram.

—Se fue hace días —respondió Indra—, pero aún no regresa.

—¿Cuánto creen que tardarán en regresar? —Rajesh miró al dragón y él a Mhena. La yaducare se acercó al dragón y hablaron por unos momentos.

—Tres días, pero debo llevar solo a Mhena —dijo el dragón. Indra se vio contrariada por unos momentos, pero luego asintió y se bajó del lomo del dragón, se acercó a su cabeza y le acarició el hocico. A Akram le hubiera gustado poder escuchar de qué hablaban, pero Mhena se acercó al espíritu de Jhasia.

—Si tienes espíritus cuidándote, diles que mis ánimas irán hacia allí.

—Mi madre y algunos otros más. Es mucho tiempo para que estés fuera de ti... Creo que no pensaste en eso —agregó al ver la frustración de Mhena—. No te preocupes. Estoy a una semana de la ciudad más cercana, ustedes me encontrarán antes de que llegue a cualquier lado. Te dejaré hablar con mis guardianes porque no sé qué me harán hacer los cintis del Tjar y cómo voy a reaccionar cuando el hechizo se concrete.

—Eso sería de mucha ayuda, sí. Lo haremos mañana, así podemos acortar la mayor distancia posible esta noche.

—De acuerdo. Perdón por lo que vaya a hacer.

—No te preocupes. Nosotros estaremos bien. Descansa ahora.

—Gracias.

Akram se retiró cuando Mhena estaba caminando hacia el dragón.

Se sentía extraño, con más emociones de las que conocía y de las que podía identificar. Algo en medio de su pecho parecía estar lleno de muchas cosas, pero eran cosas buenas. Ni siquiera pensaba en el miedo que le había bloqueado un poco la razón minutos antes.

Eran extraños y cruzarían los desiertos por él. Apenas los había visto y estaban arriesgando todo por protegerlo de los cintis del Tjar. Si había gente en los caminos, iban a ver al dragón y, sin dudas, iban a ver a Mhena, a quien podían confundir con Indra, pero parecía no importarles.

—¿Madre? —preguntó y abrió los ojos. El humo negro de su madre lo rodeaba y recién en ese momento se dio cuenta de que ella estaba sintiendo lo mismo que él.

—Eso hacen los amigos, Akram. Cuidarnos.

—Apenas me conocen, no saben todo lo que he hecho...

—Saben lo que hiciste por ellos. Saben que lo que hiciste por Adheej es más de lo que ellos pudieron hacer en años. Te necesitan tanto como tú a ellos.

El humo negro se diluyó cuando el agotamiento de su madre la regresó al otro reino, y Akram se quedó solo otra vez.

«Veré a Indra» pensó, alarmado, al darse cuenta de que podía lastimarla si esa era la orden del kanafi que lo hechizaría. Tenía que hacer algo urgente para ser lo más inofensivo posible y eso le dejaba una sola salida.

«No puedo hacerlo» se dijo al pensar en esa alternativa. Le había costado esfuerzo, tiempo y mucho dolor conseguir todos esos huesos.

—Tiene que haber otra opción, algo más —dijo y empezó a caminar de un lado al otro.

Se paseó en los alrededores de la fogata por un buen rato, hasta que su propia voz resonó entre sus pensamientos.

«¿Indra o tus espíritus?»

Una parte de él respondió de inmediato «Indra», pero su razón le decía que lo más coherente era conservarlos. ¿Quién era Indra, después de todo?

—Es... —Akram sonrió—. Es Indra, la persona más importante de mi mundo.

Buscó su bolsa de huesos y sacó a todos ellos. Se sentó frente al fuego, puso las palmas hacia arriba y los miró. Ya no quedaba ninguna duda en él.

—Risda nul dasta —dijo y las runas talladas comenzaron a brillar—. Risda den fari. —Los huesos empezaron a temblar—. Risda jet akro mhas dari go vire.

Una explosión de humo salió de cada uno de ellos, pero ya no era humo negro, sino blanco. Había liberado a todo su ejército y los espíritus regresaron al reino de los muertos, donde descansarían eterna y apaciblemente en la luz, donde nadie volvería a molestarlos nunca más, ni él mismo siquiera.

Ochenta y tres huesos que se volvieron polvo en su mano. Ochenta y tres espíritus que había sometido para que le obedecieran y cumplieran con sus órdenes. El trabajo de la mitad de su vida.

Aun así, Akram sonrió. Indra valía para él más que todo su ejército.

5 – Baddi

*Indvhe
Doury Kasesh*

En medio de una inmensidad de arena dorada se alzaba una estructura cuadrada, de muros de piedras rojizas. En medio de la colosal construcción, las puertas de madera estaban cerradas, y se veía a una larga fila de personas que aguardaban para entrar por una, en comparación, diminuta puerta secundaria.

Había unos altos andamios en la entrada principal, lo que hacía pensar en que estaban reparándola. Los obreros se veían como hormigas que se paseaban de un lado al otro en los diferentes niveles de la estructura.

Al acercarse más, Baddi se dio cuenta de que las antiguas puertas ya no existían y las habían reemplazado por unas de ébano. Descansando en la arena había una descomunal cabeza de dragón hecha de oro; los ojos del crahsti eran dos imponentes rubíes y un centenar de estas mismas joyas decoraban los cuernos del animal. Al parecer, el Tjar ya no se sentía cómodo con el crahsti que había representado a su país hasta ese momento, el zorro de la arena.

A media tarde la caravana de Baddi ingresó al fin a la ciudad. Las serpenteantes calles estaban atestadas de esclavos, mercaderes y camellos, y los gritos de los vendedores se superponían unos con otros. Baddi antes disfrutaba de llegar a la capital y ver la explosión de colores en los vestidos, los toldos, las frutas y las especias en los puestos del mercado, aunque en esos momentos no ponía demasiada atención a nada. Ni siquiera se interesó por apostar cuando pasaron por el lugar donde los monos peleaban, algo que siempre le gustó hacer.

Se apresuraron a buscar una posada y, mientras los esclavos acomodaban las habitaciones, Baddi dejó a Renjy a cargo de las niñas y se encaminó de inmediato hacia el palacio, para solicitar una audiencia con el Tjar. No quería ir con su familia, porque no sabía cómo la iba a recibir, si le daría protección o si la trataría con respeto, siquiera. Su padre fue uno de los hombres más importantes del Tjar por muchos años, pero era consciente de que su muerte no significó nada para él. Baddi no supo que se hubiera iniciado ninguna clase de averiguación, no puso a los cintis a trabajar para encontrar a Akram, a pesar de que la magia podía dejar muchos rastros que los otros cintis eran capaces de hallar, ni tampoco se había puesto en contacto con ella para darle las condolencias, a pesar de haber estado en la antigua capital de Adheej para designar un nuevo gobernante.

Renjy se opuso desde un inicio a ese viaje, porque sabía lo que Akram era capaz de hacer, pero Baddi no podía dormir sabiendo que el asesino de su familia estaba caminando por las calles de Dkol nur Shana como si nada hubiera pasado. Tanto insistió en quedarse, que tuvo que contarle lo que hizo con la señora Bherna para liberarse de Akram. Por supuesto que no le dio todos los detalles. Renjy hubiera tomado a las niñas y hubiera desaparecido de haberlo sabido. No, Renjy no podía nunca saber lo que hizo por protegerlos de Akram y para así poder darles algo de paz a su madre y a sus hermanos. No le importaba el descanso de su padre; no se merecía más que una eternidad atormentada por sus acciones en vida, después del horror que fue vivir

con él. Sin embargo, era consciente de que si quería justicia, debería utilizar su nombre para conseguirla.

La posada donde se alojaron estaba a varias calles de la ciudadela del Tjar y Baddi decidió caminar hasta allí, por que llamaría mucho menos la atención que si usaba alguno de los carros de a familia. Renjy nunca fue un hombre avaro y, según decía, la forma en que las personas se transportaban por el mundo debía ser un reflejo de sus finanzas; cuanto más lujoso fuera su transporte, más negocios importantes atraería. Baddi no lo cuestionaba, era él el que sabía cómo buscar las mejores oportunidades y, después de todo, había hecho un excelente trabajo para aumentar el contenido de las arcas de la familia.

La Ciudad Sagrada, como se llamaba al conjunto de edificios que conformaban la ciudadela, estaba rodeada por un profundo foso de veinte pasos de ancho y resguardada detrás de muros altos, en los que se podían ver tallados y pinturas de las exitosas campañas bélicas que habían llevado a cabo los miembros de la familia real. A la derecha de la entrada principal, se encontraba la mayor y única gran hazaña del actual Tjar: la anexión del territorio de Adheej. La escena representaba al en aquel entonces príncipe Rizwan ingresando a Dkol nur Shana con la cabeza del Tjar Jalush clavada en su lanza, mientras que su ejército lo seguía de cerca, masacrando a los prury a diestra y siniestra

Sin ponerle más atención a los murales, se encaminó hacia el puente levadizo que separaba la Ciudad Sagrada del resto de Indvhe. Tras cruzarlo, una puerta enrejada bloqueaba la entrada y un guardia armado la detuvo para preguntarle los motivos de su visita. Después de escribir sus razones en tres enormes libros, y de hacerle firmar cada uno de ellos, a Baddi le permitieron ingresar y lo hizo escoltada por dos soldados. Otra larga caminata la llevó hacia el edificio principal, y una serie de pasillos la condujeron hasta la cámara real, donde el Tjar la recibiría.

Baddi creyó que sería una reunión urgente, dadas las circunstancias, pero se encontró con una fila de más de cincuenta personas, de diferentes estratos sociales. Se sintió completamente frustrada. La estaban tratando como a un vulgar mercader de especias.

—Pertenezco al séptimo naasdi —dijo a uno de los guardias que la acompañaban—, no sé por qué me pusieron en esta sección del palacio.

—Ya no. Usted es del cuarto naasdi, señora Baddi —corrigió—. Su marido es comerciante.

—Mi padre, el Gran Señor Uzair...

—Su padre ya está en el reino de los muertos, señora —sonrió con suficiencia—, y usted no ostenta ningún cargo que la coloque por encima del cuarto. No sé qué le hizo creer que iba a permanecer en el más alto estrato, siendo que...

—¡Esto no puede ser! —exclamó.

—¿Me está gritando, señora Baddi? —preguntó sin quitar su estúpida sonrisa. Parecía que estaba disfrutando de su desgracia—. Pasará al primero si sigue haciendo tanto escándalo. Acepte su posición y compórtese como lo que es, la esposa de un comerciante.

Baddi trató de recuperar la compostura, porque si lo que decía era cierto, la iba a pasar muy mal si decidía continuar con su actitud.

—El Tjar sabrá de esto —murmuró.

—Estoy seguro de que sí, pero a menos que sea lo suficientemente hábil como para gobernar una ciudad, ser una maestra o una sacerdotisa, dudo que su situación cambie mucho después de su encuentro con el Tjar.

El guardia le dio la espalda y se retiró. Antes podría haberlo hecho azotar, pero parecía que ya no era nadie.

«Hasta que hable con su Majestad y recupere mi posición». Baddi levantó el mentón,

acomodó su pañuelo y se dispuso a esperar, con toda la dignidad que pudo.

La fila se movió bastante rápido, pero cuando faltaban apenas diez personas para que le llegara el turno a Baddi, los guardias llegaron para despedir a todos, puesto que el Tjar se había retirado a descansar.

Cuando Baddi dejó la Ciudad Sagrada, las calles estaban iluminadas por antorchas y algún que otro farol colgado en la puerta de uno que otro hogar. Estaba agotada cuando llegó a la posada, por lo que se dio un baño y se fue a descansar.

Antes del amanecer, ya estaba en pie y lista para ir a pedir audiencia, pero grande fue su sorpresa cuando llegó a las puertas de la ciudadela y se encontró con otra desmesurada cantidad de gente aguardando por hablar con el Tjar. Sin embargo, no iba a darse por vencida; su familia se merecía justicia y Akram tenía que pagar por lo que les hizo. Y quería regresar a su naasdi de nacimiento, además. Era una injusticia que le arrebataran sus privilegios de un día para el otro.

El día pasó y Baddi estuvo de pie, avanzando a paso de hormiga en una fila que parecía crecer cada vez más. Como el día anterior, el Tjar terminó la jornada al anochecer y Baddi volvió a retirarse arrastrando una enorme cantidad de agotamiento y frustración.

Se despertó más temprano al día siguiente, pero lo mismo se encontró con un montón de personas que habían llegado antes que ella.

«¿A qué hora hay que llegar, maldición?»

De todos modos, se negaba a hablar con alguien de un naasdi inferior para quitarse la duda. Ella nació en el séptimo naasdi, aunque allí se empeñaran en tratarla como a alguien inferior.

El día pasó igual que el anterior y Baddi regresó más frustrada, agotada y hambrienta que el día anterior, pero a pesar de eso, despertó mucho antes al siguiente, para intentar llegar entre las primeras personas.

Fue en vano, ya había una importante cantidad de gente allí cuando ella llegó. Estaba furiosa, y su sentimiento siguió creciendo a lo largo del día, mientras esperaba por una cita que nunca llegaba y que tampoco llegó ese día.

Baddi no podía dormir, a pesar del cansancio, porque el recuerdo del niño que murió bajo su mano decidió visitarla esa noche, por primera vez. Desde que hizo ese ritual, no había pensado en esa criatura ni una sola vez, porque estaba completamente convencida de que hizo lo que cualquier madre hubiera hecho para proteger a sus hijas. Sin embargo, esa noche se preguntaba una y otra vez si la madre de ese niño tuvo la oportunidad de protegerlo, de hacer hasta lo imposible para que no lo llevaran de su lado. Tal vez lo entregó pensando que tendría una mejor vida con otra familia, tal vez lo vendió, tal vez la señora Bherna se lo robó o fue completamente sincera con ella, tal vez su madre murió mientras lo defendía.

Baddi dio vueltas en la cama hasta que decidió largarse. Dejó la posada a mitad de noche, pero ya había gente esperando cuando ella llegó. En ese momento se dio cuenta de por qué siempre había personas antes que ella. Dormían allí. Muchos eran esclavos prury, los reconoció por las pulseras de hierro, aunque no hubiera visto a ninguno de ellos en los días previos.

«Soy una imbécil. Podría haber enviado a uno de mis esclavos».

Así y todo, no regresó. No iba a poder dormir de todos modos; sabía que ese rostro pequeño iba a continuar atormentándola hasta que volviera a levantarse de la cama.

Cuando los primeros rastros del amanecer empezaron a hacerse visibles, llegó un grupo de esclavos que no se veía como los que ya estaban allí. Estos lucían mejor vestidos, mejor alimentados y, además, estaban armados con bastones. Se dirigieron hacia el inicio de la fila, dispuestos a ocupar el primer lugar. Baddi se alarmó, porque ellos llevaban allí toda la noche, aguantando el frío y la incomodidad.

Los esclavos se incorporaron al verlos llegar y una mujer mayor que estaba cerca de Baddi la tomó del brazo para sacarla de allí.

—¿Qué cree que hace? —Baddi quiso liberarse de la mano de la mujer, que se cerraba como una tenaza alrededor de su brazo.

—Ven, si no quieres que te golpeen a ti también.

—Soy la hija de...

—Les importa una mierda quién seas, chica. Cuando empiecen a volar los palos, no va a importar a quiénes les caigan.

Y la señora estuvo en lo cierto. Los recién llegados empezaron a golpear a los primeros de la fila cuando estos se negaron a retroceder para dejarles el lugar y estos respondieron sacando sus dagas. Pronto los gritos de dolor reemplazaron a los de «¡Largo!» y las pocas personas que se habían negado a dejar sus puestos, fueron agredidas también. No pasó mucho hasta que llegó un grupo de soldados a imponer el orden a fuerza de sablazos y golpes.

Se llevaron a los calabozos a alrededor de quince personas y los demás se apresuraron a buscar un lugar en la fila. Baddi fue una de las últimas en reaccionar, porque la brutalidad de la escena revivió su propia falta de piedad con el pequeño al que le arrebató la vida para poder esconderse de Akram. Al regresar, no le quedó otra opción más que el último lugar.

Cuando el sol al fin se despegó del horizonte, los guardias bajaron el puente y los ciudadanos comenzaron a entrar a la ciudadela.

Los cadáveres de quienes habían muerto en el enfrentamiento continuaban allí cuando Baddi salió, casi al anochecer. Apestaban. Se oía el zumbido pesado de las moscas y las ratas no se inmutaron y continuaron alimentándose cuando el torrente de gente que había ido a ver el Tjar salió a la calle.

Regresó a la posada cargando el doble de resentimiento, frustración y agotamiento que el día anterior. No quiso ver a Renjy ni a las niñas y se encerró en su habitación sin querer ver siquiera a los sirvientes. No estaba de humor para juegos, ni preguntas, ni las insistencias de su esposo para que dejara el tema de una vez.

Al día siguiente despertó cuando el sol ya estaba alto en el cielo. Se maldijo por su pereza en un inicio, pero luego pensó que estaría bien pasar unos momentos con su familia, ya que hacía días que apenas si los veía. Su sorpresa fue mayúscula cuando se dirigió a la sala y no encontró más que silencio. Fue a la habitación de las niñas y estaba vacía; la de Renjy igual. Sin embargo, sobre la cama revuelta había un sobre.

«Tal vez decidieron pasar el día afuera» se dijo antes de extraer la nota del interior.

Pero no, no se habían ido a pasar el día a ningún lado. Renjy se había largado con las pequeñas. Con sus pequeñas.

No había más que unas pocas palabras que lo decían, pero el dolor y el miedo de Renjy podían leerse en cada una de las letras de esa nota.

Mi amaba Baddi:

Por favor, no nos busques hasta que no hayas decidido terminar con toda esta locura, hasta que no hayas renunciado a esta absurda idea de venganza.

Akram nunca estuvo jugando y no voy a permitir que se lleve a mis hijas.

Renjy

Baddi corrió a buscar a los sirvientes, pero no quedaba nadie. Nadie que le dijera cómo, ni cuando, ni a dónde. Ni siquiera un por qué, aunque eso era lo más fácil de saber. Renjy vivía

aterrado desde que conoció a Akram.

—¡Maldito cobarde!

Baddi destruyó la habitación por completo. Rompió los vidrios, las alfombras, los cortinados, y ni siquiera las flores se salvaron de su ira. Las diez sillas de madera terminaron reducidas a meras astillas, los sillones despanzurrados vomitaban relleno hacia todos lados, los colchones y los cojines, lo mismo.

Sin haber aplacado su furia, caminó hasta el edificio principal y preguntó a gritos por su esposo y sus hijas.

—Se marcharon ayer a mediodía, señora Baddi —dijo una muchachita que parecía aterrada—. Pensamos que... Que usted también lo sabía. El señor Renjy pagó por la semana completa.

—Dame todo el puto dinero ahora. Me marchó.

—Pero señora...

Baddi levantó la mano que tenía la daga.

—No creas que no he matado antes, mocosa. Dame el dinero.

—No tengo esa suma aquí —dijo sin quitar los ojos de la punta afilada que señalaba a su pecho—, el señor Dhalo se lleva la recaudación cada día.

—Pues le dices que me lo regrese. Iré por mis cosas y cuando vuelva quiero mi dinero.

La muchacha asintió.

Baddi no se fijó en el desastre que hizo minutos antes. Tan solo se dirigió a la habitación. Buscó entre sus cosas y solo sus vestidos, túnicas y sandalias estaban allí. No estaban sus collares, ni sus anillos, ni sus pulseras.

—No me dejó ni una miserable moneda, maldito sea.

En un primer momento pensó en llevarse todo, pero luego pensó en los destrozos que causó y solo tomó algunas túnicas y un par de sandalias. Dejaría sus lujosas prendas para compensar los daños.

Baddi se largó a reír por lo absurdo que le pareció, pero la risa se convirtió en lágrimas no mucho después.

«Mis niñas... Renjy...»

¿Qué sentido tenía sacrificar tanto por el bienestar de su familia, si ya no tenía una familia a quién proteger? ¿Qué le quedaba, sino dolor y una enorme cantidad de resentimiento?

Akram le había arrebatado todo y lo haría pagar por eso.

6 – Indra, Mhena y Rompehuesos

Desierto de Dunayar

Hienza

—¿Dormiste con Mhena alguna vez?

—¿Qué? —Rajesh se sentó de golpe—. Cómo se te ocurre preguntarme algo así, Índara, por favor.

—Estoy aburrida. —Indra estaba recostada bajo el toldo, resguardándose del sol en las horas más terribles. Rajesh resopló y volvió a tirarse sobre su manta. No había mucho para hacer mientras esperaban.

—Búscate algún tema más interesante y menos incómodo, al menos.

—Muchas veces me imaginé que ustedes tenían algo.

—¿Por?

—No sé —sonrió—. Tal vez te vi mirarla de alguna forma...

—¿De qué...? ¿Qué forma? ¿De qué hablas? —preguntó nervioso e Indra rio—. Seguro estabas drogada.

Indra encogió los hombros... Estuvo drogada de forma constante por años, después de todo.

—Te gusta, ¿verdad?

—Mhena es mi compañera, mi guía...

—Una cosa no quita la otra.

—A Mhena no le interesa relacionarse de esa forma con nadie, Índara.

—¿Entonces lo intentaste, picarón! —Indra aplaudió.

—No, fue algo que hablamos una vez que estábamos tan aburridos como tú y yo ahora.

Indra resopló.

—Yo pensé que iban a tener *Rajeshitos* y *Mhenitas* en algún momento.

—De casualidad conseguíamos para comer, no sé quién querría traer niños al mundo en esas circunstancias.

—No es cuestión de querer, es algo que ocurre porque la diosa Vari así lo desea... y porque un hombre y una mujer se acuestan. ¿Con cuántas mujeres te acostaste, Rajesh?

—¡Por todo lo que es sagrado, Índara!

—Bueno, hombres, entonces...

—¿Y tú? —preguntó sin responderle.

—No lo sé, no llevo la cuenta. ¿Y si tienes descendientes bastardos por ahí?

—Es un poco imposible.

—Nada es imposible.

—Que tenga hijos sí, puesto que no...

—¡No me jodas!

—Nunca tuve demasiado tiempo para pensar en relacionarme con alguien, Índara.

—Eso no se piensa mucho... y por eso una después termina con el vientre abierto, desangrándose en mitad de la calle.

—Por eso. Mucho antes de llegar a Dkol nur Shana me enteré que eso ocurría con mucha frecuencia. Cuando llegué a la ciudad, conocí a un montón de muchachas, pero saber lo que sucedía me detuvo de pensar siquiera en hablarle a alguna de ellas. No quería ser el causante de la muerte de una persona.

—Dos.

Rajesh dudó por unos momentos.

—Dos, sí. Después, supongo que me acostumbré.

—Algún día va a llegar alguien que te va a hacer querer hacerle cosas.

—Supongo... —dijo en voz baja. Se veía un poco abatido—. Además, cuando recupere el trono, tendré que casarme y tener niños para que continúen con mi linaje.

—Se diría que no pareces demasiado contento con la idea.

—Mi vida es un constante «Tengo que hacerlo», «Debo hacerlo», «Es mi obligación, mi deber, mi obligación, mi deber» y así... Nunca un «lo hice porque quería». Por el bien de Adheej, me casaré con quien *deba*, no con quien quiera. Tendré hijos para perpetuar mi linaje, volveré a casarme, tal vez, para reforzar alianzas y seguiré teniendo hijos...

—¿Y a ti qué te gustaría hacer?

—Me conformo con... —Una bola de fuego cayó frente a ellos, haciéndolos sobresaltar. Rajesh comenzó a reír al ver que el fénix había regresado, al fin—. ¿Dónde estabas? ¿Por qué tardaste tanto?

—Regresé a mi nido. Era momento de morir y renacer.

—Pues quedaste precioso —dijo Rajesh, emocionado.

Indra no vio ningún cambio significativo en él, pero tampoco es que le hubiera puesto demasiada atención antes. El fénix y el dragón parecían no llevarse del todo bien y ella estaba del lado de su *crahsti*, por supuesto, fuera cual fuera el conflicto entre ambos.

—¿Duele morir? —preguntó Indra.

—¡Índara!

—Morir es pacífico. La agonía es dolorosa.

—Debe ser bien raro morir a cada rato...

—Índara, por Vari.

—Cada una de mis muertes ha sido diferente, así que no es raro. Podría decir que sorprendente, sí. Me han matado, he enfermado, he muerto porque mi ciclo ha llegado a su fin.

—¿De verdad te enfermas? —preguntó Rajesh.

—No siempre nazco perfecto. Algunas veces mi cuerpo tiene deformidades dolorosas que me llevan a morir de nuevo a los pocos días, otras veces duro algunos años que se vuelven una constante agonía. Me he quitado la propia vida en varias oportunidades, debo decir, pero siempre, siempre vuelvo a nacer.

Indra asintió. Seguía pensando que llevar una existencia eterna debía ser horrible, como poco. Rajesh pareció adivinar sus pensamientos, porque se acercó al fénix, sonriendo, antes que ella soltara alguna de sus burradas.

—Eres el ser más maravilloso que ha vivido en esta tierra alguna vez.

El ave de fuego pareció ganar más altura de la que ya tenía.

—¿Naces y eres adulto?

—Así es, por eso me fue posible regresar tan rápido. ¿Dónde están los demás, por cierto?

—Fueron por el...

—Por Akram —se apresuró a decir Rajesh.

—... Kanafi —continuó Indra, a pesar de la interrupción. Las plumas del fénix se agitaron.

—¿Un kanafi? ¿Por qué?

—Es mi amigo —respondió Indra. Rajesh parecía querer desaparecer de la faz de la tierra—. Me ayudó cuando nadie más estaba para mí. Ahora él necesita de nuestra ayuda y Mhena y el dragón fueron por él.

—Comprendo, aunque no esté de acuerdo con su llegada.

—Es una buena persona —dijo Rajesh.

—Un kanafi no puede ser nunca una buena persona.

—Akram sí —aseguró Indra y Rajesh le contó al fénix lo que el kanafi hizo por su pueblo y por ellos. El ave parecía no querer convencerse a pesar de lo que le decía, pero terminó por creerles eventualmente. Menos mal, porque Indra estaba a un paso de estallar. Que se metieran con ella todo lo que quisieran, no le molestaba, pero no con él. Akram tal vez hizo un montón de cosas cuestionables por ser un kanafi, pero estaba dispuesta a poner ambas manos en las llamas por defenderlo de cualquiera que se atreviera a dudar de sus intenciones y de su buen corazón.

«Por Vari, que Mhena y el dragón puedan traerlo a salvo». Cerró con fuerza los ojos por unos instantes, mientras pensaba en ellos, y luego quiso sonreír. Volvería a verlo.

Sin darse cuenta, se llevó la mano al cabello y maldijo la mugre que llevaba encima desde hacía semanas. Sintió más vergüenza que cuando el fénix le anunció la llegada del príncipe de Adheej, al pensar en que Akram la encontraría con esas fachas y con esos olores encima.

—Debemos ir a Barzy —dijo Indra casi sin pensarlo.

—¿Ahora? —preguntó Rajesh y ella encogió los hombros.

—Ya me cansé de estar haciendo nada. El fénix ya regresó. Además, no quería entrar a Barzy con Rompehuesos, pero él no está ahora. Tenemos que aprovechar e ir a hablar con la Tjarina.

—¿Rompehuesos? —preguntó el fénix.

—El dragón —contestó Rajesh. El ave soltó una musical carcajada, poblada de chispas rojizas, como el dragón hacía.

—¡Vaya nombre tan ridículo!

—Él lo eligió —sonrió Rajesh.

—Se lo dijimos, pero a él le pareció muy apropiado para su imagen —rio Indra—. Deberías reírte ahora todo lo que quieras, porque no creo que a él vaya a gustarle mucho que te burles de su elección.

El fénix soltó un par de chispas más, luego sacudió su plumaje y volvió a mirarlos.

—Índara tiene razón. Iremos a Barzy.

—Pero...

—Ya, Rajesh. Te eligió el crahsti más poderoso e inteligente de todo Ásico, no lo hagas dudar de su buen juicio. Él vio en ti lo que se necesita para recuperar Adheej. Es momento de honrar tu linaje y tu palabra.

Rajesh respiró profundo, como si estuviera buscando en el cálido viento del desierto el coraje y la voluntad que necesitaba. Asintió después de soltar todo el aire que había acumulado por largos segundos.

—Juntemos nuestras cosas.



—Me duele el trasero —se quejó Mhena.

—¿Y el brazo?

—No me molesta, está curando bien. —El dragón plegó las alas, buscando descender—. No, Rompehuesos. Debemos encontrarlo antes de la hora de la luna, o las cosas pueden ponerse difíciles.

Las alas volvieron a impulsarse en el aire.

—¿Puedes buscarlo? Creo que no estamos tan lejos de él.

—Haré el intento. —Mhena buscó un hueso en su bolso y lo sujetó con fuerza. De inmediato una voluta de espeso humo blanco salió de él—. Busca a Akram.

El humo se expandió hasta deshacerse y Mhena viajó siendo los ojos del espíritu, buscando entre las eternas dunas doradas. El cielo se había pintado de miles de tonalidades, y el sol era un inmenso disco rojo que empezaba a fundirse con la arena. Hallaron a Akram al poco tiempo. Estaba en el mismo lugar desde el que les habló, atado de pies y manos a una roca. Mhena sintió mucha pena por él.

—Está cerca, gira un poco hacia el sol.

El dragón obedeció y antes de que el sol terminara de ocultarse, llegaron a Akram. El muchacho cerró los ojos para protegerlos de la arena y su instinto lo hizo querer escapar ni bien el dragón aterrizó, pero por más que tiró de sus ataduras, no logró moverse.

Una gran cantidad de humo negro se formó a su alrededor de inmediato.

—Soy Mhena y él es Rompehuesos —dijo ni bien sus pies tocaron la arena. El humo se apartó un poco, pero continuó allí.

—Gracias —dijo Akram.

—Te desataré.

—¿Estás segura? —Mhena asintió—. Risda.

El humo negro desapareció por completo.

—Llegamos a tiempo, podré protegerte del hechizo —dijo mientras se acercaba a la atadura de su brazo derecho. Le costó un poco hacerlo con una sola mano, pero al fin lo logró.

—Yo sigo, no te preocupes. —Akram liberó su otra mano y se sentó para liberar sus piernas, aunque antes buscó en el bolsillo de su camisa y le entregó cuatro huesos—. Ten, son quienes me protegen. Ya saben lo que harás, así que no van a intervenir.

A Mhena le sorprendió la confianza que depositaba en ella. Era casi imposible que alguien entregara sus huesos a otro cinti.

—¿Estás seguro?

—Son de Jhasia, mi madre; Ákrut, mi tío; Ojab, un vecino de mi aldea y Garth, un esclavo que me ayudó en vida. Si debes liberarlos, hazlo, pero me gustaría poder mantenerlos conmigo.

Esa petición atentaba contra sus principios, pero Mhena asintió. No los regresaría a su reino, porque eran importantes para él.

—Perdón que pregunte, pero... ¿dónde están los demás?

—Los liberé anoche.

—¿Eran muchos?

—Ochenta y tres.

Mhena sintió un escalofrío primero, y una inmensa sensación de gratitud después, no solo porque esos espíritus eran libres ya, sino porque Akram estaba protegiendo a Mhena y a los demás de él mismo.

—Gracias.

—Tenía que hacerlo. Puedo volver a buscar más en otro momento. No quería hacerles daño

a ustedes, y no sé qué quiere de mí esa cinti. Es mejor así, que sea inofensivo.

Mhena asintió, asombrada. Indra no se equivocaba cuando decía que él era diferente a los demás kanafi. Miró al dragón, buscando su reacción, pero este se había echado en la arena y parecía dormido.

—Empezaré ahora.

—Gracias. Puedes usar mis huesos, si lo crees conveniente. Ellos responderán.

—Si los invoco, solo será para liberarlos. Mi condición no me permite intervenir más que para garantizar su descanso.

—Comprendo. Por favor, no te asustes si ellos deciden ayudar.

«Ancestros de mis ancestros, madre de mi madre, necesito de su ayuda y protección. Madres, tías, hermanas, hijas, abuelas. Que el linaje blanco que crearon mis antepasados acuda en este momento. Soy Mhena, la última yaducare de la familia de Manya, la dama de las flores. Necesito su ayuda para proteger a Akram de las malas intenciones de los cintis que quieran dañarlo».



Le ardían las alas, el pecho, el lomo. Hasta la punta de la cola, para ser sincero. Hizo la distancia de un día y medio en menos de un día y su cuerpo estaba pagando las consecuencias.

Se había tirado a descansar y la arena, que todavía conservaba algo de la calidez del sol, le ayudó a aliviar un poco los ardores. Akram no le pareció tan interesante a primera vista, así que dejó que Mhena y él arreglaran sus asuntos. Él ya había cumplido con llevar a la poderosa herbolaria desde un medio de la nada hasta otro medio de la nada, pero más lejos. Los escuchó hablar, pero no le importaba mucho lo que dijeran. Seguro la conversación involucraba espíritus y esas cosas que a él personalmente le interesaban poco y nada. Quería regresar con Indra cuanto antes, porque sabía que allí estaban muy cerca de las ciudades. Y las ciudades tienen hombres, y los hombres lanzas y las lanzas puntas filosas.

El dragón se incorporó y se dio cuenta que había dormitado un poco, al parecer, porque ya no quedaban rastros del sol. Sin embargo, no estaba oscuro allí. Una cantidad descomunal de hilos de luces blancas rodeaban a los dos humanos, los envolvían, flotaban a su alrededor con una calma tal que le hacían sentir mucha paz.

El dragón se sentó a mirar, porque eran unas luces muy bonitas y no era que su vida tuviera mucho de eso, sino más bien todo lo contrario.

—¡Akram! —dijo una voz aterradora y las escamas del dragón se estremecieron y sus plumas se erizaron y su corazón de fuego se heló en un instante—. *Deseas con todas tus fuerzas dirigirte a Indvhe y alojarte en la posada junto a las puertas de la ciudadela. Allí esperarás hasta que las gemelas te encuentren. Harás hasta lo imposible por cumplir con tus deseos, sin importar nada más. Esa es mi voluntad y la cumplirás.*

Los humanos estaban tomados de la mano y el dragón vio que las luces se agitaron. Una luz azul buscaba la forma de penetrar entre las blancas y estas se movían en todas direcciones para repeler sus intentos.

«¡Quiere alcanzar a Akram!»

El dragón rugió, sin dudarlo, y lanzó una correntada de fuego con sus intenciones puestas en que solo quería ahuyentar a la luz azul, para no dañar las ánimas de Mhena. Se oyó un agudo aullido de dolor que obligó a los muchachos a cubrirse los oídos y, cuando sus manos se separaron, las luces blancas se alejaron de Akram. Alarmado, el dragón saltó hacia él, lo tomó

entre sus garras y levantó vuelo. Tenía que alejarlo de la luz azul.

Akram estaba aterrado y se abrazaba a una de sus patas con fuerza. El dragón miró hacia atrás y vio que la luz azul los seguía, por lo que ascendió lo más que pudo y, cuando sintió que sus alas se le desgarrarían de punta a punta, envolvió su cuerpo con ellas para proteger al humano. Buscó por unos momentos para luego dirigirse hacia la luz azul, que estaba no muy debajo de ellos. La caída le otorgó una velocidad inusual y, a pocos metros de impactar con ella, abrió las fauces y engulló ese rayo azul molesto y dañino. Le pinchó el paladar y la lengua buscando salir, pero el dragón se llenó el hocico de fuego y este se escapó en rojas ráfagas entre sus labios. Volvió a escucharse otro punzante alarido y a ese le siguieron muchos gritos de dolor y terror. Akram sudaba, temblaba y estaba sumido en un absoluto pánico, por lo que él podía oler, pero no iba a dejar de soltar fuego hasta que esa voz se callara para siempre.

No pensó en la velocidad en la que caían, ni en que la arena se acercaba peligrosamente hasta su cuerpo, sino hasta que los gritos cesaron y ya era muy tarde para frenar el descenso. Se giró lo más que pudo para no reventar los huesos de Akram con su peso, y cayó de lado. Oyó unos cuantos crujidos alarmantes y muchos pinchazos de dolor en las costillas, una de sus patas traseras y en la cabeza.

Los espíritus de Mhena llegaron antes que ella, y lo rodearon de paz y de luz, y el dragón pensó en Indra. Si él se había triturado los huesos y se moría allí, al menos que quedara Akram para cuidarla. Levantó el ala derecha con cuidado y movió la cabeza para ver si aún el chico seguía vivo. Sí, estaba vivo. Medio perdido por el dolor y el miedo, pero no había oído ninguno de sus huesos quebrarse y eso era bueno.

—¿Estás bien? —le preguntó. Akram se soltó y buscó la forma de salir de entre sus patas. El ala cayó de nuevo cuando el muchacho se alejó lo suficiente para no ser aplastado.

—Estoy bien, ¿y tú?

—¡Dragoncito! —Mhena se acercó corriendo y se arrodilló junto a su cabeza—. Maravilloso ser de fuego, lo que hiciste fue asombroso. Innecesario, pero grandioso. —Le acarició las escamas entre los ojos y apoyó la cabeza en su frente—. ¿Dónde te duele?

—¿Dónde no?

—Dime, mis ánimas van a curarte.

—Todo el cuerpo, entre el agotamiento y la caída.

Mhena se apartó apenas y las bellísimas luces blancas envolvieron su cuerpo y las sintió en su piel, en sus músculos, en sus huesos.

«Cuánta paz».

—Destruiste a un kanafi, poderoso dragón —dijo Akram, y se sentó muy cerca de ellos. El dragón lo miró y se veía entre asombrado y feliz. Le cayó bien Akram.

—¿Estás seguro? —preguntó Mhena.

—No es normal que alguien intervenga en un hechizo, pero cuando la orden es destruida, el kanafi muere con ella.

—¿Por eso los gritos? —preguntó el dragón.

—Murió en una horrible agonía, te lo aseguro.

—Vaya...

—Te ordenaron ir a Indvhe —dijo el dragón.

—Era una de las posibilidades, sí.

—¿Y ya estás a salvo?

—Por esta noche, sí. No sé la próxima luna negra.

—No lo permitiremos —dijo Mhena—, y ya lo saben.

—Se cuidarán, estoy seguro, pero tienen mi esencia.

—La cambiaremos, entonces. Ya mismo.

Mhena se puso de pie y Akram la imitó.

—¿Tú... puedes hacerlo? —se veía escéptico.

—Soy la última descendiente de Manya, la Dama de las flores.

—Por Vari, ahora comprendo por qué tus ánimas no dejaron que la orden me alcanzara. Estudie sobre ella, una de las yaducare más importantes de la historia. Discúlpame por desconfiar de ti, no quise ofenderte.

«Indra tenía razón al decir que confiara en Mhena y sus habilidades» pensó el dragón, mientras las luces continuaban danzando sobre él.

—Está bien, ya estoy acostumbrada —sonrió—, mi apariencia no es muy imponente que digamos. Bueno, desvístete, comenzaremos ya mismo.

Akram se sorprendió y el dragón se largó a reír por su reacción, mientras veía las chispas doradas perderse entre las luces de las ánimas de Mhena.

—Espera, esto... ¿cambiará quién soy? No quiero dejar de ser un kanafi. No por ahora, al menos.

—Te prometo que no interferiremos en eso. Tan solo haremos que tengan que perder mucho tiempo y energías en volver a encontrarte.

Akram asintió y, después de dudarlo por unos momentos, se quitó la ropa. Tenía muchas manchas azules en todo el cuerpo y el dragón recordó que Indra le había hablado sobre ello. Cada vez que hechizaba a alguien, su piel se teñía un poco más de azul. Lo lamentó por él. Indra le había contado, también, que los hechizos de los kanafi eran horribles y asquerosos, aunque sin darle muchos detalles.

Mientras pensaba en eso, vio que un grupo de luces dejaba su cuerpo y se dirigía hacia Akram. Giraron a su alrededor, primero, pero luego lo cubrieron por completo hasta no dejar nada de él a la vista. Las luces empezaron a girar cada vez a mayor velocidad y Rompehuesos apartó la vista, porque se estaban volviendo cada vez más fuertes y sentía que le estaban quemando los ojos. Miró a Mhena y la vio con los brazos extendidos y los ojos blancos. Sus labios se movían, pero no podía oír qué era lo que decía. Sus extraños ojos estaban fijos en Akram y parecía que no le molestaba en lo absoluto el brillo.

«Tal vez por eso son blancos».

Las luces empezaron a apagarse hasta que todas ellas, las que estaban con Akram y las que estaban con él, desaparecieron por completo. El dragón se incorporó y notó que ya no le dolía nada. Podrían regresar de inmediato, si los demás estaban bien.

Se acercó a Mhena y ella sonrió.

—¿Estás bien? —preguntaron a la vez y ambos asintieron. Miraron a Akram y él estaba volviendo a vestirse.

—Gracias, Mhena. Estoy en deuda contigo.

—Considérala saldada. Ya nos pagaste cuando ayudaste a Indra.

—¿Regresamos? —preguntó el dragón.

—¿Puedes volar?

—Claro —dijo y estiró las alas para demostrarles que se encontraba listo para partir.

—Sí —agregó Akram—. Debemos alejarnos de aquí cuanto antes.

Mhena asintió y metió la mano en su bolso. Sacó de él los huesos que Akram le había dado antes y se los devolvió. Akram volvió a sonreír y a agradecerle. Le gustaba sonreír, al parecer, y recordó a Yásid, que siempre parecía estar feliz.

—Le diré a Indra que ya estoy libre otra vez —dijo Akram, y se alejó un poco para buscar el resto de sus pertenencias, mientras tanto.

—Tu brazo ya no está roto —dijo Rompehuesos.

—Sanó cuando mis ánimas protegían a Akram.

—¿Por qué no las llamaste antes, cuando te lastimé?

—Tenemos ciertas reglas, dragoncito. Esas ánimas pertenecen a las mujeres de mi familia y ellas están descansando en el reino de los muertos. No está bien molestar a seres que descansan en la luz por nimiedades como un hueso roto. Solo las llamo cuando es algo muy urgente y necesario. alguna de ellas, mi madre seguramente, vio mi dolor y decidió curarme. Aunque se comprometieron en ayudar a las yaducare de su linaje, son espíritus libres.

—¡Mañana entrarán en Barzy! —Akram regresó agitado. Tenía los ojos negros por completo—. Veo las murallas de la ciudad, están demasiado cerca.

—¿Cómo que...?

—¿Solos?

—El fénix está con ellos.

—Maldito pajarraco —se quejó el dragón—. Seguro que fue su idea.

—Indra —dijo Akram.

—¿Cómo estás? Es la luna negra ya. —Se oyó que Indra respondía, aunque no era su voz la que hablaba, sino la del espíritu que Akram usaba, y sonaba algo extraña y lejana.

—No te preocupes, ya estoy a salvo. Mhena y el dragón me ayudaron.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sí. Veo los muros de Barzy.

—Mañana nos presentaremos ante la Tjarina.

—¿Por qué? —preguntó el dragón y Akram le transmitió su duda, porque Indra no podía escuchar lo que ellos hablaban.

—Porque va a ser mejor así, cuando tu no estés, dragoncito. No quiero que te ocurra nada malo, y es mejor si no te ven, para que no puedan obligarnos a nada.

—¿Y si te ocurre algo a ti? —preguntó Akram.

—No va a haber muro capaz de soportar mi furia si algo le sucede —rugió el dragón. Pensar en que podían lastimarla solo hizo que sus deseos de destruir ciudades regresara a él.

—Voy a estar bien. El fénix está con nosotros.

—No me cae bien —murmuró el dragón y Mhena rio.

—¿Cuándo llegarán?

Akram miro al dragón.

—Mañana al atardecer —aseguró Rompehuesos.

—Recuerda que Akram irá con nosotros —apuntó Mhena—, y es más peso.

Se le escapó un montón de humo de entre las fauces.

—Al mediodía siguiente, entonces.

—No necesitan esforzarse tanto, estaremos bien —dijo Indra—. Además, si los necesitamos para escapar, mejor que no lleguen agotados.

Las escamas se le erizaron todas cuando.

—Si entran a Barzy sin nosotros, llegaré y destruiré todo hasta encontrarla.

—Regresen al desierto —dijo Akram. Pareció que Indra se estaba quejando, pero su voz se apagó.

—¿Qué sucedió?

—Perdón, el espíritu de mi madre se agotó y regresó al reino de los muertos.

—Si ese pajarraco es lo suficientemente sensato, regresarán al desierto y esperarán por nosotros.

—Indra es cualquier cosa, menos sensata, dragoncito. Y si fue su idea, y no la del fénix, va a ser difícil que regresen a donde los dejamos.

—Monten, partiremos ya.

—Pero no te esfuerces de más, no llegaremos antes del amanecer.

—Sí —dijo Akram—. Mis espíritus nos ayudarán.

—¿Cómo...? Eso no es posible —dijo Mhena, contrariada.

—Son mi familia, pero sellé sus huesos. Harán lo que les ordene y si les ordeno que lleven al dragón hasta donde Indra se encuentra, lo harán.

—Eso es muy cruel... Los espíritus sufren cuando se les ordena algo.

—Hazlo —dijo el dragón, pero Akram parecía dudar después de lo que Mhena dijo.

—No lo sabía.

—Por eso mi misión en la vida es liberar a los que son cautivos, para que puedan descansar en la paz de la luz. Prometí no liberar a los espíritus de tu familia, pero... Por favor no lo hagas.

Akram miró a Mhena y luego al dragón. Tenía los huesos en la mano y la abrió para verlos. Los contempló por unos momentos y Rompehuesos quería rugirle que se apresurara.

—Perdón —Akram miró apenas a la yaducare y regresó su vista a los huesos—. Sardhari.

Mhena se agitó y el dragón pudo oler un repentino dolor que se desprendió del cuerpo de la yaducare.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No —susurró—. Puedo sentir su sufrimiento desde el instante en que Akram les ordenó regresar del reino de los muertos.

—Lo siento —se disculpó Akram—, pero Indra...

Mhena no lo miró, y se montó en el lomo del dragón.

—Vamos, terminemos con esto cuanto antes —dijo Mhena. Parecía a punto de llorar.

Akram miró al dragón, como buscando la forma de subir a su lomo, o algo así.

—Si quieres, te llevo en mis garras —sugirió Rompehuesos, y Akram estuvo de acuerdo, por lo que lo tomó y se impulsó hacia el aire. Sintió, no mucho después, que algo sostenía su cuerpo y lo hacía avanzar a una velocidad muchísimo mayor a la que estaba acostumbrado. Era una sensación extraña, de alivio y de terror al mismo tiempo, y lo mismo podía oler en los humanos. Le dolía más el sufrimiento de Mhena, sin embargo.

7 – Akram, Indra y Rompehuesos

Se sentía bastante cansado por todo lo que ocurrió esa noche, pero ni siquiera pensaba en dormir. Estaba tan nervioso que por momentos se sentía tentado de pedirle al dragón que lo dejara correr para poder liberar algo de la tensión que sentía acumulada en los músculos.

«Voy a ver a Indra». Sí, podría haber cruzado el desierto corriendo sin problemas.

«Ya no tengo que esconderme para verla, podré estar con ella todo el tiempo». Sí, estaba demasiado nervioso como para pensar en nada más y no se dio cuenta de que la noche se pasó y que el sol empezó a iluminar un costado del mundo hasta que la claridad cubrió todo el cielo y apagó el brillo de las estrellas.

—Dice Mhena que ya estamos muy cerca —dijo el dragón y una nueva oleada de nervios le azotó el cuerpo.

Pensó en cómo se veía, y hacía tanto tiempo que estaba en el medio de la nada, que ya ni sabía cuál era el color original de su ropa. ¿Negra? No, todo era del mismo tono del polvillo blanquecino del desierto de Larha.

«Por Vari...»

Lo primero que vio fue la descomunal fogata que era el fénix. Pensó que ya no podía sentir más nervios, pero estos se multiplicaron mil veces al verlo. El corazón le latía a una velocidad irreal y sentía ganas de golpearse por imbécil.

«Es una ladrona que vendía polvo de estrellas» se dijo para intentar calmarse, pero al instante él mismo se respondió «Como si yo no hubiera hecho cosas peores».

El dragón empezó a descender y el nerviosismo abandonó su cuerpo como si de un milagro se tratara. Vio dos bultos de mantas en la arena. Un perro chiquito que empezó a ladrar. Los bultos se movieron, se sentaron, se pusieron de pie.

—Indra...

Ahí estaba, después de tantos meses, de tantas noches. Su rostro no era nada a como lo recordaba, ni como la veía a través de su madre. Sus ojos no se veían hinchados ni rojos, ya no tenía los labios lastimados. Akram sonrió.

El dragón aterrizó en sus patas traseras y los envolvió una nube de polvillo que los cegó por unos momentos, pero pareció que no necesitaban ver, siquiera.

—Akram. —Su voz tampoco era como la recordaba, ni como la había oído a través del espíritu de su madre.

—Gracias... Por todo lo que hiciste.

Indra lo abrazó y Akram no supo qué hacer porque eso... Eso también era nuevo para él. Sentir así, tan cerca.

—Abrazala, idiota —dijo la voz de Garth muy cerca de él y se dio cuenta de que aún no los había regresado cuando sintió que sus brazos se movían por sí solos y empezaban a rodear a Indra.

—Risda —murmuró y, después de dudarlo unos momentos, la abrazó él también.

—Llegaste, al fin.

Era diferente, pero era agradable. Hubiera querido que nunca más tuvieran que alejarse, porque desde que era libre, muchas veces imaginó cómo sería que alguien lo abrazara, que lo

contuviera, que aplacara un poco el infierno que llevaba dentro, pero tuvo que enfrentarlo solo, prácticamente. Indra, sin embargo, parecía ser capaz de hacer todo sin saberlo y Akram supo por primera vez lo que era importarle de verdad a alguien.

«¡No puedes!» le advirtió su propia voz.

Era cierto. No podía y tampoco quería que Indra sintiera igual.

Akram luchó contra sí mismo, otra vez, pero al final se apartó de ella con más brusquedad de la que hubiera querido.



—Perdón. —Indra lo miró y vio su rostro por primera vez. Sus ojos habían cambiado, su mirada era diferente; la carga de la esclavitud había dejado de pesarle y parecía que la tristeza que antes lo acompañaba también se había esfumado. Era muy distinto a como se lo había imaginado, mucho más guapo de lo que hubiera creído, además. No pudo evitar que se le escapara una sonrisa involuntaria, lo que la hizo sentir estúpida y mucho más nerviosa.

«Y yo apestando a desagüe estancado».

Miró al dragón, un poco para no hacer otra bobada, otro poco porque lo había extrañado. Sonrió con más ganas y corrió a abrazarse a su pata.

—¿Cómo llegaste tan rápido? ¿Estás cansado? ¿Comiste?

Algunas chispas doradas revolotearon a su alrededor cuando Rompehuesos bajó la cabeza hacia ella.

—Un ciervo me vendría de maravillas a esta hora.

—Dragoncito... —Se sintió rara sin él y, aunque estaba feliz de que Akram estuviera allí, hubiera deseado no tener que haberse separado de él por tanto tiempo.

—Asesiné a un kanafi —dijo, emocionado. Indra lo miró.

—¿Cómo que...? ¿Qué hiciste?

Y entre Mhena, Akram y Rompehuesos, le contaron cómo había sido, con todos los detalles. Rajesh y el fénix también se habían acercado a escuchar.

—Rompehuesos, asesino de kanafi —dijo el fénix, divertido.

—Me gusta, es un buen complemento para acompañar mi nombre —respondió, orgulloso.

—No me jodas, se oye más ridículo todavía.

—Quiero presentarme así ante la Tjarina de Hienza.

—Me parece apropiado —dijo Mhena, que sostenía en brazos a Bitzan—. Estuviste impresionante.

Indra se volvió para ver a Akram y, al ver que él estaba de espaldas mirando hacia la ciudad, se le acercó.

—¿Qué hay? ¿Estás bien? —Si hubiera mirado a donde él miraba, lo hubiera visto, pero estaba un poco embobada por tenerlo ahí, tan cerca, tan insoportablemente guapo...

—Viene alguien, me parece. —Akram señaló hacia el oeste.

—Soldados de Hienza —dijo el fénix y a Indra se le congeló la sangre. No se dio cuenta de que estaba lastimándose los brazos con sus uñas hasta que Akram le tomó las manos para que dejara de hacerlo.

—¿Qué te sucede?

Indra sentía que estaba ahogándose por la falta de aire.

—Tengo miedo —murmuró como pudo—. Me van a llevar otra vez a la cárcel...

—No dejaré que nadie se te acerque, ¿sí? —dijo con calma—. Ahora estoy contigo y van a

tener que matarme para llegar a ti.

—Pensé que iba a ser fácil ver gente otra vez, pero... No puedo. —Indra se giró para buscar a Rompehuesos—. ¿Dragoncito?

—Llévatela —dijo Rajesh al dragón—. Vuela sobre la ciudad, pero no descendas hasta que uno de los espíritus de Mhena los busque.

—Ven conmigo —dijo sin soltar las manos de Akram.

—A donde quieras, Indra —sonrió y su sonrisa fue capaz de ahuyentarle las dudas y los miedos.

—Monten —ordenó el dragón y ambos obedecieron.



El dragón saltó hacia el cielo y se dirigió a la ciudad. Escuchó que Rajesh le gritaba que se detuviera, pero esos soldados asustaron a la cría humana y debían pagar por eso. Se abalanzó sobre el grupo de jinetes y los caballos se separaron, aterrorizados, en cuanto lo vieron. El dragón rugió antes de llegar a ellos y vio cuando un par de jinetes caían de sus encabritadas monturas. Volvió a rugir de satisfacción mientras ascendía buscando altura.

Escuchó la voz de Indra, pero no podía oír qué decía, así que le daba igual. Seguro estaba regañándolo por lo que hizo.

Se dirigió a la ciudad cuando puso una considerable distancia entre lo más alto de los muros y ellos, porque no quería que un flechazo hiriera a alguno de los muchachos. Se giró para ver a los demás, y vio cuando los primeros jinetes rodearon a Rajesh y los demás, por lo que regresó y permaneció lejos del alcance de las flechas.

Por más que lo intentó, no alcanzaba a escuchar nada de lo que decían.

—Si envías un espíritu, ¿lo verán? —preguntó a Akram.

—Sí, solo en la noche son más fáciles de ocultar, y no quiero arriesgar a que le hagan algo a Mhena si ven uno de los míos.

—Quiero escuchar qué dicen. Indra, ¿puedo bajar?

—El príncipe Rajesh ordenó que permaneciéramos en el aire —dijo Akram—, será mejor que lo hagamos así. ¿Qué te parece si vamos a asustar a los de Barzy?

—Gran idea. —Las escamas del dragón se erizaron de puro gusto y enseguida se lanzó hacia la ciudad. Sí que le caía bien Akram.

—Busca el palacio.

—¿Y si nos ataca un cinti?

—Yo me encargo de eso.



Indra se sujetó con más fuerza a su cintura cuando el dragón empezó a ascender y, aunque notó que los músculos de Akram se pusieron tensos, no lo soltó. Prefería incomodarlo a caerse y reventarse en la arena.

—Deja de darle ideas, Akram —dijo cuando el dragón se estabilizó—, puede empeorar las cosas.

—Es solo para distraerlo.

—Pero está enojado...

—Por eso. Noté que busca la altura para que no puedan herirnos las flechas; y él no puede

hacer mucho daño estando tan lejos del suelo. Se mantendrá ocupado y, a la vez, contento porque está asustando a la gente.

—¿Y si la Tjarina decide hacer algo?

—Soy un cinti. Nuestra libertad me costó muy cara como para no luchar por ella —dijo e Indra sonrió—. ¿Cómo te encuentras?

Indra se tardó en responder. Su cabeza no paraba de pensar en mil cosas diferentes.

—Nerviosa.

—Intenta calmarte, todo estará bien, ¿sí? Piensa en algo que te guste mucho y concéntrate en eso. Yo estaré atento a lo demás.

—Pero...

—El dragón percibe lo que tú sientes, Indra. Si tienes miedo o si estás sufriendo por algo, él lo sabe y reacciona a eso. —Era cierto y se preguntó cómo lo sabía, si apenas había estado unas pocas horas con él, unos minutos con ellos—. ¿Qué te gusta? Cuéntame.

Sonrió. Las mentiras que el viento le susurraba al oído cuando saltaba en los tejados de Dkol nur Shana. Pero no, no le gustaba que le mintiera, le gustaba lo que sentía al oírlo. Esa sensación de ser alguien diferente a quien era, ese instante en que soñaba que no era tan Indra y era una persona valiente, decidida y cubierta de oro.

—El viento... El sol...

—Cierra los ojos y siéntelos, entonces.

—El oro...

Akram rebuscó en su bolso y, después de unos momentos, puso algo en su mano. Indra se dio cuenta de que era una moneda. Una moneda grande y pesada.

—¡Por los bigotes de mi abuela, Akram! —Se soltó de él y miró su mano. Era una hermosa, reluciente y muy dorada moneda de oro. Nunca antes había visto algo brillar tanto—. Esto es... ¡Es muchísimo!

—Cierra los ojos y ya no pienses más que en lo que tu piel puede sentir. El oro, el sol, el viento...

8 - Rajesh

Los soldados de Hienza se reagruparon después de que el dragón tomó altura y azuzaron a sus monturas para que corrieran más deprisa. El fénix se paró delante del príncipe y de Mhena, y ella puso a Bitzan en su bolso para tener las manos libres.

No tardaron demasiado en llegar y, cuando los rodearon, el dragón regresó y se mantuvo sobre ellos por algunos momentos. Ninguno de los crahsti los había intimidado y eso era bastante terrible, si lo pensaba.

Rajesh no sabía a quién poner atención, pero por alguna razón, Rompehuesos se dirigió hacia la ciudad otra vez. Quería concentrarse, pero estaba sudando como un condenado y eso que apenas hacía unos momentos que el sol había asomado su corona de oro en el borde de la tierra.

—¿Quiénes son para llegar así a Barzy? —preguntó quien estaba frente al fénix.

—Queremos hablar con la Tjarina Navila —dijo Rajesh.

—¿Sobre qué asunto?

—Su hijo, el príncipe Yásid.

—Esperarán aquí —ordenó y, luego, hizo una seña y uno de sus hombres, alto, calvo y de barba gris, se acercó. Hablaron en susurros y el que recibía órdenes, sacó un hueso de su bolso.

Vio de reojo que Mhena se tensaba, por lo que le tomó la mano.

—Tranquila, estaremos bien.

—No lo sé.

El humo negro salió del hueso y se dirigió a la ciudad. El cinti movió los labios, pero no llegaba hasta ellos ninguna palabra. Cuando el humo regresó, el cinti habló de nuevo con el que estaba al mando.

—Los escoltaremos a las puertas de la ciudad, donde los recibirá la Tjarina.

Rajesh asintió y comenzaron a caminar hacia allí. El fénix levantó vuelo y se ubicó sobre el príncipe y Mhena.

Si bien se tardaron un buen rato en llegar, la Tjarina se tardó mucho más en recibirlos.

Primero llegaron un montón de carros y de sirvientes, que comenzaron de inmediato a bajar cosas y a acomodarlas en la arena. Luego, montaron una estructura de caña bastante grande. Después la cubrieron con lonas y le dieron la forma de una tienda, aunque no era para ellos, que permanecieron bajo el inclemente sol del desierto, cocinándose a fuego lento.

Al rato llegaron más carros y más sirvientes, y descargaron alfombras, sillones, cojines, mesas, taburetes, cofres y quién sabe cuántas cosas más.

Rajesh estaba a punto de perder la paciencia cuando, al fin, llegó la Tjarina acompañada de su séquito. Eran más de ciento cincuenta personas, entre guardias y vaya uno a saber quiénes más.

Rajesh respiró profundo, para juntar coraje y paciencia, porque no quería mandarla al demonio ni bien se dignara a ponerle algo de atención.

Los guardias que los escoltaron les indicaron avanzar y ellos lo hicieron. Les ordenaron arrodillarse para entrar a la tienda y ambos estuvieron a punto de hacerlo, pero el fénix aterrizó frente a ellos para impedirselos.

—Rajesh, el príncipe de Adheej, se merece un mejor trato —dijo.

Los murmullos y exclamaciones estallaron entre los presentes. Los guardias se agitaron y la voz de la Tjarina traspasó las paredes de la tienda.

—¿Cómo puede ser que traten de esta forma al príncipe de Adheej? —exclamó. Los guardias que los escoltaron se arrojaron de rodillas al suelo, inclusive quien les había ordenado arrastrarse para entrar. La Tjarina en persona salió de la tienda para verlo—. Gloriosos sean los ojos que contemplan tu rostro, eres igual que tu madre —murmuró y Rajesh se sintió un poco extraño. Hacía años que nadie nombraba a su familia frente a él—. Concédanme el honor de recibirlos en mi tienda, por favor.

La Tjarina ordenó que les sirvieran bebidas y alimentos y Rajesh tuvo que hacer un gran esfuerzo por no saltar sobre las bandejas para devorar todo lo que tenía en frente. La Tjarina debió notarlo, porque despidió a todos sus sirvientes y consejeros. Por supuesto que hubo protestas y quejas, pero no tuvieron más opción que obedecer.

—Sírvanse, por favor. Por lo que puedo ver, estuvieron mucho tiempo en el desierto.

Mhena no tuvo problemas en abalanzarse sobre las fuentes y él tomó una copa y la llenó hasta el borde de un jugo de color morado, que bebió sin ninguna clase de decoro.

—Gracias, su Majestad —murmuró cuando terminó de beber. Volvió a controlarse de comerse todo, porque había asuntos un poco más urgentes que saciar un apetito de años—. Con su permiso —dijo y le dio la espalda, para luego quitarse la túnica y dejarle ver el tatuaje de su espalda.

—No es muy sabio dudar de la palabra de un crahsti —dijo la Tjarina—, no era necesario.

—Solo para evitar malos entendidos —agregó y volvió a vestirse—. Sin embargo, no vine aquí a buscar nada, solo a informarle que su hijo, el príncipe Yásid, se encuentra prisionero del Tjar Rizwan.

—¿Cómo lo conoces? —La Tjarina se puso de pie de inmediato y Rajesh buscó el saco de cuero que Indra le había entregado, donde estaban los sellos reales del príncipe Yásid. La Tjarina lo vació en su mano y los ojos se le empañaron—. ¿Cuándo fue la última vez que lo vieron?

Rajesh miró a Mhena, para ver si respondería, pero estaba demasiado ocupada tragando todo lo que tenía en frente.

—No lo conocimos. Compartió camino con Índara y Rompehuesos, asesino de kanafi, el dragón.

—También supe de ellos.

—El príncipe Yásid y sus compañeros, Burya y Shas, los acompañaron cuando Índara quiso devolver al dragón al norte. Era una cría cuando se topó con él.

—Cuando lo robó...

—Cuando la arrojaron a su cueva para que él se la comiera, su Majestad. —La mujer abrió mucho los ojos, aunque se recompuso de inmediato. Mhena, quien al fin había saciado su apetito, se paró junto a Rajesh—. Índara solo lo liberó de la crueldad de los douryenses y su hijo quiso ayudarlos a llegar a las montañas. Sin embargo, Rompehuesos no encontró a otros de su especie, puesto que todos habían sido asesinados.

—¿Cómo es eso posible? ¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos aún.

—¿Dónde están Burya y Shas?

—Los asesinaron cuando se llevaron al príncipe Yásid. —La Tjarina se llevó ambas manos al pecho y retrocedió para buscar sentarse—. Índara recuperó algunas de sus alhajas.

—Por la madre sagrada... —Se tomó unos momentos para pensar—. Eligió un buen momento para presentarse, príncipe Rajesh. Cuento con que recibirá todo el apoyo...

—No quería hacerlo así, su Majestad. Índara hablaría con usted, pero Rompehuesos todavía no supera su temor a los soldados y es un animal peligroso. No quiso arriesgar la seguridad de los ciudadanos de Barzy.

—Nadie le haría daño.

—Él no cree en las palabras ni confía ya en las personas, su Majestad, y no lo tome como una ofensa, también quiso carbonizarme cuando nos conocimos. No pretendo, al traer estas noticias, que usted se sienta en deuda conmigo. Nosotros regresaremos a Dkol nur Shana y continuaremos...

—¡Rajesh!

—Ya lo hablamos, Mhena. No voy a usar esta desgracia para sacar provecho. Mis más sinceras disculpas, su Majestad. Nos retiraremos ya.

—Llevamos años buscando la forma y nunca logramos nada, Rajesh, ya estoy harta de esto.

—Espérame afuera. —Mhena abrió la boca para protestar, pero Rajesh frunció el ceño—. Me esperarás fuera de la tienda, Mhena.

Se inclinó ante los dos antes de retirarse, pero Rajesh no quiso mirarla para no ver la decepción ni el reproche en sus ojos. Si lo hacía, correría tras ella para pedirle perdón de rodillas, si era necesario.

—Aunque no lo pidieras, quiero que sepas que tu reclamo cuenta con todo mi apoyo y, además, con mi ejército. Se alojarán en el palacio hasta que esté todo listo para marchar hacia Dkol nur Shana.

—No es necesario, su Majestad.

—Sí, lo es. Tu compañera fue muy clara y, viendo cómo han sucedido las cosas, veo que tiene razón. Hace años se oyó el rumor de que un príncipe estaba vivo, pero no sucedió nada más.

—Es difícil sobrevivir en una ciudad como Dkol nur Shana. Mis colaboradores fueron torturados hasta la muerte, y sin recursos...

—Por eso pongo a tu disposición todo lo que necesites para tomar la capital y, luego, el resto de Adheej.

—Permítame rechazar su oferta. Hienza nunca tuvo problemas con Doury Kasesh y no quiero ser el causante de un conflicto entre ambas naciones.

—El Tjar Rizwan debe saber que no puede llevarse a mi hijo y no pagar por eso. ¡Nadira!

—Una mujer entró a la tienda y se inclinó frente a la Tjarina—. Llama a una reunión de consejo urgente. Además, ordena que preparen habitaciones para el príncipe Rajesh y su... compañera.

—Mhena es mi yaducare, su Majestad. Índara es la compañera de Rompehuesos y Akram es mi kanafi.

Rajesh dudó antes de llamarlo de esa forma, pero era mejor presentarlo así, para evitar tantas explicaciones y generar más dudas.

—Habitaciones para el príncipe Rajesh y su comitiva.

Nadira asintió y dejó la tienda.

—Gracias, su Majestad.

—Estoy en deuda con ustedes por haberse arriesgado a venir hasta aquí, cuando no tenían la obligación de hacerlo.

—Índara y Rompehuesos se dirigían hacia aquí cuando los encontramos.

—¿Ustedes no estaban con ellos?

Rajesh le contó cómo habían sucedido las cosas, aunque lo que más quería era poner las manos en las bandejas que estaban a su lado, llenas hasta arriba de cientos de manjares

diferentes. Aunque de haber sido solo pan viejo, lo mismo hubiera atraído su atención, porque si de algo sabía Rajesh era de pasar hambre.

—Rompehuesos es una criatura muy interesante. Me gustaría conocerlo, pero respeto sus temores, por lo que dispondré de lo necesario para que sea tratado como se merece y sea correctamente alimentado. Puede permanecer en el desierto, si así lo desea.

—Aprecio su comprensión, su Majestad.

La Tjarina se puso de pie e hizo sonar una campana. De inmediato la pequeña estancia se llenó de personas. La soberana ordenó que la condujeran hacia el palacio y que dejaran la tienda para Rajesh y los demás hasta que estuviera todo listo para recibirlos allí. El bullicio se dispersó de inmediato y Rajesh salió cuando la Tjarina Navila lo hizo.

—Enviaré a buscarlos —dijo antes de subir el carro y Rajesh volvió a agradecerle.

—Perdóname por hablarte así, Mhena.

—Su Majestad sabe lo que es correcto —respondió y le dolió en el alma su distancia.

—¿Podrías decirle a Rompehuesos que baje? Dile que estamos solos y que nadie nos molestará aquí.

—Como ordene —dijo con una nueva reverencia.

—Mhena, por favor —suplicó y ella lo miró a los ojos. Se veía tan triste y decepcionada...

—Iré por ellos —dijo el fénix y se impulsó hacia el cielo.

—Fui tu compañera por los últimos siete años —dijo con la voz algo temblorosa—, pasamos miles de cosas, sufrimos tantas otras, pero parece que eso ya no cuenta, porque no puedo ofrecerte un ejército, ni armas, ni oro.

—No quería aprovecharme, lo sabías.

—¿A dónde te llevó tu dignidad, Rajesh?

—A ningún lado, lo sé, pero gracias a ti y a tu bocota... ¡Ahora tenemos el respaldo de la Tjarina!

—¡No! —se llevó ambas manos a la boca.

—¡Sí! —Mhena saltó y se colgó del cuello de Rajesh y él se sintió feliz de haber recuperado su confianza—. Nos dará su ejército y marcharemos hacia Dkol nur Shana en unos días.

—Por Vari.

Rajesh volvió a dejarla en el suelo.

—Todo lo que he logrado, ha sido gracias a ti, Mhena. Desde siempre, desde el primer día.

—Me vas a hacer llorar —dijo y se limpió el rostro con la túnica, porque ya se le habían escapado unas cuantas lágrimas.

—No me digas eso.

—De felicidad, tonto.

—Perdóname. —Rajesh volvió a abrazarla—. Perdóname por ser un patán insensible. Nunca debí tratarte de esa forma.

—Fue mi error al desautorizarte frente a la Tjarina.

—Tú puedes hacer lo que quieras, Mhena, ya no volveré a tratarte así.

—Más te vale, porque la próxima vez le diré a Rompehuesos que le haga honor a su nombre —dijo, divertida—. Y ya quítate que es incómodo.

Rajesh rio.

—¡Ey! ¡Tu brazo está sano!

9 - Indra

—¿Seguro que vas a estar bien? —Indra tenía apoyada la frente en su hocico.

—Sí, ¿y tú?

—No me gusta la idea de dejarte solito aquí.

—No me voy a quedar, me voy a ir a cazar.

—¡Pero si tienes comida a montones! —exclamó y señaló un inmenso corral, que habían armado con una velocidad impresionante, en el que había ganado de toda clase: vacas, cabras, ovejas, ciervos...

—No confío tanto en esta gente y sus buenas intenciones. Tal vez me quieren gordo y pesado para que no pueda volar. No, me iré a cazar y luego me echaré una siesta en medio de la nada.

—Saldré en la mañana a buscarte.

—Al amanecer.

—Sí.

—Con el primer rayo de sol.

—Sí.

—Si te tardas, voy a acabar con todo.

—No, espérame. Seguro esta noche va a haber alguna fiesta por Rajesh y, tal vez, deba estar presente. Las fiestas suelen durar hasta bien entrada la noche y puede que no me despierte al amanecer.

—Si no estás aquí a mediodía, voy a destruir los bonitos jardines del palacio y a derretir las puertas de la ciudad.

—Exageras.

—Ponme a prueba.

—Intentaré no hacerlo, no me gustaría tener que huir de aquí, también.

—A mí tampoco, pero llegado el caso...

Indra le acarició el morro y, luego, retrocedió.

—Ya vete, no me gusta la idea de irme y dejarte.

—Te esperaré —dijo Rompehuesos y luego, saltó hacia el aire, dejándola envuelta en una nube de polvillo y arena. Indra lo vio perderse detrás de una duna e ingresó a la tienda que la Tjarina había dejado para ellos. Rajesh y Mhena ya se habían marchado hacia el palacio junto al fénix, pero Akram estaba esperando por ella.

—¿Cómo puede haber tanta comida en una sola mesa? —preguntó al toparse con todas las bandejas y jarras que habían dispuesto para los invitados de la Tjarina. Akram estaba sentado en uno de los sillones, con los huesos en sus manos, haciéndolos pasar de un lado al otro.

—En casa de mi amo... De mi antiguo amo, era algo habitual, pero rara vez tenía la oportunidad de verlo tan de cerca.

—¿Ya comiste? —Indra se acercó a ver qué había. No conocía ni la mitad de los nombres de esas delicias, pero todo se veía demasiado apetitoso y tan perfecto que hasta daba algo de miedo tocarlo.

—Un poco. —Akram se incorporó—. Dejaron vestidos, túnicas y demás para que te

vistieras. Esperaré afuera.

—Con la mugre que cargo, me da lástima arruinarlos. Necesitaría un lago entero para quitarme el sudor y la tierra que se me pegó por estar tanto tiempo en el desierto.

—Por lo mismo no quise cambiarme. Deberíamos entrar ya a la ciudad, Rajesh dijo que nos espera una guardia al otro lado de la puerta, y nos acompañarán al palacio.

Indra se dispuso a salir, con el temor y la duda tirando de sus entrañas. Tenía un miedo atroz a perder el control y terminar tirada en algún callejón puesta hasta el tuétano con polvo de estrellas. Estuvo a punto de decírselo a Akram, pero tampoco quería preocuparlo con sus estupideces.

«Tienes que ser fuerte, Indra. Llevas meses bien y sin meterte esa mierda. Tienes que poder. Debes poder».

Tal como Akram dijo, un lujoso carro los esperaba y una larga fila de soldados los escoltó a través de las concurridas calles de Barzy. Era la primera vez que Indra se subía a uno de esos, pero se sintió agradecida de no tener que caminar entre la gente, porque no hubiera sabido cómo reaccionar, sin mencionar que se hubiera sentido aprisionada y asfixiada. Akram, por su parte, miraba por las diminutas aberturas y sonreía al ver los coloridos puestos de los mercaderes. O lo que sea que mirara. Indra solo era capaz de verse las manos y, de cuando en cuando, de mirarlo a él.

El carro llegó al palacio y entró a un jardín que se veía aún más impresionante y hermoso de lo que había podido observar desde el cielo. Las flores, los arbustos, los colores... Akram sonreía más que antes.

Un impecable Rajesh y una Mhena que hasta lucía presentable, los esperaban en las escalinatas que conducían al interior, e Indra silbó al verlos.

—Vaya, lo que puede hacer un poco de agua y unas prendas decentes.

—Índara, por favor... —se quejó Rajesh en voz baja.

—Ya, ya. Ustedes tampoco me van a reconocer después de que me quite toda la mugre que llevo encima.

—Ven conmigo —dijo Mhena e Indra la siguió. Ya se había olvidado de las multitudes, de los nervios y del polvo de estrellas. Por primera vez entraría a un palacio sin tener la intención de robarse nada, y se vestiría como una Tjarina de verdad, usaría sandalias, lavaría su cabello, usaría aceites perfumados.

«El viento no me mintió» sonrió.

Había oro en cada rincón y se sintió tentada de guardar en su atado de telas roñosas un par de objetos, pero luego recordó que era una invitada allí y, ya que no tenía los modales suficientes, al menos que diera algo menos de vergüenza al no tocar nada de aquello que tanto llamaba su atención.

Su corto entendimiento y conocimiento del valor real de las cosas, no podía procesar lo que significaba toda esa cantidad de lujos, oros, platas y piedras preciosas. Hubiera bastado con un solo jarrón para comprarse una bonita casa en Dkol nur Shana, o uno de los impresionantes marcos que encuadraban los retratos de los miembros de la familia real para adquirir una casa grande.

—¡Ese es Yásid! —exclamó al ver una pintura de tamaño real del príncipe. Se lo veía todo pomposo y limpito, vistiendo un colorido traje y llevando en su pecho una banda roja que cruzaba desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda—. Y pensar que la última vez que lo vi, lucía más sucio que yo... ¿Quién hubiera dicho que era un maldito príncipe?

Mhena le dio un codazo en las costillas.

—Cuida tus palabras, Indra, no puedes hablar así del príncipe.

—No creo que alguien me haya oído, no hay nadie aquí —dijo después de mirar a su alrededor.

—Siempre hay alguien observando —susurró—. Que no los veas no significa que no estén.

—¿Crees que no espían?

—Por supuesto. ¿Acaso los crees tan tontos como para dejarnos deambular por los pasillos del palacio a nuestras anchas? —«Menos mal que no me robé nada» pensó Indra al oír lo que Mhena le decía—. Somos unos desconocidos, llegamos vistiendo harapos y con la noticia de que el Tjar tiene al príncipe Yásid.

—Y que Rajesh es el príncipe de un país en ruinas... ¿Desconfías de la Tjarina? Yásid me dijo que buscara ayuda aquí, aunque no lo comprendí hasta que Rajesh leyó en la moneda que era un príncipe.

—Los soberanos siempre tienen intenciones ocultas, haríamos bien en no confiar por completo en ellos.

Indra resopló. Mhena abrió una puerta que medía dos veces lo que una puerta normal y le hizo una seña para que entrara.

—¿Aquí se puede hablar?

—No estoy demasiado segura, pero le pediré a mis ánimas que nos protejan si deseas hablar de algo muy importante.

—No, no tanto. Solo quería quejarme de lo complicado que es todo esto de los Tjares y sus cosas.

—Mientras no le faltes el respeto a nadie...

—No creo, aunque estos estirados se ofenden con cualquier cosita...

—¡Indra! —Mhena, en efecto, liberó sus ánimas y estas se dispersaron para cubrir todas las paredes y el tejado—. Por todo lo que es sagrado, cuida un poco lo que dices.

Indra encogió los hombros y Mhena movió la cabeza de lado a lado, molesta.

—Solo quería agregar que espero que todo termine cuanto antes, así puedo perderme en medio de la nada con Rompehuesos.

—No podrás hacerlo. Rajesh nos va a necesitar más que nunca cuando recupere el trono.

—Soy libre, me mantuve libre todo lo que pude y, además, no tengo ninguna habilidad asombrosa que puedan necesitar de mí.

—Eres bastante buena con los cuchillos y también tienes un dragón...

—Rompehuesos es un ser libre y es mi compañero hasta que él decida dejar de serlo. No lo *tengo* ni me *tiene*. Pensé que ya habíamos aclarado ese punto.

—Él hará lo que tú le digas, Indra, y lo necesitamos.

—¿Ahora resulta que debo esclavizar a quien me devolvió a la vida? Estás demente... No sigas molestando con ese tema, o nos largaremos esta misma noche y no volverán a saber de nosotros nunca más.

—No nos harías eso.

—Ponme a prueba —dijo recordando las palabras de Rompehuesos. «Ha crecido tanto, ya no es un dragoncito indefenso...»

—Risda —dijo Mhena y dejó la habitación sin decir nada más.

Indra encogió los hombros después que cerró la puerta y se dispuso a curiosear qué había en la habitación. Casi todo era dorado y lo que no lo era, estaba decorado con piedras, brillantes o perlas. Al final, se sintió asqueada de tantos lujos y buscó la bañera que, para sorpresa de nadie, también era dorada.

El agua parecía un pantano después que lavó su cabello y tuvo que buscar la forma de pedir ayuda y más agua, porque esa ya no admitía más suciedad. Las sirvientas, sin horrorizarse ni hacer ni un comentario, ayudaron a Indra a terminar de lavar su cabello y le indicaron qué aceites, ungüentos y cremas eran las indicadas para cada parte del cuerpo, incluido el cabello. La ayudaron a vestirse y, luego, se retiraron, para limpiar y acomodar.

«Soy otra Indra» pensó con la vista puesta en la imagen que le devolvía el espejo. Los ojos empezaron a picarle un poco y vio que esa Indra no era la Indra de siempre, sino con la que soñaba cada vez que el viento la acunaba en sus brazos por los preciosos instantes que duraba una caída.

Pensó en lo mucho que había sucedido desde la última vez que aterrizó en una de las calles de Dkol nur Shana y en lo poco que ella había cambiado. Sí, se veía distinta, pero seguía siendo la misma cobarde de siempre.

Indra le dio la espalda a su reflejo y miró, sin ver, a su alrededor. Nada de eso le pertenecía, después de todo.



Estuvo en lo cierto y sí se realizó un banquete en honor a Rajesh, pero Indra se disculpó con él y con la Tjarina y no asistió. No tenía modales para una mesa tan importante y no quería estar con tanta gente que estuviera mirándola como una bestia exótica. Salió cuando terminó la cena que llevaron a su inmensa habitación y golpeó en la puerta de al lado. Como se tardó en responder, pensó que Akram estaba junto a Rajesh, pero la puerta se abrió cuando ella ya estaba por irse.

Akram sonrió al verla y ella se asombró un poco, porque se veía muchísimo más guapo de lo que le había parecido antes.

—Si hubiera sabido, te hubiera invitado a comer —dijo antes de hacer alguna de las estupideces que le llegaron a la mente, como arrojarle sobre él, besarlo, desvestirlo y demás...

—También pensé que estabas con el príncipe Rajesh.

—Esas cosas no son para mí, solo haría el ridículo. ¿Qué te parece si vamos a conocer Barzy?

—No creo que nos permitan salir...

—Tampoco me permitían entrar al palacio del Tjar Jalush y nos encontramos un par de veces ahí dentro.

Akram rio.

—Eso es cierto.

—Vamos. —Indra le tomó la mano y entró a su habitación, para luego correr hacia el ventanal y buscar por dónde podrían «escapar».

—Aquí. —Akram saltó hacia el borde del balcón y se dejó caer.

Indra sintió que se le salía el alma por algún lado y se asomó para ver que estaba de pie en un amplio balcón que sobresalía en el piso inferior. Akram le hizo una seña y ella bajó también. Miraron hacia el interior y vieron a la hija de la Tjarina y a otra muchachita besuqueándose con tanta concentración, que no se enteraron que ellos estaban allí. Se resguardaron en las sombras para buscar otro sitio donde caer, pero estaban en el segundo piso y no se veía que fuera un lugar seguro para bajar.

Indra divisó que a dos balcones del que se encontraban, había una pequeña terraza llena de

flores y enredaderas, que era el tejado del primer piso, así que lo señaló. Akram no podía verlo, porque estaba en la más absoluta oscuridad, pero la siguió cuando ella se dirigió hacia allí.

Después de sortear un par más de caídas, correr entre los arbustos y trepar las murallas del palacio, se encontraron en la calle, al fin. Indra se sentía un poco en Dkol nur Shana, cuando se metía a las casonas a robar y eso la divertió.

—¿Y ahora?

—A emborracharnos. —Indra comenzó a caminar—. ¿Alguna vez te emborrachaste?

—Nunca estuvo entre mis prioridades, pero hay que probar de todo antes de morir, ¿no?

—Menos polvo de estrellas. Esa mierda es el infierno.

—Sobre eso...

—¿Qué? —Indra pensó que Rompehuesos le había contado sus temores.

—Ocupé tu refugio en Dkol nur Shana... Cuando hechicé a mi ama y en los días siguientes.

—Oh...

—Vi que tenías una provisión bastante interesante de polvo de estrellas. ¿Lo vendías?

—No, me lo estaba aspirando todo yo sola.

—¿Es broma?

—En lo absoluto.

—Indra...

—Por eso dije que no hay que probarlo.

—¿Cómo fue que llegaste a tener tanto?

—Maté a los dos tipos que estaban allí antes y me quedé con todo. Dejé los cuerpos en la puerta y con eso me libré de los adictos que fueran a comprar.

—Vaya, y yo que pensaba que había hecho cosas malas en mi vida...

—Tal vez podemos hacer un recuento.

—Si quieres perder... ¿Y por qué empezaste?

—Mi existencia se limitaba a respirar y a sufrir cuando probé el polvo, y debo decir que las cosas no mejoraron demasiado después.

—¿Sigues usándolo?

—La mesa inclinada de tu amo me ayudó a dejarlo. Y el encierro, también. Después me arrojaron a la cueva del dragoncito y luego escapamos y ya... No se consigue de eso en el desierto.

—Menos mal —dijo e Indra asintió, a falta de algo más que decir.

Caminaron en silencio por un buen trecho, y las calles comenzaron a angostarse. Indra notó que estaban llegando a la zona donde el número de faroles era inversamente proporcional a la cantidad de personas animadas y ruidosas, y supo que ahí encontrarían un lugar donde beber.

Se internaron en un laberinto de callejuelas y, cuando lo miró, Akram llevaba la mitad del rostro cubierto por su pañuelo.

—Las costumbres son difíciles de dejar atrás, ¿no? —Akram la miró y ella le señaló el pañuelo.

—Las tengo grabadas en los huesos —dijo antes de quitárselo. Indra vio que sonreía—. Las calles de aquí no son muy diferentes de las de Dkol nur Shana y... no me di cuenta.

—¿Tienes miedo?

—No, ¿de qué?

—No lo sé... Que alguien vea tus manos y haga algo.

—En todo caso, los demás deberían tenerlo —dijo e Indra sonrió. Si lo pensaba, Akram cada vez le gustaba más.

Sus pasos los llevaron por un pasillo que terminaba en una ruidosa taberna, por lo que entraron y buscaron un lugar para sentarse. Una mujer se detuvo frente a ellos y los miró por unos segundos.

—¿Qué sucede? —preguntó Indra, incómoda.

La mujer hizo sonar las cuentas de sus pulseras cuando movió la mano y puso frente a Indra un saco de cuero.

—Elige dos huesos.

—No puedo pagarte —dijo Indra.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó Akram. Indra sonrió y asintió. Alguna que otra vez había sentido curiosidad por la adivinación, aunque nunca acudió a un yadugari para que le leyera los huesos. No quería escuchar que su vida iba a ser una mierda hasta el día de su muerte.

Akram le dio una moneda y la mujer volvió a mover el saco. Indra eligió dos huesos, la mujer cerró los ojos y los sostuvo en la palma de su mano.

—Tres pruebas te aguardan: la del valor, la del sacrificio y la de la verdad. Ten cuidado, pues una traición acecha en el lugar más inesperado. Cuando el río de estrellas cruce el cielo nocturno, tu destino se sellará.

No resultó como esperaba, sino todo lo contrario. Pensó que, tal vez, le diría algo menos misterioso.

—¿Qué significa eso?

—Llegado el momento, lo sabrás. —La mujer guardó los huesos junto a los demás, y volvió a mover el saco para que se mezclaran—. ¿Tú?

Akram pareció pensarlo por unos momentos, pero luego buscó otra moneda y accedió a elegir dos huesos para él.

—Tu destino está cosido con los hilos de la muerte y de la vida —dijo la yadugari—. En tres ocasiones serás probado: en la encrucijada del alma, en el abismo de la desesperanza, y en el juicio de los espíritus. Superaste una de ellas, pero te aguardan dos. En la necrópolis olvidada, hallarás las palabras. Ten cuidado con el murmullo de los espíritus, en su lamento puede ocultarse la voz de la tentación.

A Indra le pareció ver que su rostro volvía a esconderse detrás de la sombra que solía ocultarlo cuando estaban en Dkol nur Shana, aunque esta vez duró apenas unos instantes, puesto que el kanafi sonrió y volvió a verse igual que antes.

—Muchas gracias por sus palabras, señora.

La mujer se acercó a él y le dijo algo más, pero Indra no pudo oírlo.

—No entendí nada —dijo Indra cuando la mujer se alejó.

—No debes entenderlo y ni siquiera cambia algo que lo sepas o no. Tu vida seguirá su curso de igual manera.

—¿Y la tuya?

—También.

—Pero te dijo algo de una necrópolis olvidada, lo que quiere decir que deberás ir a ese lugar para encontrar las palabras que necesitarás.

—Una pequeña ayuda de su parte.

—¿Ujmal? —preguntó Indra y él encogió los hombros.— Es que no entiendo nada.

—Solo debes dejar que el destino continúe tal y como fue escrito. En algún momento necesitaré esas palabras que mencionó y tal vez recuerde ir allí a buscarlas.

—¿Y qué si no recuerdas?

—Supongo que las buscaré por más tiempo.

—O para siempre, lo que significa que no podrás hacer... lo que sea que tengas que hacer, y por eso tu destino no va a ser el que debía, sino uno diferente.

—Así es...

—Pero entonces, ¿el destino está escrito o lo hacemos nosotros?

—Creo que un poco de los dos. Está escrito, pero podemos cambiar esas palabras.

—Maldición, ahora entiendo... —dijo con una mueca de desagrado.

—¿Qué cosa?

—Que mi vida sea una mierda. Yo no sé escribir.

Akram se largó a reír y ella encogió los hombros.

—¿Quieres que te enseñe?

—No comprendo las letras, no entiendo cómo funcionan, así que no te preocupes, vas a perder el tiempo. Mhena quiso enseñarme, pero no logró nada.

—Yo no soy Mhena.

—Eres muchísimo más guapo que ella, sin dudas —murmuró.

—No entendí qué dijiste.

—No te preocupes —sonrió y se dio vuelta para llamar la atención del mesero—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Cerveza?

—La verdad que no conozco mucho de bebidas, nunca tuve más dinero que para cerveza, así que me da igual...

—Probemos con algo más, entonces.

Sin embargo, allí no había más que cerveza.

—Es la cerveza más asquerosa de todo Ásico —dijo Indra después de probarla.

—Y me imagino que habrás bebido mucha porquería en tu vida. Vamos, ni siquiera voy a pagar por esto.

—¿Seguro?

Akram sonrió con cierta malicia.

—¿Tú qué crees? —dijo y dejó la mesa antes de que ella pudiera evitarlo. Se escabulló entre la gente e Indra lo perdió de vista, pero si la veían buscando huir, iba a estar en problemas, así que se apresuró a dejar el lugar—. ¡No te agarraron!

La voz de Akram salió de entre las sombras del callejón.

—¿Por quién me tomas?

—¡Ey! —Un hombre los llamaba desde el interior de la taberna. Akram tomó la mano de Indra y se largó a correr, mientras el sujeto seguía gritando en su idioma, que Indra no entendía.

Corrieron por un par de calles y, cuando se aseguraron de que ya no los seguían, buscaron una nueva taberna. La cerveza estaba mejor allí, y les duró bastante menos que la botella de vino y la de licor. A pesar de todo, Akram decidió que tampoco pagaría por eso y volvió a escaparse hacia la calle. Indra no tuvo más opción que seguirlo y tuvo que sortear un par de garras que quisieron detenerla, pero era rápida y alcanzó la calle antes de que la atraparan.

Akram la tomó de la mano y la arrastró hacia donde las sombras podían ocultarlos, justo cuando dos tipos salían detrás de ella. Estaba de espaldas contra la pared y ella quedó a escasos centímetros de su cuerpo.

—Quédate quieta —dijo Akram en voz baja cuando ella quiso escapar hacia la calle de atrás.

Uno de ellos habló en su idioma e Indra no comprendió qué decía. El otro sujeto que iba con él le contestó, y ambos se encaminaron hacia la calle por la que ellos habían llegado un rato

antes.

—Vamos —susurró Indra.

—Todavía no.

Indra levantó la vista.

—Ya se fueron.

Akram negó con un gesto y se quedó quieto, mirándola. Le acomodó un mechón de cabello que cruzaba por su rostro, e Indra sintió que se le erizaba la piel en cuanto él la tocó. Se acercó un paso más, para ver si se alejaba, pero Akram no se movió más que para sonreír.

—Me gustaría mucho poder besarte —dijo sin dejar de mirarlo.

—No.

Indra sonrió, creyendo que estaba bromeando, e hizo punta de pies para besarlo, pero él la detuvo y volvió a negar moviendo la cabeza. Cerró los ojos y respiró profundo, antes de volver a mirarla y sonreír, aunque con cierta tristeza.

—Será mejor que no.

Indra se sentía confundida, y algo mareada, también, por el alcohol y las sensaciones que se habían despertado en su cuerpo.

—¿Por qué? —Indra se acercó más y puso las manos en su cintura. Akram se sobresaltó un poco, pero luego volvió a sonreír y dejó que sus dedos acariciaran su frente, sus mejillas, sus labios. El corazón de Indra latía a tal velocidad que parecía que todo Ásico podía escuchar el retumbar de su pecho.

Akram le tomó el rostro y posó su frente sobre la de ella.

—No puedo —dijo en voz muy baja y parecía que estaba hablando para él mismo, no con ella. Indra sintió cuando todo su cuerpo se tensó, sus manos se pusieron rígidas y empezó a hacerle daño por la fuerza con que la sujetaba.

—¿Akram?

—No... —La abrazó, la apretó muy fuerte contra su cuerpo, tanto que parecía que alguien estaba tratando de apartarlos y él estuviera haciendo todo lo posible para evitarlo.

—¿Qué tienes? —preguntó algo asustada, porque no comprendía por qué estaba actuando de forma.

—Que soy un maldito kanafi.

Akram la apartó de un empujón y se perdió entre las sombras. Indra trastabilló y, por suerte, había una pared detrás de ella para sostenerla, o hubiera caído sentada en el suelo; se quedó donde estaba, mirando el espacio vacío frente a ella, sin comprender qué carajos tenía que ver ser un kanafi con sus ganas de besarlo. Sentía cómo la sangre corría apresurada por su cuerpo, y se agolpaba toda en su cabeza y le latían las manos y los brazos y las piernas y el medio del pecho...

Mientras trataba de que sus sentidos volvieran a la normalidad, se preguntó qué clase de fantasmas tan extraños lo atormentaban para que hubiera reaccionado de esa forma.

«Tal vez me precipité» pensó cuando pudo pensar algo mejor, porque no encontraba otra explicación para lo que acababa de ocurrir.

Indra caminó hacia donde Akram se había ido, porque no quería cruzarse con los tipos que querían cobrarles las bebidas, y buscó otra taberna. No quería regresar al palacio. Tal vez se volvía a cruzar en el camino con Akram y no sabía si tenía ganas de verlo. Iba a ser incómodo, como mínimo, y no estaba segura de haber interpretado muy bien lo que sucedió.

«Seguro que él ni siquiera quería y solo fue amable... hasta donde pudo». Indra resopló cuando se dio cuenta de que lo más probable era que hubiera malinterpretado todo. Se sentía tan

avergonzada, que pensó que lo mejor sería que no volviera a verlo nunca más. Quizás no algo tan extremo como «nunca más», pero al menos por un par de días, hasta que se le pasara esa sensación de ridiculez que cargaba encima. ¿Cómo iba a hacer para hablarle otra vez? ¿Qué le podía decir después de haber quedado como una ofrecida?

«Qué puta vergüenza. Tal vez si le hubiera pedido un par de monedas a cambio de acostarnos quedaba menos en ridículo».

En adelante las cosas iban a ser más que incómodas, porque no podía simplemente alejarse de los demás, ni podría estar con él sin tener ganas de enterrar la cabeza bajo la arena.

Sí, necesitaba una taberna. O mejor, buscaría a alguien que vendiera polvo de estrellas para quitarse toda la mierda que llevaba encima. Tenía una cadena de oro que le habían puesto las sirvientas de la Tjarina y le importaba tres carajos si alguien se enojaba por perderla. De hecho, podían irse todos a la mismísima mierda. Mhena, Rajesh, Akram.

—Akram...

No quería pensar más en él de esa forma, como si sintiera algo por ella, cuando quizás lo único que le despertaba era un poco de gratitud.

«El problema soy yo» se dijo. «Siempre el problema soy yo, después de todo. Si algo es bueno, lo complico; si algo es malo, encuentro la forma de hacerlo peor».

No tuvo que andar mucho para toparse con un tipo que vendía polvo; al parecer en todos los países tenían la misma actitud. Un poco de soberbia, un poco de desconfianza y otro poco de alerta. Y la daga en su cintura, por supuesto, que se viera bien y al alcance de su mano por si tenía que usarla.

—¿Tienes polvo? —preguntó, rogando a Vari que el tipo hablara su idioma. El sujeto la miró e Indra se tocó la nariz. Respondió algo que ella no comprendió, pero por si acaso se quitó la cadena del cuello. El tipo asintió y le mostró un saco de cuero. Indra le dio la cadena, él le entregó el polvo.

Indra se alejó de ahí mientras abría el saco. Sabía que aspirar en un lugar como ese, lleno de borrachos y adictos, era bastante peligroso, pero era tal la necesidad de acallar su puta cabeza, que lo llevó a su nariz.

Lo primero que sintió era que deseaba estornudar, por lo que se tapó la nariz para no perder el polvo. Luego llegó el calor y la euforia, la sensación de irrealidad y de no tener que preocuparse por lo que pensaba ni lo que sentía.

La felicidad.

10 – Akram

«Maldito imbécil, no eres más que un maldito imbécil».

Akram caminaba por esos callejones desconocidos, sin saber hacia dónde lo llevarían sus pasos.

«Lo sabías, sabías que podía suceder».

El empedrado de las calles dio lugar a la arena, las casas empezaron a ser más bajas.

«¿Cómo demonios se te ocurre sentir algo por alguien?»

Uzair lo condenó a una vida de aislamiento y decepción, y seguía siendo su esclavo, a pesar de que ya estaba muerto. Eso lo enfureció todavía más. Le hubiera gustado poder golpear a alguien, porque quería quitarse ese abrumador dolor en el pecho, esa desesperante sensación de soledad y de frustración.

«¿Cómo pudiste jugar así con sus ilusiones?»

—Con mis ilusiones... —murmuró.

La yadugari le dijo que ya no tuviera miedo, pero el miedo no era su problema en ese momento. Estaba furioso.

Miró a su alrededor y vio que no encontraría allí a nadie a quien darle una paliza, por lo que regresó por donde había llegado. No sabía si iba a encontrar la última taberna donde estuvieron, pero lo intentaría. Esos tipos parecían bien capaces de resistir unos buenos golpes.

Los huesos bailoteaban entre sus dedos, porque no era capaz de dejar las manos quietas. Estaba tan nervioso, tan molesto consigo mismo, que ni siquiera pensó que había abandonado a Indra en medio de la noche, en medio de la gente, en medio de una ciudad desconocida.

Las personas empezaron a hacerse más frecuente, el bullicio también, y no pasó mucho hasta que llegó a ver algunos detalles que se le hicieron familiares, aunque no estaba del todo seguro. Prestó algo más de atención, pero seguía sin recordar si ya había pasado por allí antes. No le importó y siguió buscando. El dolor no se alejaba, ni tampoco todo el torbellino de mierda que parecía estar ahogándolo, y necesitaba desesperadamente volver a respirar.

Llegó, al fin, al callejón donde estuvo con Indra y ver ese pequeño espacio oscuro y lleno de basura reavivó su frustración.

Podría haber sido egoísta, podría haberse quitado la duda de saber qué se sentía besar a alguien sin tener la obligación de hacerlo, podría haber descubierto cómo se sentía el amor en los labios de Indra. Pero, ¿cómo podría vivir después, sabiendo que la iba a condenar a una enfermedad dolorosa que la llevaría a la tumba?

Estaba furioso, otra vez, porque su maldito amo seguía atormentándolo y arruinándole la existencia desde el reino de los muertos.

«Ojalá nunca encuentre la luz».

Entró a la taberna y no tuvo que hacer mucho para llamar la atención, puesto que los hombres que los habían seguido se acercaron a él de inmediato. Akram se quitó los guantes y los guardó en su bolsillo.

—Tu deuda acaba de duplicarse —dijo uno de ellos.

—¿Ah, sí? —Akram se rascó la frente, para que vieran las manchas en sus manos. Contrario a lo que esperaba, estos no reaccionaron de ninguna forma y Akram sintió cierta alegría—.

Pagaré lo que bebimos, no más que eso.

—Tendrás que pagar el doble.

—¿Y si no?

—Indra se llama, ¿no? —A Akram se le heló la sangre—. Bueno, ella no tenía dinero encima y tal vez pueda quedarse en los cuartos de atrás hasta que pague toda la deuda. Aunque... claro, habrá que alimentarla y mantenerla limpia y tranquila... El polvo es costoso, amigo, y la deuda será cada vez mayor.

—Quiero verla. —Los huesos volvieron a dar vuelta entre sus dedos.

—¿Cómo crees? —El hombre sonrió de lado, y miró por un instante a su compañero, que tenía otra sonrisa idiota en su cara—. Tienes que pagar para estar con ella.

Su sangre ya no estaba helada, era un maldito volcán.

—¡Sardhari! —Esta vez sí vio el horror en los rostros de los hombres, cuando las runas de los cuatro huesos se iluminaron y de ellos salieron los espíritus. La gente a su alrededor se apartó, entre gritos y pánico, y la conmoción pronto se contagió hacia el resto de los parroquianos. Las mesas y sillas se cayeron, y algunas bloquearon las entradas, lo que aumentó el caos. Akram tomó uno de los huesos—. Busca a Indra.

El humo negro tomó la forma de una figura humana, alta y robusta. Akram se aseguró de hacerla atravesar a uno de los tipos y este lanzó un chillido agudo cuando la figura espectral se entremezcló con sus entrañas, su mente y su sangre por un instante. Akram sonrió y guió a Jhasia hacia el fondo de la taberna. Vio, a través de los ojos de su madre, que Indra tenía ataduras en las piernas y en las manos, y que yacía sobre un colchón sucio y cubierto de manchas parduzcas. Estaba vestida, pero eso no disminuyó su ira.

—Espera... Puedes llevártela sin problemas.

—Por supuesto que voy a llevármela, pero también quiero tener problemas. —El hombre levantó ambas manos y retrocedió. Avanzó un paso y, como el tipo volvió a hacer un paso hacia atrás, se largó a reír—. ¿No me iban a cobrar el doble? ¿No tenía que pagar por ver a Indra?

—Olvidalo. Pueden irse y aquí no ha pasado nada.

—Va a pasar de todo... —dijo, mientras cerraba la mano sobre los tres huesos restantes—. Ghara.

Los espíritus tomaron forma humana y se pasearon por todo el lugar, apartando a empujones a cualquiera que se cruzara en su camino. La gente estaba aterrada y Akram, por el contrario, disfrutaba de ver el miedo que causaba.

Ordenó a Ojab que custodiara la puerta de entrada, y utilizó a Garth para sujetar a uno de los tipos, que palideció de forma alarmante y no hizo ningún intento de moverse. Ákrut tomó posesión de su compañero y el hombre volvió a gritar al sentir cómo otro espíritu se metía entre su carne y sus músculos, en su pasado y su presente. Gritó aún más cuando se entremezcló con sus pensamientos y le ordenó moverse. Akram podía sentir el pánico del hombre en su propio cuerpo, pero le daba cierta alegría saber que ese miedo no le pertenecía. Había sentido miedo durante tanto tiempo, que ser un espectador era una especie de consuelo.

Akram hizo que el tipo se acercara a su compañero y comenzara a golpearlo con los puños. Uno se quejaba de dolor y el otro lloriqueaba rogando que lo liberara, suplicando que lo hiciera. Golpeaba y pedía perdón a su compañero por estar golpeándolo, y a Akram por haber tomado a Indra.

—No quiero tus disculpas —dijo a través de Ákrut, y su voz resonó entre los pensamientos del hombre, lo que lo llenó de más pánico y confusión. Sentía el desconcierto del sujeto al querer controlar su cuerpo y la frustración que le generaba no poder hacerlo.

Escuchar la voz de Ákrut fue lo último que pudo tolerar la gente que había en el salón y, cuando un par de personas corrieron hacia Ojab para traspasar la puerta, a riesgo de que el espíritu hiciera cualquier cosa con ellos, Akram utilizó a los tres para cargar contra todos. Los espíritus reían con sus voces cavernosas, yendo de un lado al otro, lastimando, golpeando, torturando, disfrutando tanto como Akram de lo que estaban haciendo.

Mientras una parte de Akram desataba las sogas de Indra, otras tres maltrataban a la gente sin importar quiénes eran o por qué estaban allí. Mientras una parte de él intentaba hablar con Indra, otras tres jugaban con el terror de las personas, acechándolos, entrando en sus cuerpos, trastocándoles la razón. Mientras una parte de él intentaba hacerla caminar, otras tres se regocijaban con la desesperación de un montón de inocentes.

Jhasia tuvo que alzar en brazos a Indra, porque la chica estaba tan drogada que no podía caminar por sus propios medios. Cuando las vio aparecer en el salón, Akram se acercó al espíritu de su madre, tomó a Indra e hizo que sus espíritus apartaran los obstáculos del camino para no tropezar mientras salía.

«Soy un maldito imbécil».

—Indra —dijo al llegar a la calle—. Indra, dime algo, por lo más sagrado.

Se apartó de la calle y la ayudó a sentarse en el suelo, contra un muro, mientras sus espíritus cuidaban que nadie se les acercara. Si regresaban al palacio así, tendría que dar demasiadas explicaciones y no sabía cómo los iban a tratar después de haberse escapado.

—Indra. —Acarició su rostro cubierto de sudor y le acomodó el cabello que se arremolinaba sobre su frente. La piel de su rostro estaba fría y lo mismo sus manos y sus brazos—. ¿Qué hago ahora, maldición? —La abrazó y la acercó más a su cuerpo, para darle algo de calor—. Indra, por favor, di algo.

Sin embargo, la noche pasó con una lentitud desesperante y recién cuando las estrellas comenzaron a perderse en los colores del amanecer, Indra empezó a reaccionar. Se llevó la mano a la cabeza, despacio, e hizo una mueca de dolor.

—¿Estás bien?

—¿Akram?

—Por la hermosa Vari, al fin despiertas.

—Perdóname —murmuró y se abrazó a él. Akram se preguntó si eso también la condenaría a muerte. Abrazarlo.

—Regresemos al palacio, está amaneciendo ya.

—Dime que me perdonas —insistió, sin moverse.

—No hay nada que perdonar, Indra.

—Quise besarte cuando tú no querías.

«El problema no es querer, es no poder...» se lamentó.

—Vamos.

La ayudó a ponerse de pie y caminaron despacio de regreso, escoltados por cuatro volutas de humo negro.

11 – Akram, Rompehuesos y Azhar

Akram hizo que los espíritus llevaran a Indra hasta su habitación, porque era casi imposible hacerla caminar, y mucho más difícil llegar hasta el tercer piso sin que los vieran todos los guardias del palacio. Se aseguró de que llegara a la cama y los hizo regresar. Se sintió tentado de dejar a uno de ellos cuidándola, pero sería muy poco respetuoso hacerlo; él estaría viéndola todo el tiempo y no era correcto, por más que sintiera que debía hacer algo para mantenerla segura.

El sol entraba por los ventanales y se reflejaba en cada superficie, llenando la estancia de tonos dorados, pero Akram no dejaba de ver todo negro. Su presente lo era, también su futuro. Tenían por delante un largo camino hasta Dkol nur Shana, enfrentar a los soldados del Tjar Rizwan, tratar de recomponer los pedazos de la sociedad de Adheej, tratar de recomponer sus propios pedazos.

Juntó un par de prendas limpias en su bolso y dejó la habitación, dispuesto a encontrar a Rajesh, que estaba en la habitación frente a la suya. El príncipe abrió ni bien llamó a la puerta.

—¿Madrugando? —Se lo veía de muy buen humor. Al parecer la cena había salido bien.

—Debo marcharme, su Majestad.

—Llámame Rajesh —dijo sin perder la sonrisa, y le hizo una seña para que pasara—. ¿Por qué te vas?

—Liberé a los espíritus que tenía antes de que Mhena y el dragón fueran por mí. Debo recuperar mi ejército, para poder ayudar cuando usted llegue a Dkol nur Shana. Había pensado en visitar el cementerio de los mercenarios, pero si alguien me ve allí...

—Mejor que no causemos problemas.

Akram asintió.

—¿Hay buenas noticias?

—Muchas. Partiremos en una semana hacia Dkol nur Shana. Los mercenarios se pusieron a disposición de la Tjarina y ya fueron movilizados para que marchen hacia Dkol nur Shana o a las fronteras, dependiendo donde se encuentren.

—Eso es grandioso —intentó una sonrisa.

—Y todo gracias a ti.

—Solo quería ser libre, su Majestad. Ni siquiera sentía ninguna clase de compromiso con mi pueblo. Eso vino después —dijo y esta vez sí sonrió con sinceridad—, cuando la gente salió a la calle, cuando el fénix extendió sus alas de fuego sobre nosotros.

—Debió haber sido maravilloso.

—Lo fue, pero será aún más grandioso cuando regrese a la ciudad que tanto desea saber de su existencia.

—La Tjarina me dijo que en Manai también hubo una revuelta, pero los prury tomaron la ciudad por completo. No quedó vivo ni un douryense.

Akram no supo cómo sentirse por eso. Un poco feliz, un poco preocupado.

—Si los soldados llegan a Manai, va a ser una masacre.

—No lo creo. Hay una yadugari bastante importante al mando. Tiene varios espíritus en su poder y por eso se hizo con el control de la ciudad.

—Comprendo. ¿Y cree que ella entregará el poder cuando usted vaya a Manai?

—Todo dependerá de si quiero el control de la ciudad o si ella está haciendo un buen trabajo como Señora de Manai. Si las cosas están en orden, si la gente está conforme, si todos tienen una casa donde vivir y comida en su plato, solo le pediré su lealtad.

—Es una yadugari...

—Y tú un kanafi, y eres mejor persona que muchos de los que en teoría son ciudadanos respetables, pero que en la práctica son unos auténticos monstruos.

—Lo siento —bajó la cabeza al disculparse—, debí evitar los prejuicios.

—Es comprensible, ustedes los cinti tienen una fama terrible. ¿Anoche Indra y tú salieron?

—¿Perdón?

—Fui a buscarlos después de que la cena terminó y no contestaron.

—Sí, fuimos a...

—Sin avisar.

—Nos escapamos por los ventanales.

—Akram... Como si fueran ladrones, por el rostro sagrado de Vari.

—Pensamos que nos lo impedirían.

—Bueno, ya está hecho, no se puede cambiar. Índara... —El príncipe tomó una gran bocanada de aire—. Índara tiene algunos problemas con el polvo de estrellas.

—Está durmiendo y no sé cuándo despertará.

—No me jodas, ya cayó de nuevo —se quejó, frustrado.

—Fue mi culpa. La dejé sola y cuando regresé... Ya era tarde.

—Es su culpa, Akram. Su falta de control, su maldita obsesión con esa mierda.

—Adicción, su Majestad.

—Lo que sea. Antes vivía drogada desde el amanecer hasta el amanecer siguiente, todos los días, maldición.

—¿Y ahora?

—Ahora le voy a decir al dragón que se la lleve al desierto hasta que se le pase... Espera... Que vaya contigo, mejor.

—No creo que sea una buena idea.

—Sí, así se mantendrá ocupada y alejada de la civilización.

—No tengo tiempo, debo encontrar un campo de batalla pronto. Entrenar espíritus es un proceso peligroso y además...

—Puedes irte, cuando despierte la enviaré contigo. Tal vez tú sí puedes hacerla entrar en razón, porque Mhena y yo ya lo intentamos todo y nada funcionó.



Distancia.

Quería poner distancia.

Le bastaba con un par de kilómetros de desierto, pero quería alejarse de Indra y aniquilar lo que sentía por ella. Quería volver siendo quien era antes, alguien incapaz de sentir, de desear, de querer abrazar.

¿Cómo se podía sentir tantos deseos de querer abrazar a alguien? ¿En qué momento se despertaron tantas cosas en él?

Y Akram sonrió. Lo recordaba. Recordaba el momento exacto en que sus emociones se despertaron; sin embargo, volvió a fruncir el ceño. Sabía cómo matar personas, pero ¿cómo se mataban los sentimientos? ¿Cómo se apagaba esa llama que lo calcinaba por dentro?

Si Indra le hubiera preguntado en ese momento, le hubiera dicho que no era feliz. En lo absoluto. Era la desdicha en persona. El ser más miserable de Ásico.

—A ver si te calmas un poco, ¿no? Hasta yo estoy enamorado de Indra en estos momentos —dijo Garth, divertido, mientras lo guiaba hacia un campo de batalla de donde sacar huesos para volver a formar un ejército.

—No tengo muchas ganas de escucharte en estos momentos.

—Si no lo decías, no me daba cuenta...

—Risda.

No, no tenía ningunas ganas de escucharlo.



«Indra no viene y el sol está en lo más alto del cielo» pensó, nervioso. No se veía a nadie saliendo de la ciudad, y él estaba bastante lejos de las puertas, porque quería evitar a los viajeros.

El sol empezó a moverse y las sombras a alargarse.

En realidad, apenas si pasaron unos pocos minutos, pero el dragón no era paciente, mucho menos si se trataba de Indra.

Estiró las alas y se empujó hacia el aire. Destruiría esa codenada ciudad si algo le había ocurrido a la cría humana. No le importaba que estuvieran Akram, Mhena o Rajesh allí. Rajesh no le importaba. Mhena y Akram podrían salvarse, tal vez. El fénix... Ese pajaraco seguro sería una molestia, pero también se lo comería si molestaba mucho. Rompehuesos rio al imaginarse la escena y las chispas se escaparon de su hocico.

En cuanto estuvo cerca de las murallas y pudo ver a los soldados que caminaban en las pasarelas, soltó el rugido más largo y terrible de la historia de los rugidos. Los hombres ni siquiera se movieron. Permanecieron quietos y sus rostros morenos se volvieron tan pálidos como los de los muertos.

Voló despacio y a baja altura, disfrutando del olor a pánico que empezaba a flotar en el aire de Barzy. Volvió a rugir porque se sentía muy bien asustar a los humanos. Se paseó por toda la ciudad antes de ir al palacio, para darles algo de tiempo de liberar a Indra, si es que la tenían encarcelada en algún lugar.

Cuando llegó a la morada de la Tjarina, lanzó una llamarada a la nada misma y la atravesó para hacer el aterrizaje más atemorizante de la historia de los aterrizajes. Un dragón atravesando el fuego. Debió haber sido un espectáculo maravilloso, pero él solo podía imaginarlo.

Rugió ni bien sus garras aplastaron los arbustos florales y no apareció ni un alma para tratar de ahuyentarlo. Eso también se sintió bien.

—¡Dragoncito! —La voz de Indra. Estaba bien, a salvo, con cara de dormida. El dragón saltó hasta su ventana y sus garras destruyeron los balcones y su cola un par de árboles, pero no era que le importase demasiado.

—¿Quién te retuvo aquí? —rugió.

—Anoche... Perdón, conseguí polvo.

—Agarra tus cosas. Nos vamos.

—Antes debo hablar con Rajesh y no sé si...

El dragón le rugió en la cara y el cabello le revoloteó y la brasa de su garganta iluminó toda la habitación e Indra se achicó.

—Nos vamos, Indra.

—Está bien, espérame fuera de la ciudad.

—No me moveré de aquí hasta que salgas, ¿por quién me tomas? No quiero que vayas a conseguir más de esa porquería.

—Rompehuesos, ¿qué sucede? —preguntó Mhena desde otra ventana.

—Me llevaré a Indra.

—¿Por eso destruiste el palacio y el jardín?

—Son solo unos rasguños, poderosa yaducare.

—Para un humano es más que un rasguño, dragoncito. Debes disculparte con la Tjarina.

Dejó salir otra voluta de humo.

—Que salga, entonces, la esperaré abajo.

Saltó de nuevo hacia el jardín, y se aseguró de aterrizar sobre una casucha adornada con flores, enredaderas y cosas por el estilo. No hizo ningún intento en controlar su cola, que volteaba árboles y tumbaba estatuas a diestra y siniestra. Estaba molesto. Quería que los humanos supieran lo que ocurría cuando estaba molesto y que se imaginaran lo que ocurriría si lo hacían enojar de verdad.

De las puertas principales salió una mujer sola que no parecía demasiado especial, salvo porque estaba muy adornada con cadenas de oro. No se atrevió a acercarse demasiado, sino que permaneció a pocos pasos de la entrada.

—Bienvenido a Barzy, Rompehuesos, asesino de kanafi —dijo la mujer con voz segura, a pesar del miedo que olía en ella. El dragón tuvo que cerrar con mucha fuerza el hocico para que no se le escaparan unas cuantas chispas de satisfacción al oír que se dirigía a él con todo su nombre completo. Sin embargo, Mhena llegó corriendo y se paró a su lado, para interrumpir ese gran momento de alegría.

—Discúlpate —dijo muy seria.

Él estaba disfrutando del pánico que estaba causando y llegaba esta muchachita flacucha a regañarlo como si fuera un cachorro. Soltó un gruñido profundo, bajo y un poco largo. Una advertencia que tuvo su efecto, porque Mhena retrocedió.

—Vine por Indra —dijo el dragón—. Lamento si causé algunos daños.

—Sí los causaste, Rompehuesos —dijo la Tjarina—, pero es comprensible. El palacio no está preparado para recibir visitas de tu tamaño e importancia.

Quizás, hasta podía llegar a caerle bien la Tjarina.

—Yásid es un buen chico —dijo, a falta de algo más que decir—. También lo fue Burya. Shas era un humano excepcional.

—Agradezco de corazón tus palabras, honorable crahsti.

—Espero que pueda regresar a su hogar pronto.

—Espero lo mismo.

—Su Majestad. —Indra apareció desde detrás de la Tjarina y bajó la cabeza para no mirarla cuando la mujer se giró—. Lamento mucho que Rompehuesos haya causado tantos daños.

No comprendió la actitud de Indra en ese momento. ¿Acaso por estar llena de oro merecía alguna clase de respeto? Indra era una persona maravillosa y no le parecía que esa Tjarina fuera mucho mejor que la cría humana.

—No lo lamentos.

—Le prometo que le pagaremos por esto... Llegado el momento. Ahora no tengo más que una moneda en el bolsillo.

—Me trajeron noticias de mi hijo y eso es suficiente. Pueden irse en paz.

—Gracias, su Majestad. —Indra retrocedió hasta llegar a las escalinatas, se giró y corrió hacia él—. Vamos, dragoncito.

La cría humana se trepó por su costado y, cuando estuvo ubicada en el lomo, Rompehuesos saltó hacia el cielo.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ni bien dejaron los límites de la ciudad—. Estabas bien sin ese polvo.



Indra pensó en qué tan apropiado era hablarle al dragón de sus problemas sentimentales. ¿Qué le iba a decir, después de todo? ¿Qué se sintió como el carajo porque Akram no quiso besarla?

«Puedo ser tan ridícula como Rompehuesos al buscar nombre».

Tal vez solo usó su decepción como excusa, cuando lo único que quería hacía rato era darse una buena pasada con polvo.

—No quiero hablar de eso.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ganas

—¿Alguien te hizo algo? —exclamó, e Indra sintió como sus escamas se agitaban.

—Yo misma, dragoncito, cálmate, ¿sí?

—¿De dónde sacaste polvo de estrellas?

—Por Vari, ya déjame en paz.

—No, Indra, no te dejo en paz. Tú misma dijiste que era una mierda, pero te dejo sola una noche y corres a buscar más de eso. No lo necesitabas, no lo necesitas. ¿De dónde lo sacaste?

—Salí con... —«Mierda»—. Salí a buscar.

—Con alguien. ¿Quién era?

—Ya, fue mi culpa, nada más.

—Claro que sí, pero había alguien contigo y no hizo lo posible por evitarlo.

—Me separé de Akram en un momento, ¿está bien? —dijo, completamente enojada—. Y busqué polvo. Cuando volvió a encontrarme ya estaba puesta. ¿Feliz?

El dragón rugió peor que cuando llegó al palacio de Barzy e Indra tuvo que taparse los oídos, porque le parecía que se le iban a reventar. Aterrizó con brusquedad y se sacudió para arrojarla a la arena. Sintió que se le quemaba la espalda y los muslos por el roce con la arena caliente, pero el golpe fue tan violento que no se podía mover.

—¿Feliz? —rugió—. ¿Cómo puedo estar feliz si estás buscando matarte, Indra?

—No quería matarme —murmuró—. Solo... dejar de pensar.

El dragón saltó sobre ella y sintió que todo temblaba a su alrededor. Debía estar realmente furioso.

—Es la estupidez más grande que podrías haber dicho. Pensar es lo que nos diferencia de las bestias. ¿Eso quieres ser? ¿Así quieres que te traten? ¿Cómo a una bestia? A mí me trataron como a una, y me arrancaron de mi hogar, me encadenaron a una cueva, me golpearon y pincharon sin razón. A ti te trataron como a una bestia en la cárcel, ¿acaso lo extrañas?

Indra negó moviendo la cabeza.

—Contesta —gruñó.

—No, no quiero regresar a la cárcel.

—Entonces piensa, siente, vuélvete loca pensando y sintiendo —dijo y se tomó unos segundos antes de continuar. Cuando habló otra vez, lo hizo bajando un poco el tono de voz—. Vive, Indra, porque ¿qué voy a hacer yo si tú te mueres? —Indra sintió que empezaron a picarle

los ojos y que se le hizo un nudo en la garganta. A pesar del dolor que aún sentía en el cuerpo, lo mismo se incorporó y se abrazó a su pata—. ¿Quién va a cuidar de mí?

—Perdóname —susurró.

—Ásico es horrible, demasiado horrible para estar solo.

Indra pensó en lo chiquito y maltratado que estaba cuando se conocieron, en lo vulnerable y triste que lo veía en ese momento. Se imaginó ella misma siendo la única en un mundo lleno de otras especies tan crueles como la humana. Era un escenario desolador.

—Perdóname, dragoncito.



Indvhe
Doury Kasesh

Las estrellas titilaban sobre su cabeza mientras caminaba hacia el sur de la ciudad. El farol que llevaba en la mano creaba luces danzarinas que reptaban hacia los callejones a su paso, pero que regresaban al instante.

Llegó a donde quería, llamó a la puerta, pero nadie atendió. Buscó la llave en su bolso y abrió la puerta. Había olor a quemado, por supuesto, pero no esperaba oler a carne putrefacta.

—Maldición —murmuró.

Caminó con cautela hasta que llegó a la última habitación. La kanafi tenía la mitad inferior del vientre y las piernas calcinadas. No había rastros de que un incendio hubiera ocurrido allí.

Sacó uno de sus huesos y le ordenó ir al palacio.

—¿Qué sucede? —preguntó Ysha.

—Ilia está muerta, ven de inmediato.

—Maldición. Iré enseguida.

Azhar se acuclilló y cortó uno de sus dedos. La carne casi se deshizo en su mano, pero no se inmutó. Ya estaba habituada al proceso de descomposición de los cuerpos, después de todo.

Mientras esperaba a su hermana, quemó el hueso para deshacerse de todo el tejido y, ni bien lo sacó de las llamas, alguien golpeó la puerta.

—Está abierto —dijo, despreocupada, y oyó la puerta abrirse. Escuchó que ponía llave y, luego, los pasos apresurados de Ysha.

—¿Qué sucedió?

—Ahora lo sabremos.

Sin perder el tiempo, se pusieron a preparar las cosas para el ritual y trajeron de vuelta al espíritu de Ilia, quien les contó cómo había muerto.

Azhar se sentía furiosa y la envió de regreso enseguida.

—Dalha —dijo Ysha. Se esperaba un viaje a través de las rocas del desierto de Larha, pero el espíritu no se movió de allí—. Malditos sean, lo perdimos. La yaducare cambió su esencia.

—Sin dudas.

—¿Y ahora?

—La pregunta que deberíamos hacernos es: ¿por qué estaba con una yaducare?

—No lo sabremos hasta que no volvamos a encontrarlo y perderemos mucho tiempo.

—No tanto. —Azhar sonrió—. El dragón está con él. Es un poco difícil perderle el rastro al dragón.

Ysha sacó un hueso de su bolso y las runas talladas en él se iluminaron cuando habló.
—Busca a Qhar.

12 – Qhar, Sitha, Indra y Akram

*Barzy
Hienza*

—Ilia está muerta —dijo la voz de una de las gemelas a través del humo negro que acababa de llegar—. El dragón lo hizo.

Qhar se llevó ambas manos a la cabeza, en gesto derrotado, miró hacia arriba y respiró profundo. Una de las velas se apagó.

—Justo cuando acabo de encontrar a Akram.

—¿Lo tienes?

—No, pero está aquí, en el palacio. Llegó con el dragón y la chica...

—Indra.

—Esa misma. —Qhar tomó uno de sus huesos, lo puso entre las páginas del libro que estaba leyendo, y lo cerró—. Trajeron noticias. Los hombres del Tjar tienen al príncipe Yásid, el segundo hijo de la Tjarina, pero eso no es lo más importante.

—¡Habla! —exclamó, ansiosa.

—El príncipe de Adheej está con ellos.

—¿Está vivo! ¿Cómo es su nombre?

—Rajesh.

—Entonces Akram no mintió.

—Lo acompaña una yaducare.

—¡Ahora entiendo todo! Por supuesto, los únicos cinti que sirvieron a la dinastía prury siempre fueron los de la luz, ¿cómo pude olvidarlo?

—No van a creerlo, pero también hay un fénix con él.

—¡Eso es excelente!

—Sin dudas. Esta vez las cosas saldrán bien.

—Si es la voluntad de Vari, Adheej recuperará su esplendor.

—Vari así lo quiera. —Qhar recordó que había excavado la sepultura de un gran guerrero hacía unas horas y había encontrado un hueso útil, por lo que lo sacó del bolsillo del chaleco y comenzó a tallar las runas en él—. ¿Cómo seguimos ahora?

—Hablares con el Tjar Rizwan.

—Entendido. —El filo de la daga patinó y le hizo un corte en el dedo. Qhar lo llevó a sus labios.

—Te contactaremos mañana en la noche, pero puedes buscarnos si hay noticias.

—Veré si tengo la oportunidad, es difícil hacerlo. Tengo que entrar a un burdel y pagar una habitación para mí solo para poder hablar con ustedes.

—Lo veo, sí —dijo divertida.

—No es gracioso, me siguen a todos lados, hay ojos puestos en todos, todo el tiempo —dijo Qhar algo molesto, pero luego suspiró y encogió los hombros—. Al menos me dejan coger en paz...

—Los Tjares son un poco paranoicos...

—No los Tjares, esta hija de puta, nada más.

La gemela rio.

—Cuídate, estaremos atentas.

—Adiós.

El humo se diluyó y Qhar buscó otro hueso para poder hablar con el Tjar Galadh. Los encontró volando sobre las montañas bajas que circundaban Bahud. Ze Rawa se veía hermosa bajo la luz de la luna.

—El dragón tiene nombre —dijo Qhar y vio cómo la dragona soltaba un montón de chispas doradas. Hacerla feliz lo ponía de muy buen humor—. Lo llaman Rompehuesos, asesino de kanafi.

—Vaya, es un gran nombre... —dijo el Tjar—. ¿Sabes algo sobre ese kanafi al que asesinó?

—Es Ilia. Ellos no han hablado al respecto, su Majestad, pero hablé con una de las gemelas y me acaba de decir que a Ilia la mató el dragón cuando defendió a Akram de ella.

—¿Y ahora?

—Encontraremos otra forma. Las gemelas hablarán con el Tjar Rizwan por lo del príncipe Yásid.

—Bien.

—Qhar, dime qué hace mi hermano.

—Tranquila —dijo el Tjar con calma, mientras le acariciaba el cuello.

—Dejó la ciudad con su jinete.

—¿Sabes hacia dónde?

—A ningún lado. Permanecerán en el desierto. Indra tiene problemas con el polvo de estrellas, y el príncipe Rajesh pensó que sería mejor alejarla de las tentaciones.

—Espero que no sufra demasiado cuando su cuerpo necesite más de eso —dijo el Tjar.

—Llevaba meses sin acercarse a una ciudad, pero ni bien llegó a Barzy, buscó polvo, así que...

—Comprendo. Una lástima. ¿Qué más sabes de ella?

—No mucho más, no pareciera tener nada en especial, más que al dragón como compañero. El kanafi del príncipe también dejó Barzy, aunque no con Indra y Rompehuesos, se fue antes, por su lado. No tengo en claro el motivo.

—Intenta hablar con el dragón, por favor. Háblale sobre Ze Rawa.

—Como ordene, su Majestad. ¿Vendrá usted?

—Ella está impaciente —dijo en voz baja, para que la dragona no pudiera oírlo—, quiere viajar cuanto antes, pero no lo haremos hasta que el príncipe Rajesh tome Dkol nur Shana. Está tan nerviosa y es tan pequeña, que temo que resulte herida o que cause problemas, en lugar de solucionarlos.

—Es comprensible. No está lista todavía para salir al mundo.

—No, mejor que lo haga cuando las cosas estén en calma. Habla con Rompehuesos, por favor, y avísame si hay noticias.

—Por supuesto, su Majestad.

Qhar regresó a su habitación, buscó otro hueso diferente y viajó con él a buscar a Nirek. Estaba entre medio de las montañas y se sorprendió al verlo.

—Soy Qhar.

—Sí que me diste un susto —susurró—. ¿Qué noticias hay?

—El Tjar Galadh no irá a Dkol nur Shana hasta que el príncipe no haya recuperado el trono.

—Cobarde.
—Algo así. Indra y el dragón se fueron al desierto. El kanafi que estaba con ellos también dejó Barzy, aunque por su lado.
—¿Razones?
—Del kanafi, no lo sé. La chica es adicta al polvo de estrellas. —Qhar repitió lo que le dijo al Tjar Galadh.
—Interesante.
—Si tú dices. ¿Cómo están las cosas allí? ¿Dónde estás?
—Vintha y yo estamos cruzando el Paso de la Muerte, yendo a buscar a un prisionero. Qhar sonrió. Ese idiota todavía no tenía idea de quién era.
—Es el príncipe Yásid, hijo de la Tjarina Navila.
—¡No me jodas! No nos lo dijeron, solo que era un prisionero. ¿Estás seguro?
—Claro que sí, por algo es que estoy en este lugar, ¿no? Para informarme e informar.
—Por Sheera, tengo que decírselo al Tjar Rizwan de inmediato.
—Por supuesto. —Qhar acarició su larga barba gris—. Si no hay nada más, me retiro.
—Nada más, por ahora. Hablaré con Indvhe.
—Te contactaré en unos días. Risda.
Qhar guardó el hueso y encendió la vela de nuevo. Ya había cumplido con sus obligaciones del día, ya podía volver a leer sin que lo molestaran.



Estaba de pie frente a una puerta de roble, que conducía a una pequeña habitación, en cuyo interior se hallaba el féretro en donde habían puesto a Burya.

Eso representaba para los arquitectos de tumbas, al parecer. Un cubo de mármol rojo, un rectángulo de piedra negra y un cajón de madera para contener a alguien que una vez fue la persona más viva de Ásico.

Era todo tan frío, tan carente de vida, tan perfectamente tallado y decorado que insultaba la memoria de una persona que fue caos, vida, risas, ira, paz, sueños, pesadillas.

Era difícil pensar en que no volvería a verla. Le dolía más, sin embargo, que su madre hubiera dado un banquete de bienvenida al supuesto príncipe de Adheej, mientras el cuerpo de Burya seguía secándose en la arena. También, que hubiera dejado pasar dos días enteros desde que lo supo para decirle que estaba muerta. ¿Cuánto llevaba muerta? No le dejaron ver su cuerpo, pero al menos pudo robarle a su madre la pulsera de oro que le había regalado antes de que dejaran el palacio.

Burya debía regresar, tenía que acompañarla a recorrer Hienza, a buscar un buen lugar a donde poder vivir las dos, solas, lejos de la vida del palacio. No regresó, sin embargo.

—Me prometiste que no ibas a morir, Burya —murmuró.

Traspassó la puerta y forzó la tapa del cajón. Las nauseas aparecieron de repente y le quemaron la garganta, pero no apartó la vista. Ya no era Burya, era un esqueleto retorcido, cubierto de cuero gris, con una mueca horrible que dejaba al descubierto todos sus dientes. La habían vestido como a una reina. Burya nunca se hubiera vestido así. Esa jamás sería Burya. ¿Por qué su madre la insultó al permitir que la vistieran así? Sitha hizo a un lado el asco y le quitó esos vestidos de telas delicadas y coloridas. A Burya no le hubieran gustado en lo absoluto.

Cuando estaba volviendo a colocar la mano sobre su pecho, uno de los huesos de su mano

se desprendió y se quedó entre sus dedos. A Sitha se le agitó la respiración y el corazón le empezó a latir muy fuerte, tanto que parecía sentir la sangre correr dentro de sus venas. Podía escucharla, también.

—¿Acaso quieres venir conmigo? —susurró en vano, porque sabía que jamás volvería a escuchar su voz otra vez, a menos que...

«Buscaré a un cinti».



El sol estaba empezando a despegarse del borde del mundo cuando Qhar salió de la ciudad. Frente a él había una inmensidad de suaves dunas de tamaños irregulares, que empezaban a abandonar los tonos grises y comenzaban a encenderse como grandes fogatas. Al poco rato, el calor era infernal.

Caminó todo el día y recién cuando los colores comenzaron a apagarse otra vez, encontró un inmenso bulto oscuro recostado en la cima de una duna. Ver a Ze Rawa siempre le había producido una mezcla de sensaciones. Un poco de miedo, un poco de felicidad, un poco de emoción. Ver a su hermano fue cien veces más impresionante. Era muchísimo más grande que ella, sus cuernos más largos y su cola más poblada de púas.

—¡Rompehuesos! —exclamó, después de estar un buen rato observando su grandiosidad, y el dragón se incorporó de inmediato. La chica rodó cuesta abajo por la arena cuando el crahsti la golpeó con una de sus patas traseras y Qhar corrió hacia ella, para intentar ayudarla—. ¡Perdón! Perdónenme.

—¿Tú quién eres? —rugió el dragón.

—¿Qué pasa contigo? —se quejó la muchacha mirando al dragón, mientras sacudía el polvo de sus ropas.

—Perdón. Soy Qhar, kanafi del Tjar Galadh, de Cingze.

—Te vi en la corte de la Tjarina —dijo Indra con mucha desconfianza, ya que se movió despacio hacia el dragón.

—Así es, pero soy informante del Tjar de Cingze.

—¿Y qué quieres con nosotros?

—El Tjar Galadh tiene por compañera a Ze Rawa, la hermana de Rompehuesos.

—¿Mi hermana vive? —preguntó sin ocultar su alegría, ya que una gran cantidad de chispas salieron de su boca. Qhar sonrió.

—¿Tienes una hermana? —preguntó Indra. Qhar asintió, pero el crahsti no le hizo caso.

—Así es y vine al sur para buscarte, Rompehuesos, porque ella siempre quiso saber de ti.

Rompehuesos se echó en la arena y levantó una nube de polvillo al hacerlo, estiró las patas y parecía una versión derretida del magnífico dragón que había visto hasta hacía unos instantes. De su boca no dejaban de salir chispas, que ascendían hasta confundirse con algunas de las estrellas que ya comenzaban a dejarse ver. Sin dudas la noticia lo había puesto muy feliz.

Indra caminó hasta Qhar, sin dejar de mirarlo a los ojos y se paró frente a él. Tenía que levantar bastante la cabeza para mirarlo.

—¿Cómo te atreves a jugar así con sus ilusiones? ¿Quién te crees que eres?

—No estoy mintiendo, Indra. Ze Rawa es la hermana de Rompehuesos.

—Quiero hablar con ella —dijo el dragón e Indra lo miró, desconcertada.

—Está en Cingze y deberíamos concretar un encuentro.

—No, ahora. Usa tus espíritus.

Qhar asintió e hizo lo que Rompehuesos le pedía. La dragona estaba sola, echada en su cueva.

—Ze Rawa, soy Qhar.

—¿Lo encontraste? ¿Encontraste a mi hermano? —Había tanta inocencia en su tono de voz, que Qhar se sintió conmovido.

—Así es.

—¿Es cierto que eres mi hermana? —preguntó Rompehuesos mirando al humo.

—No puede oírte —le dijo al dragón mientras, al mismo tiempo, le contaba a Ze Rawa dónde estaban y contestaba sus constantes preguntas—, pero le preguntaré lo que quieras.

—Si es verdad que es mi hermana, podrá decirme los colores de nuestros padres.

Qhar le transmitió la pregunta y ella respondió de inmediato.

—Nuestra madre era roja y dorada, y nuestro padre era naranja y negro.

—¡Es ella! —Rompehuesos extendió sus alas y se impulsó hacia el aire. Mientras seguía soltando chispas hacía volteretas, y Qhar se sorprendió de la agilidad con la que lo hacía, considerando su tamaño.

Indra rio y Qhar le contó a Ze Rawa lo que su hermano estaba haciendo. Ella también rio.

—¿Quieres saber de qué color soy? —preguntó ella y Qhar le transmitió la pregunta. Rompehuesos aterrizó.

—¡Sí! ¡No! Mejor no, quiero que sea una sorpresa. ¡Es mi hermana! —volvió a decir. Se acercó a Indra y bajó la cabeza, para que la chica le acariciara el morro.

—Es grandioso —le dijo Indra y él volvió a *derretirse* en la arena. Luego, miró a Qhar—. ¿Y ahora qué?

Qhar se despidió de la dragona antes de responder.

—Tendremos que esperar a que la Tjarina y el príncipe Rajesh decidan cuáles serán los próximos movimientos. El Tjar Galadh y Ze Rawa no van a venir hasta que las cosas aquí estén más tranquilas, porque el Tjar teme que ella sea herida. Es un poco impulsiva e imprudente...

—Comprendo, él también.

—Por favor, no digan nada sobre esto, porque me pondrían en peligro. Estoy al servicio de la Tjarina, pero a decir verdad, mi lealtad está con el Tjar Galadh.

—Cuenta con eso —dijo el dragón e Indra asintió.

—Se los agradezco.

—Iré a cazar —dijo el dragón antes de perderse en el cielo.

—¿Quieres pasar la noche aquí? —preguntó Indra—. Rompehuesos seguro traerá las sobras de lo que sea que consiga.

Qhar aceptó, tenía algo para cenar esa noche, al menos.



Rompehuesos llevó al enorme calvo de regreso a la ciudad a la mañana siguiente. El hombre estaba tan encantado, que no había dejado de sonreír desde que el dragón lo propuso, pero su sonrisa se le borró del rostro en cuanto Rompehuesos levantó vuelo.

—Casi lo pierdo un par de veces —dijo ni bien regresó.

—¿Tenía miedo?

—Y estaba muy mareado, también. Un par de veces se recostó en mi cuello, así que tuve que moverme despacio para que no se reventara los huesos en la arena.

—Hay gente que no soporta las alturas. ¿Por qué nunca mencionaste a tu hermana?

—No lo sé.

Indra se sintió un poco herida desde que Qhar lo dijo, pero Rompehuesos estaba tan feliz e ilusionado que no quería arruinarle el momento. Ya demasiado estaba soportando el pobre con el malhumor que ella tenía.

—Pues me alegro de que sepas que está bien y a salvo.

—Eso parece. No veo la hora de verla otra vez.

—Puedo imaginarlo...

La conversación no continuó después de eso, y ambos se quedaron donde estaban por el resto del día. Rompehuesos salió a cazar al atardecer y le llevó una pata de ciervo entera para Indra. Se notaba que estaba de buen humor.

—Desesperación y miedo —murmuró y plegó el ala. Indra estaba resguardándose del frío de la noche desértica apoyada en el cálido vientre de su compañero, ya casi dormida.

—¿Qué dices? —A pesar de que solo llevaban dos días en las afueras de Barzy, estaban tranquilos y casi se habían olvidado de lo que era estar en una tensión constante. Indra lo olvidó, más bien, a pesar de la visita de la tarde anterior. Rompehuesos continuaba alerta. Sintió de nuevo la sangre acelerarse en sus venas y los músculos ponérseles rígidos.

—Monta —ordenó, e Indra se apresuró a trepar hasta su lomo—. Huelo a alguien.

Sintió que se le paralizaba el cuerpo.

—¿Akram? —atinó a preguntar.

—No, no es él.

Indra respiró aliviada y el nerviosismo la abandonó por completo.

—¿Quién puede ser, entonces?

—Algún viajero, tal vez.

—¿Y desde cuándo tan servicial?

—No es por ser servicial, es porque si alguien tiene miedo, es porque está en problemas. Eso significa que alguien o algo lo está asustando y...

—¡Allí! —dijo Indra—. A la derecha.

—... Tengo muchas ganas de destruir cosas.

Había un bulto en la arena, una persona envuelta en una capa, acurrucada en sí misma, aunque se incorporó en cuanto oyó el batir de las alas del dragón. No podía verlos, al parecer, porque su cabeza se movía en todas direcciones, buscando algún indicio en la oscuridad.

—No aterrices, espera a que sepamos quién es.

—No nos puede hacer daño un solo humano.

—Insensible, se puede asustar todavía más. ¡Somos Indra y Rompehuesos! —exclamó—. ¿Quién eres?

—Sitha, princesa de Hienza —contestó con cierto alivio una voz temblorosa.

—Maldición, ¿qué hace aquí sola? —preguntó en voz baja, aunque luego volvió a levantarla—. Aterrizaremos cerca de ti, no te muevas, o Rompehuesos puede aplastarte.

La muchacha no contestó, pero no la vio moverse y Rompehuesos descendió despacio, cuidándose de no asustarla todavía más.

—¿Qué sucedió? —Indra empezó a bajar del lomo del dragón—. ¿Qué haces aquí sola?

Sitha miraba hacia donde Indra estaba, aunque parecía no poder verla. Indra le dio una palmada en el hocico y le dijo que abriera la boca, para que la brasa de su garganta las iluminara.

—Me escapé —dijo en cuanto pudo ver a Indra.

—Pero, ¿por qué? Debes regresar de inmediato, asustarás mucho a tu familia.

—No me importan. No me importa ninguno de ellos.
—¿Y a dónde pretendes ir? El desierto es un lugar bastante horrible para estar sola.
—Necesito encontrar al kanafi del príncipe Rajesh.
—Creo que no comprendo.
—Tengo que hablar con Burya. —La voz le tembló al decir su nombre. Indra asintió.
—Burya era una gran cazadora —dijo el dragón.
—Y una buena persona. Lamento mucho que haya muerto, pero creo que no deberías hablar con ella. Déjala hallar la luz en el reino de los muertos.
—Prometió que regresaría a Barzy —sollozó.
—Los espíritus deben ser libres, princesa. Si la traes de regreso, solo prolongarás más su sufrimiento hasta que pueda ir hacia la luz. Déjala ir.
Sitha negó moviendo la cabeza, pero no contestó.
—Te llevaremos de regreso al palacio —dijo el dragón y ella lo miró.
—No quiero regresar.
—Querer y deber son cosas distintas. ¿Sabes cazar? —dijo Indra y Sitha negó—. ¿Puedes encontrar agua? —Volvió a sacudir la cabeza—. ¿Tienes idea hacia dónde está la próxima ciudad?
—No...
—En dos días estarás muerta, entonces, si es que antes no te devora un animal o te pica un escorpión.
—Llévenme con el kanafi, por favor.
—Está bien —dijo el dragón—. Monten.
—¿Seguro? —preguntó Indra.
—Estoy cansado y no quiero pasarme la noche entera escuchando dramas. Monten.
—Gracias —dijo la princesa, pero no se atrevía a acercarse.
—No te hará nada —dijo Indra. Intentó ser amable con ella, pero lo cierto era que también estaba bastante molesta. Le caía mal saber que quería traer el espíritu de Burya de regreso. Mhena se lo había dicho alguna vez. Los espíritus sufrían cuando eran arrancados del reino que habitaban y más aún cuando todavía no habían hallado la luz de la paz.
Indra montó y le indicó a la muchachita cómo trepar por el lomo del dragón, aunque si hubiera sido por ella, la hubiera empujado en mitad del vuelo para que se hiciera mierda en la arena. Burya no merecía que los deseos egoístas de una princesita malcriada atormentaran su descanso. Tampoco estaba cómoda con la idea de encontrar a Akram.
No quería verlo.



—¿Qué carajos hacen aquí a mitad de noche? —se preguntó en cuanto oyó el zumbido de las alas de Rompehuesos. Había estado bastante tranquilo, pero saber que se acercaban lo puso de mal humor. El dragón aterrizó y lo cubrió de polvillo, pero no estaba solo Indra, sino también la princesa Sitha.
Akram se sorprendió, porque no se imaginaba qué podría estar sucediendo para que se encontrara con ellos.
—¿Qué ocurrió? ¿El príncipe Rajesh está bien?
—Sitha quiere hablar contigo —dijo el dragón. Se lo oía molesto y Akram pensó que ese encuentro se había convertido en el festival del mal humor.

La princesa desmontó, pero no así Indra, que se veía molesta y ni siquiera lo miró. Tal vez solo recordaba que él la rechazó y no estaba entre sus recuerdos que le había pedido disculpas por haberse acercado a él. Quizás sería mejor si las cosas eran así en adelante, si ella seguía molesta y no volvía a dirigirle la palabra.

—¿Qué sucede, princesa?

La muchacha abrió la mano frente a él. Tenía un hueso, recubierto de algo de piel seca.

—Quiero hablar con Burya, por favor.

—¿Y por qué crees que yo lo haría?

—Tengo oro.

Akram levantó un hombro.

—Yo también tengo.

—Puedo darte lo que más desees.

Akram miró a Indra por un fugaz momento.

—No puedes hacerlo, nadie puede.

Antes de que se diera cuenta, Sitha estaba trepando por el lomo del dragón. Saltó sobre Indra, que no se había dado cuenta de lo que sucedía, y la arrojó hacia el lado contrario. Ambas cayeron con un gemido ahogado. Rompehuesos se incorporó y se apartó, entre asustado y sorprendido y Akram pudo ver que Indra estaba boca abajo sobre la arena y el filo de una daga se apoyaba en su cuello. Sitha le levantaba la cabeza tirando de su cabello.

—¿Y yo qué carajo tengo que ver? —murmuró Indra.

—Puedo quitarte lo que no puedes tener, también.

—Puedo convertirte en un montón de cenizas, chiquilla. Aléjate de Indra de inmediato.

—Quemarás a Indra también, dragón —respondió en tono burlón.

—Deja ir a Indra, te ayudaré con tu hueso.

—Nos hubiéramos ahorrado todo esto si aceptabas desde un inicio.

Sitha se incorporó, guardó su daga y tendió la mano a Indra, para ayudarla a levantarse. Indra la aceptó, pero ni bien estuvo de pie le estampó el puño en la boca.

—Que sea la última vez que me involucras en tus mierdas, ¿me oyes? —Sitha se llevó la mano al labio, que empezó a sangrar—. Podríamos haberte dejado morir de miedo en medio del puto desierto, ¿y así es como me pagas?

—Perdón...

—Me importa una mierda —dijo y le dio la espalda—. Vamos, dragoncito.

—¿Me dejarán aquí?

—Indra, espera —dijo Akram. Indra lo miró, se veía más molesta que antes—. Yo no puedo encargarme de ella, tengo mis problemas.

«Y tampoco quiero que te vayas...»

—También me importa una mierda. Arréglense como puedan.

Indra volvió a montar y el dragón saltó hacia el cielo.

—Tus armas —dijo Akram—. Todas las que tengas.

—Pero...

—No me obligues a regresarte a las puertas de Barzy.

—Es imposible que lo hagas —dijo sonriendo de lado.

Akram sacó dos huesos de su bolsillo.

—Sardhari.

El humo negro la rodeó y la levantó del suelo. Sitha se asustó y dejó caer el hueso que le había mostrado antes.

—¡Burya! —Luchó con las sombras para poder alcanzarlo, pero Akram lo tomó.

—Risda —murmuró y los espíritus desaparecieron después de depositarla otra vez sobre la arena—. Tus armas.

Sitha obedeció sin quitar los ojos de la mano en la que Akram tenía el hueso.

—¿De dónde lo sacaste?

—De su tumba.

—Eso es bastante irrespetuoso, ¿sabías? Molestar a los muertos en sus tumbas.

Sitha rio.

—Ustedes lo hacen todo el tiempo.

Akram caminó hasta el lugar en el que estaba antes de la interrupción.

—Nosotros empezamos a matar antes de poder limpiarnos el culo solos, niña. —Era una exageración, por supuesto, pero Sitha no tenía por qué saberlo. Se sentó frente al fuego y puso el hueso en un cuenco—. Molestar a un muerto es lo más inocente que podríamos hacer.

—¿Cómo es?

—¿Qué cosa?

—Ser un cinti.

—Un asco y... también es doloroso.

—Porque debes matar gente, ¿no?

—Porque debes usar tu sangre para los hechizos y porque estos repercuten en el cuerpo. Pero también por lo que dices. Llega un momento en que abrirle el vientre a una madre para robarle a su hijo, es tan simple como cortar una fruta en dos. —Akram la miró y el rostro de la princesa no tenía color en lo absoluto—. No sientes nada por ellos, por nadie.

—Tú sí sientes.

Estuvo a punto de negarlo, pero se dio cuenta de que era inútil. La princesa lo había leído como a un libro abierto en apenas unos instantes.

—Pero no debería.

—Sentir te hace humano.

—Sentir te hace tan débil como para caer en las amenazas de una niña.

—No soy una niña.

—Como digas...

—¿Podrías enseñarme a ser como tú?

—¿Por qué quieres ser como yo?

—Porque Burya ya está muerta —susurró.

Akram evitó mirarla. Volvió a sentir en el pecho la misma desesperación que lo aturdió al no encontrar a Indra en la prisión, como si todo su interior se estuviera retorciendo a la vez, como si la posibilidad de no volver a verla fuera la tortura más cruel alguna vez inventada.

—Debes saber que esto te hará más daño que bien.

—¿Querer ser una cinti?

—Invocar a Burya. Hace poco que murió y su espíritu todavía está enfrentando su realidad, aceptando su muerte física. Estará aterrada, incoherente, o ambas cosas. —Los ojos de la princesa se aguaron—. Todavía estás a tiempo de arrepentirte.

—Hazlo.

Akram respiró profundo y, luego, asintió. No era su problema si esa niña perdía la razón después.

—Sanda, Burya.

El humo gris brotó del hueso y se dirigió hacia Sitha de inmediato. La rodeó y se enredó en

su cabello.

—¿Burya? —tartamudeó.

—Cuídate y... Acaba con todos.

—Risda.

—¿Qué hiciste? —exclamó al ver que el humo desaparecía.

—Te advertí que podría no estar bien.

—Quiero saber por qué lo dijo.

—Porque los muertos son así. —Akram le entregó el hueso—. Ahora regresa a tu palacio.

—¿En mitad de la noche? —exclamó.

—No me importa. Largo.

—¿Puedo quedarme aquí? Solo por esta noche.

—Quédate, si quieres. Yo ya debo empezar a moverme.

—¿De qué hablas?

—De día es imposible caminar demasiado. Haz lo que quieras.

—¿Puedo ir contigo?

—No voy hacia Barzy.

—Por favor.

—No.

—Haré todo lo que me digas.

—Solo quiero que me dejes en paz. Vete.

—No quiero regresar.

Akram sacó un hueso y Sitha palideció. Hubiera querido reír por su reacción, pero se contuvo.

—Busca a Indra —dijo, y el espíritu lo llevó hasta ella—. Indra, soy yo. Ya pueden llevarse a la princesa.

—No tengo por qué lidiar con ella.

—Entonces devuélvanla a Barzy.

—Nosotros no la sacamos de allí —dijo el dragón.

—Debo seguir buscando huesos, no puedo hacerme cargo de ella, solo me retrasará.

—Te buscaba a ti, no a nosotros —respondió Indra.

—Por favor, necesito rearmar mi ejército.

Indra y el dragón hablaron en susurros y Akram relajó los hombros, confiado.

—Está bien —dijo el dragón—. Mañana iremos a buscarla. Necesito dormir.

—No puedo perder una noche... —El espíritu se esfumó—. ¡Maldición!

Akram sacó a otro de sus espíritus.

—¿Qué vas a hacer? —murmuró la princesa.

—Sardhari. —El humo envolvió a Sitha, la levantó del suelo y la llevó volando hacia Barzy.

La muchachita lloraba, se quejaba y trataba de liberarse, pero no logró nada de lo que quería. Akram y el espíritu elevaron a Sitha por sobre las murallas y se dirigieron hacia el palacio. Atravesaron jardines y pasillos, abrieron la enorme puerta de la sala del trono, pero solo para encontrarla vacía.

Los alaridos de la chica retumbaban en cada rincón, y por todos lados empezaron a cruzarse con gente que los miraba aterrorizados.

—¿Dónde está la Tjarina? —preguntó. Las personas se miraron, confundidas, pero ninguno respondió. Akram ya estaba harto y dejó a Sitha allí—. Soy Akram, el kanafi del príncipe Rajesh. Encontré a la princesa en el desierto.

Akram hizo regresar al espíritu antes de que los cinti de la Tjarina llegaran por él. Lo que menos necesitaba era causarle problemas al príncipe Rajesh.

13 –Rompehuesos, Yasid e Indra

*Afuera de Barzy
Hienza*

—Si esa niña puede tener a Burya, yo quiero un hueso de Shas.

—Está mal atormentar a los muertos, dragoncito.

—No quiero *atormentarlo*, quiero pedirle perdón por haberlo abandonado.

Indra se tardó en responder.

—Teníamos nuestras razones —dijo después de un rato.

—Cuidar nuestros propios culos —gruñó—. Ellos ni siquiera pensaron en los riesgos que corrían al acompañarnos, pero nosotros los abandonamos en cuanto creímos que las cosas estaban mal. Ni siquiera les dimos la oportunidad de explicarse, y a pesar de saber que estaban en problemas, decidí que lo mejor era no involucrarnos.

—Teníamos miedo, ¿recuerdas? Los soldados podían atraparnos.

—Como atraparon a Yásid.

Indra asintió.

—Va a ser peor para Shas traerlo de nuevo.

—¿Dices que me tengo que quedar con estos feos sentimientos pichándome en el pecho?

—Solo estarán un tiempo, y luego dejarán de doler... Algún día.

—No quiero que sea así. Monta, iremos por Akram. Quiero que me enseñe sobre los espíritus.

—Debe estar durmiendo.

—Lo despertaré, puedo llevarlo luego a donde desee ir.

—No quiero ver a Akram.

—¿Por qué?

—No es tu asunto.

—Entonces quédate. —El dragón se incorporó, extendió las alas y saltó hacia el cielo. No sabía qué problema había entre ellos, pero tampoco le interesaba. Él quería saber de los espíritus, que le hablara de lo que les sucedía a los humanos después de morir y por qué Indra no lo dejaba ver a Shas.

No le llevó demasiado tiempo encontrar el toldo que lo resguardaba del sol.

—¡Akram! —Aterrizó y el viento de sus alas hizo que el toldo se desatara y dejara al kanafi al descubierto— ¡Akram!

El muchacho se asustó y se levantó de inmediato.

—¿Indra dónde está? ¿Se encuentra bien?

—No quiso venir.

Akram se rascó la cabeza, miró a su alrededor, se puso la túnica y comenzó a acomodarse otra vez.

—¿Qué sucede?

No sonaba muy feliz, pero no era que a Rompehuesos le importara demasiado.

—La chiquilla tenía un hueso de Burya, yo quiero uno de Shas. Quiero hablar con él.

Akram respiró profundo y lo miró por unos instantes.

—¿Planeas saquear una tumba?

—Si es necesario, sí. Quiero ver a Shas.

—¿Y quién es Shas?

El dragón se echó en la arena y le explicó todo desde el inicio. Akram, terminó de armar su toldo, se quitó la túnica y se recostó para resguardarse del sol.

—No podrás verlo otra vez. Ya está muerto.

—Me refería a que quiero hablar con él.

—No está bien molestar a los muertos, Rompehuesos, menos aun si todavía no han encontrado la luz.

—¿Y eso qué significa?

—Cuando una persona o un crahsti muere, sus espíritus dejan el reino de los vivos y cruzan la puerta que los conduce al reino de los muertos. Allí deambulan en las tinieblas hasta que logran comprender que ya no están vivos y que deben emprender un nuevo viaje para buscar la luz que les otorgará la paz.

—¿Cuánto tiempo están en las tinieblas?

—Eso depende de cuánto tiempo les lleve comprender su vida y el hecho de que ya están muertos.

El dragón resopló.

—No hables tan difícil, que parezco más ignorante de lo que soy... —Akram rio, pero a él no le parecía divertido tener que hacer tantas preguntas—. ¿A qué te refieres con eso de comprender su vida?

—Reconocer sus errores, sus desaciertos, arrepentirse por cada una de las cosas que hizo para dañar a alguien.

—Sí que estarás jodido, entonces. —Akram asintió, aunque no parecía estar afectado por eso—. ¿Cuánta gente hechizaste? Tu cuerpo está muy azul.

—Bastante. Cada luna negra, la mitad de mi vida.

—Entonces te quedarás por mucho tiempo en las tinieblas, ¿no?

—No lo sé. Tal vez nunca encuentre la luz, aunque a eso ya lo tenía asumido. Me obligaron a ser quien soy, aunque hice varias cosas por mi propia cuenta, también; no sería justo querer convencerme de algo que sé que no es real. En cada encrucijada, tenemos ante nosotros dos caminos: ir por lo correcto o ir por lo que sabemos que está mal. A veces tenemos el poder de elegir qué vamos a hacer, qué causará menos daño, qué será menos nocivo para nuestra búsqueda de la luz... Por mucho tiempo no tuve ese poder, porque estaba obligado a obedecer, pero desde que soy libre, intento hacer la menor cantidad de daño posible.

—Debe ser difícil acostumbrarse a elegir.

—Estaba habituado a responder siempre de la misma forma, sin pensar en las consecuencias... Ahora puedo pensar antes de hacer algo, aunque no siempre recuerdo hacerlo. Pero no viniste a interrumpir mi descanso para hablar de mí, viniste a...

—Shas, porque quiero hablar con Shas.

—¿Indra tiene un toldo? —El dragón inclinó la cabeza hacia un lado, confundido—. Está sola y no hay mucha sombra a esta hora, le va a hacer mal tanto sol.

—Estábamos a la sombra de una duna grande.

Akram asintió.

—¿Qué más quieres saber?

—Por qué es malo hablarles cuando están recién muertos.

—Por varias razones. Primero, porque están confundidos y dirán cosas que sonarán extrañas o incoherentes; segundo, porque están reviviendo una y otra vez los eventos que llevaron a su muerte, sin poder evitarlo. Y tercero, porque querrán quedarse en el reino de los vivos y ya no regresar a buscar el camino de la luz.

Rompehuesos volvió a resoplar, porque Akram seguía sin ser claro del todo.

—¿Reviven su muerte?

—Así es. Es algo que ocurre para que el espíritu asuma que ya no está en nuestro reino.

—Eso es espantoso, Akram.

—Sí. Por eso es mejor no molestarlos, porque solo les causa más daño traerlos de regreso mientras están aceptando su muerte.

—Entonces no molestaré a Shas, pero... Mencionaste que los crahsti también vamos al reino de los muertos, eso quiere decir que tú podrías hablar con alguno de los dragones de las montañas para saber quién los mató a todos.

—Podría, sí. Cualquier cinti puede hacerlo.

—Monta, te llevaré a las montañas.

—No puedo ir, Rompehuesos. Tengo que recomponer mi ejército, y encontrar cuerpos que hayan pertenecido a soldados lleva mucho tiempo.

—Puedo ayudarte con eso, puedo llevarte.

—Eso me ahorraría unos cuantos días de camino, a decir verdad, aunque deberías ir por Indra, o llevarla a Barzy.

—¿Por qué los dos están enojados entre ustedes? Antes Indra se sentía feliz después de que tu espíritu la visitaba, sonreía cuando hablaba de ti, ¿qué sucedió? ¿Fue por el polvo de estrella?

—Que haya buscado polvo fue mi culpa, más bien.

La cola del dragón se movió y arrastró un montón de arena que cayó sobre Akram. El muchacho tosió y salió arrastrándose de debajo del toldo vencido por el peso, pero Rompehuesos no sintió ningún remordimiento.

—Mi paciencia está a muy poquito de agotarse, así que habla antes de que te convierta en carbón.

Akram seguía tosiendo, por lo que levantó una mano para tratar de calmarlo.

—La noche que salimos, Indra... Quiso besarme y no se lo permití.

—¿Quería aparearse?

Akram rio.

—Supongo...

—¿Solo por eso se enojó?

—Tal vez... Para un humano es bastante feo que lo rechacen, Rompehuesos.

—Para un dragón es peor, porque puede terminar con la garganta destrozada.

Akram asintió.

—Sí, es comprensible. Pero el humano se queda vivo y pensando en las razones detrás de ese rechazo.

—Y el humano también se enoja... Indra al menos... No quería verte —dijo y notó que Akram se apagaba por completo y comenzaba a oler a miseria, así que decidió darle al menos un poquito de alegría—, pero se preocupó por ti.

—¿Sí?

—Sí, cuando anoche dije que olí miedo, preguntó si eras tú, pero era la princesa, y cuando quise venir hacia aquí para hablar sobre Shas, dijo que era mejor dejarte descansar. —Akram

sonrió y volvió a verse más normal—. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Vamos con Indra? Si no hablan, no podrán solucionar sus problemas.

—No lo sé. Debería dormir porque caminé toda la noche, pero ya me desvelé y no creo que pueda volver a hacerlo. También quisiera hablar con Indra, pero tal vez no sea una buena idea.

—Vamos, te llevaré a donde puedas hallar huesos, y luego iré con Indra. No me gusta dejarla sola por tanto tiempo.

Akram asintió y fue por sus cosas. No trataría de comprender a los humanos, porque se le hacían bastante complicados, y mucho menos iba a intentar entender a Indra y a Akram. Como ella le dijo antes, no era su asunto. Solo esperaba que no se mantuvieran tanto tiempo enojados entre sí, porque el malhumor de Indra era bastante insoportable.



El Paso de la Muerte Cingze

—Soy Vintha, primera bastarda del Tjar Rizwan —dijo mientras hacía una reverencia.

—Soy Shas.

—Eres el príncipe Yásid, hijo de la Tjarina Navila.

Yásid negó moviendo la cabeza.

—Soy Shas.

—No tiene caso que sigas fingiendo, ya lo sabemos y por eso mi padre me envió por ti.

Yásid no movió ni un músculo. No sabía que tan cierto podía ser lo que dijera esa tal Vintha.

—Soy Shas.

—Acompañen al príncipe a su tienda —ordenó la joven y los soldados obedecieron.

El campamento estaba montado cerca de la entrada del paso, hacia un lado, donde quedaba protegido de las corrientes de aire por un grupo de cerros bajos. Lo llevaron a una tienda grande y con algunas comodidades básicas, pero era mucho mejor que la jaula en donde había pasado el último tiempo.

Había una tina y eso era un lujo rara vez visto en el desierto. Estaba llena de agua caliente y Yásid se desvistió ni bien lo dejaron solo y se introdujo en el precioso líquido. Hacía rato que no se sentía tan bien.

Se recostó en la tina planeando quedarse un buen rato allí y su cabeza empezó a pensar de a poco, muy de a poco. Se preguntó primero qué habría sido de sus compañeros y hacia dónde se los habían llevado. Tal vez se les unirían pronto, o quizás los obligaron a guiarlos hacia Indra y el dragón.

Yásid se sentó de repente. Eso sería terrible para todos.

Salió del agua y se vistió. Preguntaría qué estaba sucediendo, por qué se lo llevaban y dónde estaban sus compañeros.

Antes de dejar la tienda, sin embargo, se detuvo a pensarlo una vez más. No sabía qué tan bueno sería confirmar que él era Yásid. Quizás le daban alguna explicación, pero también existía la posibilidad de que lo regresaran a esa jaula y eso significaría que en algún momento las cosas podrían volverse peores.

«Mejor no tentar al destino» se dijo y se quedó allí, sentado, esperando, siendo un prisionero.

Le llevaron la cena después del anochecer y el campamento fue quedándose en silencio poco a poco. Yásid se acostó en la cama, que se veía demasiado cómoda como para ignorarla, y vio en las lonas de la tienda las siluetas de los soldados que patrullaban yendo de un lado al otro. Se durmió enseguida, aunque no quería hacerlo, y las pesadillas de lo que podría haber ocurrido con sus compañeros, Indra y el dragón, lo acecharon durante toda la noche. No había pensado en ninguno de ellos hasta ese momento y, cuando despertó, se dio cuenta de que había estado mejor de esa forma, sin recordarlos, sin tener cientos de preguntas, sin preocuparse por nada más que por no molestar demasiado a los soldados.

—¿Su Majestad? —La voz de Vintha lo sacó de la miseria en la que se encontraba—. ¿Puedo pasar?

Yásid todavía no había decidido si continuar diciendo que era Shas, pero lo mismo abrió la tienda.

—No sé hablar douryense —se excusó. Sí, continuaría siendo Shas. Vintha sonrió con amabilidad.

—Pregunté si podía pasar —dijo sin dificultad en el idioma de Yásid.

—Sí, adelante.

—Nos quedaremos aquí hasta que revisen y reparen las carretas. No hay mucho para hacer, ¿le molesta si lo acompaño?

—Pensé que iba a interrogarme, por algo me retiene en contra de mi voluntad.

—No soy quién para hacerlo —dijo la joven.

—Debo ser la persona más aburrida de Hienza, pero quédese, si gusta. ¿Quiere beber algo?

Vintha negó con un gesto.

—Es bastante frustrante y un poco solitario ser yo —continuó, como si nada. Se la veía un poco triste.

—Vaya...

Vintha se sentó en uno de los almohadones que había en un rincón.

—Toda mi vida ha sido igual. No soy una princesa, ni una soldado de carrera —dijo en hienzense, pero luego continuó hablando en su idioma, sin darse cuenta. Yásid no lo mencionó y la dejó continuar—. Mi padre me puso a cargo y me obedecen por eso, pero no me he ganado su respeto... Mis hermanos los príncipes tampoco me toman en serio porque soy una bastarda sin derecho al trono, pero soy la hija mayor. No me han matado porque mis abuelos, los antiguos Tjares, no lo permiten, pero en cuanto ellos dejen este mundo... Tal vez mi padre los detenga, o puede que decida quitarse de encima el peso que significa mi existencia. —Vintha levantó la vista y Yásid puso cara de confundido—. Es horrible, lo sé.

—Empezó a hablar en su idioma y no entendí nada de lo que dijo, discúlpeme.

—Qué alivio, no sé por qué hablo con usted de esto, si apenas lo conozco, Shas. Tal vez —sonrió—, tal vez porque veo a una persona con un gran corazón.

Yásid pestañeó varias veces.

—Gracias —dijo, porque no sabía qué más responder. Vintha sonrió.

Estuvieron en silencio un buen rato, pero ella no se veía incómoda y Yásid no se atrevía a decir nada porque cualquier cosa podía hacer que olvidara que era Shas.

—¿Su madre vive, señorita Vintha? —preguntó Yásid en un momento. Si ella seguía hablando de su vida, probablemente no le haría preguntas a él.

—Sí, gracias a que mis abuelos nos permitieron hacerlo. Era jardinera del palacio, ¿sabe? Mi padre era príncipe en el momento de mi concepción. —Vintha acomodó los almohadones y se recostó sobre ellos—. Ya sabe cómo son los príncipes... —Vintha volvió a hablar en su

lengua—. Son tan encantadores que pueden conquistar a cualquier muchacha si se lo proponen. Mi madre era hermosa y bastante orgullosa, así que no le ponía atención a nadie, por más cumplidos y regalos que recibía de parte de los demás muchachos solteros que había en ese entonces en el palacio de Indvhe. Sin embargo, mi padre insistió tanto que al final...

Vintha se incorporó, sonrió con picardía y lo miró. Yásid hizo un gesto para darle a entender que no sabía de qué estaba hablando y ella se largó a reír.

—Lo hice de nuevo, ¿verdad? —Yásid sonrió y asintió—. Perdóneme. Estaba hablando de mis padres. ¿Sabe usted por qué lo apresaron? No parece ser una mala persona.

—No lo sé y nadie ha querido explicármelo.

—Ojalá pudiera ayudarlo —dijo. Parecía sentirse culpable por la situación en la que estaba.

—Me separaron de mis compañeros, no sé nada de ellos desde hace tiempo... No lo entiendo.

—A mí solo me enviaron a escoltarlo, pero me dijeron que usted era el príncipe de Hienza.

Yásid se largó a reír.

—Solo soy un lector de mapas, es para lo único que sirvo. Me contrataron dos cazadores de ciervos de cuernos retorcidos y eso estábamos haciendo cuando cayeron sobre nosotros, cazando.

—No sé realmente qué quieren, entonces —admitió, confundida—. Tal vez... Tal vez solo quieren que lea algún mapa en especial.

Yásid encogió los hombros.

—¿Usted sabe qué pasó con mis compañeros, señorita?

—No lo sé, perdón. A decir verdad... —Vintha volvió a recostarse entre los almohadones—. Yo solo hago lo que el cinti me dice. Él recibe las órdenes de mi padre y yo debo «ordenarles» a los demás qué hacer. Tal vez mi padre estaba buscando la forma de alejarme para siempre del palacio.

—Lo siento.

—Al menos estoy viva, de momento —sonrió—. Y soy libre. Hay bastardos que la pasan mucho peor que yo. ¿Le gustaría ir a dar un paseo antes de que haga más calor? Hay un oasis cerca.

—Eso estaría muy bien —dijo, animado, aunque luego se puso serio—. ¿Le permitirán ir conmigo?

—No iremos solos, tengo una escolta permanente. Ya sabe, por orden de mi padre.

—Comprendo, por supuesto.

—Iré a ordenar que preparen los camellos y regresaré.

Yásid y Vintha pasaron el resto del día en el oasis puesto que nadie fue por ellos para avisarles que las reparaciones estaban listas. Nadaron, conversaron, Yásid se inventó una familia donde su padre era mercenario, su madre tejedora y no tenía hermanos. Dijo que vivía en Kraghe, y que no conocía de antes a quienes lo acompañaban cuando lo apresaron. Vintha le habló de lo horrible que era ser una bastarda real, de lo mucho que la despreciaban las esposas del Tjar y de que sus hermanos se volvieron unos patanes cuando alcanzaron la edad de comprender cómo funcionaban las cosas en la familia. Empezaron culpándola de cosas que no había hecho y luego, cuando tuvo la edad, comenzaron inventarle intrigas y romances con gente importante para así sacarla de sus vidas.

Yásid llegó a sentir lástima por ella, porque cuanto más la escuchaba, más pensaba que era la persona con la vida más triste y solitaria del mundo. Vintha parecía sentirse a gusto con él, porque al día siguiente, después que le informaran que difícilmente partirían en breve, volvió a invitarlo a ir al oasis. Sin embargo ese día no parecía tener ganas de hablar de lo malo que era

todo y le contó de las cosas un poco más divertidas que sucedían allí, de las bromas y los juegos con sus hermanos cuando ninguno de ellos pensaba con tanta obsesión en el trono de Doury Kasesh.

Yásid, por su parte, le habló de una infancia un poco inventada, en la que sus hermanos eran sus primos y los huérfanos que abundaban en el palacio eran sus amigos.

Volvieron a andar al tercer día y, si bien iban cerca, ya no podían hablar tanto, lo que los hacía apartarse del resto en cuanto descansaban, para poder seguir contándose cómo habían sido sus vidas hasta ese momento. Rara vez estaban lejos el uno del otro y los días se convirtieron en semanas, y estas completaron un mes, y nunca se aburrían de estar juntos. Tanto fue así, que la noche antes de llegar a Barzy Vintha no quiso dejar la tienda de Yásid para regresar a la suya, y Yásid tampoco quiso dejarla ir. Sería, tal vez, la última noche que compartirían y esa separación parecía pesarle a ella tanto como a él.



Manai
Adheej

Faltaba algo más de un kilómetro cuando el viento llegó hasta ella arrastrando un olor putrefacto, que fue haciéndose más intenso a medida que se acercaba a su ciudad.

Pasó un rato hasta que vio el origen de esa peste. A los lados del camino había cruces de madera en las que estaban clavados numerosos cuerpos. Parecían unas grotescas estatuas hechas de carne descompuesta, ya que no se veía en ellos ni un centímetro de piel.

A sus pies reposaban sus cascos, y gracias a eso Baddi supo que eran soldados de Doury Kasesh. El cuerpo entero se le estremeció y sintió un escalofrío recorrer su espalda.

Los rostros despellejados todavía conservaban el horror impreso en sus músculos, y sus ojos sin párpados hacían que su expresión se viera más impactante todavía. Lo que le sorprendió aún más que la nueva decoración de bienvenida, fue que no había ningún carroñero alimentándose de esos cuerpos. Estaban malditos, sin dudas; ningún animal querría alimentarse de carne maldita.

A pesar del asco y el espanto, Baddi caminó por la larga galería bordeada de cuerpos despellejados, y llegó a Manai. La ciudad parecía otra.

Los muros habían crecido hasta superar la altura del arco de entrada y una fuerte puerta de madera cerraba el paso. En el centro de esta se hallaba un escudo en el que habían pintado, sin mucha habilidad, a un fénix con las alas extendidas.

Baddi apretó los puños. No podía pasar por prury ni aunque quisiera y ya había visto lo que hicieron con los soldados de su país. Rogó a la diosa Sheera que no la asesinaran apenas la vieran.

Así y todo, cuando llegó a la nueva entrada de Manai, Baddi hizo lo posible para ahuyentar todos sus miedos y golpeó la puerta.

—¿Quién eres y qué asunto lo trae a Manai? —preguntó alguien del otro lado antes de que diera el tercer golpe.

—Soy Baddi y necesito ver a la señora Bherna. —Ni siquiera sabía si vivía, pero tenía la esperanza de que aún respirara.

—¿Por qué asunto?

—Negocios. —No se le ocurrió qué más decir.

—Aguarde aquí, iremos por ella.

Baddi soltó el aire que contenía dentro desde no sabía cuándo, aliviada al saber que la yadugari todavía estaba viva.

No tuvo que esperar mucho hasta que la puerta se abrió.

—¡Eres una douryense! —dijo el guardia apenas la vio y levantó el palo que llevaba en la mano. Baddi trató de resguardar su cabeza tras sus brazos, pero el hombre encontró la manera de golpearla por todos lados. Cabeza, brazos, espalda, piernas... La molió a golpes.

Baddi lloró un poco. Por enojo, por dolor, por humillación. «¿Así se habrán sentido ellos?» pensó en algún momento, entre palo y palo.

Cuando el hombre se cansó de castigarla, la levantó tirándola del brazo, y la llevó casi a rastras hasta su casa. O la que antes había sido su casa, mejor dicho.

Trató de acomodarse un poco las ropas, de limpiarse la sangre del rostro, de secar sus lágrimas, pero estas querían volver a salir.

Sus muebles, sus tapices, sus vestidos...

La señora Bherna llevaba puesta una de sus túnicas, sus perros estaban acostados sobre sus sillones, que lucían medio quemados, y un montón de hierbas secas colgaban en las ventanas. Flotaba en el aire un olor amargo, como a quemado, y también a comida rancia, que las hierbas no podían disimular.

Esa era *su* casa y la había convertido en una versión más amplia de la casucha donde antes vivía la bruja.

—Señora Baddi, vaya sorpresa —dijo después de despedir al hombre que la escoltó hasta allí.

—Veo que ha cambiado de residencia, señora Bherna.

—Las cosas aquí sufrieron un leve cambio. Sacamos la basura de la ciudad y recuperamos lo que nos pertenecía.

—Esta casa la construyó Renjy —dijo apretando los dientes, sin poder disimular su enojo.

—En tierra de Adheej, con esclavos de Adheej, con oro de Adheej, puedo imaginar.

—Renjy se ganó su dinero honestamente.

—Sí, por supuesto... Pero usted no vino aquí a hablar de la supuesta honestidad de su esposo, ¿verdad? No creo que solo eso haya motivado su regreso.

—Es cierto. Quiero ser una cinti.

La señora Bherna se largó a reír, pero Baddi no reaccionó de ninguna forma. Después de la bienvenida que recibió, sabía que la humillarían de mil formas diferentes.

—¿Y por qué querías eso?

—Perdí todo, señora Bherna. Mi hogar, mi posición, mi familia. Todo.

—Por el aprecio que le tengo, le voy a dar un consejo: váyase de aquí, establézcase en una ciudad que no haya pertenecido a Adheej y póngase a trabajar como cualquier hijo de vecino. Ser una yadugari no le va a solucionar nada.

—Renjy se marchó con las niñas —dijo con la voz ahogada.

—No llores —dijo con brusquedad. La señora Bherna hizo un movimiento con la mano, como si quisiera golpearla, y sus perros gruñeron. Baddi se tragó las lágrimas con un gran esfuerzo—. No soporto ver a las mujeres llorar. Tienes que hacerte fuerte ahora. ¿Crees que la vida es ir por ahí presumiendo joyas y vestidos? La vida es esto —dijo abriendo los brazos como si quisiera abarcar con ellos todo lo que las rodeaba—. La vida es cambio, es muerte, es dolor, es alegría, es hastío, es violencia. La vida no es sentarse a esperar a que los demás solucionen tus problemas. Tienes que ser fuerte y tomar las riendas, porque solo tú eres la dueña de tu vida, que

es mucho más que lo que nos dejaron hacer a nosotros por casi veinte años.

—Por eso quiero ser una cinti.

—No, quieres ser una cinti porque alguien te hizo daño.

—¿Y qué cambia?

—Lo que tú quieres es venganza, no ser una mujer fuerte.

—No veo la diferencia.

—Queda poca gente con convicciones en el mundo, pocas personas capaces de luchar por sus sueños, por sus ideales, por esa llama que arde en nuestro pecho cuando pensamos en ello.

—Yo también tengo mis convicciones, señora Bherna.

—Lo que tienes no es más que un odio descomunal, que es diferente. Y el odio atrae odio, la violencia atrae violencia, la venganza lo mismo. Si quieres ser una cinti, debes saber que tu vida cambiará de muchas formas. Harás cosas mucho peores que asesinar a un niño.

—Lo sé.

—¿Aun así, quieres hacerlo?

—Ya no tengo nada que perder, señora Baddi.

—Bien. —La señora Bherna se acercó a ella y le dio una bofetada que casi la tira al suelo.

—¿Qué demonios hace?

—No vuelvas a dirigirte a mí de esa forma.

Otra cachetada.

—¿Me...? —Baddi levantó el mentón, enderezó la espalda y trató de mantener a compostura—. ¿Me está probando?

—No, solo tenía ganas de golpearte. Serás una esclava de las sombras y eso fue una caricia comparado a lo que te espera.



*Desierto de Larha
Doury Kasesh*

—¿No vas a hablarle nunca más?

—¿Otra vez con lo mismo? No tengo nada para decirle, Rompehuesos, no molestes.

—Antes sonreías como tonta cada vez que hablabas de él, ¿por qué ahora no quieres ni mirarlo?

—Tal vez me parecía más interesante de lo que realmente es.

Después de un rato de silencio, el dragón le movió la pierna con el morro.

—¿Por qué estás enojada?

—¿Otra vez con lo mismo?

—Me voy con Akram, es más interesante verlo en transe que estar contigo y tu humor de mierda.

—Vete, lagartija emplumada —murmuró antes de que el dragón levantara vuelo.

A pesar de que hacía varias semanas que Rompehuesos lo había llevado con ellos, le resultaba bastante incómodo tener a Akram cerca. Sin embargo, no era porque estuviera molesta con él, como Rompehuesos creía, sino porque sentía una vergüenza impresionante. Si bien su vida en Dkol nur Shana había sido una mierda, nunca había tenido problemas de índole sentimental y tenerlos en ese momento de su vida era extraño. Cuando el padre de su bebé se marchó robándole a su hijo nonato y dejándola en un charco de sangre en medio de la calle, el

amor y la confianza que sentía por él se convirtió en odio puro, y el sentimiento se fue en cuanto pudo acabar con su miserable vida, en cuanto pudo cobrarle por haber matado a su bebé.

Después de eso, si le interesaba alguien y esa persona la rechazaba, se olvidaba del asunto. Rajesh la rechazó cientos de veces y nunca sintió esa vergüenza tan descomunal como la que la mortificaba en esos momentos, que no la dejaba siquiera preguntarle a Akram si se sentía bien. Le hubiera encantado saber si él estaba bien, si quería volver a la ciudad o si necesitaba ayuda con algo, si quería contarle de su vida o de lo que fuera.

«Soy una cobarde, después de todo, no sé por qué me sorprende».

Tal vez debería aprovechar cuando el dragón se fuera a cazar para pedirle disculpas a Akram por ser tan inmadura. Sí, eso haría. Sin embargo, Rompehuesos llevó a Akram cuando fue a cazar esa tarde.

Se dio cuenta de que el dragón intentaba pasar tiempo con los dos, aunque ella tuviera un terrible malhumor encima y apenas si hablara. Akram, en cambio, parecía feliz. No sabía si estaba fingiendo o no, pero sonreía todo el tiempo y conversaba animadamente con Rompehuesos. Parecía la persona más optimista del mundo y a veces le molestaba un poco eso, porque ella hubiera querido participar de su alegría, pero la sensación de vergüenza no se lo permitía. No solo por haber querido besarlo el primer día que se vieron, sino también porque no pudo lidiar con su rechazo como la adulta responsable y coherente que se suponía que debía ser.

«Soy todo menos eso, maldición».

Akram y Rompehuesos llegaron cuando los últimos rayos de sol se ocultaban en el borde del mundo.

—¿No consiguieron nada? —preguntó Indra al verlos llegar con las manos vacías.

Akram desmontó y el dragón volvió a partir.

—Rompehuesos no pudo cazar conmigo, así que irá solo. —Indra asintió—. Mhena dijo que mañana entrarán a Dkol nur Shana. Mañana al amanecer partiremos hacia allí.

El corazón de Indra empezó a latir a una velocidad inusual, pero intentó mantenerse en calma.

—¿Cómo lo tomó Rompehuesos?

—Se puso nervioso, como tú ahora —dijo mientras se sentaba del otro lado de la fogata, frente a ella—. No tengas miedo, ¿sí? No dejaré que nada te ocurra.

Indra se le quedó mirando y él empezó a verse incómodo.

—¿Por qué? —preguntó—. Te traté con toda la indiferencia del mundo desde que llegaste, ¿por qué todavía eres amable conmigo?

—Te debo mi libertad y mi vida, Indra. No importa qué suceda, siempre estaré pendiente de ti. Quiero que seas feliz y estés a salvo. No pude protegerte la noche que salimos y casi...

—Perdóname por eso.

—Casi terminas siendo una esclava. Fue mi error haberte dejado sola allí.

—Tú no tienes la culpa de que no sepa lidiar con mí misma, ni de que prefiera escapar de los problemas atiborrándome de polvo de estrellas en lugar de enfrentarlos. Y perdóname también por haber malinterpretado tu... cercanía. —Indra bajó la vista por unos momentos. Lo miró apenas y lo vio sonreír. ¿Por qué demonios sonreía todo el tiempo?

—No lo malinterpretaste, Indra. Beber no es lo mío, al parecer, y no supe cómo controlar la inmensa cantidad de cosas que siento por ti. No debí nunca haberme acercado de esa forma. Soy un kanafi y nosotros estamos malditos desde nuestro primer hechizo.

Indra pestañeó un par de veces antes de hablar.

—¿No puedes...? —Miró fugazmente a su entrepierna. Akram rio y luego negó moviendo

la cabeza de un lado al otro.

—Es peor que eso. Nadie puede amarnos. O mejor dicho, nadie puede expresarnos físicamente esos sentimientos sin sufrir esa maldición en su propio cuerpo. —«Lo único que me faltaba» pensó Indra—. No sé si tú... sentías algo por mí, pero no quería que sucediera. No quiero que te ocurra nada malo, menos aún por mi culpa.

Indra pensó en todo eso por un rato. Era confuso, alarmante, frustrante... y triste. Todo en la vida de Akram había sido siempre triste y seguía siéndolo. Se incorporó para rodear la fogata y se paró a su lado. Akram se puso de pie, frente a ella. Hubiera querido abrazarlo y decirle que todo estaría bien, pero ¿cómo hacerlo?

—Siento muchas cosas por ti, demasiadas.

Akram sonrió, le tomó el rostro y ella quiso poner las manos sobre las de él, pero Akram la detuvo.

—No lo hagas —dijo en voz baja—. Las manos hablan, Indra. Expresan lo que sentimos. Un golpe, una caricia... —Dejó que sus dedos recorrieran con suavidad su frente. Indra cerró los ojos y sintió que le temblaban un poco las piernas—. Si no me tocas, estarás a salvo de mi maldición. —Era cierto, las manos hablaban y en ese momento se sentía amordazada, desesperada por no poder expresarse—. Va a ser así hasta que ya no quieras que me acerque a ti.

Indra abrió los ojos. Pensar en eso le causó una desesperación inusual y, sin darse cuenta, sus manos quisieron de nuevo tomar las suyas. Akram se apartó.

—Me hiciste sentir muchas cosas sin siquiera tocarme, Akram. Cuando estaba en la cárcel me diste esperanza, hiciste todo lo posible para que no me matara la locura de estar sola, me mantuviste anclada a la realidad cuando estaba escapando en el desierto, porque solo al recordarte podía dejar de tener tanto miedo. Y mira —dijo y buscó su atado de telas para sacar la muñeca de madera que él le había dado.

—¡Todavía la tienes! —dijo, asombrado.

—Claro que sí. Gracias a que no la perdí, Mhena pudo encontrarte para decirte que regresaras a hablar conmigo la primera noche.

—¡Fue por eso! Me preguntaba cómo había hecho para encontrarme tan rápido...

—Ya ves... No quiero que te alejes, Akram, nunca voy a querer que te alejes. Y si tiene que ser así, si yo no puedo... —Se miró las manos, mientras las abría y las cerraba—. Si no puedo dejar que mis manos hablen por mí, aprenderé a decirlo, a encontrar las palabras, aunque no las conozca. Me conformo con verte, con verte sonreír, con escuchar tu voz, con decir tu nombre. —Akram sonrió—. Me gusta tanto verte sonreír.

Su mano volvió a actuar por sí misma, y quiso acariciar su rostro, pero se detuvo a mitad de camino.

—¿Estás segura que solo te basta con eso?

—Me voy a acostumbrar, supongo... O moriré en el intento —rio, pero él no. Volvió a rodear la fogata y se sentó del lado contrario. Parecía que la alegría que había visto en él se había esfumado por completo, y había vuelto a sumergirse en las sombras.

—Piénsalo mejor, Indra. Sé que el contacto físico es importante para las personas, y yo nunca... —respiró profundo y la miró con tristeza—. No voy a permitir que lo hagas, no voy a dejar que me toques.

—Lo sé.

Akram asintió, pero no se veía convencido, ni mucho menos sonriente.

—Si aun así decides quedarte a mi lado, tienes la libertad de buscar ese contacto en... En otras personas.

—¿Cómo crees? —Indra lo miró, pero él no quitaba la vista de las brasas que alimentaban el fuego. Pensar en tocar a alguien que no fuera él, le dio una sensación extraña, como de suciedad y rechazo—. Tú hazlo, si quieres, pero... —Indra bajó la vista—. Mis manos solo quieren hablar contigo, Akram, aunque no puedan.

—Ahora, ¿pero después? ¿En un tiempo? ¿En unos años?

—Ni siquiera sabemos si vamos a vivir dentro de un mes, ¿por qué piensas en ello?

—Porque los dos tenemos sentimientos, y los dos podemos salir heridos de esto.

—Me cortaría las piernas antes de lastimarte, Akram.

—Nunca podrás tener hijos si decides quedarte a mi lado —insistió—. ¿Lo pensaste?

—No puedo ser madre, de todos modos, pero no quiero hablar de eso ahora. Si a ti te basta con que sea así, yo... Yo soy feliz solo con verte.

—¿Segura?

Indra se sentó donde estaba, frente a él, y sonrió.

—Me basta con esto, Akram.

—Eres más de lo que alguna vez me atreví a imaginar.

—Aspirabas a muy poco, si te conformas conmigo —dijo, divertida y él se largó a reír.

—No digas eso, eres mucho más de lo que te imaginas.

—Tú también.

El dragón aterrizó de pronto y la fuerza de viento que lo acompañaba apagó la fogata.

—Cambio en los planes. El príncipe Rajesh va a ingresar ahora en Dkol nur Shana, debemos irnos de inmediato.

Ni siquiera tuvo tiempo de alarmarse, ni de alterarse, ni de ponerse nerviosa, ni de decirle a Akram que se conformaba con quererlo en silencio.

—Podrías quedarte, si quieres —dijo Akram.

Estaría a salvo de los soldados, pero la matarían los nervios por no saber qué estaría ocurriendo con ellos.

—No, iré con ustedes.

—¿Segura?

—Algún día tendría que volver a Dkol nur Shana, mejor que sea ahora.

14 – Bestia de guerra

*Dkol nur Shana
Doury Kasesh*

Se sintió como si estuviera viendo por primera vez la entrada principal de la ciudad que la vio nacer. Las lujosas mansiones que antes decoraban los lados de la calle con sus impresionantes diseños, lucían como ruinas entre los escombros que se amontonaban en las aceras. Cada pocos pasos había fogatas que ensuciaban el aire con un velo grisáceo. El viento hacía revolotear las cenizas, y estas se arrastraban entre las botas de los soldados de Hienza que marchaban en completo orden, con idéntico paso, como si de una enorme bestia se tratara. Algunas caras se asomaron a través de las diminutas ventanas de los edificios, pero solo por unos pocos instantes.

—¡Soldados de Hienza! —se oyó la voz de un hombre desde un edificio. Había cierta alegría y algo de esperanza en su tono.

—¡El príncipe Rajesh, último descendiente vivo del Tjar Jalush, viene a tomar posesión de su trono! —exclamó uno de los que comandaban la marcha y la bestia de guerra repitió sus palabras en una sola voz. Su llamado era una invitación para que los responsables de la ciudad aparecieran e intentaran detenerlos, aunque también fue lo que necesitaban los prury para salir a las calles a dar la bienvenida a su príncipe.

Mhena sonrió. No podrían detenerlos. Los soldados de Doury Kasesh eran una burda imitación en comparación con la imponente imagen que ofrecían los hienzenses.

Rajesh montaba un enorme caballo de reluciente pelaje blanco y sonrió en cuanto la gente comenzó a copar las calles. No se acercaban a él, era imposible, porque la guardia de la Tjarina los escoltaba y nadie en su sano juicio se hubiera atrevido a pensar siquiera en intentar traspasar sus filas para tocarlo.

Rajesh levantó una mano para saludar y la gente gritó su nombre y el de su familia.

Dos alas de mariposa parecían formar la armadura de la Tjarina, y estas envolvían su pecho para unirse en su espalda. Cada una de las venas de las alas estaba tallada en el metal y decorada con un trazo de diminutas gemas negras. Su casco terminaba en lo que parecía el filo de un hacha, que iba desde la frente hasta la nuca. La princesa Sitha llevaba una armadura igual, aunque era negra, y su casco tenía una guarda que parecían muchas mariposas con las alas abiertas. Sus tropas llevaban un equipamiento similar, aunque de acabado más rústico que el de la soberana que los guiaba.

La Tjarina ordenó confeccionar para Rajesh una armadura que representara al fénix, el crahsti de su país. La pechera parecía compuesta por miles de plumas de oro dorado y oro rosa que, a la luz de las fogatas, le daba una apariencia impresionante. Su casco terminaba en una cresta de plumas entrelazadas.

En uno de los edificios, un hombre comenzó a entonar el himno de Adheej y a Mhena se le erizó la piel, porque recordó que muchas veces había escuchado a su madre cantarlo en susurros, para que ella no lo olvidara. Al parecer, muchas otras personas hicieron lo mismo, ya que uno a uno empezaron a sumar sus voces a esa primera. Mhena lo cantaba con todas sus fuerzas y con

lágrimas en los ojos. Las palabras brotaban de miles de labios como si fueran un río en temporada de lluvias, y Rajesh miraba orgulloso a su pueblo.

Sin embargo, al final de la calle principal, donde se encontraba el palacio, los esperaba un nutrido grupo de hombres enfundados en armaduras, con las armas y los escudos en las manos.

«Ancestros de mis ancestros. Abuelas, madres, tías, hermanas, hijas. Soy Mhena, última descendiente de la Dama de las flores...»



El agotamiento le pesaba en cada uno de los músculos. Por primera vez en sus casi cuarenta años de vida, se preguntó si de verdad valía la pena dejarse matar por un Tjar que los había abandonado a su suerte ni bien estallaron las revueltas.

«Claro que vale la pena, me debo a mi Tjar y a mi país» se dijo, después de haber atribuido su cobarde razonamiento al cansancio que sentía. Hacía más de dos meses que nadie dormía bien allí y estaban en estado de alerta de forma casi constante porque nunca sabían en qué momento los prury iban a empezar a hacer desastres. Las protestas no se tomaron ni un solo día de descanso, y los soldados, mucho menos.

Hacía semanas que no veía a sus hijas y no sabía siquiera si habían logrado llegar a salvo a Indvhe. Las noticias desde la capital eran escasas y el Tjar no había enviado refuerzos, mucho menos cintis, hasta el día anterior. Al parecer, el soberano supo de alguna forma que el ejército de Hienza llegaría a la ciudad.

Las gemelas paraki usaron sus espíritus para calmar los ánimos la noche anterior y se aseguraron de que los prury no salieran a la calle ese día tampoco. Sin embargo, esa noche las muy hijas de puta los habían enviado al frente a ellos, que estaban cansados físicamente, agotados mentalmente, hambrientos y con los nervios a un paso de estallar, porque según dijeron, las órdenes del Tjar eran que ellas debían defender el palacio.

Tanlik comandaba una de las formaciones que estaban frente al palacio, y veía la extenuación en los rostros de sus hombres mientras esperaban a que llegaran los soldados de Hienza. Hacía horas que estaban allí. Hacía horas que se paseaba entre ellos para evitar que los ánimos cayeran al punto de la desertión.

—Sostén a tu compañero —indicó a un muchacho y este se apresuró a acercarse a un soldado que dormía de pie y que en cualquier momento se iría de cara al suelo.

Las gemelas podrían haberse cargado al ejército de Hienza entero sin siquiera transpirar, pero no lo harían y eso era más que molesto. No sabía de qué servía tener a los cintis; lo único que hacían era ordenar a los mismísimos comandantes y matar a quienes no seguían sus órdenes.

—Deberían usarlos para la guerra —dijo en voz alta, sin darse cuenta.

—¿Perdón? —preguntó Shorah, su segundo. Tanlik se detuvo a su lado.

—Los putos cintis —respondió y el muchacho lo miró confundido. Estaba a punto de continuar, pero se empezó a escuchar el lejano sonido de las espadas chocando contra los escudos—. Olvídalo, creo que ya llegaron las visitas. —Tanlik volvió a sus hombres y les ordenó que se prepararan.

—¡El príncipe Rajesh, último descendiente vivo del Tjar Jalush, viene a tomar posesión de su trono! —se oyó muy, muy a lo lejos y una multitud de voces repitió las mismas palabras.

—Entonces sí era cierto que había un príncipe de Adheej —dijo Tanlik.

—¿Será también cierto que hay un dragón con él? —Shorah tenía cierto nerviosismo en su voz y se llevó una mano al rostro, para hacer que sus dedos recorrieran la cicatriz de su mejilla

de punta a punta. Siempre que estaba alterado hacía eso, y la cicatriz estaba algo irritada por lo mucho que la había tocado en los últimos días.

—Espero que no, aunque lo sabremos pronto.

—No sé si tengo muchas ganas de averiguarlo.

Tanlik no respondió. ¿Qué podía decirle? Él tampoco estaba muy feliz de estar ahí y, si le preguntaban, preferiría estar cenando con sus hijas... Le dio la espalda a Shorah y se alejó para evitar que sus hombres empezaran a pensar igual que el muchacho. No se sentía cómodo con la idea de decapitar desertores cuando acabaran con los hienzenses, así que se paseó entre ellos dándoles órdenes y ánimos. Para ese momento ya nadie dormía, por supuesto.

El ejército de Hienza comenzó a escucharse cada vez más cerca y no pasó mucho hasta que los primeros de la fila se dejaron ver.

—¡Arqueros! —Exclamó Tanlik, pero su orden posterior quedó enterrada debajo del rugido más impactante que había tenido alguna vez la desgracia de escuchar—. Por todos los putos Tjares, sí que tienen un dragón. —Se giró hacia sus hombres y les hizo una seña para que se unieran hombro a hombro—. ¡No se atrevan a dejar sus puestos! ¡Levanten los escudos!

En su vida había visto muchas cosas de todo tipo, de las buenas, de las malas y de las raras, pero ver un dragón... Nada podría haberlo preparado jamás para ver un dragón volando hacia él.

Se preguntó, cuando vio abrir su enorme boca, si tenía algún caso permanecer allí. Volvió a preguntárselo cuando vio que una chispa roja se volvía una llamarada. Ya no pensaba cuando vio que esa inmensa cantidad de fuego iba a caer sobre ellos.

Tanlik se giró para ver a Shorah, pero el muy cabrón ya no estaba allí.



Rompehuesos llegó a Dkol nur Shana cuando las primeras filas del ejército de Hienza estaban a una centena de pasos de los douryenses. Rugió de satisfacción y una llamarada salió de sus fauces para caer como un manto asfixiante sobre estos últimos. Los hombres gritaron y se desbandaron, y Rompehuesos se elevó para evitar que hicieran blanco en él, si alguno tenía la osadía de intentarlo. Estaba solo, había dejado a Indra y a Akram en uno de los primeros edificios de la calle principal, lo que le dejaba más libertad para maniobrar en el aire, sin mencionar que no debía preocuparse porque los hirieran.

Aterrizó sobre el tejado del palacio y, desde allí, vio cómo los douryenses se reagrupaban y volvían a acomodarse en las filas para esperar a los de Hienza.

Rompehuesos ya no era un dragón pequeño y miedoso... Bueno, miedoso sí, pero no era pequeño y era bastante difícil que las lanzas, que antes le aterraban hasta hacerle perder la razón, pudieran penetrar sus escamas.

Saltó sobre ellos, dispuesto a acabar con todos los soldados que pudiera. Sus garras se clavaron en la carne, sus dientes desgarraron soldados en pedazos y sus llamas calcinaron a otros tantos.

Una red cayó encima de él y, por unos instantes sintió que se desesperaba, pero luego recordó que ya era grande y fuerte, por lo que extendió las alas y la red se rasgó en varias partes. Conforme, se sacudió para quitarse de encima esa molestia y, una vez que lo consiguió, enganchó un extremo con sus garras y lo arrojó sobre los soldados, que quedaron enredados en ella. La tomó y saltó hacia el cielo, arrastrando con él a quienes estaban enganchados entre las finas sogas de la red. Oyó sus voces desesperadas, olió su pánico y su desesperación y el rugió, feliz.

Escaló en el aire hasta que fue capaz de ver a los soldados de las calles como pequeños puntitos oscuros y, allí, soltó la red. Espero algunos momentos, disfrutando del olor a terror que emanaba sus cuerpos, pero luego descendió porque quería verlos estamparse en los edificios, sobre sus compañeros o donde cayeran, le daba igual.

La maraña de sogas y personas cayó en la calle, justo delante de los ojos de los aterrados soldados. No quedó de ellos más que un par de armaduras abolladas y carne reventada.



Al ver que Rompehuesos cargó contra los soldados, la Tjarina ordenó a sus soldados detenerse para que no resultaran heridos mientras él estaba allí. Sin embargo, dio la orden de avanzar en cuanto el dragón escaló por uno de los edificios y se posó en la cima. Los prury habían huido despavoridos ni bien lo oyeron, lo que a Rajesh le pareció bien. No necesitaba cargar con más muertes innecesarias en su consciencia, cuando ya sabía que muchos habían perecido desde la primera manifestación.

—¿Estás bien? —preguntó a Mhena y ella asintió. Se la veía seria y concentrada, así que no volvió a interrumpirla. Seguro estaba teniendo alguna conversación con sus ánimas.

Estaban en un silencio absoluto, pero se oyó el momento exacto en que las botas de los hienzenses golpearon el suelo en su carrera hacia los de Doury Kasesh. Se sentía, también, en la vibración del suelo, y a Rajesh le parecía que una manada de cientos de animales estuviera corriendo a su alrededor. Después de eso, ambos bandos chocaron y el sonido fue estremecedor. El impacto de los metales, los gritos, las órdenes. Antes gritaban para darse ánimos o para provocar al contrario, pero después del primer encuentro, se convirtieron en alaridos de dolor, en súplicas, en llanto. Las órdenes carecían de sentido y solo importaba mantener la posición o morir.

Rajesh estaba lejos del frente, pero podía imaginar con claridad lo que ocurría por lo que llegaba a sus oídos.

No mucho después, una oleada de viento le acercó el olor y pensó que jamás en la vida podría olvidarlo. Una mezcla de sangre y excrementos, a comida en descomposición, a alcohol, a sudor. Aun así, a pesar del desagrado, algo en todo eso despertaba una curiosidad inusual y unos deseos casi incontenibles de estar allí, de ser partícipe, de verlo, de sentirlo, de abrir vientres y cortar cuellos. Cerró los dedos con fuerza alrededor de la empuñadura de su espada, solo para no lanzarse de cabeza a esa montonera de gente que buscaba la forma de hacer cruzar la puerta de los reinos a cuantos se les pusieran en frente.

Mhena debió intuirlo, porque justo cuando estaba a punto de dar un paso hacia el palacio, lo tomó del brazo.

—Apenas si tienes entrenamiento, Rajesh —susurró—. ¿Crees que esta es una buena noche para morir?

—No me di cuenta.

Mhena asintió y Rajesh miró hacia el cielo. El dragón estaba posado sobre el mismo edificio y el fénix aún no había entrado a la ciudad. Lo haría cuando Rajesh tomara el palacio, o si las cosas se salían de control, aunque confiaban en que no tendrían grandes problemas.



Se movieron por los tejados de los edificios, siguiendo de cerca la entrada de Rajesh a la ciudad.

Oyeron el rugido de Rompehuesos a lo lejos e Indra se detuvo.

—Ahora me vendría bien un poco de polvo —rio, nerviosa.

—No vuelvas a decirlo ni en broma.

—Solo una pizca... para dejar de pensar.

Akram se acercó a ella, le tomó el rostro y, se quedó mirándola.

—Todo estará bien —susurró.

Ella levantó una mano, pero se dio cuenta que no debía, y volvió a bajarla. Tenía tantas ganas de poder acariciar su rostro, que ya no se sentía tan segura de lo que le dijo antes, ¿cuánto tiempo podrían sus manos estar calladas?

Indra cerró los ojos y trató de dejar de pensar en todo lo que estaba ocurriendo en esos momentos. Akram, Rompehuesos, los soldados, Rajesh, Dkol nur Shana... Intentó hacer lo que Akram le dijo antes de entrar a Barzy. «Siente». ¿Y qué sentía? Sentía la calma y la seguridad que él le transmitía, la paciencia con la que esperó a que ella pudiera serenarse, la calidez de sus manos en sus mejillas.

Sonrió.

Tal vez... Tal vez sí podría.

—¿Ya te sientes mejor?

Sentía una alegría extraña, unas ganas de reír tontamente y un calor inusual para esa hora de la noche.

—Sí.

Akram le dio un beso en la frente y se alejó de inmediato, para saltar sobre el próximo tejado, e Indra lo siguió.

Lo que ninguno de los dos sabía era que el resto de la piel también tenía mucho para decir.



Caminaron por la vía principal cuando el comandante de los hienzenses les dio el visto bueno. A Rajesh se le pasaron las ganas de participar de una batalla cuando vio los resultados de la misma. Los soldados de Hienza todavía estaban rematando a los heridos, clavándoles una lanza en el cuello. Así y todo, se oían muchos gemidos y lamentos. El aire estaba cargado de una sensación de desesperación, dolor y muerte. Nunca, hasta ese momento, se imaginó que había un aroma para el sufrimiento. Era un olor grasiento y pegajoso, que parecía adherirse a su garganta y que se quedaría allí, quizás, hasta su muerte.

La calle estaba tapizada de miembros cercenados, de armas rotas, de escudos partidos, de moribundos, de entrañas y de mucha sangre que la tierra endurecida no había sido capaz de absorber. Era desolador tener que entrar al hogar de sus ancestros caminando sobre una alfombra de muertos.

—Lo logramos. —La Tjarina estaba detrás de él, acompañada por su hija. Las habían alejado durante la batalla, para no exponerlas, y recién estaban volviendo a unírsele. Rajesh pensó que la princesa iba a horrorizarse por la matanza, pero no era así. Parecía estar enojada, más bien.

—Es gracias a usted, su Majestad.

—Considérate libre de deudas conmigo, Rajesh. —La Tjarina se adelantó y fue a conversar con su comandante.

—¿Estás listo para entrar a tu hogar? —preguntó Mhena.

No lo estaba. No sabía si lo estaba, mejor dicho. No lo recordaba como *su* hogar, aunque

hubiera vivido sus primeros años de vida allí.

—¿Dónde están Índara y Akram?

—En los tejados.

—Diles que bajen, por favor, no me gustaría hacerlo sin ellos.

Una voluta de humo blanco se elevó hasta desaparecer y regresó enseguida. Al poco tiempo, Rompehuesos descendió de un salto, para aterrizar justo detrás de Rajesh y el fénix llegó volando y se posó con gracia sobre la torre medio destruida del palacio. Su belleza desentonaba entre tanta ruina, muerte y decadencia.

«Qué difícil va a ser limpiar todo esto».

—Perdón por no haber podido ayudar, su Majestad —dijo Sitha—, mi madre no me lo permitió.

—No es lugar para una princesa.

—¿Cuál es mi lugar, entonces, si no es al lado de quienes dan su vida por nosotros?

—Donde se encuentre a salvo para poder servir a otros miles que también la necesitan.

—¿Por qué querría alguien dar la vida por mí si yo no soy capaz de hacer lo mismo por ellos?

—Porque es la princesa de Hienza.

—Ese es un pensamiento bastante limitado, su Majestad.

—Limitado o no, es lo que me mantuvo vivo hasta este momento.

Sitha asintió.

—Ya veo, usted por encima de todo.

—Soy el último miembro vivo de mi familia, princesa. Adheej dejó de existir porque creyeron que ya no quedaba nadie de mi familia. Pero la llama de Adheej vive aquí —dijo y se puso una mano en el pecho, donde latía su corazón—, y es mi deber devolverlo de la ruina en la que lo convirtieron. Nadie más podría hacerlo, al parecer, porque nadie lo intentó, ni antes de que mi pueblo supiera de mi existencia, ni después de eso. Así que sí, tiene razón. Rajesh por encima de todo. Adheej, por encima de todo.

Rajesh dejó los ojos puestos en el fénix, para no tener que volver a mirar a esa mocosa engreída que quería darle lecciones improvisadas de deberes reales.

Mhena estaba a su lado, pero permaneció en silencio hasta que Akram e Índara llegaron. Rajesh los miró y sonrió.

—Ya podemos entrar —dijo, ansiosa, y Rajesh dio el primer paso. El fénix planeó para descender y permaneció en el aire, sobre ellos.

No había puertas y la entrada estaba bloqueada por un montón de muebles destruidos, que los espíritus de Akram se encargaron de hacer a un lado. La habitación se iluminó por el fuego del fénix, solo para dejarles ver más basura. Y dos mujeres que eran idénticas.

—¡Protejan al príncipe! —exclamó Akram. Las ánimas de Mhena lo rodearon y las botas de los soldados llenaron de ruido la habitación.

Rajesh, por su parte, no entendía qué demonios estaba ocurriendo.

15 – Rajesh, Akram y Sitha

Una bocanada de humo negro apagó las llamas del fénix y Rajesh sintió la desesperación en su propia carne. Quiso correr hacia él, pero las ánimas de Mhena se lo impidieron, reteniéndolo allí, sujetándolo con sus manos luminosas.

—Quédate quieto —susurró Mhena.

—¿Qué le hacen? —sentía que se ahogaba al verlo apagarse.

Los soldados que entraron tras ellos se apresuraron a rodearlos, con las armas apuntando a las dos desconocidas.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó la Tjarina Navila y Rajesh se giró a verla.

—En las puertas de Barzy, tal como acordamos —dijo una de las mujeres.

—¿Qué? —preguntó Rajesh, pero lo ignoraron.

—Nadira —dijo la Tjarina y una mujer se acercó a ella—. Ve a Barzy.

La mujer asintió y sus ojos se volvieron negros por completo en el momento en que una bocanada de humo salió despedida de su mano. Susurró algo que Rajesh no alcanzó a escuchar y la Tjarina sonrió.

—Comandante, retire a sus hombres.

—¿Su Majestad?

—Regresamos a casa.

Los soldados se retiraron en un entrechocar de armaduras. La sensación de estar perdiendo el aire era cada vez más intensa.

—¿Qué significa esto? —preguntó Rajesh, batallando con la asfixia que le robaba el aire.

—Un príncipe por otro —contestó la Tjarina antes de darle la espalda.



El fénix lanzó un grito ahogado que le hizo erizar la piel y Akram miró a Indra.

—Vete de inmediato.

—¿Qué? No...

—¡Vete! —Akram la empujó hacia el exterior mientras iba tras ella—. Llévatela de aquí —dijo a Rompehuesos y este la tomó entre sus garras y saltó hacia la oscuridad del cielo.

Regresó hacia el interior mientras buscaba los huesos en su bolsillo. No tenía tantos espíritus como hubiera deseado, pero deberían bastarle para poder ser de alguna utilidad.

Cuando entró, Rajesh estaba de rodillas en el suelo, sujetando su garganta. Uno de los espíritus de las gemelas estaba introduciéndose a través del pico del fénix, y el animal chillaba, sin poder moverse por estar rodeado.

—Sardhari —murmuró Akram, y ordenó a sus espíritus que se dirigieran a la gemela que estaba controlando a los que atacaban al fénix.

Un muro de la oscuridad más absoluta se interpuso entre ellos, pero las ánimas de Mhena se lanzaron contra esa pared y comenzaron a abrirse paso entre las tinieblas.

Los espíritus de Akram se unieron a los de Mhena y en ese momento oyó que la Tjarina

ordenaba a sus hombres retirarse.

«¡Mierda!»

Miró hacia atrás y vio que se alejaba, escoltada por sus hombres y se sintió furioso. No podría ir tras ella y enfrentar a su cinti sin que las gemelas hicieran un desastre con ellos.



—Madre, ¿qué hiciste?

—Ahora no. Debemos irnos.

Sitha le tomó el brazo para detenerla.

—Entregaste al príncipe Rajesh.

—Salvé la vida de tu hermano.

—Era la única oportunidad de los prury, madre, ¿cómo pudiste hacerlo?

—Ahora no, Sitha. —La Tjarina movió el brazo para deshacerse de ella y volvió a caminar.

«Burya tenía razón».

Le dio la espalda a su madre y empujó a los soldados que quisieron detenerla. Corrió hacia las sombras y escuchó que la seguían, por lo que se escondió en un trozo de sombra, detrás de una pared derrumbada.

—Princesa, soy Qhar —susurró alguien—. No quiero ser parte de esto, confíe en mí.

—Si es así, encuentra a Rompehuesos y a Indra y diles que se vayan lo más lejos posible.

—Me encargaré de eso.

Sitha se asomó entre los escombros y vio cuando un espíritu salió de una de sus manos y que los soldados de su madre se acercaban a Qhar.

—Mis espíritus buscan a la princesa, la llevaré de regreso. Díganle a la Tjarina que la mantendré a salvo.

Sitha volvió a ocultarse por unos momentos, y luego buscó otra calle que la llevara al palacio, para evitar que la vieran.

«Maldición, madre».

Sitha entró al edificio por una de las ventanas rotas de la parte trasera y buscó la entrada principal. Una abertura que tenía solo una tabla adherida a sus bisagras, como últimos vestigios de una puerta, la ocultó de quienes estaban frente a ella. Las gemelas estaban de espaldas a Sitha y quienes podían verla eran Akram, Mhena y el príncipe Rajesh. Todo era un lío de oscuridad y de luz que se mezclaba, y parecían ser parte de una extraña danza. Observó por unos momentos a las mujeres y desenfundó su espada para ir por una de ellas.

Vio la sorpresa en el rostro del kanafi cuando abanicó su arma. Su intención era decapitarla, pero el filo quedó encajado en los músculos de su cuello. La cinti lanzó un grito punzante y Sitha tironeó de la empuñadura para poder liberar su arma. La mujer cayó y arrastró a Sitha al suelo. Los espíritus se abalanzaron sobre la princesa, pero no hacían más que asustarla hasta la muerte. Por alguna razón, no le hacían daño a su cuerpo, solo a sus nervios.

Puso un pie en contra de la espalda de la mujer que se retorcía de dolor, y empujó mientras seguía tirando.

El salón entero se iluminó con una luz rojiza.

El fénix dejó escapar una última queja.

La espada se liberó.

Sitha se puso de pie y clavó el pecho de la cinti, para terminar con su vida de una vez.

El fuego del fénix se apagó.
La oscuridad se hizo asfixiante y oyó una voz llorosa que exclamaba «Krasta».
Antes de que pudiera reaccionar, su cuerpo comenzó a desgarrarse en miles de partes.



—¡Princesa! —gritó Mhena y lanzó a sus ánimas hacia la gemela que quedaba viva.

—Llévate al príncipe —dijo Akram, pero ella trató de ayudar a Sitha. Akram le tomó el brazo para que le pusiera atención, y Mhena quiso quitárselo de encima—. Ya es tarde para ella, ¡vete!

La yaducare miró a Rajesh y lo vio de rodillas, con ambas manos en el pecho, aún luchando por respirar. Asintió, aturdida, y sus ánimas lo rodearon para ayudarlo a salir de allí.

—Tú eres Akram —dijo la cinti con la voz ahogada cuando la luz de las ánimas de Mhena dejaron la estancia—. Te salvé del reino de los muertos.

Las antorchas que había en las paredes proyectaban unos pobres halos de luz rojiza, que creaban sombras que danzaban con la brisa que entraba por las ventanas.

—Debería agradecerte, supongo, pero como luego enviaste a un kanafi tras mis huellas, no lo haré.

—Vendrás con nosotras... Conmigo —se corrigió luego de mirar fugazmente el cuerpo de su hermana—. Vendrás conmigo.

Akram sonrió.

—¿Por qué debería?

—Porque sino Indra y el dragón acompañarán a Ysha al reino de los muertos.

—No puedes encontrarlos sin su esencia.

—¿Qué crees que sucedió con las túnicas que la vistieron en su travesía por el desierto?

La sonrisa de Akram se congeló.

—¿Qué quieres de mí?

—Dime qué prefieres que traiga antes, ¿la cabeza de Indra o la del dragón? —Los espíritus de la gemela revoloteaban ansiosos a su alrededor.

—Iré contigo si prometes que los dejarás en paz.

—Tienes mi palabra.

—Tu palabra no me sirve de nada. —Akram sacó su daga y la arrojó a los pies de la cinti— Júralo. Jura que nunca irás tras ellos ni harás que nadie lo haga por ti.

Una mano negra la recogió del piso y se la dio a la mujer. Ella la tomó, hizo un corte en su brazo y lamió la herida.

—*Dnag ras nur thaga Indra ri drrago thek una sirbari* —recitó en el idioma de los antiguos.

La herida se iluminó por unos instantes, como si una llama la hubiera recorrido, y se cerró por completo. Una serie de runas quedaron tatuadas en donde antes hubo sangre.

Akram asintió.

—Vamos.

—Dime qué quieres.

—Risda —dijo y los espíritus de la paraki desaparecieron. Ella guardó los huesos en su bolso, con total confianza en que Akram aceptaría sin objeciones—. Debo llevarte a Indvhe.

Los espíritus de Akram se abalanzaron sobre la mujer, sujetando sus manos y sus piernas y

la arrojaron al suelo, donde quedó tendida boca abajo junto al cuerpo de su hermana.

—Sirves a quien esclavizó a nuestra gente por casi dos décadas, debería darte vergüenza querer esclavizarme otra vez

—Tengo mis razones.

—No me digas... —Akram se arrodilló a su lado y, con ambas manos sobre su cabeza, presionó con fuerza. La mujer se quejó—. Me imagino que son de lo más interesantes. Déjame adivinar... —Akram hizo que uno de sus espíritus le alcanzara su daga. La tomó y acercó la punta al ojo de la cinti, tanto que si lo cerraba, corría el riesgo de cortarse los párpados—. Vivir en un palacio, vestir bien, comer a diario.

Podría matarla, debería, quería hacerlo, pero antes necesitaba saber por qué demonios insistía tanto en que la siguiera. La mujer respiraba agitada y su rostro lucía brillante y húmedo. Akram pasó el filo por la piel de su mejilla, para quitarle el sudor, y la mujer se agitó todavía más, aunque no se movió, por temor a que la lastimara.

—¿Por qué me buscabas? —preguntó después de limpiar el filo en su túnica.

—Te necesitamos para proteger a Adheej.

16 – Indra y Akram

El dragón la tomó con brusquedad y saltó hacia la nada. La estaba lastimando, estaba segura de que tenía un rasguño en el abdomen, porque le ardía como un infierno. Sin embargo, Rompehuesos descendió ni bien salieron de la ciudad, y la dejó en la arena.

—Monta, ¡apresúrate!

Indra se levantó la túnica y vio que una herida en su vientre estaba cerrándose.

—Qué bruto eres, podrías haberme dejado subir en la ciudad, ¿no? —preguntó después de acomodar su ropa, mientras trepaba al lomo del dragón.

—No había tiempo.

—¿Por qué salimos así? ¿Qué sucedió?

—No lo sé, tú estabas adentro.

—No entendí nada. Entramos, había un par de personas allí. Akram dijo a Mhena que protegiera a Rajesh y me empujó hacia afuera, no pude ver más.

—Nos enteraremos pronto, seguramente. —El dragón voló hacia un lugar desde donde podían ver las puertas de la ciudad y descendió otra vez—. No te bajes, esperaremos a que nos busquen.

A Indra la estaban comiendo los nervios, porque no se podía imaginar qué podría estar ocurriendo en el palacio, aunque no tuvieron que esperar demasiado, puesto que un espíritu se acercó a ellos.

—Soy Qhar, no teman. La Tjarina traicionó al príncipe Rajesh.

—Sujétate —dijo Rompehuesos e Indra obedeció—. Iremos por él.

—No —dijo Qhar—, espérenme, tenemos que ir hacia Cingze.

—¿Para que también nos traicionen? —preguntó Indra.

—Para que puedan seguir viviendo. La Tjarina los ve como una amenaza ahora.

—¿Amenaza? —rugió Rompehuesos—. No saben lo que es una amenaza.

—¿Dónde está Rajesh? —preguntó Indra.

—No lo sé —respondió Qhar—. Salí con la Tjarina, la princesa Sitha la abandonó. Quise ayudarla, pero me ordenó avisarles que se alejaran de aquí y se me perdió de vista... Hasta ella sabe que su madre no es de fiar.

—Maldición —murmuró Indra. Todo se había ido al demonio tan rápido—. ¿Y Akram?

—No lo sé. El Tjar Galadh y Ze Rawa están ansiosos por conocerlos, aunque el Tjar temía que la dragona resultara herida de alguna forma si venían.

—Hizo bien —dijo Rompehuesos—. Quédate aquí, Indra, veo que hay gente saliendo de la ciudad.

—¿Qué vas a hacer? —Indra no quería hacerlo, pero desmontó, antes que él la arrojara al suelo de un sacudón. Ni bien puso los pies en la arena, el dragón se alejó.

—¿Puedes acompañarlo?

Qhar estaba allí, todavía.

—Los acompañaré a los dos.

—¿Puedes estar aquí y... allí? —preguntó señalando hacia la ciudad.

—Por supuesto, estoy en tres lugares a la vez.

—Algún día me dirás cómo lo haces, porque me da curiosidad, pero estoy demasiado nerviosa como para comprender cualquier cosa que vayas a explicarme.

—Por supuesto...

Rompehuesos era apenas un diminuto dragoncito en la inmensidad del campo estrellado que era el cielo, pero su rugido se oyó con tanta claridad que a Indra se le erizaron todos los pelos del cuerpo. Se vio una inmensa explosión de fuego y, luego, llegaron los gritos. Eso fue peor que la matanza en el interior de la ciudad. Tal vez era por el desierto, por la falta de edificios que absorbieran los ruidos.

Indra se acuclilló y se cubrió la cabeza con los brazos. No quería ver, ni escuchar, aunque los gritos y los rugidos llegaran hasta ella como si estuviera allí mismo.

Era terrible. Todo. Rompehuesos matando gente, la traición de la Tjarina; Akram, Rajesh y Mhena en la ciudad... ¿Qué estaría sucediendo con ellos? Hubiera dado cualquier cosa para poder saber qué estaban haciendo y cómo se encontraban.

El dragón regresó y la llenó de arena al descender.

—Monta —dijo. Tenía un cuerpo entre sus dientes.

—¿Quién...?

—¿Cómo hiciste para matar a la Tjarina? —preguntó Qhar—. Es imposible que un mortal acabe con la vida de una reencarnación de los dioses en la tierra

—No me pareció tan especial —respondió Rompehuesos.

—¡Mierda! —dijo Indra cuando pudo decir algo.

—Nadie puede matarlos sin perder la cordura antes, Rompehuesos, nadie —balbuceó Qhar a través de su espíritu.

—Estoy bastante cuerdo, si es tu miedo. Furioso, pero cuerdo.

—No lo entiendo, esto no es posible, dragoncito —murmuró Indra.

—No sé de dónde salió esa estupidez, pero tal vez los Tjares no son tan dioses como ustedes creen. Monta, Indra.

Indra se apresuró a buscar su lugar entre las púas del dragón y se acomodó. Rompehuesos batió las alas para escalar en el cielo y se dirigió hacia la ciudad. Soltó otro rugido espeluznante ni bien los primeros edificios aparecieron debajo de ellos, pero Indra no dejaba de pensar en que el dragoncito se iba a volver loco de un momento al otro.

Fueron por la calle principal y, cuando llegaron al palacio, soltó el cuerpo de la Tjarina, que cayó con un sonido de metales entrechocando con las piedras. El casco se le salió y rodó por la calle, y sus piernas quedaron en un ángulo extraño.

Akram salió del palacio poco después. El dragón descendió justo al lado de la Tjarina y volvió a rugir. A Indra se le volvió a erizar la piel. El dragón era tan impresionante, que difícilmente se podía pensar que era el mismo ser miserable, asustado y miedoso que conoció unos meses atrás.

En ese momento, sintió que ella debía ser digna de estar a su lado, que ya no podía seguir teniendo miedo de todo, que debía tomar las riendas de su vida y dejar de andar de un lado al otro porque así se lo dijeran los demás. No había nada especial en ella. No era una cinti, no era inteligente, no sabía leer ni servía para mucho, pero debía buscar algo en lo que fuera buena y se empeñaría en encontrarlo.

Rompehuesos mató a una Tjarina y a un kanafi, y era consciente de que iba a ser difícil estar a su altura, pero de alguna forma debía dejar de ser tan inútil.



—Te necesitamos para recomponer Adheej.

Akram se esperaba cualquier respuesta, menos esa. Apartó la daga y se incorporó, pero no dejó que los espíritus la liberaran.

—Es mentira.

—Queremos hacer la vida del Tjar un infierno, Akram. No solo tú fuiste un esclavo, no fuiste el único a quien vendieron. Comerciaron con nosotras como si fuéramos cosas que podían usar y descartar, nos marcaron como si fuéramos bestias, nos volvieron cintis por su maldita ambición, porque la supuesta pureza de su sangre les otorgaba el derecho de hacerlo, porque podían y no les importaba.

Lo que decía podía ser tan cierto como mentira. Describió a la perfección la vida de un esclavo, o sea, de la mitad de los prury que todavía quedaban con vida.

—No te creo.

—No podíamos hacerlo Ysha y yo, y mucho menos puedo hacerlo ahora que estoy sola. ¿Quién crees que hizo que los prury se levantaran? Si el príncipe hubiera estado aquí cuando el pueblo pidió por él por primera vez, lo hubiéramos apoyado, pero no sabíamos si era cierto que estaba con vida. De todos modos, hiciste un buen trabajo esa noche. Comenzamos a buscarte desde el primer momento, pero era imposible hallarte.

«Garth». Akram volvió a acucillarse junto a la mujer y le levantó la cabeza tomándola del cabello.

—¿Ustedes iniciaron la revuelta en Manai?

—Así es. Fuimos antes de ir a Indvhe. Estuvimos allí hasta que el pueblo acabó con casi todos los soldados. Luego una yadugari que no conocíamos tomó la ciudad por su cuenta. La llaman señora Bherna. —La cinti sonrió—. Cuando supo lo de Manai, el Tjar envió a dos mil quinientos soldados a recuperar la ciudad y solo uno regresó. La señora Bherna los despellejó a todos.

Akram no sabía si creer lo que estaba oyendo, pero cabía la posibilidad de que fuera como ella decía.

—Y lo mejor que se les ocurrió fue hechizarme, ¿no? —La soltó y su cabeza chocó contra el suelo—. Podrían haberme dicho todo esto antes.

—En ese momento no sabíamos que el Tjar tenía al príncipe de Hienza, mucho menos que la Tjarina iba a proponer cambiarlo por el príncipe Rajesh.

—¿Entonces por qué mataron al fénix?

—La Tjarina tenía que tragarse el cuento y el fénix volverá a nacer. ¿Por qué crees que no se defendió? Podría habernos matado a todos, si hubiera querido, es un crahsti. Lo supo desde el inicio, ni bien Ysha lo capturó, y él accedió a morir por el príncipe Rajesh. En un par de días estará listo para regresar, pero si morían el príncipe o su yaducare, arruinaríamos todo. Ysha y yo dejamos que los de Hienza mataran a todos los soldados para limpiar por completo la ciudad. Si alguno escapó y logra llegar a Indvhe, que lo dudo, le dirá al Tjar que los de Hienza los masacraron y será problema de Navila, no nuestro. Rajesh escapó, mi hermana está muerta. Yo puedo regresar a Indvhe sin que nadie sospeche.

—¿Qué hay de los cintis del Tjar? ¿No dudarán de ti?

—Casi todos son douryenses, pero todos son leales a él. Sin embargo... hicimos algunas cosas para que el Tjar nos creyera siempre. Ya sabes, algunas hierbas, algunas pócimas...

—Entiendo.

Akram cortó la tira de su bolso y lo apartó de ella. Buscó, también, entre su ropa para alejar

de su alcance los huesos que pudiera tener. Cuando los encontró a todos, ordenó a sus espíritus que la liberaran, aunque no los dejó regresar al reino de los muertos y ellos permanecieron allí, con sus extrañas formas humanas, aguardando la próxima orden.

La mujer se incorporó, acomodó primero su túnica y luego se llevó la mano a la herida que tenía en la frente.

—El Tjar no dudó nunca de nosotras y dimos muy pocos motivos para que los demás sospecharan, por eso teníamos contacto con algunos cinti fuera del palacio. El dragón mató a la otra kanafi que conseguimos, así que ahora tenemos que buscar a uno más para reemplazarla.

—No —dijo Akram—. ¿Tres kanafi? Dime que no necesitas a tres de los míos.

La gemela asintió y Akram cerró los ojos unos momentos. «Tres kanafi, dos paraki y un yadugari para resucitar al dios muerto».

—Perdón, es la única forma.

—No voy a hacerlo.

—Akram...

—No. Crucé demasiados límites en mi vida y cuando conocí a Indra, vi con claridad todo el daño que hice. Mi último hechizo fue el único que hice por mi propia elección, para liberarme de mis amos y para que Indra fuera libre. No volveré a sacrificar a nadie.

—Debemos hacerlo. El Tjar Rizwan es la reencarnación de los dioses, no hay otra forma.

—Encontraremos otra manera. ¿Cómo es tu nombre?

—Azhar.

—Eso, Azhar. Si de verdad quieres acabar con él, encontraremos otro modo, tiene que haberlo. Tal vez el príncipe Rajesh esté dispuesto.

—¿Y si no es así?

—Hallaremos la forma.

La mujer se levantó la túnica y señaló una de las tantas cicatrices que tenía en una de sus piernas. Akram se acercó y vio que era un juramento.

«Haré hasta lo imposible para lograr que las llamas de Adheej vuelvan a arder».

Azhar no le había mentado.

—¿Por qué no me lo enseñaste antes?

—Porque no me dejabas mover.

—Podrías haberlo mencionado.

Azhar encogió los hombros.

—El Tjar de Cingze tiene una dragona —dijo, en cambio—, hermana del que tú conoces.

—¿Cómo que otro dragón? —preguntó con un hilo de voz. Si ese Tjar se unía a Doury Kasesh, todo podía resultar en un caos aún más grande.

—Está ansiosa por ver a su hermano otra vez.

Akram estaba cada vez más confundido.

—¿Cómo...? ¿El Tjar Galadh está del lado de Adheej? —Azhar asintió y Akram se sintió aliviado por unos instantes, aunque la reciente traición de Hienza le impedía alegrarse del todo—. ¿Y por qué nunca hizo nada?

—Lo intentó, pero jamás encontró al heredero del que hablaban los rumores —respondió Azhar y Akram asintió. Todo era muy confuso—. Qhar intentará llevar a Indra y al dragón hacia Cingze, para que se reúnan con ellos.

—¿Quién es Qhar?

—Uno de los kanafi del Tjar Galadh. Estaba infiltrado en el palacio de Barzy para informar a Cingze, pero a la vez «juró lealtad» a Rizwan y le reportaba a uno de sus kanafi lo que sabía de

Barzy y parte de lo que sabía de Cingze. Sin embargo, nosotras sabíamos todo.

—Dime que es leal a alguien, por Vari.

—Al Tjar Galadh y a los prury.

—¿Segura?

Azhar asintió.

—Él también tiene un juramento.

—¿Por él conseguiste las prendas de Indra?

—Así es. De alguna forma tenía que llevarte a Indvhe, perdón.

—Lo que sea. —Akram estaba bastante confundido para ese momento. Habían ocurrido demasiadas cosas y no todas eran tan malas, al parecer.

—¿Vendrás conmigo?

—No, no voy a hacerlo, Azhar. No de la forma que tú quieres. No cuentes conmigo para eso.

—¿Cómo puedo convencerte para que cambies de opinión?

—No lo harás. Hallaremos otra manera.

—Ya buscamos.

—Estoy seguro de que no pensaron en que un kanafi se negaría. Tiene que haber otra opción para...

Akram se interrumpió cuando se escuchó un rugido descomunal. Azhar comenzó a reír.

—¡Es magnífico! —exclamó y caminó hacia la entrada, pero Akram la detuvo.

—Debes irte, es mejor que nadie más te vea.

—¿Por qué?

—Evita exponerte, puede haber soldados de Doury Kasesh todavía en las calles. Vete.

—Es cierto. Necesito mis cosas —señaló su bolso. Akram se lo entregó y la cinti se arrodilló junto a su hermana. Seguramente sacaría un hueso de su mano, así que le dio la espalda para dejarla despedirse de su cuerpo y caminó hacia la salida. Estaba por llegar a la puerta cuando un cuerpo se estrelló frente a él. El dragón aterrizó detrás y volvió a rugir.

Akram se acercó a ver quién era y se sorprendió al ver el rostro magullado e inerte de la Tjarina.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó con un hilo de voz. No era posible matar a una Tjarina.

—Se le rompió el cuello cuando le di un zarpazo. Es una persona de carne y hueso, Akram, nada más.

—No es así, los Tjares son dioses en la tierra, no debería estar muerta. —Se agachó a su lado y le tocó el cuello para buscar su pulso. En efecto, estaba muerta.

—Hienza se pondrá en nuestra contra —dijo Indra.

—Ese será el menor de nuestros problemas... —dijo Akram.

El dragón rio y lo rodeó de chispas.

—Estoy esperando que así sea, para que todos sus Tjares y príncipes mueran como simples ciervos del desierto. —El dragón olió el aire y volvió a rugir, aunque esta vez hacia el palacio—. Recuerdo ese olor. ¡Maldita sea!

—¿Dragoncito...? —dijo Indra.

—¿Qué hace aquí? —rugió.

—¿Qué sucede? —preguntó Akram, confundido. El dragón se movió hacia el palacio, como si le fuera posible entrar por la puerta.

—¡Detente! —exclamó Indra—. Me vas a lastimar.

—Tengo que verla.

—Quédate quieto, maldición. —Indra se sujetaba como podía de las púas del dragón, que se agitaba, inquieto.

—Esa mierda me entregó al Tjar Rizwan. Por su culpa estuve en esa cueva, muriendo cada día. ¡Tengo que verla!

—Estoy solo —dijo Akram.

—¿Por qué me hiciste salir? —preguntó Indra.

—Quítate o te mataré a ti también —insistió el dragón.

—Eran las gemelas paraki del Tjar. Una de ellas está muerta y la otra se me escapó.

—Iré por ella. —Rompehuesos retrocedió.

—¡No! Es una paraki, mató al fénix y puede matarte a ti también.

—¿Qué? —preguntó Indra, horrorizada.

—Yo no soy ese pajarraco inútil. Bájate Indra.

—No lo haré —dijo y se sujetó con más fuerza.

—Ella puede usar espíritus de dragones, te va a hacer pedazos si usa uno de ellos.

—Me vas a obligar a bajarte, Indra.

Akram se acercó al dragón y habló en voz baja.

—La necesitamos viva.

El enorme ojo rojo del dragón se posó sobre él. Respiró profundo varias veces antes de hablar.

—¿Hasta cuándo? —gruñó.

—Hasta que las cosas se acomoden. Debe regresar a Indvhe.

—No dejaré que se marche.

—Sí, lo harás.

El dragón gruñó y soltó una inmensa bocanada de humo.

—La mataré. Cuando todo se termine, te aseguro que la mataré.

—Pero no antes, Rompehuesos, la necesitamos con vida si queremos que Adheej vuelva a ser el lugar que solía ser.

El dragón pareció conformarse con la respuesta, puesto que se recostó entre los escombros que había en la calle. Conforme, sí, pero no tranquilo, puesto que su respiración continuaba agitada y algunas volutas de humo se escapaban de su nariz con cada exhalación.

—¿Dónde están Rajesh y Mhena? —Esta vez Indra sí descendió del lomo del dragón.

—Los buscaré. —Akram envió a uno de sus espíritus—. Soy Akram —dijo en cuanto los vio. Se encontraban a las afueras de la ciudad, en una cueva que parecía haber sido un refugio en algún momento, puesto que contaba con faroles y algunos pocos muebles algo deteriorados.

—Qué alivio —dijo Rajesh—. ¿Cómo están todos?

—Regresen el palacio, los acompañaré. Todos estamos bien.

—¿Qué sucedió? —preguntó Mhena mientras salían.

—Les contaré todo en cuanto lleguen. Alguien puede oírnos.

—¿Y el fénix?

—Muerto, pero regresará pronto.

17 –Yásid, Akram y Azhar

*Barzy
Hienza*

«Espero que Yásid y Burya estén aquí... Seguro que están aquí» pensó. Le angustiaba pensar que no estuvieran, que aún no hubieran llegado, aunque tal vez se encontraban con Indra y el dragón, y eso no era tan malo. No sabía nada de ellos, puesto que la única persona con la que hablaba era Vintha y ella no los había mencionado. No era que un dragón se pudiera ocultar tan fácilmente de la vista de todos y menos ese dragón, que ya era bastante grande cuando lo vio por última vez, hacía un par de meses.

Las antorchas danzaban en las murallas, y Yásid sentía el corazón dividido al contemplar Barzy. Un poco de alegría, una sombra de tristeza. Pronto tendría que separarse de Vintha, y ese pensamiento le pesaba como una maldición. Al parecer ella se sentía de igual manera, porque ese día habían hablado poco, lo que era extraño. Vintha siempre tenía mucho para decir y cuando ya no recordaba ninguna anécdota, inventaba cuentos e historias para mantenerlo entretenido.

Demonios, iba a extrañar su compañía, su voz, su risa...

A Yásid no le había quedado claro si era su prisionero o su huésped, o qué había ofrecido su madre a cambio de su libertad para que su situación cambiara tan abruptamente, pero por él estaba bien así. Cambiaron la jaula por una tienda y lo estaban escoltando a su hogar... El único problema era que debía decirle a Vintha que sí era Yásid y no Shas, que le había mentido desde el primer día, y no sabía cómo lo iba a tomar. Tal vez se molestaba muchísimo con él porque, al parecer, le creía cuando decía que era Shas.

—Vintha, necesito hablar contigo —dijo cuando pensó que ya no tendría otra oportunidad de estar a solas con ella. Cinco soldados, el cinti y ellos estaban fuera del camino, a oscuras, ocultándose de la vista de los soldados de Barzy, pero Yásid no sabía por qué no entraban y ya. Según ella mencionó, estaban esperando órdenes para entrar. De quién venían esas órdenes, tampoco lo tenía en claro.

Vintha caminó con él para alejarse de los demás y lamentó que la luz de la luna fuera tan débil como para no poder ver su rostro. Quería saber qué tan desilusionada estaría después de oírlo.

—¿Qué sucede?

—Tengo que decirte algo.

—Adelante.

Yásid sentía las manos sudadas.

—Primero, me gustaría pedirte perdón por... mentirte.

—No comprendo.

—Sí soy el príncipe Yásid.

Vintha se largó a reír.

—Ya lo sabía.

—Pero te mentí, inventé un montón de cosas.

—Eres un pésimo mentiroso, no había manera de que creyera lo que decías. Algunas cosas sí fueron ciertas, pero no todo, lo sé.

—Vaya...

—Es comprensible que no quisieras que supieran quién eras, los soldados no te trataron del todo bien en un inicio.

—¿Y por qué me dejaste seguir mintiendo?

—Porque quise respetar tu decisión de mantener tu identidad oculta... Mal, debo decirlo, pero oculta en fin. ¿Tú crees que nos hubiéramos tomado tantas molestias para traer a un lector de mapas? Eres demasiado inocente, Yásid.

—Lo siento.

—Por eso es que me gusta estar contigo —dijo y parecía que estaba sonriendo, pero luego el tono de su voz cambió—, y saber que debo marcharme de regreso a Indvhe...

—Quédate. —Yásid buscó sus manos en la oscuridad—. Quédate por un tiempo, al menos, y después puedes irte, cuando ya no te sientas cómoda a mi lado.

—O cuando tú ya no quieras estar conmigo.

—Dudo mucho que eso suceda alguna vez, pero podríamos intentarlo, ¿no crees?

—Eres un príncipe y yo una bastarda.

—¿Y qué hay con eso?

—Tus padres me sacarán a patadas cuando encuentren una esposa adecuada para ti.

Yásid rio.

—Aquí no hacemos las cosas así... Al menos no con la primera unión marital. Nosotros elegimos con quién queremos casarnos, Vintha, aunque creo que para hablar de casarnos es muy pronto, ¿no? De verdad que me gusta mucho estar contigo, pero nosotros nos casamos por amor, cuando realmente sentimos que queremos estar con alguien por el resto de nuestras vidas.

—Y una vida es demasiado tiempo para estar con alguien a quien no amas...

Yásid sonrió. Temía haberla ofendido, pero al parecer Vintha no era la clase de persona que hacían de todo un drama, y eso era algo que le dio mucho gusto saber.

—¡Es cierto! Sería terrible para los dos que en un par de años ya no pudiéramos siquiera mirarnos a la cara, ¿no?

Vintha lo abrazó y le besó el cuello.

—Mucho menos compartir una cama... —Sus labios subieron hasta su mejilla—. Con lo mucho que me gusta compartir ese espacio contigo —susurró antes de besarlo.

Eso también era algo que le gustaba de Vintha, en honor a la verdad.

Regresaron con los demás después de un rato, cuando saciaron temporalmente la necesidad que tenían por el cuerpo del otro, y los demás no dijeron ni una palabra. No había noticias de quien daba las órdenes, así que se sentaron a esperar, algo apartados del resto, tomados de la mano. Se durmieron al poco tiempo y Nirek los despertó en algún momento de la noche con la noticia de que ya podían entrar.

Caminaron en silencio hasta las puertas y Yásid enseñó los tatuajes de sus brazos a los guardias, quienes reconocieron los sellos de la casa real y los escoltaron de inmediato al palacio.

El príncipe Assim y el Tjar Medejh, padre de Assim, estaban sentados en los tronos, mientras que el padre de Yásid permanecía de pie junto a ellos.

Después de las preguntas sobre el estado de cada uno, el Tjar ordenó que alojaran a los invitados y ambos esposos de la Tjarina se retiraron. Assim se quedó con él y le contó lo que había sucedido allí hasta ese momento.

—Es una locura —dijo Yásid—. Esto va a costarnos muchísimas vidas.

—Madre tenía que traerte de regreso a casa —contestó su hermano y él notó la liviandad con que lo dijo—. Un príncipe por otro...

—¿Tú viste al dragón, acaso?

—Claro que lo vi, y también los destrozos que causó en el palacio cuando vino por su jinete.

—Ni siquiera estaba enojado, Assim. Una traición así se paga con sangre. Adheej fue casi borrado del mapa hace dos décadas e Indra es prury. Si vinieron aquí juntos, no es necesario que te explique dónde estarán sus lealtades.

—También hay planes para ellos, para la chica y el dragón, no te preocupes.

—¿Y qué culpa tienen ellos?

—Ese dragón pertenece al Tjar Rizwan, y tenemos que devolvérselo, ese es el trato.

Yásid se largó a reír.

—No tienen ni una mínima idea, no los conocen en lo absoluto. El dragón va a llegar y nos va a carbonizar a todos, ya lo verás. —Yásid se puso de pie—. Me voy a descansar.

—Espera, ¿qué hay con esa muchacha? Noté su cercanía.

—Es la hija mayor del Tjar Rizwan, aunque no tiene derecho al trono. Se quedará un tiempo.

—Eso nos traerá más problemas que el dragón.

—Lo dudo. —Yásid le dio la espalda para marcharse. Toda esa conversación le había generado más preocupaciones que alegrías.

—Una cosa más...

—¿Qué?

—Burya y Shas están muertos.



Dkol nur Shana

Adheej

Akram entró al palacio antes que los demás. Era el único que conocía todos los pasillos y habitaciones, y quería cerciorarse de que no quedara allí nadie que pudiera causar problemas. Sus espíritus lo acompañaban, revoloteando a su alrededor.

El lugar estaba destruido. Todas las habitaciones habían sido arrasadas. Había libros medio quemados por todos lados, las ventanas estaban rotas y no quedaba ni una puerta entera, puesto que todas habían sido forzadas. No había tampoco cuadros ni tapices, solo cenizas y muebles rotos.

A pesar de que creyó que no le causaría nada regresar, sentía a los recuerdos como bestias con garras que rasguñaban sus entrañas, pidiendo a gritos que las dejaran salir. ¿Salir para qué? No quería hacerlo, porque si eso sucedía, mucha gente inocente podía salir lastimada.

Llegó a la que fue por muchos años su habitación y, si bien no podía ver nada, el olor era el mismo. El miedo, la soledad y la frustración también podían olerse, como las flores, salvo que apestaban horrible. Se imaginó a él mismo oliendo así durante la mitad de su vida y no pudo evitar que una oleada de rabia se apoderara de él. Sintió unas inmensas ganas de destruir cosas. Destruir al Tjar Rizwan y sus leyes, su país, su linaje. Torturar hasta la muerte a cada uno de los habitantes de ese suelo maldito, esclavizarlos, humillarlos...

—¿Akram?

Se giró y vio la silueta de Indra parada en la puerta. Se dio cuenta de que sus ojos estaban empañados, y se quitó las lágrimas con la manga de la túnica. Había cerrado tan fuerte los puños, que le dolían las articulaciones de los dedos.

—¿Estás bien?

Quiso decirle que sí, pero no pudo. Cayó de rodillas y se cubrió el rostro. Ni siquiera podía hablar, pero escuchó que Indra se acercaba.

—No me toques —susurró, porque no tenía fuerzas para moverse.

—No lo haré, pero estoy aquí. Quiero que sepas que estoy aquí.

Quería agradecerle, pero estaba vencido por la crueldad del pasado, por esos recuerdos que lo golpeaban con una fuerza descomunal. El amo Uzair, sus castigos disfrazados de recompensas, el asco, el dolor, la vergüenza. Pensó que esa repugnancia había quedado atrás, pero ahí estaba, debajo de su piel, consumiéndolo como un fuego eterno. Creyó que alejándose de allí, encontraría algo de paz y las fuerzas necesarias para continuar con su vida, que cambiar de aires iba a ayudarlo a olvidar lo sufrido o, al menos, a no mirar hacia atrás con tanto odio y desprecio. Sin embargo, le bastó andar por el mismo suelo que sus pies esclavos caminaron una vez para que la poca estabilidad que había conseguido, se fuera al infierno.

—¿Cómo se hace? ¿Cómo se vive con este dolor?

—No lo sé —dijo y su voz sonó ahogada.

Creyó que regresar a Dkol nur Shana iba a ser duro para ella, pero no esperaba que él mismo fuera a reaccionar de esa forma; no se imaginaba que volver al palacio le iba a recordar que, tal vez, nunca se dejaba de ser un esclavo.

—No sé qué viviste aquí, pero eso ya se fue. Eres libre ahora.

—Lo sé, pero... sigo aquí, de alguna forma.

—Mírame.

Hubiera querido, pero la vergüenza que sentía le pesaba tanto, que le parecía tener una mano empujándole la cabeza hacia abajo.

—Akram, mírame. —Indra se movió y él levantó la vista, creyendo que iba a tocarlo, pero lo único que Indra hizo fue sentarse más cerca. Apenas podía ver su silueta, alumbrada por unos resquicios de la luz que llegaba del exterior—. Hiciste más por Adheej sin quererlo, que lo que pudimos hacer todos los demás en dieciocho años. Eres libre y nos diste esa libertad a todos. Mírame —repitió en cuanto él bajó la cabeza—. El pasado ya se quedó atrás y tienes que dejarlo allí, muerto y enterrado, como tus amos y como los soldados que tanto daño nos hicieron.

Akram negó con la cabeza.

—Sigue aquí dentro —balbuceó.

—Lo sé, pero piensa en dónde estás ahora, en cómo eres, en lo que estás haciendo en estos momentos. Lograste que Rajesh regresara al palacio de Dkol nur Shana, a su hogar. La Tjarina lo vendió, pero de alguna forma, lograste que esa paraki escapara y ahora Dkol nur Shana es nuestra, otra vez. ¿Te das cuenta? Eres impresionante, Akram. Eres poderoso, eres valiente, y también eres una persona con un corazón inmenso.

—Gracias... —No todo era cierto, no había logrado que la paraki escapara, pero ni Indra ni los demás lo sabían todavía.

—Sea lo que sea que ocurrió aquí, lo que hayas vivido, ya no volverá a ocurrir. No soy de las mejores dando ánimos, porque la única forma que encontraba para vivir era drogándome hasta la médula... pero no quiero eso para ti. Ni que te drogues ni que te sigas torturando con lo que ya pasó.

—No sé cómo.

—Pues yo tampoco. —Indra hizo silencio por un rato—. ¿Cuántas veces te ríes de un chiste? Una vez, sí. Dos veces si el chiste es muy bueno, pero a la siguiente ya te lo sabes, y a la que le sigue ya te aburre, y a la que sigue ya molesta un poco. Con las cosas tristes deberíamos hacer lo mismo, ¿no? Que duelan la primera vez es normal, que siga molestando un par de días más, se comprende, pero llega un momento en que uno tiene que... No sé, pensar en otras cosas, en lo que podemos hacer para no quedarnos siempre varados en eso que nos detiene.

—¿Eso hiciste tú?

—Lo intento... —Indra hizo silencio otra vez—. Mi compañero me drogó y me abrió el vientre para sacar a nuestro bebé y venderlo a los cintis. Eso todavía me duele y me enoja más de lo que quiero admitir.

—Por todos los cielos —susurró y la culpa le pegó una bofetada tan fuerte que sintió que el piso se balanceaba de lado a lado. ¿Cuántas veces lo hizo él mismo? ¿Cuántos fetos compró a lo largo de su vida? ¿Y si uno de ellos fue el bebé de Indra?

Quería vomitar.

—Perdón.

—No fuiste tú el que lo hizo.

—Pero soy un kanafi.

—Lo sé, y sé que hacen cosas horribles que no quiero conocer, pero lo que él hizo no fue tu culpa. Ese cabrón me engañó, me embarazó y mató a mi bebé, pero no fui la única que le creyó.

Akram no sabía qué decir, porque lo único que se le ocurría era enterrarse algo en el cuello, justo donde la vena mayor latía. No se sentía con el derecho de respirar el mismo aire que Indra.

—Mi bebé murió, pero Rajesh y Mhena me encontraron antes de que se me fuera toda la sangre, me cosieron, me curaron, me cuidaron hasta que pude caminar, trataron de ayudarme a vivir lo mejor posible... Encontré el polvo de estrellas y todo se fue a la mierda, pero ellos fueron quienes me dieron un propósito para seguir viviendo. —Indra respiró profundo y se tomó un tiempo antes de continuar—. De no haber sido por ellos, me hubiera arrojado desde algún tejado después de matar a ese infeliz.

—¿Lo mataste?

Indra asintió.

—Creí que estaba viendo a mi espíritu, porque... Bueno, ya sabes, casi ninguna mujer sobrevive a que le abran el vientre. No podía permitir que siguiera haciendo lo mismo. Seguro que no es el único hijo de puta de esa especie en Ásico, pero al menos ese cabrón ya no volverá a lastimar a nadie más.

—Lo siento tanto, Indra. —Sus problemas parecían un chiste al lado de lo que le acababa de confesar.

Todavía la culpa lo ahogaba.

Todavía quería clavarse algo en el cuello.

Sin embargo, se distrajo cuando un destello blanco iluminó brevemente la habitación y ambos miraron hacia la puerta.

—Mhena.

—Llevamos mucho tiempo aquí —dijo y se puso de pie. Estuvo a punto de tenderle la mano a Indra para ayudarla a incorporarse, pero, en cambio, apretó el puño. Si la tocaba, iba a querer abrazarla y pedirle perdón mil veces más por lo que le sucedió, aunque a ella no le sirviera de nada ni le devolviera a su bebé.

Akram caminó hacia la salida, pero Indra lo detuvo rozando apenas la manga de su túnica.

—¿Cómo te sientes para continuar?

—Tienes razón, Indra. Hay que mirar hacia adelante, hay muchas cosas por hacer, por cambiar y por mejorar si queremos que los niños de hoy y los que vendrán, puedan caminar seguros en las calles.

—Sigamos, entonces. Tenemos que encontrar todo el oro que el hijo de puta de Uzair nos robó.

Akram sonrió.

—Yo sé dónde está. Si no lo encontraron ya, tendremos una buena cantidad para comenzar.



*Dkol nur Shana
Adheej*

Aunque le hubiera gustado ver al dragón, Azhar sabía que Akram tenía razón. Todavía podía haber soldados del Tjar ocultándose en las calles.

Pensó en un primer momento en marcharse, sin más, pero caminó hacia el cuerpo de Ysha. No podía concebir la idea de marcharse y no llevarla con ella. Estaban juntas desde su concepción, ¿cómo no iban a estarlo después de la muerte? Su cuerpo yacía entre los restos de su asesina, por lo que Azhar se arrodilló para tratar de ver su rostro por última vez.

Unas pocas antorchas alumbraban la estancia, e Ysha parecía dormir, pero dormía el sueño de los eternos, puesto que ya nunca más sus ojos verían un amanecer. Tampoco verían a Adheej renaciendo de sus cenizas, como el fénix que volaba en su bandera.

Afuera hubo un revuelo y oyó una voz furiosa, que le ocasionó un escalofrío en la espalda. Al parecer, era el dragón. Indra trataba de detenerlo y vio la silueta de Akram en la puerta, tratando de impedir el paso del crahsti.

—Eran las gemelas paraki del Tjar —exclamó Akram—. Una de ellas está muerta y la otra se me escapó.

—Iré por ella. —dijo la profunda voz del crahsti.

—¡No! Es una paraki, mató al fénix y puede matarte a ti también.

Azhar estaba petrificada. Si el dragón la atrapaba, no iba a quedar de ella más que girones. Se apresuró a tomar la mano izquierda de Ysha, buscó su daga y cortó la última falange del dedo meñique. Después de guardarlo en su bolso, corrió hacia la calle. No conocía muy bien la ciudad ni sus secretos, pero trató de encontrar un camino que la llevara a la salida, antes de que Akram fallara en su intento de controlar al dragón y él pudiera encontrarla.

Pasó la noche andando y, también, parte de la mañana, con el miedo acechando de cerca. Le desesperaba no oír nada más que el viento, cuando esperaba escuchar de un momento al otro el rugido del furioso dragón. Ante el menor sonido se sobresaltaba y buscaba sus huesos, más por costumbre que por querer dañar al crahsti. Sin embargo, decidió descansar cuando el sol llegó casi hasta su punto más alto, porque el calor era insoportable y ya el cuerpo no le respondía. Armó un toldo junto a una duna alta que le proporcionaría sombra en cuanto el sol comenzara su lento descenso, y se resguardó allí para dormir, si es que podía.

Eran muchas cosas las que habían sucedido la noche anterior. Perdió a su hermana, pero el príncipe Rajesh tomó Dkol nur Shana. Ysha estaba muerta, pero pudo hablar con Akram. El dragón la recordó y juró matarla, pero el Tjar Rizwan nunca podría poner sus manos sobre él.

Las hermanas creyeron, cuando entregaron el dragón al Tjar para poder atraer su atención y

estar a su servicio, que tendrían que matarlo algún día. Les parecía horroroso matar a un crahsti, pero era un sacrificio que estaban dispuestas a hacer si eso significaba acabar con el Tjar Rizwan. Habían sacrificado demasiadas cosas, después de todo, pero estaba cada vez más cerca de lograr su objetivo.

Los Tjares eran una reencarnación de los dioses en la tierra y, como tales, solo podían morir de la mano de otro Tjar o de un sucesor al trono. Era imposible que un mortal lo hiciera, porque los dioses le arrebatarían la cordura antes de permitirlo. Sin embargo, existía una opción. Según los antiguos, a un Tjar también lo podía matar el dios muerto.

Entre los cintis era conocida la leyenda de Valhú, el último Tjar kanafi de la historia de Ásico. No se sabía con seguridad dónde gobernó, porque los maestros de las diferentes naciones se disputaban la pertenencia de dicho Tjar. Si el maestro era de Hienza, Valhú había gobernado Hienza, y su sangre divina corría todavía en las venas de la Tjarina Navila. Lo mismo sucedía si era de Cingze, Dwot Vla o Doury Kasesh. Los únicos que no se atribuían la existencia de ese Tjar eran los de Adheej, puesto que solo tuvieron cintis de la luz a su servicio, desde que se recordaba.

Los Tjares de cada nación también lo incluían en sus libros de historia, aunque tampoco se ponían de acuerdo en los años que gobernó, puesto que las fechas diferían de país en país.

La leyenda decía que el Tjar Valhú, el kanafi, no podía concebir un heredero. Frustrado y enojado con los dioses, decidió engañar a Yakyur, el dios de la compasión, y lo ofreció como sacrificio a Birha, dios de los kanafi. A cambio, Valhú pedía que se le concediera un linaje fuerte que gobernara hasta el fin de los días del mundo. El dios Birha aceptó el sacrificio de buena gana, por supuesto, y le concedió al Tjar Valhú su petición, bendiciendo su simiente para que pudiera procrear decenas de hijos sanos y fuertes.

Cuando la diosa Sheera, diosa de la sabiduría, se enteró de lo que había ocurrido, ya era demasiado tarde para intervenir. La única forma de regresar del reino de los muertos a un dios, era que tres kanafi, dos paraki y un yadugari hicieran un ritual que involucraba muertes, muchos rezos y mucha sangre, y no estaba dispuesta a sugerir siquiera que lo hicieran.

Además, cuando un dios regresaba del reino de los muertos, ya no era el mismo que solía ser y se necesitaba de alguien con mucho poder para controlarlo. Sheera prohibió, desde ese momento, que los Tjares o sus descendientes se entregaran a los maestros de lo oscuro, arrebatándoles de esa forma el poder que ser un cinti les otorgaba. El Tjar Valhú fue el último kanafi, y el único que se atrevió a matar a un dios.

Leyenda o no, los cintis creían en ella y muchos habían intentado reunir lo necesario para poder resucitar al dios muerto. Sin embargo, si ya era difícil que seis cintis se juntaran sin querer matarse entre ellos, que se pusieran de acuerdo para realizar los rituales era todavía más complicado.

Ysha y Azhar pagaron con sangre para deshacerse de sus amos, y deambularon por Ásico por largos años tratando de encontrar una manera para acabar con el Tjar Rizwan, pero no hallaron más que negativas. La única opción era resucitar al dios Yakyur y desde el momento en que lo asumieron, comenzaron a reunir a la gente necesaria para hacerlo. Como Ysha estaba muerta, deberían encontrar otro paraki aunque no era tan importante como encontrar dos kanafi más. Los paraki siempre iban en pares, porque el Tuom Karap les arrebatava la vitalidad y la razón por largas horas, y era sumamente importante que tuvieran un respaldo, un compañero que pudiera completar la tarea en caso de que el primero no lo lograra o que pudiera cuidarlo en sus momentos de debilidad.

Azhar se durmió en algún momento, y en sus pesadillas se entremezclaron la muerte de su

hermana y la resurrección del dios. Despertó sumergida en un torbellino de dolor, angustia y desesperación, cubierta de sudor y temblando.

Se le hacía irreal que Ysha ya no existiera. Hasta hacía un par de horas, su hermana vivía, respiraba, hablaba, pero tuvo que cruzarse en su camino esa maldita niña que se la llevó al reino de los muertos.

Estaba atardeciendo cuando la paraki desarmó el toldo y volvió a caminar, pero antes de que el sol terminara de ser engullido por el borde del mundo, un espíritu cautivo la alcanzó. De inmediato, sacó un hueso de su bolso.

—Soy Akram —dijo y Azhar se relajó y volvió a caminar.

—¿Qué sucede?

—Rompehuesos mató a la Tjarina Navila.

La paraki tuvo que detenerse, porque no podía caminar y pensar al mismo tiempo.

—Eso no es posible.

—Envía uno de tus espíritus y compruébalo.

Azhar buscó uno de sus huesos y lo sostuvo con la mano abierta.

—Dalha —murmuró y viajó de regreso a la ciudad en ruinas. En efecto, alguien había sentado el cuerpo sin vida de la Tjarina en la escalinata de entrada del palacio. Tenía la espalda apoyada en una columna y su casco estaba atado con sogas a un gancho clavado sobre ella, para que todos pudieran ver su rostro macilento—. Risda. ¿Cómo lo hizo? No se puede matar a una Tjarina, Akram, tú lo sabes.

—Rompehuesos dijo que se le rompió el cuello cuando la golpeó. Sé que ni siquiera es posible intentarlo, pero Rompehuesos lo intentó, lo logró y...

—¿Cómo se encuentra? —Azhar no sabía bien cómo sentirse.

—Se fue a cazar. Está bien hasta este momento.

—Vas a tener que vigilarlo de cerca.

—Lo sé, envío a mis espíritus a verlo cada poco rato. Si ya es peligroso cuerdo, no imagino lo que sería si se volviera loco.

—Mantenme al tanto. ¿Qhar está allí, no?

—Sí, ya lo conocí.

—Dile que te ayude con Rompehuesos, si hace falta.

—Lo haré.

El humo se desvaneció y Azhar tuvo que sentarse, porque ver a la Tjarina muerta era algo que jamás en la vida hubiera imaginado. Nunca nadie dijo que los Tjares podían morir por un crahsti. Debía apresurarse, necesitaba revisar todos los libros de la historia de Ásico para comprobarlo, porque era demasiado bueno para ser verdad.

18 –Indra, Akram y Tjar Rizwan

*Dkol nur Shana
Adheej*

Indra estaba recostada en la hierba reseca del jardín. Parecía que la cabeza se le iba a reventar si se movía, y no quería abrir los ojos porque sentía la luz del sol como puñales.

Se escuchaban muchas cosas al mismo tiempo, y el sonido rebotaba de un lado al otro dentro de su cráneo. Gente arrastrando la basura desde el interior del palacio hacia algún lado, personas que saludaban a Rajesh o que cantaban con alegría las canciones que les pertenecían; el retumbar de los pasos del dragón en algún lugar entre los arbustos del jardín. Quería sentirse bien para ser útil y compartir la felicidad de los demás, pero no era posible.

El estómago no la trataba mejor. Sentía todo revuelto y le parecía que en cualquier momento iba a vomitar. Se preguntó si su cabeza estallaría en cuanto vomitara y por desgracia no pasó demasiado tiempo con la duda, porque algo caliente y viscoso subió por su garganta y salió expulsado con fuerza de su boca.

—¡Sangre! —exclamó Mhena. Indra no sabía que estaba cerca de ella—. Vomitaste sangre.

Indra miró y vio un mazacote oscuro a su lado; se dejó caer otra vez, sin fuerzas.

—Mi sangre es dorada, Mhena —murmuró.

—Entonces es algo más, ¿comiste o bebiste algo extraño?

—No que recuerde... —susurró. Si lo pensaba, desde la mañana anterior que no comía nada, pero no tenía ganas de pensar, mucho menos de hablar.

No supo qué hizo Mhena, porque perdió la consciencia o algo así. Despertó cuando la yaducare estaba intentando darle de beber alguna infusión de aroma picante y dulce a la vez. Indra no tenía fuerzas ni para negarse, y bebió todo. Tampoco sabía por qué quería negarse a beberlo, si ya había comprobado la efectividad de sus yuyos curativos.

Volvió a caer inconsciente y su mente navegó en el delirio. Se sumergió en una inmensidad de ideas inconexas y absurdas, como el parto de su bebé, algo que sabía de sobra que nunca sucedió, o la llegada de Rajesh a una ciudad limpia y ordenada, cuando su llegada se dio en medio de la basura y la decadencia.

Despertó en algún momento del atardecer, bañada de sudor frío. Se encontraba bien, como si nada hubiera ocurrido y Mhena estaba junto a ella.

—¿Rompehuesos?

—Se fue a Barzy con Akram. —Quiso incorporarse, pero sentía el cuerpo cansado y fue demasiado esfuerzo para ella, así que volvió a dejarse caer. Mhena la ayudó acomodando sus almohadas y recién en ese momento se dio cuenta de que la habían llevado a una habitación—. Tranquila, estarán bien. Se fueron porque la Tjarina estaba empezando a apestar ya...

—Esa hija de puta...

—Rompehuesos quería que lo acompañaras tú, pero como no despertabas, Akram se ofreció

a acompañarlo.

Le corrió un escalofrío por el cuerpo.

—¿Y si les sucede algo?

—¿Tú crees? Akram y Rompehuesos no son niños inocentes, Indra, sabes que pueden hacer más daño ellos dos solos que un ejército entero.

—Rompehuesos encontró a todos los dragones de las montañas muertos, y no sabemos quién fue ni qué ocurrió. Me da terror que se encuentre alguna vez con esa persona.

—Es una mierda, sí, pero en todo caso, Akram está con él.

—Lo mismo... Tengo miedo que algo les suceda.

—Te podría suceder a ti, también, si ibas con Rompehuesos. Al menos Akram tiene a sus espíritus.

—Cierto, pero no saber cómo se encuentran ni dónde, me pone los pelos de punta.

Mhena suspiró.

—Creo que me caías mejor cuando te drogabas... Al menos estabas más tranquila.

—Eso se puede arreglar. —Indra se sentó en la cama y notó que el cuerpo ya no le dolía—. Iré a mi antiguo refugio.

—No, por favor, era broma.

—¿Quieres acompañarme? Podemos drogarnos juntas —dijo, divertida, y Mhena frunció el ceño.

—No, además debo quedarme con Rajesh, por si algo sucede, y no creo que sea seguro que salgas ahora. Puede haber soldados de Doury Kasesh, sin mencionar que la ciudad es un caos. El rumor de que el príncipe de Adheej llegó ya corre por toda Dkol nur Shana, por supuesto, pero hay gente que no lo cree. No tenemos un ejército, los soldados de Hienza están todos muertos en las puertas de la ciudad, el cuerpo de la Tjarina estuvo expuesto hasta hace un par de horas a la vista de todos, pero tenemos que tener mucho cuidado. Todavía Rajesh no se presentó formalmente y todo aquí es un desastre.

—Comprendo... Me quedaré, entonces, pero me vas a acompañar a mi templo y nos vamos a pasar de polvo en cuanto podemos. —Mhena frunció el ceño, molesta, e Indra se largó a reír—. ¿Ya pusieron una puerta en la entrada del palacio?

—No aún. Qhar ordenó a sus espíritus que cuidaran puertas y ventanas, porque está anocheciendo y ya hemos comprobado que es durante la noche que la gente está más activa. No sabemos qué tan tranquilos estarán hoy.



Barzy
Hienza

Las cúpulas de los edificios más altos se encendieron como fogatas cuando los primeros rayos de sol asomaron desde el borde del mundo. Akram entrecerró los ojos ante el luminoso espectáculo.

—¿Estás seguro? —preguntó una vez más al dragón.

—Sí —respondió, una vez más.

Akram buscó un par de huesos en su bolsillo. La ciudad estaba solo a cuatro o cinco alateos.

Rompehuesos rugió y de los puestos de guardia de la muralla asomaron un par de rostros asustados y adormecidos. El dragón lanzó una bola de fuego que impactó en una de las casetas y

se derramó sobre los hombres. Los gritos no se hicieron esperar.

—¡Krasta!

Los espíritus se alejaron para acabar con las vidas de quienes corrían por las murallas, y sus negras y etéreas manos rompieron los cuellos de los soldados que vigilaban el perímetro de la ciudad. Luego, descendieron hacia el interior, buscando más uniformados para convertirlos en meros números que engrosarían la extensa lista de soldados que dieron la vida por su país. Sus nombres serían recordados por algún tiempo, por algunas personas, pero no por aquellos a quienes sirvieron y juraron defender. Eso, a los espíritus, no les importaba demasiado. Ellos también estuvieron llenos de vida y determinación alguna vez, pero se volvieron un número, un recuerdo en un puñado de personas, y luego la nada misma.

Rompehuesos rugió otra vez y se dirigió de inmediato hacia la parte central de la ciudad, donde se hallaba el palacio. Akram creyó que soltaría el cuerpo de la soberana desde las alturas, pero descendió en el jardín principal, por lo que hizo que sus espíritus regresaran. No sabía qué se podían encontrar allí.

—¡Yásid! —exclamó el dragón ni bien aterrizó, y se encargó de caminar por el lugar destrozando todo lo que estaba a su alcance.

Un montón de guardias salieron de las puertas principales escoltando a un muchacho flacucho y asustado, y los espíritus de Akram los despedazaron antes de que la formación se detuviera. El chico terminó cubierto de sangre de pies a cabezas.

—¿Dragoncito? —balbuceó.

—Rompehuesos, para ti —contestó, y arrojó el cuerpo de su madre a sus pies. Yásid apenas si la miró por un par de segundos—. Traicionó a Indra, a mí, y a la confianza que el príncipe Rajesh depositó en ella.

—Perdóname, no sabía que...

—¿Para esto querías que viniéramos? ¿Para que tu madre nos usara como moneda de cambio?

—No lo sabía.

—Nos preocupamos por ti, nos arriesgamos por ti, lloramos por ti, Burya y Shas murieron por ti.

—Perdóname, dragoncito. —Los ojos se le inundaron de lágrimas, que cayeron y marcaron un surco en su rostro ensangrentado. Rompehuesos rugió.

—Espero no tener que verte otra vez —dijo. Extendió las alas y Akram le pidió que se detuviera.

—La princesa Sitha falleció en la toma de Dkol nur Shana. —Los ojos de Yásid se abrieron al doble de su tamaño, y volvió a mirar el cuerpo de la Tjarina por un instante—. Se rehusó a obedecer las órdenes de tu madre y luchó a nuestro lado. Recibirá un entierro digno y los honores correspondientes.

Dio una palmada en su lomo y el dragón levantó vuelo.

—¿Por qué le dijiste que la enterraríamos? No quedó nada de ella.

—Ese chico no tiene la culpa, no tenía caso sumarle más dolor.

—Él sabía lo que su madre haría.

—Estaba sufriendo tanto como tú en este momento.

—¿Por qué crees que sufro?

—Porque estás enojado y quieres creer que es culpa de Yásid, cuando en realidad sabes que eso no es cierto.

Rompehuesos se tardó un rato en responder.

—Hienza nos traicionó. Es tan culpable como su madre.

—Está bien —dijo Akram, solo para no seguir con el tema. Sabía que el dragón no pensaba eso, pero no era el momento para contradecirlo. Tampoco quería enfrascarse en una discusión inútil. Solo quería regresar a Dkol nur Shana y saber si Indra ya había despertado.



Indvhe
Doury Kasesh

—¿Cómo que se van a quedar? —El Tjar Rizwan sintió una punzada en el pecho, justo donde se encontraba su corazón.

—Su Majestad, lo lamento, la señorita Vintha así lo quiso.

—Se suponía que debías cuidarla, Nirek, que la traerías de regreso a salvo.

—Su vida no corre peligro, su Majestad. Fue su decisión, no puedo darle órdenes, estoy para recibirlas de su parte.

—¡La regresarías, Nirek! —Estampó el puño en la mesa y el florero se tambaleó de lado a lado, hasta que cayó y se hizo añicos—. Debías traerla de regreso al palacio, no dejar que se encaprichara con ese principito, ¿cómo pudiste permitirlo? Te metías en su puta cama, ¿cómo dejaste que te cambiara por ese chico?

—Perdón, su Majestad.

—Dile a Vintha que quiero hablar con ella. Quiero que regrese de inmediato. Después podrá irse al mismísimo infierno si quiere, pero antes quiero hablar con ella.

—Como diga.

—Y recuérdame que te corte la maldita cabeza en cuanto pises Indvhe.

—Sí, su Majestad.

—¡Largo de aquí!

No sabía qué sentía en ese momento, pero nada de lo que se revolvía en su pecho eran cosas buenas. Ni bien el humo negro se desvaneció, el Tjar buscó su espada y salió de la habitación, necesitaba desquitar su dolor contra algo, o contra alguien, lo primero que se cruzara en su camino.

El filo cortó el músculo y se detuvo cuando llegó al hueso. De no haberse protegido, el golpe hubiera decapitado a la esclava, pero tan solo le hizo un profundo corte en el brazo. Su grito de terror alertó a todos, que salieron a los pasillos a ver qué estaba ocurriendo. Los incautos que no fueron lo suficientemente veloces para relacionar ese grito con la espada ensangrentada del Tjar, corrieron similar suerte que la primera víctima, pero a Rizwan no le bastaba con tres o cuatro personas. Necesitaba más.

Una mujer se arrodilló frente a él, creyendo que así evitaría ser herida, pero Rizwan le golpeó el cuerpo con la espada hasta que solo quedó de ella un montón de huesos descarnados, sangre y lamentos. No estaba muerta cuando el Tjar buscó a alguien más dónde desquitar su furia.

Los guardias lo seguían a pocos pasos, horrorizados al verse incapaces de detenerlo. ¿Quién se atrevería a desafiar a su Tjar? ¿Quién podía tener los huevos para detener la ira de la persona que era la reencarnación de los dioses en el mundo?

—¡Rizwan! ¿Qué demonios estás haciendo? —La Tjarina Thaba apareció frente a él. La

espada repiqueteó en el mármol del piso cuando el Tjar cayó de rodillas.

—Vintha no quiere regresar —murmuró con la voz entrecortada.

La Tjarina señaló el arma y uno de los soldados se apresuró a recogerla.

—Ayuden a los heridos —dijo y los soldados se alejaron. La Tjarina tomó a su esposo del brazo y lo ayudó a incorporarse—. Ven conmigo, dime qué ocurrió.

—Se quiere quedar en Hienza, con ese mequetrefe que fue a buscar —susurró, derrotado.

—Tal vez es por un tiempo, hasta que se le pase ese fugaz enamoramiento.

—¿Y si ya no quiere volver? No quiero que nadie más gobierne Doury Kasesh, Thaba. ¿Quién va a cuidar de ti y de Ryza cuando yo no esté aquí?

—Vintha va a regresar, ¿por qué dudas de ella?

—Tengo miedo de que la muerte me reclame antes que Ryza nos haya dejado, tengo tanto miedo.

—Eres un dios en cuerpo humano, Rizwan. Comportate como uno.

El Tjar bajó la vista, porque no quería que la Tjarina viera su debilidad, aunque no se daba cuenta de que todo su cuerpo lo demostraba a gritos.

—Debo hacerlo, sí —susurró. En ese momento, se sentía más humano que dios, más mortal que eterno.

19 – Ze Rawa y Akram

*Desierto de Dunayar
Cingze*

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó ni bien aterrizaron.

—Bastante, un mes, tal vez más —dijo mientras esperaba a que Ze Rawa se echara en la arena para que él pudiera bajar.

—Eso es mucho tiempo para mis nervios, deberíamos continuar.

—Tienes que ser paciente. Necesitas descansar.... Y yo también —dijo al tocar la arena.

—No estoy cansada, podría volar hasta el amanecer.

—Y me perderías en medio de la nada. —Galadh se llevó las manos a la cintura y se movió a un lado y al otro para que su espalda crujiera—. Mi cuerpo no es tan sano ni tan fuerte como el tuyo.

—Es cierto, perdóname.

—Según los planes —dijo y se apoyó en una de las patas traseras de Ze para estirar la columna hacia atrás—, mañana veremos el mar, y si la flota tuvo un buen viaje, también los encontraremos mañana.

Escuchó tres crujidos provenientes de la espalda del Tjar. Parecía a un estiramiento más de caer al suelo todo desarmado. Ze rio al imaginar a Galadh así, como un monigote de trapo de los que Jhara, uno de sus cuidadores, le daba a ella para jugar.

Galadh la miró, confundido.

—Voy a ver de nuevo a Jhara —se excusó para no decirle lo que estaba imaginando—. ¿Es grande el mar?

—Tanto como el desierto, pero azul. —Galadh se acercó para aflojar las hebillas de las alforjas que Ze Rawa llevaba sujetas a su lomo.

—Me gusta el desierto.

—El mar también te gustará.

—¿A ti te gusta?

—Es muy pacífico contemplarlo, oírlo... —Cuando las alforjas cayeron, la dragona sacudió sus escamas.

—¿Por qué no vives cerca del mar? —La dragona se echó en la arena, se tendió de espaldas y luego comenzó a revolcarse para rascarse el lomo.

—Porque el castillo está donde está.

—Eres el Tjar, deberías poder cambiar tu castillo de lugar.

—No puedo cambiarlo, es un buen lugar, cerca de todas las aldeas. Si nos fuéramos al mar, las aldeas quedarían lejos y no puedo llevarme a la gente de las aldeas, porque moriríamos todos de hambre. Apenas hay tierras fértiles cerca de la costa y mi pueblo es de agricultores, no de pescadores. Les llevaría un tiempo adaptarse a ese cambio y... Sería un engorro, bonita, no sé por qué te estoy respondiendo.

Ze Rawa, que se había alejado para sacudirse toda la arena que se le había metido entre las

escamas, rio con un montón de chispas doradas.

—Los cambios no son tan malos, ¿no? A mí me sacaron de mi cueva y me llevaron contigo. No fue tan malo.

—Tu hermano no opinaría lo mismo, Ze.

—¿Y por qué aceptaste cuidarme?

—Porque no podía solo devolvarte. Las madres desconocen a las crías que son alejadas de ellas, porque les cambia el olor. Las asesinan. Si te devolvía, te asesinaría, y a mí también.

Ze Rawa gruñó, disconforme. No creía que una madre pudiera olvidarse tan fácil de sus hijos, menos todavía a unos que fueron apartados del nido a la fuerza.

—¿Y si yo regresara a buscarla ahora? Trataría de asesinarme, ¿verdad?

—Probablemente. Más si tiene crías o huevos, porque tú podrías significar una amenaza para ellos.

—Tal vez no si le explico que soy su hija, la que se robaron.

—No sé si los dragones salvajes hablan como nosotros... Tú no lo recuerdas, ¿verdad?

—Recuerdo que no entendía lo que la mujer decía, pero no si antes hablábamos como tú y yo lo hacemos.

—Entonces probablemente no comprendería y acabaría queriendo matarte. Tal vez es mejor que no regresaras a buscarla.

—Algún día voy a hacerlo. No sé cuántos años viven los dragones, pero quizás más que los humanos. Si no muero de tristeza cuando tú te mueras, voy a ir a buscarla.

—¿Estás queriendo verme muerto? —preguntó divertido.

—¡No! Pero ustedes los humanos son muy frágiles, se mueren muy fácil. ¿Cuántos cuidadores se murieron hasta que aprendí que era más fuerte que ellos? Y ni siquiera tenía el tamaño que tengo ahora.

—Lo que sucede es que eres muy fuerte.

—Y ustedes muy frágiles.

—Sí, tienes razón...

—De todas formas, van a tener que matarme para llegar a ti, ningún otro Tjar va a matarte.

—La dragona esperó hasta que Galadh acomodó correctamente las leñas y, cuando él se apartó, dejó que saliera de su hocico una muy pequeña llamarada para que se encendieran.

—¡Eres magnífica!

Ze dejó escapar unas cuantas chispas de satisfacción.

—Iré a cazar.

Le gustaba volar en los momentos en que el día comenzaba y cuando estaba a punto de morir, ya que los colores del cielo y de la arena eran preciosos. También disfrutaba presenciar el instante exacto en que una estrella nacía. Eso era magia pura. Además allí, en el desierto, había visto por primera vez a las estrellas viajeras, esas que dejan su lugar en el cielo para visitar las tierras con las que se cruzan, y pintan un trazo de luz en su camino. Eran tan preciosas como escasas y siempre se sorprendía de ver alguna de ellas.

Se dio cuenta de que las cosas que más le gustaban del desierto, eran efímeras aunque, tal vez, eso era lo que las hacía maravillosas.

Ze Rawa encontró el rastro de una manada de ciervos y este la guió hasta un rebaño inmenso. Ganó altura en cuanto los vio, y buscó la dirección del viento para volar en contra y no alertar a los animales. No le gustaba asustarlos, porque tener miedo era una de las cosas más horribles que le podía suceder a un ser vivo.

Después de haber elegido a un ciervo que estaba apartado de la manada, descendió sin hacer

ningún sonido y se lanzó directo hacia él. Le rompió el cuello de un manotazo y lo tomó entre las garras para llevárselo. Miró al resto de la manada y apenas si se inquietaron, pero ninguno de ellos llegó a levantarse, siquiera.

Era una dragona muy ágil y habilidosa, Galadh lo decía siempre.

Regresó con el humano llevando la presa entre sus garras y él sonrió, festejó y la felicitó por su éxito. Lo dejó sacar alguna parte y luego se echó a comer. Los ciervos del desierto eran deliciosos, mucho mejor que cualquier animal que hubiera comido en su cueva del palacio de Bahud.

Tal vez extrañaba un poco su cueva, pero el desierto era magnífico, y además iba a conocer, mejor dicho, iba a volver a ver a su hermano. Su padre era todo naranja, en distintas tonalidades, y los cuernos y las púas eran negros. Se imaginaba así a su hermano, aunque con el color naranja siendo reemplazado por el rojo. Quizás Rompehuesos la acompañaba a buscar su cueva de nacimiento si los humanos les permitían hacerlo. Sí, eso estaría muy bien, ir a ver a sus padres y, con suerte, conocer a sus hermanos. Ni siquiera recordaba cuántos eran. A menudo se preguntaba cómo los recibirían, si los recordaban, si los habían buscado... O tal vez Galadh sí tenía razón y ninguno de ellos los recordaba ya.

«Supongo que lo sabré cuando volvamos a verlos».



Rompehuesos aterrizó en el patio del palacio cuando el cielo ya estaba completamente poblado de pequeños destellos blancos y, para su alivio, Indra salió corriendo desde el interior para recibirlos.

Akram sonrió al ver su silueta recortarse en las luces que proyectaban las antorchas. No le importaba que la magnífica prolijidad de antaño hubiera sido destruida, que hubieran quitado todos los arbustos, que los canteros no fueran más que tierra arada, ni que los muebles ya no estuvieran allí o que ya no hubiera flores. Para él, Indra era la flor más hermosa de todos los jardines que Ásico tuvo alguna vez.

—¿Cómo se encuentran? —Indra se abrazó a la pata de Rompehuesos—. ¿Están sanos? ¿Comieron?

Rompehuesos soltó un montón de chispas.

—Estamos bien, ¿y tú? —preguntó Akram.

—También. Desperté hace un rato... No sé qué sucedió, pero ya se pasó.

—Vimos al traidor de Yásid —gruñó Rompehuesos.

—Los dejaré para que hablen —dijo Akram por su parte—, iré a ver al príncipe.

—Gracias —dijo Indra.

Akram caminó hacia la puerta y un muro de sombras apareció ni bien él puso un pie en la entrada.

—¿Quién eres? —preguntó una voz ronca y profunda.

—El de la sangre oscura —respondió y la sombra revoloteó a su alrededor, se metió debajo de su camisa y le causó un escalofrío cuando ese trozo del reino de los muertos tocó su pecho.

—Puedes pasar —dijo al finalizar su inspección.

«Espero que pongan puertas pronto, maldición» pensó ni bien se alejó un par de pasos. No dudaba de la efectividad de los espíritus, por supuesto, pero era absolutamente desagradable sentirlos en la piel.

Akram se dirigió a la que en un inicio fue la sala del trono, pero que luego se convirtió en el salón de fiestas de los Gobernantes de Dkol nur Shana. En esos momentos no era más que una habitación grande y sucia, con muebles destruidos amontonados en los rincones, con cortinas chamuscadas o rasgadas, pero confiaba en que pronto recuperaría su esplendor.

Rajesh estaba allí, solo, sentado en la escalinata que antes llevaba al trono. Lucía agotado.

—Akram, ¿todo está bien? —preguntó ni bien escuchó sus pasos.

—Sí, su Majestad.

—Llámame Rajesh, no me acostumbro a las formalidades.

—Es nuestro Tjar —dijo Akram, pero él negó con la cabeza.

—No tengo corona y hay tantas cosas por arreglar aquí, que dudo que el oro que encontraste alcance para mucho. No puedo pensar en hacerme una corona cuando hay gente muriendo de hambre en las calles.

—Deberíamos ir a Manai. Allí había muchos comerciantes adinerados y ninguno de ellos vive ya.

—Es cierto...

—Yo iré con usted, si así lo desea. No sabemos qué tan amistosa será la señora Bherna.

—Llevaré a Mhena.

—Si me permite el consejo, no creo que sea lo apropiado. Ni bien vea que Mhena es una yaducare, la señora Bherna puede volverse... peligrosa, tanto para usted como para Mhena. —El príncipe lo miró sin comprender—. Creo que sabe que las yaducare son quienes liberan a los espíritus cautivos, su Majestad —dijo y Rajesh asintió—. Para nosotros, quienes esclavizamos espíritus, los yaducare son nuestros peores enemigos. Nos cuesta creer en alguien que tiene el poder de dejarnos completamente indefensos con solo un par de palabras y eso puede jugarle en contra a usted, principalmente.

—Comprendo. ¿Rompehuesos querrá acompañarnos?

—Supongo que no pondrá objeciones, le preguntaré, si quiere.

—No te molestes, hablaré con él.

—Tendrá que dejarlo descansar un día al menos... Tuve que rogarle que se detuviera un par de veces en el desierto, aunque de haber sido por él, no lo hubiera hecho.

—¿Por Indra? —preguntó Rajesh y Akram asintió—. Comprendo, sí. ¿Cuánto crees que tardaremos para ir a Manai?

—Si salimos al amanecer, quizás a media mañana estaremos allí.

—Eso es muy rápido...

—Rompehuesos es un animal grande y fuerte, tardamos apenas un día en ir a Barzy y regresar.

—Es cierto. Hoy trabajamos tanto, que pareciera que se fueron hace una semana. Hablaré con Mhena, con Qhar y Rompehuesos para que podamos partir en dos días, si no hay inconvenientes. ¿Cómo estuvo la llegada a Barzy?

Akram se rascó la barbilla, algo incómodo.

—Matamos a todos los guardias de la ciudad, Rompehuesos dejó el cuerpo de la Tjarina en el jardín e insultó al príncipe Yásid.

—Ese nos traerá problemas...

—Usted no está solo, su Majestad, recuérdelo. No pueden poner su vida en riesgo y luego pretender que nada sucede o que no habrá consecuencias. La Tjarina lo usó y lo engañó de la forma más cruel. Jugó no solo con su esperanza, sino también con la de miles de personas que creímos que Hienza estaba aquí para ayudarnos y apoyarnos.

—Es cierto. Gracias a las gemelas las cosas no salieron peor.

—Fue una buena oportunidad para devolverle su trono y eso es todo lo que queremos, su Majestad. Que Adheej recupere su tierra y su poder.

—Y matar a Rizwan.

—Así es... A menos que usted quiera hacerlo, por supuesto —dijo Akram. Tal vez con eso solucionaría el asunto de la resurrección del dios muerto.

—No tengo ningún interés en tomar venganza, Akram. Regresé al hogar donde nací y mi pueblo sabe que no soy un rumor. Tengo que poner mis energías en ellos, en recuperar el río, en darles un techo y poner comida sobre la mesa de cada uno de los ciudadanos de Adheej. No tengo tiempo para perder en un sujeto que nunca vi en mi vida.

—No hace falta conocer a alguien para arruinar su vida, su Majestad.

—Ya lo sé... Ve a descansar, lo necesitas.

Akram comprendió que no podría hacerlo cambiar de idea en ese momento y, otra vez, caía sobre su espalda el peso del ritual que Azhar mencionó.

—¿Y usted cuándo lo hará?

—Un Tjar nunca descansa, Akram.

20 – Azhar, Yásid, Baddi y Rajesh

*Desierto de Larha
Adheej*

Llevaba tres días caminando. Si no encontraba agua antes del mediodía, moriría y no sabía si el siguiente pozo estaba en condiciones. Sentía la boca reseca y las piernas le temblaban un poco.

Hacía meses que no llovía por allí y los soldados que fueron de Indvhe hacia a Dkol nur Shana hicieron un desastre en los dos pozos que cruzó en días anteriores. Del primero solo logró extraer un poco de agua turbia, espesa y caliente; tuvo que filtrarla varias veces para poder beber, pero apenas pudo cargar a medias su bolsa de agua.

El segundo estaba derrumbado, por lo que perdió bastante tiempo y energías acomodándolo. Tenía a sus espíritus, por supuesto, y usarlos por largos períodos la dejaba sin fuerzas, pero tenía que acomodar el pozo si quería continuar viviendo un par de días más.

La ausencia de su hermana se notaba en cada aspecto de su vida. No tenía con quién conversar, quién la cuidara cuando usaba sus espíritus, quién la mantuviera mínimamente enfocada en su tarea. Debía regresar a Indvhe, pero el cuerpo le pesaba y sus deseos de regresar a Dkol nur Shana se hacían más intensos a cada paso que daba.

No estaría violando su juramento si regresaba, porque, en cierta forma, el príncipe Rajesh ya había regresado y que Adheej volviera a recuperar su esplendor era solo cuestión de tiempo. Tal vez, hasta sería más útil si se quedaba en Dkol nur Shana.

«No te confundas, Azhar» se dijo a sí misma. Necesitaba continuar porque de otra forma no podría sabotear los planes del Tjar Rizwan.

—Debo hablar con el Tjar... —murmuró en cuanto se dio cuenta de que no había dado señales de vida desde que el príncipe Rajesh llegó a la ciudad.

Sentía que el sol le estaba calcinando los sesos, por lo que armó el toldo y se acucilló a la sombra. Sacó uno de sus huesos y lo envió a buscar al Tjar. Lo encontró en la sala del trono, solo y con apariencia de estar aturdido. Ni siquiera se percató de que su espíritu estaba frente a él, sino hasta que Azhar habló.

—Mi señor, soy Azhar.

Los ojos del Tjar se movieron apenas.

—¿Qué sucedió? —Su voz sonaba extraña, apagada.

—Perdí, su Majestad.

—Oh —dijo sin ninguna emoción.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Azhar, contrariada. Esperaba algo más que un «Oh». Esperaba insultos, maldiciones, algo de furia, pero no hubo nada de eso.

—Vinha no regresará...

Azhar sonrió y sintió que el cuerpo se le llenaba de energías.

—No comprendo.

—Se encaprichó con el príncipe de Hienza, ¿puedes creerlo? Regresen pronto, por favor, las necesito aquí.

—Ysha fue asesinada en Dkol nur Shana, su Majestad.

Esta vez el Tjar sí reaccionó. Antes parecía que el cuerpo entero le dolía, porque estaba sentado de forma extraña en el trono, pero al oírla, se incorporó de inmediato.

—¿Cómo que mataron a tu hermana? ¿Quién se atrevió a matar a mi paraki?

—En la batalla, no lo sé —dijo. No quería mencionar a la princesa de Hienza, no sabía qué tan bueno sería crear un conflicto entre Hienza y Doury Kasesh en esos momentos. Tendría que consultarlo con Qhar, y que él lo hablara con los demás.

—Es una broma...

—No, su Majestad, no podría bromear con eso.

—Lo sé, perdóname.

—Usted no tiene que pedirme disculpas, mi señor —dijo con toda la alarma posible. Si hubiera sido por ella, lo hubiera insultado de pies a cabeza.

—Siento mucho tu pérdida. ¿Qué más sucedió? Me dirás cuando regreses, perdón, debes estar agotada. Enviaré gente a buscarte de inmediato.

—Gracias, su Majestad, muchas gracias —dijo, emocionada.

—Vete, conserva tus fuerzas para el viaje.

Volvió a agradecerle con la misma sinceridad, porque eso sí que era un alivio. El desierto, de noche, era aterrador para ella. La acompañaban demasiados muertos como para poder estar tranquila.



*Barzy
Hienza*

El cuerpo de su madre estaba recostado en la cama. Su primer esposo, el Tjar Medejh, estaba sentado junto a la cama, sin quitar los ojos de ella. Assim estaba junto a él y, en un rincón, Yásid sostenía la mano de Vintha.

—No lo lograré —murmuró el Tjar y Assim no se inmutó. El hombre tenía los ojos enrojecidos por todo lo que había llorado, y tanto contradecirlo como darle la razón provocarían aún más tristeza en el Tjar.

—Él tiene razón —susurró Yásid y Vintha le sujetó la mano con más fuerza.

—Ya verás que está equivocado —respondió.

Las mismas tres frases se habían repetido tantas veces en esos días, que ya no tenían nada de sentido.

Los ojos de Yásid se pasearon por la habitación en penumbras. Las velas aromáticas y los cuencos donde quemaban hierbas para disimular el mal olor que desprendía el cuerpo de la soberana, llenaban todo de un humo espeso y, por momentos, asfixiante. Sin embargo, el olor a muerte era imposible de ignorar.

No quería ya ver la cama, porque le dolía demasiado ver el rostro macilento de su madre.

Si él hubiera sido más prudente, si hubiera escuchado a Burya, nada de eso estaría sucediendo y los cuatro estarían vivos. Cuatro muertos en su consciencia: Burya, Shas, su madre y su hermana. Cuatro muertos que recordaba, porque de haber pensado en los soldados de Hienza que el kanafi de Adheej había matado, se hubiera vuelto loco.

La culpa que sentía no lo dejaba en paz y solo podía soportarlo gracias al apoyo de Vintha. De no haber sido por ella, ya se hubiera enterrado la espada en las entrañas.

El Tjar Medejh se puso de pie, arrojando la silla al suelo, y Yásid volvió a mirar a su madre. Los ojos de la Tjarina miraban al techo y abrió la boca para tragar una inmensa cantidad de aire que le devolvió el color y la vida.

—Sí lo logró —dijo Vintha, incrédula. Estaba tan sorprendida como Yásid.

La mujer se sentó y sus ojos se movieron de rostro en rostro.

—¿Dónde está Sitha? —preguntó con voz ronca.



*Manai
Adheej*

No sabía siquiera de la existencia de ese lugar. Se enteró cuando la señora Bherna la llevó hasta la cocina. Baddi creyó que la haría limpiar, pero en lugar de eso, abrió la puerta de la despensa. «No sé cocinar» pensó en cuanto la señora Bherna entró al pequeño cuarto. Sin embargo, la mujer empujó con fuerza una de las paredes, llena de estantes del suelo al techo, y esta cedió, para su sorpresa. Una bocanada de aire frío y con olor a muerto le envolvió el cuerpo. Baddi tuvo que contener las náuseas.

—¿Qué es esto?

—Yo qué sé. Tu esposo tenía costumbres extrañas, al parecer.

—Mi esposo...

—¿Tu esposo qué? —La señora Bherna rio, y la luz que salía de la antorcha se agitó con sus movimientos—. Te abandonó, te dejó sola y tan miserable, que creíste que la mejor de tus opciones era regresar a buscarme.

—No es así, no es por él que estoy aquí.

—Lo conoces tanto como yo a la bondad. ¿Sabes cuántos esqueletos sacamos de aquí abajo? Doce, aunque algunos llevaban menos tiempo muertos y todavía tenían algo de carne pegada a sus huesos. Y el olor... El olor todavía no se va.

La respiración de Baddi se agitó y sintió que su rostro enrojecía y que se le agolpaba toda la sangre en la cabeza. Le parecía que algo inmenso latía con un sonido atronador.

La señora Bherna rio y, cuando Baddi la miró, se dio cuenta de que la mujer se había dado la vuelta y tenía los ojos en ella. Baddi apretó los puños y bajó la vista, porque ya no quería ver su rostro despectivo, ni ese gesto de superioridad con que la miraba desde que Baddi decidió regresar a su hogar. Se arrepintió de haberla buscado desde el primer instante, no solo por el maltrato físico, sino porque se burlaba de ella constantemente, de cada uno de sus problemas, de cada queja, de cada náusea, de cada incomodidad.

La señora Bherna volvió a andar y ella la siguió, a pesar de todo. Tras unos pocos pasos, una escalera descendió hacia un largo pasillo. Baddi comprobó que lo que dijo la mujer era cierto. El olor seguía siendo terrible, y cada vez se volvía peor, más húmedo y más denso. Había numerosas puertas a los lados. La mayoría de ellas estaba cerrada, pero la yadugari se detuvo frente a una que estaba abierta, tomó a Baddi del brazo, la empujó hacia el interior y cerró la puerta sin más explicaciones.

No entraba ni un miserable rayo de luz y no importó cuánto golpeó y gritó para que abriera, la señora Bherna no lo hizo. Tal vez se había marchado, o quizás estaba del otro lado, oyéndola y riéndose de ella. Cuando Baddi se resignó y dejó de llamarla, se sentó en el frío suelo, contra la

puerta.

—Tal vez se nos olvidó sacar a algunos muertos —dijo la voz de la señora Bherna y Baddi se puso de pie de inmediato. Volvió a golpear la puerta y la mujer rio, mientras se alejaba.

—Maldita sea, maldita bruja hija de puta.

Movió uno de sus pies despacio. Lo arrastró por el suelo empedrado para comprobar que no hubiera nada más allí dentro. No le importaba dormir en el piso una semana entera; lo que no quería era encontrar un cadáver a medio descomponer en la misma habitación.

Cuando su pierna ya no pudo extenderse más, movió el otro pie hacia la izquierda, para tratar de encontrar algo. Una rata chilló en algún lugar y Baddi retrocedió hasta dar contra la puerta, otra vez.

—Bicho hijo de puta —dijo cuando su corazón volvió a la normalidad, cuando la parte baja de la espalda dejó de dolerle, cuando su respiración se calmó.

Volvió a estirar una de sus piernas y nunca una habitación le había parecido tan inmensa. Su aterrada mente no podía entender cómo las distancias allí eran tan extensas. Las paredes quedaban lejos y no sabía cuántos pasos había hecho, ni cuántos faltaban, ni dónde estaba. Movía los brazos delante de ella, y a los lados, para poder asirse de algo, o llegar a alguno de los muros, pero daba la impresión de que estos nunca quedaban a su alcance.

Parecía que hacía horas que estaba moviéndose en la más absoluta de las infinidades, cuando su pie derecho dio contra algo. Algo mullido que se quejó y gimió.

Baddi gritó y corrió hacia la nada, ciega por la falta de luz y por el terror, hasta que chocó contra un muro. Se arrepintió de no haber llevado los brazos hacia adelante cuando su frente chocó contra una de las angulosas piedras. Cayó sentada y aturdida. Su mano se llenó de sangre cuando tocó la herida, pero ese no era el problema. Lo más preocupante era que había alguien medio muerto en su misma celda.

—¿Ya te presentaste? —susurró la voz ronca de la señora Bherna desde el otro lado, y Baddi se arrastró hasta llegar a la puerta y comenzó a golpearla con los puños—. Tanta educación con grandes maestros y ni siquiera saludas, ordinaria.

—Se lo ruego, déjeme salir.

—No —dijo, cortante, sin levantar la voz—. Tienes que aprender a convivir con la muerte. Te quedarás con ese pobre infeliz hasta que se muera... O puedes enviarlo al otro reino tú misma, si quieres. Luego tienes que sacarle un hueso. Ese será tu primer espíritu, así que piensa bien qué y cómo lo vas a hacer.

—No entiendo nada, déjeme salir.

—¡Deja de llorar! —masculló—. Los espíritus son peores que los humanos. Más resentidos, más vengativos, menos tolerantes y mucho más violentos. Piensa. Si quieres dejarlo sufrir hasta el último momento, el espíritu lo recordará cuando haya cruzado la puerta de los reinos, y también recordará si te apiadaste de él dándole una muerte rápida.

—No sé matar a la gente, señora Bherna, por favor.

—¿No sabes? —La mujer rio—. Pues aprende. ¿Cómo quieres ser una yadugari si no matas gente? ¿Qué clase de sacrificios ofrecerás? ¿Qué clase de rituales vas a hacer sin muertes? Eres estúpida y ridícula.

—Se lo suplico —sollozó.

—La única forma en la que vas a salir de aquí, es cuando ese desgraciado esté muerto y tú tengas uno de sus huesos en tu poder.

Baddi volvió a pedirle que abriera la puerta, pero la señora Bherna permaneció en silencio. Baddi lloró y golpeó, y se golpeó, y se tiró del cabello, presa de un ataque de nervios. Maldijo a

todos, a Akram, a la yadugari, al Tjar, a Renjy, a su padre, a las gemelas paraki, a la drogadicta y al dragón, también, por si acaso. Se sentía tan sucia y miserable como cuando la mujer la obligó a matar al niño.

«¿Qué estoy haciendo?» se preguntó varias veces, pero no pudo responderse. Estaba aterrada, nerviosa y lo único que podía hacer era seguir llorando y golpeándose y preguntándose lo mismo.

El llanto dejó de tener sentido en algún momento incierto. Ni siquiera sabía qué tan lento o rápido pasaba el tiempo allí, porque no había nada que le diera una referencia. Estaba a oscuras por completo.

«Tengo que matarlo» pensó cuando volvió a recobrar algo el control. Se incorporó y buscó en sus bolsillos por si tenía algo para ayudarse, pero no encontró nada. Ni una sogá, ni una daga, ni una puta piedra siquiera.

Volvió a arrastrarse por el suelo, esta vez de rodillas y ayudándose con las manos, y la habitación ya no pareció tan grande. Encontró pronto uno de los pies de ese pobre hombre. Gracias a sus manos descubrió que estaba mutilado, puesto que encontró unas heridas frías y húmedas en lugar de dedos. El hombre se quejó y Baddi sintió un escalofrío y náuseas.

—Agua —murmuró.

—No tengo —susurró Baddi. Su aliento olía a muerto.

Se acercó lo más que pudo y tanteó su cuerpo, para ver si encontraba algo con qué matarlo. Vestía una túnica, fría y húmeda también. No sabía si era por el sudor o por alguna herida sangrante.

«Tengo que matarlo».

Las manos de Baddi llegaron al cuello del hombre y sus dedos se cerraron en torno a él. Pensó que el hombre no se resistiría demasiado, pero se sorprendió cuando empezó a golpearla y a contornearse en el suelo para intentar alejarla.

Baddi lloraba.

—No puedo curarte —murmuró—. Esta es la mejor forma.

Uno de los puños del hombre le dio en la boca y sintió cuando la sangre se escurría por su barbilla. Casi lo suelta, pero no lo hizo.

—Cuanto menos te resistas, más rápido hallarás la paz —dijo con la voz vacilante por el asco, la tristeza, el dolor y la culpa.

Las uñas del hombre se le clavaron en los brazos y las sentía entrar en su carne cada vez más, hasta que las fuerzas le comenzaron a menguar y la presión a disminuir. Las extremidades del hombre cayeron con el sonido que hace el peso muerto al chocar con el piso, y Baddi se apartó para vomitar.

«Lo maté» dijo y los nervios se apoderaron de ella. Lloró, en una irracional histeria, y se arrancó unos cuantos mechones de cabello más. No podía controlarse de ninguna forma en esos momentos, y lo único que podía hacer era gritar y llorar.

El hombre gimió y Baddi, en lugar de asustarse, se arrastró hacia él, buscó su cabeza y comenzó a golpearla contra el mismo suelo donde yacía.

Un golpe.

Dos.

Tres.

No supo cuántos fueron, pero se dio cuenta de lo que estaba haciendo cuando escuchó que algo se rompía en un crujido. Sin embargo, eso no la detuvo, y continuó hasta que la mitad de los huesos de la cabeza estuvieron triturados.

—¿Quiere un hueso? —murmuró, furiosa—. Tendrá su puto hueso.

Sus dedos recorrieron esa masa informe de carne, sangre y huesos astillados, y comenzó a sacar fragmentos del cráneo y a arrojarlos contra la puerta.

—¿Quieres huesos, maldita seas? —exclamó—. ¡Aquí tienes tus condenados huesos!

La puerta se abrió y la oscilante llama de la antorcha iluminó la habitación. Baddi estaba tratando de sacar un trozo grande de uno de los lados, que se resistía a dejar su sitio.

—¿Qué mierda estás tratando de hacer?

—¿Querías un puto hueso? —dijo apretando los dientes. El trozo que tenía entre sus dedos cedió un poco y Baddi tiró con todas las fuerzas que tenía, hasta que al final lo consiguió. Había tanto silencio, que se oyó cómo la piel de la cabeza se despegaba con un sonido viscoso y como de succión. En otros momentos, hubiera tenido deseos de vomitar de nuevo, pero ya ni asco sentía—. ¡Aquí tienes tu puto hueso!

Lo arrojó hacia la yadugari y esta se apartó para que no la golpeará.

—¡Estás mal de la cabeza, mujer! ¿Qué demonios te sucede?

—¿No es esto lo que ustedes hacen? ¿Profanar los cuerpos? ¿Atormentar su descanso? Ahí tienes, juega con tus huesos, yo ya tuve suficiente de esto.

La señora Bherna se largó a reír. Odiaba su risa áspera.

—¿Suficiente? Esto recién empieza, mi querida señora, y una vez que empiezas, ya no puedes marcharte.

—Me importa un carajo. —Baddi comenzó a caminar hacia la salida, pero la mujer no se movió de la entrada.

—No te dejaré ir.

—¿Quién eres tú para impedírmelo?

—¿Quién eres tú para renunciar?

Baddi quiso golpearla, pero la mujer se movió y le dio con la antorcha en el cuello. Baddi cayó de rodillas, mareada.

—Sardhari —la oyó decir y sintió cuando un montón de manos frías y pequeñas la sujetaban y la arrastraban por el pasillo. A pesar del aturdimiento, quiso resistirse, evitar que se la llevaran, pero los espíritus tiraron de sus brazos hasta que llegaron a las escaleras. Allí, la hicieron poner de pie.

—Sube —dijeron un montón de voces pequeñas, como de niños, y Baddi quiso llorar otra vez. A pesar de eso, se tragó las lágrimas y obedeció. Tal vez, entre esas voces, estaba la que ella había silenciado.

No supo cómo sucedieron las cosas después de eso, porque Baddi dejó de pensar. Se despertó, al día siguiente, al amanecer, con un impresionante dolor en el cuerpo y un par de vendas en los brazos. Baddi se quitó una y vio varias marcas de bordes rojizos e inflamados. Las heridas lucían espantosas, sin duda se infectarían.

«Maldición».

Las vendas eran lo único que tenía limpio, sin embargo, puesto que toda ella estaba cubierta de sangre seca. La tela de la túnica estaba rígida en algunas partes y apestaba.

Pensó con tristeza que hacía solo un par de meses atrás, hubiera bastado con ordenar a sus esclavos que le prepararan un baño, que la vistieran, que peinaran su cabello, que aceitaran su piel... Pero todo eso se había marchado ya y nunca regresaría. Ni su posición, ni sus niñas, ni Renjy. Solo le quedaba dentro un montón de resentimiento, tristeza y soledad.

Dejó la esterilla donde dormía y se quejó mientras se incorporaba. Salió al patio, al que una vez fue un hermoso patio verde, lleno de flores y arbustos, y se dirigió al pozo de agua que había

en el fondo. Arrojó el balde y escuchó el chapoteo lejano cuando este dio con la superficie. Movi6 la sog6 para que el balde se llenara de agua, y luego tir6 de ella para elevarlo. Regres6 a la casa caminando con cuidado, puesto que sus pies no se acostumbraban a6n a caminar sin sandalias y todo estaba regado de astillas, desniveles, espinas y pastos secos.

En otro momento, hubiera llorado de angustia y frustraci6n, pero ya ni l6grimas le quedaban. Estaba aturdida. Entr6 y se dirigi6 al cuartucho que la se6ora Bherna le hab6a asignado, una habitaci6n en la que antes dorm6a una de las ni6eras. Antes... Cuando era una mujer poderosa, rica, segura de s6 misma; cuando era madre, hija, esposa.

Tom6 un trozo de tela de una de las t6nicas viejas que la se6ora hab6a arrojado en un rinc6n para que ella se vistiera, y la us6 para lavar la sangre de su cuerpo. Cuando termin6 de hacerlo, volvi6 al exterior, arroj6 el agua en cualquier sitio y camin6 hacia el pozo otra vez. Sac6 agua y, en lugar de regresar, se escondi6 tras las ruinas de la casa de los esclavos, se quit6 la t6nica y se enjuag6 el cabello y el cuerpo. Se visti6, se envolvi6 el cabello con un pa6uelo y regres6 a la casa.

Lo primero que hac6a cada d6a desde que estaba all6, era recoger la inmensa cantidad de excrementos de perro que hab6a por todos lados. Baddi no pod6a creer que esos inmundos animales no tuvieran la decencia de pedir para ir afuera, siquiera. No solo sus excrementos apestaban, ellos mismos tambi6n lo hac6an y, por ende, toda la casa. Todo era suciedad y olores extra6os y Baddi estaba harta.

—Ve a cambiarte con tus vestidos caros —dijo la se6ora Bherna y Baddi la mir6 desde el suelo, confundida—. Tienes que ir a trabajar para poder traer dinero a la casa, as6 que me tom6 la libertad de buscarte alg6n puesto.

—¿D6nde?

—¡Ve a vestirme! —dijo, sonriendo.

Baddi obedeci6 y, de cierta forma, se contagi6 de su entusiasmo. Estar6a bien hacer algo 6til y, mejor todav6a, algo fuera de la casa, porque estar all6 se le hac6a insoportable.

Encontr6 sus vestidos, pero todos estaban en un estado calamitoso. Apestaban, por supuesto, y a ninguno le cab6a ni una mancha m6s. Tom6 uno de ellos y corri6 hacia el pozo, sac6 agua y sumergi6 la t6nica en el balde. Con el calor del sol, la tela se secar6a enseguida.

Se visti6 y regres6 sobre sus pasos, dejando una estela de agua que era absorbida enseguida por la tierra cuarteada y reseca.

—Creo que hay unas sandalias —dijo la se6ora Bherna y Baddi las busc6.

Extra6aba tanto la suavidad del cuero en sus pies...

—Ya estoy lista.

—Necesitas un pa6uelo acorde. —La se6ora Bherna le ayud6 a quitarse el que llevaba y busc6 uno a tono con su vestido. Ol6a a humo, a ajo y a sudor, como la maldita se6ora Bherna.

La mujer sonri6, conforme, y le indic6 la salida. Caminaron por un par de calles y Baddi pudo ver que la ciudad empezaba a volver a la normalidad, aunque no hab6a nada de normal en que los douryenses fueran, esta vez, los esclavos. Reconoci6 a unos cuantos de sus vecinos, aunque se ve6an tan miserables como si hubieran pertenecido al naasdi m6s bajo toda su vida. Evitaban mirarse a los ojos, por supuesto. Tal vez para no acrecentar su humillaci6n, tal vez para no ver la desgracia reflejada en otros rostros.

Se detuvieron al llegar al edificio donde antes funcionaba el Consejo, pero que se hab6a vuelto una especie de refugio para gente que no ten6a donde vivir.

Huerta querido gritar, golpear a esa puta yadugari y largarse de all6, pero no pod6a hacerlo. Los perros la rodeaban; esos malditos animales estaban en todos lados, donde fuera que pusiera

los ojos.

—Vamos.

Baddi asintió y caminó con ella, porque no tenía más opción que obedecer. Se lamentaba a cada instante de haber regresado y de haber creído que la única salida que tenía era ser una cinti.

«Si tan solo hubiera hablado con Renjy antes...»

Entraron a las escalinatas del mustio edificio y la yadugari señaló el balde y el cepillo que se encontraban junto a la enorme puerta de entrada.

—Tienes que limpiar las paredes primero, y luego el piso.

—¿Por fuera o por dentro?

—Hoy, por fuera.

Baddi miró las paredes. Había salpicaduras de diferentes sustancias por todos lados, que bien podían ser sangre, excrementos, orina o vaya uno a saber qué.

Respiró profundo, tomó el cepillo y comenzó la tarea. Era mejor eso que estar encerrada en un cuarto con un moribundo al que debía ultimar, después de todo.

La señora Bherna se sentó, rodeada de sus odiosos perros, en el hall de entrada en uno de los lujosos sillones de terciopelo negro que antes pertenecieron al Señor de Manai, a controlar que las tareas que había asignado ese día se cumplieran. Había varias mujeres limpiando y hombres juntando la basura de los alrededores, todos ellos douryenses, como no podía ser de otra manera.

Estuvieron así por horas, hasta que los interrumpió un montón de gente que corría desde las puertas de la ciudad hacia el edificio principal. Todos hablaban a la vez, y Baddi no conseguía comprender qué decían, pero no pasó mucho hasta que todos lo supieron.

Un rugido estremecedor se abrió paso en el aire, dejando a todos en silencio e inmóviles. La señora Bherna abandonó su cómodo asiento y salió a la calle justo cuando un inmenso dragón negro aparecía en el cielo, detrás de un grupo de palmeras.

—No me jodas... —murmuró la mujer y a Baddi se le cortó la respiración cuando el imponente animal aterrizó en la calle. Los perros escaparon aullando, y el dragón los siguió con la mirada. Parecía sentirse satisfecho—. Menudos cobardes...

—Queremos ver a la señora Bherna —dijo una voz que a Baddi le pareció familiar. El dragón se recostó en la calle y dos hombres descendieron de su lomo. Esta vez, hasta el corazón se le detuvo, porque no esperaba ver a Akram tan pronto. Menos aún montando a un puto dragón.

—Vaya, me volví importante. —La señora Bherna le dio un codazo en las costillas y se acercó a ellos un par de pasos, pero no tanto como para quedar al alcance del hocico de la enorme bestia alada.

«Puto Akram». Baddi se cubrió el rostro con el pañuelo, y no se movió de donde estaba, para evitar atraer la atención hacia ella. Bastó volver a verlo para que se le quitaran todas las ganas de marcharse de Manai.

—Soy yo. ¿Ustedes quiénes son?

—Soy Rajesh, el Tjar de Adheej, y él es mi kanafi, Akram.

Antes de que hubiera terminado de hablar, la señora Bherna se arrojó al suelo de rodillas y todos los que estaban en la calle viendo a los visitantes la imitaron, incluida Baddi y sus compatriotas.

—Puede ponerse de pie, señora Bherna —dijo el Tjar y solo ella se incorporó. Por las dudas, por respeto y por miedo, nadie más lo hizo—. Queremos discutir con usted los asuntos concernientes al futuro de Manai.

—Esta ciudad es suya, mi señor, me aseguré de que el Tjar usurpador no volviera a poner sus corruptos pies aquí otra vez.

«El Tjar no pisó jamás esta mugre» pensó Baddi.

—Estoy al tanto de eso, y le agradezco su compromiso y lealtad. ¿Podríamos hablar en un lugar privado?



—No tengo dónde recibirlo, su Majestad —dijo la yadugari—, todos los edificios que antes pertenecían al gobierno están ocupados por gente que no tiene otro lugar dónde vivir.

—Aguarde, por favor —dijo Rajesh y miró a Akram—. ¿Puedes resguardarnos o algo así?

—Por supuesto. —Akram murmuró un montón de palabras extrañas y una gran cantidad de humo los rodeó a ellos y al dragón, ocultándolos del exterior. La yadugari miraba con cierta fascinación a Akram y a la esfera de oscuridad.

—Puede continuar —dijo Rajesh y la mujer asintió, pero se tardó unos momentos en volver a hablar.

—Durante el levantamiento el fuego se llevó muchas cosas, además de las vidas de mil doscientas personas.

—¡Esas son muchas muertes!

—No todos eran prury, su Majestad, pero no lo lamente. Nuestro pueblo dejó este reino sintiéndose en paz por lo que estaba haciendo. Luchamos con todo lo que teníamos para poder recuperar Manai y estamos orgullosos de ello.

—Yo estoy orgulloso de ustedes y de lo que lograron. Dígame, ¿cuántas personas viven aquí? ¿Tiene alguna clase de registro?

—Todavía no. Recién estamos acomodándonos. Los primeros días todo fue un caos, mi señor. Demasiada libertad, muy de pronto. Nadie quería hacer nada más que festejar y no había quién se pudiera poner a cargo, porque la euforia era mucha. Las cosas dieron un vuelco cuando llegaron los soldados, eso sí. Estaban todos borrachos y seguían festejando, así que tuve que ponerme al frente, porque a nadie más le importaba. Después de ese día me escucharon. Levantamos la muralla, quitamos los cuerpos de las calles...

—¿Ni siquiera los habían quemado? —preguntó Rajesh, atónito.

—No, su Majestad, no me escucharon hasta que no usé mis espíritus con dos de los nuestros. No me gustó demasiado hacerlo, pero fue la única forma.

—Comprendo —dijo, a pesar del desagrado que le causó escucharla decir eso—. ¿Qué pasó con los douryenses?

—Los pocos que sobrevivieron son esclavos ahora. Están limpiando los edificios, las casas, las calles... No hay nadie ocioso en Manai, su Majestad.

—No estoy de acuerdo con que sean esclavos, señora Bherna.

—Serán libres entonces, mi señor, si así lo desea.

—¿A quiénes les pertenecen?

—Responden a mis órdenes, su Majestad.

Rajesh asintió y pensó por algunos momentos.

—Que siga siendo así.

—Dijo que no se sentía cómodo con eso —dijo Akram.

—Es cierto, pero es la única forma de que aprendan cómo funciona el mundo. No pueden estar de acuerdo con tener esclavos si conocen lo que se siente ser un esclavo. —Rajesh miró a

Akram y le señaló las bolsas que estaban atadas en el lomo de Rompehuesos, por lo que Akram asintió y caminó hacia allí—. Me gustaría que usted siguiera estando a cargo de Manai, señora Bherna. No tengo mucha gente de confianza todavía, por lo que es un alivio encontrar que aquí las cosas se están acomodando de a poco

—Me honra con sus palabras, mi señor. Nunca imaginé que mis ojos volverían a ver a Adheej libre. Le juro por mis huesos que haré todo lo que sea posible para defender Manai de los usurpadores.

—Estoy seguro de que así será. —Akram se acercó y le entregó a dos pesadas bolsas con monedas de plata y de oro—. Asegúrese de que cada familia prury reciba una parte, señora Bherna.

—No hace falta, mi señor. Había mucho en los cofres de las mansiones, y también en los edificios del gobierno douryense. Guardé todo bajo llave para cuando usted viniera, porque sabía que lo haría, algún día. Venga, acompáñame, le mostraré.

Rajesh asintió y caminó hacia donde descansaba Rompehuesos.

—Cúdalas, nosotros regresaremos enseguida.

—Si alguien se acerca, me lo desayuno.

—No creo que alguien se atreva, pero en todo caso, solo gruñe, ¿sí?

—Está bien —acordó después de pensarlo unos momentos.

Regresó con los demás y le hizo una seña a Akram para que fuera con ellos.

—Risda —dijo y los espíritus desaparecieron. La señora Bherna tomó del brazo a una douryense que estaba cerca y la arrojó hacia adelante. La mujer trastabilló y casi cae de cara al suelo, pero pudo estabilizarse antes de caer.

—Camina, no quiero que salgas de mi vista —murmuró la señora Bherna y ella asintió.

—¿A dónde vamos? —preguntó con voz apenas audible.

La señora Bherna se quitó el bolso y le dio un golpe en la espalda con él.

—¿Cómo te atreves a preguntar? Te dije que caminaras.

—Ya es suficiente —dijo Rajesh—, no necesita golpearla de esa forma.

—Ella no es una esclava, su Majestad, es una aprendiz. Vino a mí porque quiere ser una yadugari y... las lecciones son de todo menos amistosas.

Rajesh miró a Akram y él asintió, dándole la razón, así que se adelantó para pararse frente a la muchacha.

—Señorita, ¿es eso cierto?

Solo pudo ver sus ojos cuando ella lo miró, puesto que su rostro estaba cubierto por un pañuelo, y no vio duda en ellos. Esperaba, también, que se volteara a ver a la señora Bherna para esperar alguna indicación de su parte, pero tampoco lo hizo.

—Sí, estoy aquí por mi propia voluntad.

Rajesh asintió y regresó junto a Akram. Se preguntó por qué demonios alguien querría ser maltratado de esa forma, solo para aprender a hacer sacrificios y rituales asquerosos.

—Usted es el dios kanafi, ¿verdad? De la capital —oyó que la señora Bherna le preguntaba a Akram. Rajesh lo miró y lo vio sonreír.

—Me llamaron así esa noche, cuando los soldados del Tjar empezaron a atacar a nuestro pueblo.

—Su nombre será recordado por miles de generaciones, señor Akram.

—El suyo también, señora Bherna, no tengo dudas.

—¿Sabe? Había alguien más aquí la noche que Manai se levantó. Aquí no hay cintis, yo soy la única. ¿Fue usted?

—No, es la primera vez que vengo a Manai.

—Pensé que había sido usted, que lo hizo para ayudar al príncipe.

—Conocí al Tjar Rajesh mucho después. Ni siquiera sabía si era cierto que estaba con vida.

—Vaya... Creí que usted lo había empezado aquí... Quienes estuvieron a cargo al inicio me habían quitado mis huesos, pero vi espíritus que se mezclaban con el humo, los sentí curioseando, revoloteando... Pero fue el primer día nada más, luego ya no volví a saber de ellos. Recuperé mis huesos mucho después, pero ya no había nada que pudiera averiguar sobre ese cinti.

—Tal vez algún día lo sepamos —respondió Akram. Rajesh creyó que le iba a hablar sobre las paraki del Tjar Rizwan, pero al parecer no confiaba en ella como para arriesgarse.

La señora Bherna los guió hacia un edificio que estaba a tres calles de donde aterrizaron. En el camino se cruzaron con muchos prury que se arrodillaban y repetían el nombre de Rajesh; él los saludaba con una sonrisa, porque se sentía halagado por la simpatía de la gente. Su gente.

De a ratos se le hacía un poco imposible de creer que todos supieran que él era el último descendiente del Tjar Jalush. Materialmente hablando, no había mucho que lo evidenciara, puesto que vivía en un palacio derruido, tal como el almacén que antes ocupaba, seguía vistiendo ropa vieja, comiendo poco y nada, durmiendo sobre un par de mantas, calzando sandalias gastadas que parecían a un paso de desintegrarse... Sin embargo, a pesar de todas las carencias que aún lo acompañaban, lo que sí tenía era el respeto de su pueblo, saludos cada vez que pisaba la calle, podía oír el himno de Adheej cada amanecer y antes de que la noche se arrebatara los colores, había una bandera de Adheej ondeando sobre la entrada del palacio. Una bandera vieja, que había perdido un poco los tonos de antaño, pero que todavía conservaba su majestuosidad. Una señora llamada Krao se la entregó el primer amanecer que los encontró allí. Dijo que la conservaba desde la Noche de la Caída. La había guardado en un saco de cuero y enterrado en el patio de su casa, con la esperanza de que Adheej volviera a renacer. Según le confesó, muchas veces creyó que sus ojos no verían ese día, puesto que esos mismos ojos vieron demasiada gente irse para ya no regresar.

Rajesh se dijo a sí mismo que, en cuanto estuviera en condiciones de permitírsele, haría una placa de mármol para poner en la entrada de la casa de la señora Krao, para que todos supieran que la bandera algo manchada de moho que ondeó por primera vez después de expulsar al Tjar Rizwan, le perteneció a ella. Sería un monumento a la esperanza, a la constancia y al dolor de su pueblo.

Al llegar a su destino, la señora Bherna los guió a través de pasillos y escaleras que descendían al subsuelo, hasta que llegaron a una enorme cámara resguardada por una puerta de gruesos barrotes de hierro. La mujer buscó entre los numerosos collares que colgaban de su cuello, hasta que dio con una cadena de la que pendía una llave. Se la quitó y abrió.

—Entra, inútil —dijo y la aprendiz, que llevaba la antorcha, entró primero. A su paso, aparecieron frente a ellos pilas de cofres, arcones y bolsas de cuero. La señora abrió uno de los cofres y el oro brilló con toda libertad, arrojando reflejos al aire.

—Esto le pertenece, mi señor —dijo con solemnidad. La mandíbula de Rajesh se aflojó por el impacto de ver tanto oro junto.

—Sagrado sea el rostro de Vari... —murmuró Akram. Rajesh lo miró y estaba tan asombrado como él. Lo que Akram encontró en el palacio de Dkol nur Shana eran apenas limosnas, comparado con lo que había allí.

—¿Dé dónde...? —Rajesh no podía siquiera pensar correctamente—. ¿Cómo es que hay tanto?

—Los douryenses, su Majestad —dijo la yadugari—. Todas las casas tenían un lugar donde guardaban sus monedas y mis niños los encontraron.

—¿Niños? —preguntó Akram.

—Mis espíritus, disculpen.

Akram se llevó una mano al bolsillo.

—Muéstreme sus huesos. —La mujer retrocedió un par de pasos y los espíritus de Akram salieron de su mano para formar unas extrañas figuras detrás de la mujer—. ¡Ahora! —exigió.

—¿Akram? —preguntó Rajesh, que no comprendía qué demonios estaba ocurriendo.

—No interfiera, su Majestad.

La yadugari sacó un montón de huesos demasiado pequeños de su bolso y Akram palideció.

—Libérellos ya mismo, o los míos la harán pedazos.

Rajesh, por si acaso, retrocedió hasta topar contra la reja.

—Lo haré —contestó apresurada. Por alguna razón, se veía asustada y contenta al mismo tiempo.

—¡Ahora! —insistió Akram. Nunca lo había visto tan enojado antes y temía que perdiera el control y acabara con las dos mujeres en ese instante.

—Les prometí que serían libres cuando el heredero regresara —dijo y acarició los huesos—. El heredero está aquí y mis niños serán libres, señor Akram.

La mujer besó a cada uno y Akram la miró con tanto enojo como repulsión. La señora Bherna, sin embargo, sonreía.

Se arrodilló, colocó los huesos en el piso de piedra y separó los más grandes de los pequeños. Guardó los de mayor tamaño y, luego, puso las manos sobre los huesos que permanecían en el piso.

—Risda nul dasta —dijo la yadugari. Los huesitos, para su sorpresa, comenzaron a brillar—. Risda den fari —continuó y comenzaron a temblaquear, creando un sonido bastante inquietante—. Risda jet akro mhas dari go vire.

El lugar se llenó de humo blanco y un aterrador coro de voces infantiles comenzó a hablar a la vez. La aprendiz dejó caer la antorcha y comenzó a llorar, con las manos cubriendo sus oídos. A Akram se le inundaron los ojos y a Rajesh se le erizaron todos y cada uno de los pelos que había en su cuerpo. La señora Bherna, en cambio, continuaba sonriendo.

—Si llego a enterarme que esclaviza el espíritu de otro niño, la haré pedazos, ¿entendido? No me importa qué tan bien lleve las cosas en Manai. La haré mierda.

—¡Akram!

—Hay límites, su Majestad. Hay límites que nunca deberían ser cruzados.

—Usted es el dios kanafi —dijo la mujer, que continuaba arrodillada. La luz de la antorcha oscilaba y hacía que su sonrisa se deformara con cada movimiento—. Usted también usa niños.

Akram la levantó del suelo tomándola por el cuello y la empujó hasta golpearla contra la pared. La mujer dejó de sonreír.

—Yo era un puto esclavo que no tenía ninguna opción.

Rajesh se acercó para tratar de hacer que Akram la soltara, pero no pudo lograrlo porque los espíritus que le obedecían se lo impidieron.

—Uno nunca deja de ser un cinti, señor Akram —murmuró la mujer con algo de dificultad—. La oscuridad corre por sus venas, pero no solo porque su sangre se vuelve negra. Nosotros llevamos muerte, jugamos con la muerte.

Akram apretó con más fuerzas su cuello y la mujer se sujetó de su brazo, desesperada. Tenía los ojos muy abiertos, mientras luchaba por hacer que alguna bocanada de aire entrara a su

cuerpo.

—Ya es suficiente, Akram —dijo Rajesh—, suéltala de una vez.

Akram obedeció y la mujer cayó de rodillas, tosiendo y haciendo ruido al respirar.

La aprendiz, por su parte, estaba hecha un ovillo en un rincón, con los brazos sobre su cabeza, sin ver y tratando de no oír lo que estaba sucediendo. Rajesh levantó primero la antorcha y, luego, se acercó a ella para ayudarla a incorporarse.

—Ya terminó —dijo, pero no sabía si servía de algo decirlo. Esa muchacha estaba pasando por un momento terrible, al parecer, y se imaginaba que las cosas no iban a mejorar mucho para ella. Si la yadugari la trataba mal en público, no se imaginaba lo que era capaz de hacerle en privado—. ¿Estás segura de que quieres continuar con ella?

La muchacha pareció pensarlo por unos instantes y luego asintió.

—Sí, su Majestad.

—¿Estás segura? —preguntó Akram, desde el otro lado, y la muchacha se acomodó el pañuelo que cubría su rostro—. Te espera una vida de mierda si continúas.

—Ya lo sabe —dijo la yadugari—. ¿O no es así?

—No se entrometa, señora Bherna, por favor —dijo Rajesh, mirando apenas a la mujer. Luego volvió la vista hacia la aprendiz—. Podemos sacarte de Manai, si así lo deseas.

—Me quedaré con ella, su Majestad, se lo agradezco.

—Está loca —murmuró Akram.

—Es su decisión y será respetada. Continuemos con lo que vinimos a hacer, por favor, ya perdimos demasiado tiempo. Señora Bherna, ¿sabe cuánto hay aquí?

—Oh, no, su Majestad. Solo sé que es mucho. Mira —dijo, con la voz todavía algo afectada, y arrojó hacia la aprendiz una jarra de oro, que le dio en el abdomen y luego cayó en el piso, repiqueteando—. ¿Reconoces esto? —La muchacha gimió de dolor antes de agacharse a recogerlo. Rajesh miraba la escena paralizado—. Estaba en tu puta casa. Seguro que se lo robaron a...

—Por favor, señora Bherna, no voy a tolerar más violencia en mi presencia.

—Así son los entrenamientos, su Majestad —sonrió la mujer.

—El Tjar dijo que se detenga —dijo Akram y sus espíritus la rodearon de inmediato. El kanafi parecía a un paso de volver a agarrarla del cuello y, de no haber sido porque la mujer era un peligro, le hubiera dicho a Akram que lo esperara con Rompehuesos.

—Akram, ya es suficiente. Señora Bherna, busque gente para llevar todo esto arriba.

—Como ordene, su Majestad —dijo con una reverencia y se dirigió a la aprendiz después de haberse incorporado—. Camina.

La muchacha salió delante de ella y, luego de unos momentos, dejaron de oírse sus pasos.

—Risda —dijo Akram—. Perdón por lo que hice, su majestad.

—No entendí tu reacción.

—Los yadugari suelen sacrificar niños de no más de cinco años. Si eso ya de por sí es horrible, imagínese lo que significa esclavizar sus espíritus.

Rajesh se sintió descompuesto y tuvo que esforzarse bastante para no dejarse caer.

—¿Cómo...? —susurró. No esperaba que Akram le explicara todo el procedimiento, más bien se estaba preguntando él mismo cómo era posible que hubiera personas que tuvieran el estómago suficiente como para asesinar a criaturitas inocentes y que, además, se sintieran orgullosas de ello.

—No necesita saberlo, su Majestad —dijo en voz baja.

—No, no quiero saberlo tampoco...

—Encontraremos a alguien más para que se encargue de Manai.

—No tenemos gente de confianza, Akram.

—¿Ella le parece de confianza?

—Sus métodos no serán los correctos, pero funcionan, de momento. Se quedará a cargo hasta que nos organicemos.

—Como usted diga —asintió.

—No es que me agrade la idea, pero hay demasiadas cosas para hacer todavía. Me falta tiempo, personas, recursos, soldados, funcionarios... Y mi pueblo es ignorante, tiene hambre, vive en la calle. No sé qué debo solucionar primero, ni cómo hacerlo. Ahora tenemos algo de oro, pero ¿de qué nos sirve si las ciudades están en ruinas? Estamos aislados, ¿con quién comerciaremos para poder recomponernos, si estamos rodeados de enemigos? Hienza ahora tiene motivos de sobra para aplastarnos y Doury Kasesh se nos vendrá encima antes de que podamos reparar un solo edificio de Dkol nur Shana.

—No trajimos de nuevo a la vida a Adheej para que un puñado de preocupaciones nos arrebatase todo, su Majestad. Tiene más herramientas que las que su padre tuvo. Tiene un fénix, un par de dragones, y varios cintis a su lado.

—De momento, solo Rompehuesos.

—El Tjar Galadh llegará pronto, su Majestad, y con el apoyo de Cingze las cosas serán más simples para todos nosotros.

—¿Y si sucede lo mismo que con Hienza? —No lo había dicho antes, pero era una duda que rondaba su cabeza más veces de las que le hubiera gustado.

—No sucederá. Azhar y Qhar hicieron un juramento que no se puede romper. Si el Tjar Galadh quiere traicionarlo, su propio cinti va a impedirlo y se encargará de hacerlo pagar por eso. Confíe, su Majestad.

—La última vez que confié en alguien, me traicionó.

—La Tjarina lo entregó a Azhar, la única persona que iba a ayudarlo de verdad. Si lo piensa, las cosas salieron mejor de lo que esperábamos.

Rajesh asintió. Akram tenía razón, pero si le preguntaban a él, prefería tener de aliado a una Tjarina antes que a una paraki. Sin embargo, no pudo decirlo porque se oyeron pasos que se acercaban.

—Saca tus espíritus —dijo Rajesh en voz baja y Akram así lo hizo. Al parecer, tampoco tenía demasiada confianza en la yadugari y en la gente de Manai.

Un grupo de personas entró haciendo reverencias y saludándolo, y esperó en silencio a que entrara la señora Bherna, que venía al final de la fila. La mayoría tenía la vista en el piso, pero muchos de ellos miraban cada pocos segundos a los espíritus de Akram, que parecían monigotes de humo negro. Había cinco alrededor de Rajesh, aunque tal vez eran más y él no podía verlos porque solo había una antorcha. Le incomodaban, a decir verdad, pero prefería estar incómodo que temiendo por su vida.

—A sus órdenes, mi señor —dijo la mujer en cuanto llegó.

—Lleven todo esto arriba —dijo Rajesh.

—Al que se quede con algo que no le pertenece, lo arrojo a la boca del dragón —agregó Akram.

Rajesh y él salieron hacia el pasillo y, después, hacia el exterior. La luz se les clavó en los ojos y Akram se hizo sombra con la mano. Parecía que toda la población de Manai se había reunido allí, puesto que había una impresionante cantidad de gente que comenzó a aplaudir y a cantar el himno de Adheej ni bien los vio.

Las personas comenzaron a salir con los sacos cargados en sus espaldas y los dejaron a pocos pasos de ellos, para luego regresar corriendo hacia la cámara subterránea.

—Dile a Rompehuesos que venga —dijo Rajesh en voz baja y, de inmediato, uno de los espíritus se alejó. Akram repitió sus palabras al dragón y se lo oyó rugir a lo lejos.

La gente, al escucharlo, se alarmó y muchos se alejaron de inmediato, pero más se asustaron cuando la sombra del crahsti se extendió sobre la calle, los edificios, las personas.

Rompehuesos rugió otra vez y Rajesh hubiera jurado que lo hizo a propósito, puesto que ese nuevo rugido desató otra oleada de pánico. Akram también lo notó, ya que uno de los espíritus ascendió hasta donde él estaba.

—Deja de hacer tanto escándalo, vas a hacer que alguien se lastime.

Rajesh, que no quitaba los ojos del dragón, vio cuando un puñado de chispas doradas salió de su hocico.

—Se está riendo de mí —dijo Akram, algo indignado.

—Parece que disfruta de asustar a la gente.

—No parece, lo disfruta el muy cabrón.

21 – Indra, Tjarina Navila y Yasid

*Dkol nur Shana
Adheej*

Akram y Rompehuesos acababan de irse con Rajesh hacia Manai, e Indra estaba más aburrida que un yuyo, de esos que crecen entre las grietas, solitarios, miserables, enclenques, que mueren después de unos pocos días de sol. Se había sentado en la entrada del palacio para sacarse la mugre de debajo de las uñas con su daga y para decirles a todos los que querían ver a Rajesh, que el príncipe no se encontraba en la ciudad. No tenía nada más que hacer, después de todo. Era tan inútil, que no le daban ninguna tarea interesante. Ni tampoco otra que no fuera interesante, a decir verdad. Indra se limitaba a existir y ya, como hizo la mayor parte de su vida.

—Necesitamos hablar con el Tjar Rajesh —dijo un hombre.

Indra levantó la vista y vio que eran cuatro. Todavía se le hacía extraño que lo llamaran Tjar.

—No está. Viajó a Manai.

—Tenemos algo para decirle y es urgente.

—Pueden hablar, le daré llegar su mensaje ni bien llegue. —Los hombres se miraron entre ellos, dudando—. Soy la compañera del dragón.

Le hicieron una seña a Indra para que esperara, y le dieron la espalda para ponerse a hablar en voz baja. Uno de ellos se giró, la miró y se volteó para seguir a cuchicheando con los demás. Indra enarcó una ceja, impaciente.

Al final, se dieron vuelta, pero no la miraron a los ojos, sino que miraban al suelo.

—Queremos hablar con algún hombre que esté a cargo —dijo, apresurado, quien parecía ser el único que tenía voz en el grupo.

«Malditos sean». Indra rio, se puso de pie y caminó hasta el que hablaba. Puso el filo de la daga debajo de su mentón y lo obligó a levantar el rostro.

—Si hubiera una verga colgando entre mis piernas, ya la tendrías atorada en la garganta, imbécil. ¡Habla!

Uno de ellos se largó a reír, pero fue silenciado de un codazo en las costillas.

—Vimos soldados de Doury Kasesh —soltó de muy mal modo el que hablaba. Al parecer, no le gustó demasiado la actitud de Indra.

—Son unos imbéciles, ¿sabían? —Indra retrocedió—. ¿Cuántos hay?

—Un montón —dijo el que se había reído y los demás lo miraron con una mezcla de reproche y desagrado—. Están resguardándose en el almacén de Teza.

—Ya pueden irse, pero no se acerquen al lugar. —Indra los vio marcharse, mientras estos hablaban entre sí y regañaban al que había hablado sin permiso, y luego caminó hasta el espíritu que estaba en la entrada—. Qhar.

—Dime —respondió el espíritu. A Indra le daban un poco de impresión los espíritus. Eran un montón de humo negro que no se iba con el viento, que eran capaces de desmembrar gente y que, además, hablaban.

—Hay soldados de Doury Kasesh escondidos en el norte de la ciudad, pregúntale a Mhena qué hago. Puedo ir a ver qué sucede, si quiere.

—Aguarda.

Indra volvió a sentarse en la escalinata de la entrada, pero esta vez no estaba tan tranquila. Quiso seguir con lo que estaba haciendo y se cortó la yema del dedo; la herida dejó caer un par de gotas de sangre dorada, pero se cerró enseguida, justo cuando Qhar salía.

—¿Sabes dónde están?

—Sí, conozco el lugar.

—Bien, vámonos.

—¿No quieres llevar a nadie más? —preguntó Indra al ver la seguridad con la que el hombre se dirigió a la calle.

—Mhena dijo que conocías la ciudad mejor que nadie, y que eras buena con los cuchillos. Me basta con eso.

Indra lo siguió.

—Bueno, al menos tienes tus espíritus...

El hombre movió la cabeza de lado a lado, negando.

—Los dejaré resguardando el palacio. Solo usaré uno si las cosas se complican, pero no creo que suceda.

Indra sintió que la sangre se le agolpaba en la cabeza. Soldados, otra vez. Ella, Qhar y soldados. Qué idea tan pésima.

—Deberías traer a alguien más —susurró, pero pareció que el kanafi no la escuchó, porque continuó caminando.

Indra, con una centena de miedos e ideas extrañas en la cabeza, lo guió hasta la zona donde se encontraban los almacenes abandonados. En épocas del Tjar Jalush, allí se almacenaban los granos, que luego eran distribuidos a las aldeas y vendidos otros países, pero que dejaron de tener el mismo uso cuando el Tjar Rizwan desvió el río y se acabaron las cosechas. Se convirtieron en refugios para los desplazados primero, y en unas de las zonas más inseguras después, cuando el hambre y la necesidad se abrieron paso en esa sociedad que no estaba acostumbrada a pasar penurias.

Indra se detuvo antes de llegar y le hizo una seña a Qhar para que se escondieran en una casa algo derrumbada.

—En la próxima calle está el almacén, según dijeron esos tipos, pero no hay donde esconderse porque ahí quedan muy pocas casas en pie.

Qhar pensó por unos instantes.

—¿Qué tal si...?



*Barzy
Hienza*

—Madre, tienes que comer.

¿Cómo podía atreverse a vivir si su hija estaba muerta? Estaba tan cansada de su insistencia, que le hubiera gustado golpearlo.

—Ya déjame en paz, Yásid. ¡Ya vete! Sitha está muerta, ¿cómo demonios quieres que tenga

ganas de comer?

—¿Y crees que por no comer la vas a traer de nuevo?

—Ni siquiera se dignaron a traernos su cuerpo, no sabemos qué hicieron con ella.

—Si lo piensas, ni siquiera sabemos si es verdad que está muerta. —Yásid arrojó los cubiertos sobre la mesa y se marchó dando un portazo.

Lo que su hijo decía era cierto, no tenían la certeza de que Sitha estuviera muerta.

—Llama a Nadira —dijo a una de sus sirvientas.

—Mi señora, Nadira no regresó de Dkol nur Shana —contestó con la vista puesta en sus pies—, creemos que murió allí, porque no supimos nada más de ella.

—Entonces tráeme a otra kanafi.

La mujer salió de inmediato de la habitación y la Tjarina ordenó que la vistieran. Las sirvientas obedecieron sonriendo al ver que su soberana dejaba la cama después de tantos días de no mirar a nadie, de no hablar con nadie, de no responder preguntas.

Ella había traspasado la puerta que separaba los reinos, había caminado en la tierra donde la noche era eterna, y había regresado para volver a respirar, a sentir como lo hacían los vivos... pero Sitha no estaba a su lado cuando abrió los ojos. No estaba allí y eso era lo único que le importaba. No pensaba en el fuego del dragón, ni en sus garras, ni en el sonido que hizo su propio cuello cuando se rompió. Pensaba en Sitha y en que la última vez que vio sus ojos, estos la miraban con decepción. Tal vez fingió su muerte para no regresar jamás a Hienza. Sí, eso debería ser.

La sirvienta regresó acompañada con una mujer que tenía una gran mancha azul en una de sus mejillas. No recordaba haberla visto antes.

—Su Majestad, la señorita Janya —dijo la sirvienta.

—Desde ahora estarás a mi lado de forma permanente, Nadira.

—Mi nombre es Janya, su Majestad.

—Desde ahora tu nombre será Nadira.

—Como desee, su Majestad.

—¿Estuviste alguna vez en Dkol nur Shana? —La kanafi asintió—. Bien, ve con uno de tus espíritus y dime qué ves.

—Tendría que esperar a la noche, su Majestad, o podrían verme y atacarme.

—No pregunté cuándo podrías hacerlo, quiero que lo hagas ahora.

Las sirvientas se miraron entre ellas, nerviosas, y la cinti asintió. Sacó uno de sus huesos y de este salió una voluta de humo que se deshizo enseguida.

—Entra al palacio —insistió la Tjarina y Nadira la miró con sus ojos completamente negros—, quiero saber si Sitha está allí.

La cinti volvió a asentir. La Tjarina sabía que un cinti no tardaba demasiado en hacer todo el camino hasta otra ciudad, pero a ella la espera se le hizo interminable.

—Estoy en la ciudad. Hay mucha gente en la calle. No veo al dragón. ¡Me vieron!

Los músculos de la Tjarina se tensaron todos a la vez y se puso de pie. Nadira corrió por la habitación hasta que se detuvo junto a la cama. Sacó todos los huesos de sus bolsillos y los colocó en el piso, uno junto al otro. Su mano se paseó por unos momentos sobre ellos y, cuando estaba por tomar uno de un extremo, su espalda se arqueó y echó la cabeza hacia atrás.

Nadira soltó un grito semejante al de un animal, y las sirvientas huyeron de la habitación, entre llantos y miedo. La Tjarina se acercó a la cinti y se arrodilló junto a ella.

—¿Cómo te ayudo?

Nadira no respondió, ya que cayó hacia un lado. Los músculos de su abdomen se

contraieron con violencia, y su cuerpo se curvó hacia adelante, causándole otra oleada de dolor y de gritos sobrehumanos.

La Tjarina quiso tomarla de los brazos, para ayudarla de alguna forma, y notó que sus músculos estaban endurecidos como rocas. Le miró las manos y vio que sus dedos se doblaban en formas extrañas.

—¿Qué hago? —preguntó a Nadira y a sí misma, a la vez.

—¡Madre! —Yásid entró corriendo a la habitación justo cuando los espasmos musculares de la kanafi comenzaron a ser más violentos y más rápidos.

—Ayúdame, no sé qué hacer.

—Yo tampoco. —Yásid se sentó junto a la muchacha y trató de sostener su cabeza para que no se golpeará—. ¿Quién es?

—Nadira —dijo a media voz. Se sentía impotente, preocupada y algo culpable por haberle ordenado usar uno de sus espíritus de día.

—No se ve como la recuerdo —dijo, mientras forcejeaba con ella para tratar de que no se golpeará con el piso—. ¿Qué tiene?

—La envié a Dkol nur Shana.

—¿Cómo que la enviaste?

—Es una kanafi, ¿no ves la mancha azul en su rostro?

—¿Desde cuándo es una cinti? —murmuró apretando los dientes por el esfuerzo que le suponía sostenerla.

—Por favor, no es el momento.

Desde los ojos negros de la cinti comenzaron a extenderse unas marcas hacia la piel. A medida que las líneas se hacían más largas y se ramificaban hacia todos lados, unas manchas oscuras comenzaron a crecer alrededor de sus ojos. Un escalofrío le recorrió la espalda al verlo, y la Tjarina miró a su hijo, que continuaba batallando con la kanafi.

—Aléjate de ella —dijo. La voz le sonó rara, como un graznido.

Yásid la soltó y el cuerpo de Nadira se retorció en el suelo. De entre sus labios brotó un líquido azul oscuro y se desparramó por su rostro al restregarse este en la alfombra. Mientras, las manchas en su piel se acrecentaban cada vez más.

Los espasmos cesaron y sus músculos se relajaron, al fin, pero la Tjarina no se atrevía a acercarse a ella.



*Dkol nur Shana
Adheej*

—Lo que quieras, pero no puedo hacerlo sin algo de polvo, Qhar. No puedo, mira mis manos. —Indra las levantó hasta los ojos del kanafi; sabía que él también aspiraba, lo había visto hacerlo. Sus manos temblaban sin control y peor aún se encontraba su cabeza, que pensaba en mil formas diferentes de morir en manos de los soldados, cientos de posibles cosas que le harían si la capturaban, decenas de maneras en que podría quitarse la vida si eso sucedía.

—Demonios, Mhena me lo advirtió... —dijo tirando nerviosamente de su barba gris—. ¿Y crees que drogada vas a poder hacer algo? —Indra asintió. Tal vez, todo su cuerpo asintió y exclamó a gritos que sí, que necesitaba un poco de esa mierda para funcionar un poco mejor,

porque Qhar buscó en su bolsillo hasta que encontró un saco de cuero—. Apenas una pizca, no quiero problemas.

Indra sonrió y él puso apenas unos diminutos granitos de polvo blanco y brillante en su palma.

—Con esto ni empiezo, Qhar —se quejó.

—Me vas a meter en problemas y me voy a cagar en tu puta madre.

—Si me matan ahí dentro sí que vas a tener problemas, pero con Rompehuesos y a él le importan tres carajos las explicaciones.

—Maldición —murmuró, y le echó un poco más—. ¿Conforme? —Indra le hizo una seña para que continuara poniendo—. ¿En serio que podrás caminar después de aspirar todo esto?

—Antes de conocer a Rompehuesos, vivía en un depósito de polvo. Desayunaba polvo, cenaba polvo... —dijo y le quitó el saco de la mano para poner una cantidad decente—. Me aspiraba dos sacos de estos al día.

—Estás loca.

Le devolvió el saco y acomodó un poco el polvo en la palma de su mano.

—Pues sí —dijo y aspiró todo lo que tenía. Se tapó la nariz para no estornudar y aguardó unos instantes con los ojos cerrados a que su mente dejara de gritar incoherencias y a que su cuerpo dejara de temblequear.

—¿Estás bien?

Abrió los ojos y vio que el hombre la miraba con muchísima curiosidad.

—Hagámoslo, grandote.

Indra se rasgó un poco la túnica y comenzó a gritar por ayuda. Pensó en la cosa más triste y espantosa que pudo, y sus ojos se llenaron de lágrimas, que luego cayeron por sus mejillas.

—¡Ven aquí, zorra! —exclamó Qhar.

Indra corrió hacia el almacén que le habían indicado y comenzó a golpear los portones con ambas manos, mientras continuaba pidiendo ayuda.

Qhar llegó hasta ella y, como nadie abría la puerta, Indra gritó más fuerte. Qhar, después de dudar unos instantes, la tomó por la cintura con algo de delicadeza, pero Indra tomó su mano y la puso en su trasero.

—Pon un poco de empeño, maldición —susurró.

—Perdón...

Gritó otra vez y la puerta se abrió, al fin. Qhar le puso una mano sobre la boca y miró hacia un lado. Indra sintió otra vez cómo la sangre le corría a gran velocidad por las venas, pero su mente estaba en blanco.

—Largo, no es su asunto —gruñó.

—El grandote nos trajo una prury de regalo —dijo uno de los tipos y se oyeron muchos pasos a la vez.

—Aléjate de ella —dijo otro.

Se oyó el rose del metal, los susurros, las risas, más pasos. Indra no podía verlos, porque el pecho de Qhar ocupaba todo su campo visual.

Qhar le dio la espalda y la muchacha aprovechó para buscar su cuchillo. El kanafi sacó dos dagas de su cintura y volvió a decirles que se alejaran, pero el portón se abrió tras Indra y alguien la arrastró hacia el interior tirando de su brazo.

El lugar quedó a oscuras cuando la puerta volvió a cerrarse, pero Indra lo mismo pudo ver a varios hombres que la rodearon y comenzaron a tocarla. Su mente se bloqueó por unos muy breves instantes, pero volvió a reaccionar cuando sintió que le apretaban los senos.

—Pedazo de mierda —murmuró.

Vio una sonrisa frente a ella y, como el cabrón le quedaba cerca, le asestó un cabezazo en la nariz. El tipo retrocedió, pero eso hizo que los demás soldados sacaran las armas. Oyó cuando dos espadas salían de sus vainas y eso hizo que su sangre se alborotara. Agradeció a Vari haberle pedido un poco de polvo a Qhar, o ya estaría muerta. O violada. O ambas.

Indra se fijó en el patán más cercano, uno que tenía una gruesa cicatriz en la mejilla y sonreía con una confianza desmedida. De solo mirarlo sintió muchas ganas de meterle la daga en la boca para abrirle una sonrisa de oreja a oreja. No pudo hacerlo, sin embargo, y se contentó con clavarle el cuchillo en el vientre. Su mano libre luego se deslizó hacia otro, a quien tomó del cabello. En un solo movimiento, le pasó la hoja por el cuello y oyó sus burbujeantes intentos de respirar.

Retrocedió aún sosteniendo al tipo para usarlo como escudo para detener los espadaños que querían alcanzarla. Lo gracioso era que se movían de un lado al otro, sin ninguna clase de precisión, porque quienes las empuñaban no podían ver un carajo. Lo que no tenía nada de divertido era que eso era igual de peligroso que una espada buscando herirla a conciencia.

Cuando se chocó contra la pared, empujó al tipo hacia uno de los que se acercaban, y se lanzó hacia adelante, usando su propio peso para empujar al otro soldado que tenía más cerca. Quiso clavarle la daga en el torso, pero el suelo estaba resbaladizo por la sangre derramada, lo que hizo que patinara y se fuera de culo al piso.

Los soldados rieron al escucharla caer y maldecir, e Indra aprovechó su ventaja de poder verlos para arrastrarse y enterrar el filo en algunas piernas, en algunos vientres. Los tres tipos que quedaban en pie cayeron, e Indra fue de uno a otro clavándolos donde podía, esquivando manos, puños y filos.

Al final, eran cuatro cadáveres, pero se sintieron como si hubieran sido veinte tipos.

Indra abrió la puerta al mismo tiempo que Qhar, y lo vio tan cubierto de sangre como ella estaba.

—Estás viva... —suspiró, aliviado.

—¿Por quién me tomas?

—Estaba pensando en qué carajos le iba a decir a Rompehuesos cuando regresara y tuviera que decirle que estabas muerta por mi culpa.

—No ibas a tener mucha oportunidad, te iba a calcinar y ya. —Qhar rio y se pasó ambas manos por la cabeza—. ¿Quedó alguno?

—No. ¿Allí?

—Solo eran cuatro.

—¿Solo...? —Qhar resopló—. Bien, los llevaré adentro y cerraremos todo. —Se agachó, tomó los brazos de los dos tipos que estaban más cerca y los arrastró hacia el interior—. Le diremos al Tjar cuando regrese.

—Daré una vuelta adentro para ver si queda alguien.

—Ten cuidado.

El almacén estaba vacío, aunque si había alguien se escapó, porque Indra no encontró a nadie más. Contaron once cuerpos cuando Qhar terminó de llevarlos adentro, y dejó a otro de sus espíritus para que custodiase el lugar. Si algún soldado regresaba, lo sabría de inmediato.

Caminaron cansados y cubiertos de sangre y sudor, pero Qhar se detuvo a mitad de la calle en un momento.

—Están atacando el palacio —dijo y miró a Indra con sus ojos completamente negros.

«Mierda».

22 – Yasid y Vintha

*Barzy
Hienza*

—¿Qué demonios está ocurriendo? —preguntó Yásid. No entendía nada de cintis y hubiera jurado por su alma que esa mujer no era la consejera de su madre. Nadira tenía el cabello ensortijado y corto, y la Nadira que tenía enfrente lo llevaba muy largo y lacio. No hubiera podido saberlo por su rostro, porque estaba deformado por las manchas y la crisis que acababa de sufrir.

Nadira comenzó a quejarse y a gemir, y sus piernas se recogieron despacio, hasta quedar hecha un ovillo. La Tjarina regresó a su lado, se arrodilló junto a ella y le acomodó el cabello que le cubría el rostro.

—Nadira, ¿me oyes?

Yásid les dio la espalda y buscó donde sentarse, porque estaba agotado y cubierto de sudor. Sirvió agua en una copa y estaba a punto de llevarla a sus labios cuando oyó una voz masculina que parecía salir de los labios de Nadira.

—¿Quién eres?

Yásid dejó caer la copa y regresó junto a ellas de inmediato. Los ojos negros de Nadira estaban fijos en el techo, pero su brazo estaba extendido y su mano apretaba el cuello de su madre.

Tomó la mano de Nadira, tratando de apartar los dedos, pero parecía que estos estaban buscando enterrarse en el cuello de la Tjarina. Los ojos de su madre estaban muy abiertos y la piel de su rostro estaba enrojeciendo, por lo que llevó la mano a la empuñadura de su espada. Los ojos de la Tjarina se movieron hacia su rostro y, luego a su mano. Yásid asintió, desenfundó su arma y la levantó para luego dejarla caer en la articulación. La mano se separó del antebrazo, la Tjarina retrocedió, pero la mujer se sentó y levantó su otra mano para volver a atacarla. Yásid veía con espanto que Nadira soltaba montones de sangre oscura, pero ni una queja salía de sus labios.

—¿Qué mierda es todo esto? —exclamó, frustrado, al ver que parecía que no había nada que detuviera a la kanafi. Movié la espada otra vez, aunque con el filo apuntando al cuello en esta ocasión. La cabeza de Nadira cayó con un golpe seco al separarla de su cuerpo, y la Tjarina gritó cuando la sangre saltó desde el cuello de la kanafi hacia su rostro.

Yásid soltó el arma y tomó a su madre de los hombros para alejarla, porque parecía que no podía controlarse en lo absoluto. Su cuerpo temblaba, su piel se veía demasiado pálida y balbuceaba incoherencias.

Assim, su hermano, llegó en ese momento y se detuvo, asombrado, al ver la escena.

—¿Qué acaba de ocurrir?

—No tengo idea y no creo que madre esté en condiciones de responder en estos momentos.

Assim la miró por unos momentos y, luego, se agachó para ver la cabeza que estaba a pocos pasos del cuerpo al que había pertenecido.

—¿Qué le sucedió a Janya? —preguntó sin mirar a Yásid.

—¿La conoces? —Yásid ayudó a sentar a su madre en un sillón.

—Por supuesto, es una de las kanafi.

«Una de las kanafi. ¿Cuántas había?».

Yásid dejó de pensar por unos instantes, y volvió a hacerlo cuando el agua que estaba sirviendo en la copa se derramó hacia los lados. ¿Por qué demonios había cintis en el palacio y él ni siquiera estaba enterado? ¿Le consejera de su madre siempre fue una cinti y nadie tuvo la confianza suficiente para decírselo?

—Madre dijo que era Nadira —contestó con cierto malhumor, y dejó la copa en la mesa para secar sus manos.

—Es Janya. Era, mejor dicho.

—Atiende a la Tjarina, iré a buscar a tu padre.

—¿Tú estás bien?

—Sí, no te preocupes —murmuró. No, no estaba bien, se sentía del carajo.

Al salir de la habitación, se topó con que todas las sirvientas de la Tjarina estaban allí, algunas llorando, otras consolando a quienes no podían controlarse.

—¿Dónde está el Tjar?

—En la sala del trono, mi señor —respondió una de ellas y Yásid asintió.

Caminó apretando los puños por los laberínticos pasillos del palacio hasta que llegó a la sala principal.

—La Tjarina lo necesita, su Majestad. —Hubiera querido sonar menos brusco, pero se sentía tan decepcionado, que fue incapaz de ocultarlo.

—¿Está bien? —El hombre se levantó del trono y comenzó a caminar hacia él—. ¿Qué sucede?

—Una cinti, Janya o Nadira, o como sea, estaba con ella —respondió en voz baja cuando el Tjar llegó a su lado—. Cuando llegué, estaba convulsionando, su piel se volvió negra, empezó a vomitar algo azulado, luego habló con voz de hombre y quiso matar a la Tjarina.

—¿Qué?

—No lo sé, no entiendo siquiera por qué hay cintis aquí, dentro de nuestro palacio.

—Siempre los hubo, Yásid, por todos los cielos —dijo como si estuviera respondiéndole a alguien con alguna clase de problema que le impidiera entender las cosas más simples.

Yásid se detuvo y el Tjar siguió caminando. No lo siguió, no quería estar con ellos cuando hablaran de sus problemas de Tjares, herederos, cintis y demás.

«Al carajo con todos».

Se dirigió al ala este, donde Vintha se alojaba, y la encontró preparando sus cosas para viajar a Doury Kasesh. Su padre quería verla y ella no podía negarse a su petición.

Vintha sonrió al verlo, pero su sonrisa se esfumó al notar su seriedad.

—¿Qué tienes? —Vintha le tomó el rostro y le besó la frente—. ¿Te encuentras bien?

Yásid le contó lo que acababa de ocurrir y ella lo escuchó sin interrumpir hasta que él terminó de hablar.

—¿Y tú crees que te ocultaron la existencia de los cintis a propósito?

—¿Por qué otra razón sería? Mi hermano sabía de ellos, el Tjar también... Al final ni siquiera sé qué clase de gente es mi familia, Vintha.

—Las familias son complicadas.

—Pero tú sabes quién es quién en Indvhe —respondió algo indignado—. Sabes qué esperar de cada uno de ellos... Mi madre no solo entregó al príncipe de Adheej, sino que también

abandonó a Sitha allí. ¿Qué clase de madre es? ¿Qué clase de mujer? Adheej lleva esperando por su libertad desde hace... —Yásid hizo silencio. Fue el padre de Vintha el causante de la ruina del país vecino, después de todo.

—No me ofende que lo digas, Yásid. Todos tenemos nuestras propias opiniones respecto a Adheej. Sí, fue mi padre quién destruyó a un país entero con todo y su gente. No me siento a gusto con ello, pero no puedo hacer nada para cambiarlo.

—Es cierto, no somos nuestros padres.

—Y tampoco podemos sentirnos responsables por sus decisiones.

Se quedaron en silencio por unos momentos, mientras Yásid pensaba en qué hacer con su vida. No sabía qué clases de explicaciones pedir, ni tampoco si se dignarían a darle alguna. No quería quedarse allí, pero no sabía qué tan seguro sería dejar Barzy. El dragón estaba enojado con él, Indra también y, por lo que pudo ver, se habían aliado con un kanafi. Si lo llegaba encontrar en algún lugar, seguro el dragón iba a querer aplastarlo.

«Y tiene todo el derecho del mundo de odiarme».

—¿Puedo ir contigo a Indvhe?

Vintha sonrió.

—Me encantaría que me acompañaras —respondió, aunque su entusiasmo se esfumó ni bien terminó de hablar—. Aunque no creo que sea conveniente. No sé cómo va a reaccionar mi padre.

—¿Crees que no le agradaré?

—¿Qué dices? —Vintha le tomó la mano—. Eres la persona más dulce y sincera de este cochino mundo, Yásid, no pienses eso. Es solo que... Bueno, el Tjar es un hombre un poco difícil y... —Se puso de pie y Yásid, por la sorpresa, la imitó. Vintha volvía a sonreír—. ¿Sabes qué? Al demonio. Ni siquiera puede reclamarme nada. No tengo derecho al trono, no soy una hija reconocida, no le debo nada a Indvhe, ni a él. —Sus brazos lo rodearon y Vintha lo besó—. ¿Te gustaría que nos largáramos a alguna aldea perdida en medio de la nada? Nosotros y nadie más. No más palacios, ni cintis, ni mierdas. —Yásid sonrió y ella lo besó de nuevo—. Y ni siquiera tenemos que casarnos, no creas que me importa eso. Quién necesita de la bendición de un Tjar, después de todo.

Yásid rio.

—Suenas demasiado tentador, pero no puedo tirar todo al demonio, Vintha. No por ahora, al menos —dijo y acarició su rostro.

—¿Qué tienes que esperar? —preguntó con la cabeza apoyada en su hombro, y él se quedó pensando.

Era cierto, ¿a qué debía esperar? ¿A que su madre se recuperara? Al parecer ya se encontraba en perfectas condiciones, porque estaba usando una cinti para vaya uno a saber qué cosa. ¿A tener noticias de Sitha? Si ella había decidido quedarse en Dkol nur Shana, la felicitaba por eso. Al menos allí no le ocultarían la mitad de las cosas y la tratarían bien.

—Yo tampoco soy el heredero al trono —dijo y Vintha lo miró, sonriendo—, y mi madre ya se encuentra bien. Iré a hablar con los Tjares y con mi padre.

—¿Lo dices en serio? —Vintha dio un par de pequeños saltos en el lugar, haciendo sonar sus sandalias.

—Tú sabes cuando estoy mintiendo, así que...

—Ve a hacer tus cosas, yo te esperaré aquí.



Vintha sonreía mientras Yásid se marchaba y, ni bien cerró la puerta, suspiró y se dejó caer en la cama.

—Nirek —dijo, y el kanafi salió desde detrás del cortinado.

—Tuve que esforzarme bastante para no reír —dijo, divertido—. Eres una gran actriz, debo decir.

—¿Quieres decirme cómo mierda se me ocurrió meterme con este niño inocente?

—No puedes decir que no te lo dije.

—Lo sé... Ahora vamos a tener que soportarlo hasta Indvhe y también en Indvhe.

—Y luego tendrás que soportarlo en tu aldea en el medio de la nada. —Vintha le arrojó un almohadón y Nirek lo esquivó, riendo—. Bueno, tu padre quiere decapitarme ni bien llegue, así que vas a tener que sufrir al príncipe Yásid tú sola.

—No dejaré que te decapiten, todavía te necesito.

Nirek se subió a la cama y se puso sobre ella. Vintha sonrió.

—¿Acaso te encariñaste conmigo?

—No estoy tan loca, pero coges mucho mejor que el principito.

23 – Mhena e Indra

*Dkol nur Shana
Adheej*

No había más que un puñado de personas dentro del palacio y Mhena caminaba por los pasillos, yendo de un lugar a otro. Quienes la veían, ponían más empeño en sus tareas, porque creían que ella los estaba controlando, pero la yaducare ni les ponía atención. Estaba demasiado nerviosa para hacerlo.

Por un lado, Rajesh se había ido al amanecer con Akram y el dragón a una ciudad que estaba bajo el mando de una yadugari; por otro, Indra y Qhar fueron a «cazar», como dijo el kanafi, a unos soldados douryenses. No sabía por quién de ellos preocuparse más, y se la pasaba pensando en si debía o no enviar a sus ánimas para ver si alguno necesitaba de su ayuda.

Mientras su recorrido la llevaba a la sala del trono, el palacio empezó a oscurecer de forma alarmante, lo que solo podía significar que afuera había problemas y que Qhar estaba intentando de resguardar todas las entradas con sus espíritus. Corrió a la entrada principal para ver qué estaba ocurriendo y el espíritu que cuidaba esa sección del palacio, le impidió salir.

—Hay un espíritu cautivo rondando.

—Déjame salir, tengo que liberarlo.

—¿Alguien más tiene que salir?

—Nadie más.

—Entendido, no dejaré salir a nadie más.

Una brecha se abrió frente a Mhena, y ella salió a la galería de la entrada, tratando de no ponerle demasiada atención al sufrimiento de ese ser que los estaba cuidando.

Salió a la calle y vio que una nube negra revoloteaba sobre su cabeza y se dirigía hacia arriba.

«Madres, abuelas, hijas, tías, hermanas, soy Mhena, última descendiente de Manya, la Dama de las flores. Necesito de su ayuda en estos instantes para liberar a un espíritu que sufre en la esclavitud».

El espíritu negro buscaba ingresar por alguna de las pequeñas ventanas de la torre más alta, pero los de Qhar estaban bloqueando las entradas desde adentro, por lo que era imposible que lo lograra. Sintió una brisa fría a su alrededor y se dio cuenta de que sus ánimas estaban con ella. El sol caía como flechas en medio de un asedio a esa hora, y era algo difícil distinguir a sus ancestros entre tanta claridad.

Les pidió que la ayudaran a subir a la torre por el lado contrario, para así evitar que el espíritu la viera y escapara, y vio, a su vez, como sus ánimas reptaban por las rugosas paredes hasta llegar a la cima. El aire tenía un olor rancio allí.

Mhena envolvió al espíritu cautivo y este se crispó y aulló. Su cuerpo etéreo se volvió rígido y en su superficie se formaron cientos de espinas que buscaban abrir un espacio entre las ánimas para escapar de alguna forma.

—Risda nul dasta... —comenzó a decir, pero sintió la presencia de uno de los espíritus de Qhar—. ¡No! ¿Qué haces?

—Averiguar quién lo envía —respondió el kanafi con la voz deformada por su espíritu.

—Déjalo, le harás daño.

—¿Quién eres? —dijo la extraña voz de Qhar. Su espíritu se abrió paso entre sus ánimas y entró a la esfera. Mhena quería expulsarlo para poder liberar al primero, pero Qhar se lo impedía.

—Si no te largas, liberaré a tu espíritu también —amenazó en vano, puesto que sentía cómo los dos espíritus se movían dentro de su esfera.

—Risda nul dasta. —El espíritu de Qhar se retiró y lo oyó reclamarle—. Risda den fari. —A Mhena no le importaban sus quejas, tenía una misión y, últimamente, estaba dejando pasar demasiadas atrocidades al estar rodeada de cintis oscuros—. Risda jet akro mhas dari... —El espíritu lanzó un aullido tan estridente, que Mhena le pareció que los oídos se le reventarían. Se llevó las manos a las orejas al sentir que algo caía por su mejilla. Se miró los dedos y vio sangre en ellos—. Risda jet akro mhas dari go vire —susurró, aturdida, ignorando el dolor y el malestar.



Qhar e Indra llegaron agitados después de haber corrido desde el otro lado de la ciudad. Encontraron a Mhena inconsciente en la calle, rodeada de sus ánimas. Había un montón de personas alrededor, pero ninguna de ellas la podía tocar. Las ánimas se apartaron cuando Indra se acercó, pero rodearon a Qhar, para mantenerlo alejado.

—Mhena, ¿qué te sucedió? —Mhena tenía sangre cayendo de sus oídos y de su nariz, y no respondía—. Ayúdame a llevarla adentro —dijo mirando a Qhar.

—No puedo, no me dejan —respondió, mientras movía las manos tratando de hacer que las ánimas se apartaran.

Indra se acercó a esas raras columnas de humo blanco y quiso acariciarlas, aunque solo tocaba la nada misma.

—Está bien —dijo con calma—. Qhar solo quiere ayudarla, no le hará daño.

—Trae el mal en la sangre —susurró una voz suave y a Indra se le erizó la piel.

—Es un kanafi, sí, pero quiere ayudar a Mhena. Ella lo acepta, porque está con nosotros, está ayudándonos a que nuestro pueblo sea libre. Ahora tenemos que llevar a Mhena al palacio y yo no puedo levantarla.

—¿Dices que podemos confiar en él para que ponga sus manos sobre la última descendiente de mi linaje?

Indra se sintió apabullada. Quien hablaba era la mismísima Dama de las Flores.

—Confíe en mi palabra, señora Manyá —respondió como pudo. Mhena le había contado bastante sobre ella, aunque recordara la mitad de las cosas, y hablar con alguien tan importante para la historia de los cintis y de Adheej, la hacía sentir más pequeña y más insignificante de lo que ya era.

—Confiaré en ti —dijo el espíritu de la honorable señora, y se retiró para que Qhar pudiera moverse. Indra le agradeció y le hizo una seña al kanafi.

—Gracias por su confianza —dijo Qhar.

—No te quitaré los ojos de encima —respondió el espíritu blanco.

Qhar asintió y se acercó despacio a Mhena, la tomó en brazos y caminó hacia el interior. Le ordenó a los espíritus que se apartaran, estos se disolvieron en el aire y solo quedó uno en la puerta, que se encogió y se agitó cuando las ánimas que seguían a Mhena ingresaron con ellos.

Los sirvientes que esperaban allí, se apresuraron a buscar agua para Mhena y una de las

ánimas se acercó a Indra.

—Tenemos que hacer una infusión para ella —dijo con una voz diferente a la de la Dama de las Flores.

Indra asintió y se dirigió a la cocina, donde un hombre la ayudó a hacer el brebaje según las instrucciones que recibían por parte del espíritu.

La taza temblaba en sus manos cuando regresaba, y varias veces la infusión se derramó por los bordes, porque los efectos del polvo se le estaban yendo y eso le dejaba el cuerpo a la miseria. No quería ponerle atención a su cabeza, porque pronto iba a empezar a pensar en miles de cosas a la vez y eso iba a ser desastroso.

—¿Estás bien? —preguntó Qhar cuando la vio llegar a la habitación donde Mhena descansaba. Indra negó moviendo la cabeza y él se acercó para tomar la taza. Buscó el saco de polvo en su chaleco y se lo ofreció a Indra, pero ella volvió a negar.

—Será peor. Tengo que acostumbrarme.

—Como digas —dijo encogiendo los hombros, y se sentó junto a Mhena para ayudarla a beber.

Entre todas las cosas que le parecían extrañas últimamente, ver a Qhar tratar a Mhena con tanta delicadeza le parecía de lo más raro. Era un tipo de gran tamaño, de aspecto duro y cara de malo, y parecía desentonar en esa situación de cuidado.

«Ya estoy pensando en estupideces» se dijo, pero antes de poder darse cuenta, su mente se fue a Akram y a Rompehuesos que no llegaban y que se habían ido lejos, y que se encontrarían con una yadugari, y que Rajesh era el tipo más odiado de Ásico, y Rompehuesos también, y si lo pensaba, Akram también podía llegar a serlo, y que había un montón de gente con ganas de matarlos a todos.

—Voy a tomar aire —dijo cuando empezó a sudar de más. Caminó hasta el final del pasillo y salió a un patio de luz. Había un banco, elegante y algo chamuscado, y una mesa debajo de la estructura de un toldo, rodeados de un montón de hierbas secas que seguramente en algún momento fueron plantas con flores. El toldo no estaba, por supuesto. O lo quemaron o se lo robaron para usar la tela...

«Tengo que ser útil de alguna forma, tengo que encontrar algo en lo que sea buena, demonios. No puede ser que mi existencia se limite a respirar y ya, no puede ser que no sirva de nada si no aspiro esa mierda».

Le dolía la cabeza y sentía el cuerpo cansado.

—Indra.

Se giró al oír a Akram y se puso de pie.

—Estás bien —sonrió al verlo.

—¿Qué te sucedió? —preguntó, alarmado. Caminó hacia ella y levantó la mano, pero Indra retrocedió para que no la tocara.

—Había soldados de Doury Kasesh en un almacén.

—¿Te hicieron algo?

Indra negó con un gesto.

—¿Cómo les fue? —preguntó, en cambio.

—¿Cómo...? ¿Cómo te sentiste?

Indra se miró los pies, porque no podía decírselo y ver la desilusión en su rostro.

—Le pedí polvo a Qhar —dijo en voz baja.

—Indra... —Akram se sentó—. ¿Por qué lo hiciste? —Su voz se oyó dolida.

—Porque no sé cómo hacerlo de otra forma. No sé cómo calmarme, cómo no desesperarme,

cómo no asustarme...

Akram asintió y se quedó en silencio por un buen rato. Indra se retorció las manos mientras pensaba en que lo próximo que le diría sería que ya no podía soportar más su actitud de mierda, su debilidad, su cobardía, su falta de control, a ella en su totalidad.

—Deberías decirle a Qhar que te enseñe, ¿no? —sonrió—. Vi que lleva armas y si las lleva encima, es porque sabe cómo usarlas.

—Sí que sabe, aunque también lleva polvo encima, Akram.

—Pero sabe cómo usarlo, al parecer, porque nunca lo vi como a ti en estos momentos. No dejas de temblar ni de sudar.

«Si aspirara un poco más, tampoco me encontraría en este estado» se dijo, pero no lo exteriorizó, por si acaso. Lo cierto era que las dosis de Qhar eran mucho menores que las suyas, así que de cierta forma, tenía algo de razón.

—Voy a hablar con Qhar luego, cuando termine con Mhena.

—¿Qué le sucedió?

Indra le contó cómo la encontraron, y lo poco que Qhar dijo mientras ayudaba a Mhena y Akram, a pedido de Indra, le habló del encuentro con la yadugari, que la mujer había guardado todo el oro de la ciudad, que habían traído un poco y habían repartido otro tanto, que tenía una aprendiz, y que la gente recibió bien a Rajesh.

—Las cosas están empezando a acomodarse —dijo, cuando terminó, con una sonrisa.

—Mhena ya despertó —dijo Rajesh, que se asomaba en la entrada al jardín—, y Qhar quiere hablar con nosotros.

Lo siguieron a la habitación de Mhena; la yadugari se veía pálida y triste. Su perro estaba acostado junto a ella y gruñó cuando Indra ingresó. A Indra le hubiera gustado agarrarlo de las orejas y tirarlo a la calle.

—Calla, Bitzan —murmuró Mhena.

—Ya puedes hablar —dijo Rajesh y Qhar se puso de pie.

—La Tjarina Navila está viva.

Mhena se sentó de repente y Bitzan se quejó, Indra sintió que el piso se le desvanecía bajo los pies, Rajesh palideció y Akram apretó los puños.

—¿Cómo que está viva? —preguntó Akram y Qhar les contó que la había visto por medio de su espíritu, antes de que Mhena interviniera.

—Mataron a la kanafi que lo usaba —dijo Mhena y su voz sonaba fatal. Triste, como si algo en el cuerpo le doliera demasiado—. El príncipe Yásid le cortó una mano primero y la decapitó después.

—¿Pudiste liberar al espíritu? —preguntó Rajesh y Mhena asintió.

—¿Y ahora? —preguntó Indra.

Decir que tenía miedo, era poco, porque estaba aterrada. Por su mente pasaron las imágenes de cuando vio a los soldados de Hienza cargar contra los de Doury Kasesh, los gritos de dolor, el olor de la sangre y del miedo, su propio miedo, el nerviosismo, la incertidumbre. Los soldados de Hienza regresarían, la Tjarina sin dudas debía estar enfurecida con todos ellos, y querría exterminarlos. Tenía todas las posibilidades de lograrlo. Mataría a Akram, a Rompehuesos, a Mhena, a Rajesh, a ella misma. Todos. Todos los prury despanzurrados en las calles, las ratas comiendo sus cadáveres, los huérfanos deambulando en las calles, entre muerte y dolor, entre llantos, soledad y desesperación. Tal vez esclavizaban a los pequeños, o los vendían, o los usaban para los rituales de los cintis. Tal vez les abrían los vientres como a sus padres. Antes que a sus padres. O después.

—Indra. —Akram le tomó las manos e Indra gritó, asustada.

Lo golpeó, lo empujó y corrió, porque no sabía qué hacer. Alguien fue tras ella. Oía pasos. ¿Soldados? Tal vez soldados. Seguro que eran soldados. Indra seguía escapando.

—¿Qué tienes? —La voz de Rompehuesos la sacó un poco de su desesperación e Indra corrió hacia él—. Hueles a miedo, ¿quién fue?

Indra se abrazó a una de sus patas.

—¿Qué le hiciste? —rugió y sus alas la envolvieron de inmediato. Indra no quería despegar su rostro de las escamas rugosas del dragón para ver quién corrió tras ella.

—Nada —respondió Akram e Indra cerró los ojos al darse cuenta de lo que había hecho—. Empezó a lastimarse los brazos y luego corrió.

—Perdón —dijo Indra al oír su voz—. Me asusté, Akram no hizo nada.

—¿Por qué la asustaste? —gruñó.

—Él no fue. La Tjarina está viva, dragoncito.

Rompehuesos plegó sus alas y se sentó.

—Entonces no la maté. —Se oía asombrado y confundido. Indra soltó su pata y retrocedió para verlo.

—Y va a querer matarnos. —Rompehuesos bajó la cabeza hasta ponerla a su altura, y ella le acarició el hocico—. Tenemos que irnos.

—¿A dónde? —preguntó Akram.

—No vamos a irnos. Vamos a quedarnos aquí y si regresa volveré a matarla, todas las veces que sean necesarias.

—No se va a morir, dragoncito.

—Todos mueren en algún momento, humana. Todos, aunque sea un puto dios.

—Como el dios muerto —murmuró Akram.

—¿De qué hablas?

Akram se acercó con cautela y, como Rompehuesos no hizo ningún movimiento para mantenerlo alejado, se sentó cerca de ellos, en el suelo.

—Sabemos que solo un Tjar o un heredero elegido por los dioses puede matar a otro Tjar, pero hay otra opción para hacerlo. Resucitar al dios muerto.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Indra—. Ahora tenemos dos Tjares enojados con nosotros.

—Por medio de un ritual que deben realizar tres kanafi, dos paraki y un yadugari.

—Falta un kanafi y un paraki —dijo el dragón.

—¿Qué? —preguntó Indra.

—Qhar y Akram, una de las gemelas y la señora Bherna. Faltan solo dos cintis.

—No es tan sencillo. Todos tienen que estar de acuerdo para hacerlo y es algo horrible. Además de los sacrificios, que no voy a mencionar, una persona debe dar su consentimiento para morir por Yakyur, el dios muerto, y otra para ofrecerle su cuerpo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Indra.

—Que una de esas personas morirá para despertar la voluntad del dios, y la otra tiene que estar dispuesta a morir para ser la memoria del dios, tiene que ofrecer su cuerpo y su mente para que Yakyur se aloje allí y controle sus movimientos, sus pensamientos, su vida entera, si es que vuelve a vivir.

—¿Cualquier persona?

—La voluntad lo es todo, Indra —dijo Akram—. No cualquier persona está dispuesta a morir para resucitar a un dios. No hay para ellos oro ni poder, no hay futuro, ni siquiera la

promesa de volver a ser quien antes se era. La persona que quiera sacrificarse, debe ser consciente de que una de las posibilidades es no volver a la vida y que sea solo el dios quien resucite en su cuerpo, y lo usará a su entera voluntad y hasta que ya no quiera hacerlo.

—No comprendo —dijo Rompehuesos.

—¿Qué parte?

—La de la persona que va a alojar el dios. ¿Se muere o no?

—Esa persona morirá en manos del yadugari y puede resucitar junto al dios, si tiene la inmensa voluntad de hacerlo. El dios compartirá con esa persona todo su pasado, sus poderes, su sabiduría, pero también su resentimiento y su deseo de venganza, puesto que fue asesinado a traición.

—Estará molesto, entonces... —murmuró Indra.

—Por supuesto.

—¿Alguna vez lo resucitaron antes? —preguntó Rompehuesos.

—Sí, y cuando lo hicieron, el desierto consumió la mayor parte de Ásico.

—¿Por eso hay tantas ruinas en Cingze? —preguntó Rajesh, que estuvo escuchando en silencio hasta ese momento. Indra ni siquiera se había dado cuenta de que estaba allí.

—Así es —respondió Akram—. Las sequías volvieron todo un desierto.

—Lo despertaron en Cingze, ¿verdad? —preguntó Rompehuesos y Akram asintió.

—¿Y cómo se lo vuelve a matar? —preguntó Indra.

—Solo quien lo lleve dentro puede hacerlo.

—¿Quitándose su propia vida?

—No, renunciando a todo lo que Yakyur le dio y aceptando que no es más que un ser humano.

—Dijiste que no había nada para quien decidiera sacrificarse por ese dios.

—No hay promesas de ninguna clase porque existe la posibilidad de la muerte definitiva, pero quien tenga al dios dentro, tendrá el poder suficiente como para matar a un Tjar, ¿no? Si puede matar a un Tjar, podrá hacer muchas otras cosas más.

—¿Y si la persona no resucita? —quiso saber Rajesh.

—El dios seguirá aquí hasta que se aburra de hacerlo.

Rajesh asintió y el silencio los acompañó por unos momentos.

—¿Y para qué quieren resucitar a un dios, después de todo? Me perdí esa parte.

—Para matar a un Tjar... A dos, mejor dicho —respondió Indra.

—Estamos rodeados por Tjares que quieren sumir aún más en la ruina a Adheej —agregó Akram.

—Y, perdón que lo diga, no creo que tú tengas demasiadas oportunidades de matar a uno de ellos —continuó Indra.

—No tengo ninguna oportunidad, para ser sinceros...

—Necesitamos resucitar a ese dios —dijo Rompehuesos y Rajesh asintió.

—¿Y Mhena? —preguntó Indra.

—Todavía está conmocionada. Qhar se quedó con ella.

—Me refiero a todo esto, ¿qué va a decir al respecto?

—Será mejor que no lo sepa —respondió Akram—. Su misión es liberar espíritus esclavos y tratar de arreglar lo que nosotros corrompemos. Se sentirá en la obligación de apartar la mirada, pero sufrirá muchísimo más de lo que podemos llegar a imaginar porque... traeremos a un dios del reino de los muertos.



Barzy
Hienza

—No puedes irte.

Yásid apretó los puños.

—¿Por qué? ¿Acaso ahora soy un prisionero en mi propio hogar?

—Hienza y Doury Kasesh atacaremos Dkol nur Shana y no quiero que te encuentren en el camino y vuelvan a capturarte.

—Su Majestad, iremos por El Paso de la Muerte, y saldremos directo a territorio de mi padre —dijo Vintha, en un intento por ayudar—. Además Nirek, mi kanafi, irá con nosotros.

—Dije que no. Ninguno de ustedes dejará Barzy hasta que el Tjar Rajesh esté muerto y el dragón bajo las órdenes del Tjar Rizwan.

—No pueden obligar a un dragón a...

—Claro que podemos, y lo haremos, Yásid. Le di mi palabra al Tjar Rizwan de que regresaría a él, y por los huesos de mi madre que lo voy a cumplir—¡No es justo! Nada de lo que quieres hacer lo es, madre. El pueblo de Adheej sufrió demasiado como para que se ensañen de esa forma con ellos.

—¡Me mataron, Yásid! Mataron a Sitha, o la tienen prisionera, Burya y Shas están muertos, ¿acaso crees que eso se puede quedar así?

—Lo que ocurrió con Burya y Shas no fue su culpa y lo sabes.

—¿No? Gracias a esa chica y al dragón ellos están muertos, y de no haber sido por ellos, nosotros no estaríamos metidos en este lío.

—Pues me parece que es el momento perfecto para que ya dejes de hacer más problemas. Déjalos en paz, olvídalos, ignóralos, como hiciste por casi veinte años, y todos seguiremos vivos.

—No sabes lo que es traspasar las puertas de los reinos y deambular por el reino de los muertos, Yásid, no me pidas que lo olvide.

Yásid tomó una gran bocanada de aire y estaba por soltar un montón de insultos y todos los reproches que tenía guardados cuando Vintha le tomó la mano.

—Podemos esperar, mi padre lo comprenderá.

—¿Esperar? ¿A qué? ¿A cruzar por el cementerio de Dkol nur Shana de camino a Indvhe? ¿O esperar a que el dragón esté aún más molesto con nosotros? Si llega a sucederle algo a Indra, no va a haber lugar dónde esconderse de él.

—Es suficiente, Yásid. Permanecerán en Barzy hasta que hayamos regresado y esa es mi última palabra.

—Ya soy adulto y puedo tomar mis propias decisiones, madre.

La Tjarina rio.

—¿Sí? Tus decisiones nos pusieron en la situación en la que nos encontramos. Si hubieras dejado que Indra y el dragón solucionaran sus problemas por sí solos, nosotros seguiríamos estando en paz.

—Y Adheej seguiría siendo un pueblo esclavo. Estoy orgulloso...

—Yásid —susurró Vintha.

—Escucha a Vintha y sé prudente. Eres mi hijo, pero no mi primer heredero. Si quieres seguir en libertad, cierra la puta boca y obedece, o me veré en la obligación de enviarlos a los calabozos.

—Vinha no tiene nada que ver.

—Retírense, antes de que mi paciencia se acabe y terminen el día encadenados a una pared.

24 – Bherna y Azhar

*Manai
Adheej*

La señora Bherna se aburrió de no poder dormir, por lo que dejó la cama y salió a la noche, para ver si el aire fresco le ayudaba a conciliar el sueño. No podía decir que eso funcionara, porque rara vez lo hacía, pero era mejor que seguir dando vueltas y vueltas. Además, con la cabeza vacía, porque cada pensamiento que pretendía comenzar para resolver algún asunto, se le escapaba como las arenas del tiempo. Su mente parecía volverse inútil para esas cosas en los momentos de desvelo.

Uno de sus perros la acompañó y se sentó a su lado cuando la señora Bherna se detuvo en mitad del jardín. Levantó la vista hacia el cielo, negro y salpicado con algunos destellos parpadeantes, y sonrió un poco, antes de que su cabeza volviera a perderse entre fantasmas. A veces eso era útil, pero muchas veces no. No cuando sus pensamientos la llevaban hasta el día en que decidió ser una cinti. Su mente decidió que ese era un buen momento para recordarle qué había sucedido en los días previos y los músculos se le tensaron. El perro que estaba a su lado le tocó la pierna con el hocico y gimoteó un poco, y la señora Bherna lo apartó de una patada.

El perro se quejó y se alejó de ella.

La señora Bherna lo miró y los ojos se le empañaron un poco.

«¿Por qué ella no se fue al primer golpe? ¿Por qué carajos no pude controlarme? ¿Por qué no puedo hacerlo todavía?»

Cuando se dio cuenta de lo que hacía, ya estaba regresando del pozo con un balde lleno de agua. Entró a la casa, caminó hasta la habitación donde Baddi dormía y se detuvo en la puerta. Entró sigilosamente y se acucilló a su lado.

La estúpida dormía.

—Tú y yo somos bastante parecidas —susurró, pero Baddi no se inmutó.

La señora Bherna se incorporó y le arrojó todo el agua encima y, esta vez, por supuesto que la muy perra reaccionó.

Susto, asombro, sorpresa.

—¿Qué...? ¿Qué...?

La señora Bherna le arrojó el balde, y este le pegó en el brazo que ella usó para cubrirse.

—Levántate.

—Por supuesto que me voy a levantar, estoy empapada —se quejó.

—No me hables en ese tono, basura douryense —dijo y le asestó un rodillazo en la boca. Baddi se cubrió con las manos, y la señora Bherna le dio un par de golpes más—. Levántate.

La tomó del cabello y la arrastró por la habitación, por el largo pasillo, por el salón, por el jardín. La soltó y le pateó el trasero.

—Ponte de pie.

Baddi obedeció, y se incorporó como pudo.

—¿A dónde vamos? —murmuró mientras comenzaba a caminar delante.

—A que hagas tu primer pacto con el dios de los yadugari. Todo lo que hagas después de eso, será parte de tu entrenamiento.

Baddi se detuvo y se dio vuelta para mirarla. Se la veía furiosa.

—¿Y qué estuvo haciendo conmigo hasta ahora? —preguntó apretando los dientes.

—Sacando un poco de la mierda que llevo adentro. ¡Camina! —exclamó y volvió a golpearla antes de que se le revelara y decidiera marcharse. No la dejaría marcharse.

La llevó a los empujones hacia las afueras. Baddi quiso huir un par de veces, pero no se podía huir de los espíritus y estos la obligaron a caminar. La aprendiz empezó a llorar y a maldecir cuando vio que entraban a una zona llena de borrachos que les gritaban obscenidades. Sin embargo, los espíritus no la soltaron.

Entraron a uno de los antiguos almacenes, que en esos momentos cumplía la función de prostíbulo, y la señora Bherna se acercó a la mesa donde estaba la dueña.

—Traigo mercancía fresca —dijo e hizo un gesto hacia donde estaba Baddi.

—¿Cuánto quieres por ella?

—La traigo por esta noche, nada más.

—Quieres ver, ¿no? —La señora Bherna asintió—. Bien, acompáñame. —La mujer se levantó y la señora Bherna la siguió—. ¿Cuántos crees que aguante?

—No lo sé... —se encogió de hombros—. Cinco o seis, tal vez.

—Flojita...

—Era una señora de las refinadas, pero quiere ser yadugari.

—No mates a nadie, Bherna.

—Trataré de no hacerlo. De todos modos, si frecuentan este lugar, no creo que sean muy útiles para la ciudad.

—Da igual, son mis clientes.

—Por ahora... No sabemos si el Tjar Rajesh va a aceptar que negocios como el tuyo continúen funcionando.

La mujer se detuvo frente a una puerta y puso la mano en el picaporte.

—Con más razón los necesito vivos ahora, para no morir de hambre si las leyes cambian.

—Me aseguraré de darte un trabajo digno.

—Eso si sigues a cargo de Manai, Bherna —sonrió antes de abrir—. Largo de aquí, necesito el cuarto.

Una mujer y un hombre salieron con las prendas en las manos y la mujer le dio una nalgada al tipo.

—Te devolveré tu dinero, encanto.

—Dile que se quede —dijo la señora Bherna.

—¿Este? Tiene un lindo culo, pero no le da el cuero para pagar por una douryense nueva.

—No te pongas exigente con los precios, quiero que la usen.

—Mi negocio, mis reglas.

La señora Bherna asintió.

—Como digas... Pero quiero que la usen.

—Quieres usarlos, mejor dicho. Si voy a poner a mis clientes en riesgo, tengo que tomar recaudos.

—Nunca te lo pregunté, pero... ¿Qué haces cuando te reclaman?

—Tengo muchachas que pueden compensar lo que sea que hagas. Aun así, solo un par se han quejado. Van tan drogados o borrachos que no saben qué carajos les ocurre, y no voy a preguntar qué sucede ahí dentro —dijo antes de marcharse.

La señora Bherna se preguntó si las mujeres que trabajaban allí eran tan libres como para disfrutar de lo que hacían, o si estaban obligadas a fingir que lo hacían.

—¿Qué va a hacer conmigo? —sollozó Baddi.

—Tienes que darle un hijo al dios Yaskha.

—¿Qué?

—Lo que oyes —respondió, y abrió su bolso para buscar un saco con polvo de estrellas—. No puedes pretender ser una cinti y no darle nada a cambio.

—No quiero hacer eso.

—Tú me aseguraste que querías ser una cinti, le dijiste al Tjar Rajesh que querías continuar, el señor Akram te lo preguntó también, y estuviste de acuerdo en quedarte. Tuviste la oportunidad de marcharte, pero no lo hiciste. Ahora no puedes escapar.

—Por favor, déjeme ir. Le pagaré lo que me pida.

—Si quiero algo, lo tomo. No tienes nada que desee. —Sujetó una de las manos de Baddi y cortó su palma. Ignoró sus quejas y promesas, y estrujó la mano para que unas cuantas gotas cayeran dentro del saco. Cuando estuvo conforme, mezcló todo y abrió el saco con su cuchillo, teniendo cuidado de no derramar nada—. Abre la boca.

Baddi se negó y cerró la boca con fuerza, pero hizo que los espíritus la obligaran a abrirla. Un dedo negro se metió entre sus labios y, luego, entre sus dientes, para que no pudiera cerrarla. La señora Bherna puso la mezcla sobre su lengua.

—Traga —ordenó, cerrándole la boca con ambas manos. Baddi luchó y se resistió, y la señora Bherna le tapó las fosas nasales para obligarla a tragar—. Convengamos que te gusta que te obliguen a hacer las cosas, ¿eh...? Era más simple si hacías lo que te pedía.

Baddi tosió, entre lágrimas, y parecía que iba a devolver todo en cualquier momento.

—Si vomitas, te lo comerás de todas formas, como salga, y de donde caiga. —Baddi tosió otra vez—. El piso no se ve muy limpio, así que cierra la puta boca y retén eso dentro como puedas.

La puerta se abrió de golpe y entró un hombre un poco borracho y un poco desaliñado. Baddi se quedó paralizada. El sujeto puso sus ojos en la aprendiz de inmediato, y ni siquiera se dio cuenta de que la señora Bherna estaba allí, por lo que retrocedió despacio, mientras él se acercaba a Baddi.

Sacó uno de sus huesos, trajo al espíritu del reino de los muertos y lo obligó a tomar posesión del cuerpo del hombre. La señora Bherna se tomó unos instantes para poder controlar y adecuarse a los pensamientos y los impulsos del sujeto y los del espíritu que servía de medio.

Baddi reaccionó cuando el hombre le arrancó la túnica de un tirón. Retrocedió y cayó en la cama y esperaron, espíritu, hombre y yadugari, mientras la veían cubrir inútilmente su desnudez, hasta que la droga hizo efecto. La aprendiz quedó mal acostada y algo adormecida en la precaria cama y el hombre se desvistió.



*Indvhe
Doury Kasesh*

Azhar llegó a la capital a media tarde. Había encontrado a quienes el Tjar envió por ella hacía dos días y todavía no podía quitarse el agotamiento. No quería pensar en el dolor que le causaba

que Ysha no estuviera físicamente a su lado. Llevaba su hueso en su bolso y podía hablarle en algunos momentos, pero no era lo mismo. No estaba allí para cuidarla, aconsejarla o, simplemente, acompañarla. Una parte de ella murió esa noche, también, y no era ningún consuelo saber que su muerte no fue en vano.

Sí, desde que hablaron con el Tjar Galadh por primera vez, fueron conscientes de que la posibilidad de perder la vida estaba allí, rondando entre sus pasos, pero Azhar nunca creyó que esa posibilidad se haría realidad alguna vez. Ambas pensaron que morirían juntas, viejas, viendo la bandera de Adheej ondear en todos los hogares, sabiendo que habían hecho todo lo posible para que su pueblo fuera libre otra vez, con una familia a su alrededor, tal vez, si la vida les daba la seguridad y el tiempo necesario para eso.

Las arrancaron de su hogar cuando eran tan pequeñas, que ni siquiera recordaban a su madre. O tal vez olvidaron su rostro solo porque las injusticias con las que se cruzaron las obligaron a ello.

Que fueran idénticas fue tanto una maldición como una gran suerte. No las habían separado ni un solo día, pero tampoco en las noches, y las atrocidades que enfrentaron desde pequeñas, no se las deseaba ni al peor de sus enemigos. Ambas fueron testigos de la desgracia de la otra y, a su vez, consuelo en las pesadillas, en los llantos, en los deseos de acabar con todo de una vez. Fueron vendidas, usadas, maltratadas y, cuando parecía que las cosas no podrían ser peores, alcanzaron la edad en que se puede comenzar entrenar a una paraki.

«Ese fue el peor error que pudieron cometer» pensó mientras caminaba por el pasillo que conducía a la sala del trono.

La puerta se abrió a su paso y el Tjar despidió a todos quienes estaban allí, incluido su vocero, que lo miró estupefacto hasta que el Tjar se puso de pie y le gritó en la cara que se marchara de una vez.

Azhar también estaba sorprendida por eso; nunca había oído la voz del Tjar.

—Acompáñame —le dijo, con más calma, y caminó hacia una puerta lateral que los llevó a una sala pequeña y acogedora—. Toma asiento, por favor.

—Su Majestad, no es necesario.

—Puedo ver el dolor por tu pérdida en cada uno de tus gestos, Ysha.

—Azhar, su Majestad.

—Perdón, Azhar. —El Tjar le indicó un sillón frente a él, y Azhar se sentó. No era correcto sentarse frente al Tjar, pero tampoco sabía qué tan bueno sería contradecirlo—. Cuéntame qué sucedió.

Y Azhar habló hasta que la noche comenzó a robarle las luces al día. De la batalla, del dragón, del príncipe Rajesh, de Akram, de la muerte de Ysha.

—Sé que Ysha significaba mucho para ti.

—Era todo lo que tenía, mi señor —dijo en voz baja.

—Lo sé, por eso ya comencé a preparar todo para invadir Dkol nur Shana y vengar la muerte de Ysha.

Azhar sintió que le dolía el pecho. Hubiera querido fingir su malestar y su tristeza, pero no estaba haciéndolo. El Tjar Rizwan era el culpable de todo lo que les ocurrió a lo largo de su vida, pero también era correcto admitir que, personalmente, nunca las trató mal.

—Gracias —susurró. Los ojos se le inundaron y los limpió con la mayor discreción posible. El Tjar se acercó y se arrodilló frente a ella. Azhar se alarmó y se puso de pie, pero él le tomó la mano y la hizo sentar otra vez.

—Eran una sola persona —dijo sin soltarla—, y fueron las cinti más leales que alguna vez

tuve el placer de conocer. Si a mí me duele que la hayan asesinado, no me quiero imaginar lo que es para ti pasar por esto.

Se sentía ahogada. Asfixiada. No podía agradecerle como se esperaba que lo hiciera, porque tenía las palabras atoradas en medio de la garganta, en su pecho. El dolor le había arrebatado la voz y la compostura, y las manos del Tjar... Las manos del Tjar acariciaron sus manos, sus brazos, sus hombros.

Azhar se quedó quieta. ¿Qué demonios quería? Bueno, no había que ser muy inteligente. Ya lo sabía. Sabía reconocer la lujuria en la mirada de los hombres, su hermana y ella estuvieron expuestas a eso desde que se las llevaron de su hogar.

Los dedos del Tjar rozaron su cuello.

—Su Majestad, no creo que esto sea apropiado.

—Sí que lo es —murmuró, y sus dedos subieron a su mentón y luego a sus labios.

Se arrepintió de haber pensado que él había sido el más respetuoso de todos. Nunca fue respeto, solo fue temor a sus dioses, pero si algo habían aprendido, era cómo ser más deseable, cómo rechazarlos solo para luego ceder, para que su estúpido egocentrismo estuviera creído de que eran irresistibles.

Jugar ese juego se le daba bien.

Azhar entrecerró los ojos y suspiró, como si de verdad estuviera disfrutando de su atención, pero retomó la compostura sorprendentemente y se puso de pie.

—Perdón, su Majestad —dijo mientras retrocedía, sin quitar los ojos del piso.

—Ven —dijo el Tjar sin moverse de donde estaba.

—No quise ofender a sus esposas ni a sus hijos con mi actitud, pero usted...

—Ven —suplicó.

Le estaba rogando... Azhar sonrió por dentro.

—Ofenderé a los dioses si me acerco a usted, porque...

—Ven. —Esta vez hubo un poco de impaciencia, un atisbo de autoridad. Azhar hizo un paso, dudando, antes de perder el control sobre él.

—Usted no sabe cuánto deseé que alguna vez... me viera —dijo en voz baja.

Supo reconocer el momento exacto en que algo en él cambió. Esa seguridad que cualquier hombre de poder podría tener sobre una de sus esclavas, se rompió en mil pedazos.

—¿Por qué?

Que lo preguntara la desconcertó al punto de no saber qué responder. Lo miró y se veía como a un jovencito sin ninguna clase de experiencia en la vida, con una inocencia tan sorprendente que Azhar se quedó paralizada. En ese momento el Tjar debería haberla tomado en un arrebato de confianza desmedida, con toda su seguridad repuesta, pero no.

—Todos lo ven como alguien inaccesible —dijo, tratando de encontrar un puñado de palabras que causaran un buen efecto—, pero yo veo más allá del poder que posee. Veo a un hombre que siente, que piensa...

Pasó a ser un hombre derrotado en unos instantes y Azhar estaba cada vez más confundida.

—Vintha —susurró y Azhar recordó que en su conversación en el desierto mencionó que su hija no quería regresar a Indvhe.

—¿Quiere decirme qué sucedió con ella? —preguntó ocultando su impaciencia. Lo ayudó a sentarse donde antes estaba, y él le indicó que se quedara a su lado.

—Se enamoró del príncipe de Hienza, o algo así —dijo el Tjar, y comenzó a recordar la infancia de su bastarda, con la voz débil, con una que otra risa desganada. Azhar asentía y hacía algún comentario de cuando en cuando, una sonrisa, una exclamación de sorpresa, una pregunta

que demostrara que lo estaba escuchando con atención...

No había nada peor que ser la mujer que los hombres solos, y que no le interesan a nadie, usan como paño de lágrimas. Seguro obtendría información valiosa de ello, pero lo detestaba más que coger con un infeliz por el que no sentía nada más que repulsión. Fingir estar interesada y ser compasiva era un trabajo de días, semanas, meses, tal vez. Una cogida no duraba más que unos pocos minutos. A veces ni eso. Sin conversaciones ridículas, sin tener que fabricar palabras amables que no salían de ningún lado. Fingir con un hombre arriba era una cosa, pero cuando estaba al lado, otra completamente diferente.

—Oí muchas veces decir que los hijos son de la vida, no de sus padres, su Majestad. Si Vintha regresa, demuéstrole su apoyo, porque de otra forma se alejará de usted. No solo físicamente, sino también se alejará de aquí. —Azhar hizo una movida arriesgada y puso su mano en el pecho del Tjar. No era el momento para seducirlo, pero quería acabar con toda esa mierda cuanto antes. Él le miró la mano y Azhar la retiró—. Perdón, mi señor.

Quiso incorporarse para poner algo de distancia, pero él la detuvo, tomó su mano y volvió a ponerla en su pecho.

—Gracias por escucharme.

—¿Qué más le puedo pedir a los dioses, que estar a su lado cuando necesita consuelo? —sonrió, aunque se arrepintió de haberlo dicho. ¿Consuelo? Podría tomarlo como una ofensa terrible, cómo un insulto. «Es un maldito Tjar, no un mercader con dinero». Azhar se arrojó sobre él para besarlo. No tenía salida. Todo era confuso con él, no podía predecir lo que haría, pero tenía que intentarlo.

No la rechazó, por suerte, y sus manos se posaron, con mucho cuidado, una en su rodilla y la otra en su nuca.

«Mierda». Tenía que pensar en algo urgente. Algo que la excitara, o alguien, mejor dicho, porque el Tjar no le movía nada. Sus labios eran demasiado blandos, su piel extraña, demasiado suave. «¡Mierda!». Era como besar a una mujer y nunca la gustaron las mujeres. Ysha siempre fue más flexible en ese sentido.

«¡Concéntrate!» ¿Qué hombres había visto últimamente? En Indvhe todos le causaban asco. ¿Quién más? ¡El Tjar Galadh! No, parecía una mujer de tan delicado que era, y su piel era tan clara, que parecía un muerto, no.

«¡Mierda!» La mano del Tjar comenzó a subir por su muslo.

¿Qhar? No, era como su hermano.

No faltaría mucho para que el Tjar subiera su túnica, por Vari.

¡Akram! Sí, los kanafi siempre le gustaron. Las manchas azules en su espalda y en sus manos... Pero no pudo imaginarlo de otra forma, era casi un crío. Seguro que ella ya era una paraki cuando él hizo su primer hechizo.

Pero podía ser algún kanafi, sí. Un kanafi cualquiera, moldeado a su voluntad, apenas más alto que ella, con la espalda ancha y los músculos del torso bien marcados por el uso de la espada. Los labios... Por Vari, qué difícil se le hacía imaginar unos labios diferentes en ese momento. Trató de recordar otros labios, unos que si le hubieran gustado... Nada, no había nada. ¡Manos! Unas manos rudas, que conocieran el trabajo, que supieran tomarla con cierta firmeza. ¡Diosa querida! Las manos del Tjar parecían las de una dama de la corte. Débiles, delicadas, más suaves que las de ella. ¡Qué puto asco!

Azhar se quejó por la incomodidad, pero él creyó que era todo lo contrario, lo que dio lugar a que se tomara el atrevimiento de mover su mano de nuevo hasta su rodilla para buscar el ruedo de la túnica.

«No, maldición». Pensó en una espalda, de piel cobriza manchada de azul por los hechizos, pensó en un cuerpo firme y musculoso de alguien de su raza. Los douryenses, de piel muy oscura, y a veces hasta brillante, le causaban tanto rechazo como los de piel blanca. Además, odiaba a los douryenses por todo lo que hicieron y todo lo que significaban para su pueblo. Sin embargo, se aventuró a tocar a quien tenía casi sobre ella, porque no podía fingir que estaba a gusto si no lo hacía. Debajo de su traje había algo de músculos y eso hizo que el momento fuera menos malo. Pensó que sería un grasoso sujeto con las carnes blandas, pero le agradeció a Vari por haberse equivocado. A pesar de la repulsión que sentía, tomó una de las manos del Tjar, que se encontraba cerca de su trasero, y la guió hacia su entrepierna.

«Por Vari, que sea la última vez que tengo que hacer esto».

Sin embargo, sabía que no sería la última vez.



Azhar corrió a su cuarto ni bien pudo. Tenía algo más poderoso que la sangre del Tjar dentro de ella y debía conservarlo, porque sabía que lo necesitaría en algún momento. Si Akram no quería resucitar al dios muerto, lo hechizarían de alguna forma. Decían que eso tampoco funcionaba con los Tjares, pero nadie nunca tuvo los huevos para intentarlo, o los mismos Tjares se encargaron de difundir ese rumor para evitarse el problema. No lo sabía, pero tendría con qué empezar.

Azhar llegó a su habitación, se desnudó, tomó un frasco y lo puso entre sus piernas. Trató de relajar los músculos lo más posible y esperó hasta que el líquido blanquecino se deslizó desde de su interior. Tapó el frasco y lo ocultó en su gabinete, bajo llave.

Luego se sacó las pulseras y los collares y entró a la tina. Necesitaba bañarse con agua bien caliente para quitarse las horribles sensaciones que se habían impregnado en su piel.

25 – Rompehuesos y Dkol nur Shana

Dkol nur Shana
Adheej

El fénix llegó al palacio después de nueve días. Rajesh se puso feliz y parecía que desbordaba colores y luces, aunque los humanos no hicieran eso. Pensó que se prendería fuego cuando se acercó al pajarraco, pero al parecer Rajesh era inmune al fuego. Le pareció que se abrazaron, pero el fénix también estaba contento y él sí que irradió luces y chispas, y la fuerza de su luz no dejó que Rompehuesos viera qué hacían.

Indra también lo abrazaba después de estar separados por un rato y Rompehuesos la buscó con la vista. Vio que la cría humana también sonreía, pero lo estaba mirando a él y no pudo evitar que se le escaparan un montón de chispas de satisfacción.

—Hace mucho que no estamos los dos solos —dijo después de acariciar su hocico—. ¿Qué tal si vamos a dar un paseo? El fénix ya regresó...

Sí, la verdad era que extrañaba el desierto y el silencio interrumpido por las quejas sin sentido de Indra.

—Monta.

—¿Ya fueron por el río? —preguntó el pajarraco y Rompehuesos gruñó, disconforme.

—Estuvieron sin río por años, no los matará un día más.

—No hables así —lo regañó la cría humana y él volvió a gruñir.

—No todavía —dijo Rajesh—. Hay tantas cosas por las que ocuparse, que lo hemos ido postergando cada día.

—Tenemos que hacerlo, Rompehuesos. Podrán irse luego.

—Él tiene razón —dijo Indra, buscando calmarlo—. Necesitamos el agua y nosotros los humanos tardaríamos mucho en ir hasta allá y encontrar dónde está el desvío, sin mencionar que quizás no podamos destruir lo que hayan puesto para bloquearlo.

Rompehuesos bufó, pero la cría tenía razón.

—Iremos.

—Gracias, Rompehuesos —sonrió Rajesh—, tu nombre será record...

Rompehuesos saltó hacia el cielo, impaciente, y los tapó de polvillo. No quería que su nombre fuera recordado, ni tallado en piedra, ni cantado por nadie. Quería ir de nuevo al desierto a tomar el sol y escuchar el viento, conversar con Indra, o hacerla enojar un poco, quería ir a cazar ciervos y buscar un oasis para bañarse y ver a Indra jugar en el agua como si fuera una niña.

Sí, debía ir a buscar el río, para que todos los habitantes de Dkol nur Shana también pudieran hacerlo, para que los jardines se llenaran de flores, para que las cosechas crecieran algún día, si podían vencer la cruda aridez del desierto.

El fénix lo alcanzó antes de que salieran de los límites de la ciudad y siguieron el miserable hilo de agua que era el río para que los llevara hasta donde estaba el desvío.

Rompehuesos no se imaginó que el desierto de Larha podía ser tan diferente al de Dunayar.

El de Dunayar, donde había estado desde que dejó la cueva con la cría humana, era solo arena, inmensas extensiones de arena dorada y solo de vez en cuando alguna formación rocosa, pero el desierto de Larha era todo roca y desniveles, donde crecían arbustos grises y pastos de iguales tonos. Había unos profundos desfiladeros, que serpenteaban hasta vaya uno a saber dónde, y vio unas cuantas aldeas en ruinas a lo largo del recorrido.

Para su suerte, no estuvieron demasiado tiempo en el aire y vieron que el atasco estaba en una cascada. Rompehuesos nunca había visto una cascada, pero el fénix lo dijo y él aprendió el nombre. Por un lado, era una columna espumosa que caía desde lo más alto de las rocas hacia un profundo río bordeado de rocas. Del otro lado del atasco, era apenas un miserable chorrito.

«Yo meo más que eso» pensó indignado.

Rompehuesos batió las alas y subió hasta lo más alto de las rocas, donde se encontró con una represa de rocas que permitían que solo una muy pequeña fracción de todo su caudal descendiera hacia donde estaba el río original. El dragón tomó una roca entre las garras y la arrojó hacia un lado... La tarea le llevaría mucho tiempo, porque las rocas eran grandes y pesadas, y el agua corriendo a tanta velocidad hacía que se mareara.

—¡Espera! —dijo el fénix—. Aterrizas en la orilla, yo lo haré.

Rompehuesos rio. Sus garras eran del tamaño de una mano humana, pero lo mismo le dejó lugar, por si se enojaba y quería reventarle la cabeza o algo así.

El fénix permanecía sobre el río, moviendo las alas con suavidad, como si no necesitara siquiera aletear para mantenerse en el aire. Abrió el pico y de él salió un graznido tan agudo que casi le revienta algo adentro. En la cabeza, en la barriga, en todos lados. El aire comenzó a ondear, como el agua en calma solía hacer cuando alguien se introducía en ella, y las rocas comenzaron a temblar primero, a caer después. Graznó otra vez y una más, e hizo que las rocas se movieran para arruinar el trabajo que los douryenses habían hecho.

Rompehuesos estaba sorprendido y molesto, también.

—Si era así de fácil para ti, ¿por qué no lo hiciste antes? —El fénix, sin responder, aleteó un par de veces hasta llegar a la orilla, y cayó inconsciente junto a él—. Ah, por eso.

El pajarraco era un montón de plumas revueltas, alas torcidas y fuego algo apagado. Se parecía a las brasas de una fogata cuando la noche estaba llegando a su fin. Rompehuesos le acomodó un poco la cabeza, le plegó las alas y estiró sus patas, y cada vez que lo tocaba, le parecía que de verdad era una fogata, puesto que sus llamas se avivaban un poco.

Después de ver que no iba a reaccionar saltó al cielo para ver cómo estaban las cosas con el río.

—¡Grandioso!

El lado del usurpador estaba completamente obstruido y, abajo, las aguas comenzaban a escurrirse hacia el sur, hacia Indvhe. El dragón voló hasta encontrar un poco más de profundidad, acomodó las alas para permanecer en el mismo lugar, y comenzó a orinar sobre el río. Vio cómo su orina verdosa se entremezclaba y diluía en el agua cristalina.

—Que se jodan —dijo cuando terminó, y volvió hacia el norte, a buscar el desnivel y al fénix.

Recién al atardecer el pajarraco abrió los ojos, y le pidió que le diera calor, así que se puso más cerca de él para que el bicho se apoyara en su vientre, pero eso tampoco le bastaba.

—Déjame entrar en tu boca —dijo con la voz debilitada.

—Estás loco, ni aunque me prometas el ciervo más grande y más gordo de Ásico. Si quieres, te doy fuego.

El fénix asintió y el dragón lo cubrió con un ala y le dio calor durante toda la noche, con su

cuerpo y con su fuego.

Las montañas de piedras parieron un sol rojo y enorme, y el fénix despertó algo mejor, con más llamas y con los ojos un poco más abiertos.

—¿Qué quieres comer? Voy a ir a ver cómo va el río —dijo el dragón.

—No como, soy un animal de fuego.

—Vaya, qué aburrido —dijo antes de correr hasta el borde de las piedras que le daban altura a la cascada y dejarse caer al vacío. Siguió el nuevo río por un largo trecho, para ver si había desbordes en alguna parte, pero no encontró nada inusual, por lo que regresó enseguida.

—¿Cómo te sientes para volar? —preguntó ni bien llegó con el fénix.

—Muy débil.

—Entonces súbete a mi lomo, quiero ir a Dkol nur Shana y ver cómo están allí con la llegada del agua.

—No voy a hacerlo, es humillante.

—Puedes separarte de mi antes de llegar, nadie se va a enterar.

—Tú lo sabrás, y te reirás de mí en cada oportunidad que tengas.

—Hiciste algo impresionante por Dkol nur Shana y tienes mi respeto por ello.

—¿Lo prometes?

—Claro que sí, quiero ir con Indra y verla feliz por su río, apresúrate.

Él dudó por unos momentos y el dragón trató de ocultar su impaciencia lo mejor que pudo. No supo si lo logró, pero esperó hasta que el pajarraco aleteó un poco y se acomodó en donde Indra solía sentarse. Rompehuesos caminó despacio hasta el borde y estiró las alas y se dejó caer, controlando el aire para que los movimientos no fueran demasiado bruscos como para arrojar al demonio a su pasajero.

Rompehuesos rio y un par de chispas salieron de su hocico, porque se imaginó al fénix cayendo al vacío en un lío de plumas y fuego.

Durante el regreso, Rompehuesos iba mirando hacia abajo casi de forma constante, porque quería ver que el río no se saliera de su curso. Encontró solo una curva donde había desbordado y comenzó a descender para arreglarlo. Sin embargo, el fénix le dijo que allí había una laguna en otros tiempos, y que el río estaba donde debía estar.

Le sorprendió que hubiera una extensión de agua tan inmensa, pero luego notó que había árboles muertos y restos de construcciones alrededor.

—Esta parte no era desierto, ¿verdad?

—No todo. A orillas del río había pastizales para el ganado y cultivos que mantenían a Adheej en la prosperidad.

—Que hijo de puta ese Tjar Rizwan... ¿Y por qué tú no hiciste nada por Adheej? Te llevan en su bandera.

—Yo no pedí estar allí, dragón. Los humanos causan problemas que ellos mismos deben resolver.

—Adheej no hizo que mataran a su Tjar.

—¿No?

—¿Por qué lo dices así?

—Los comerciantes de Adheej, por orden del Tjar Jalush, subieron excesivamente los precios de los granos y el ganado que vendían a Doury Kasesh de una temporada a otra.

—Eso fue bastante cruel de su parte, ¿por qué lo hicieron?

—Porque una de las princesas de Doury Kasesh rechazó la unión con uno de los príncipes de Adheej.

—Los príncipes son muy poco tolerantes al rechazo, ¿no?

—Se han hecho guerras más largas por mucho menos, incluso.

—Así que una princesa rechazó a un príncipe, papi Tjar se enojó y subió los precios, y Rizwan vino, se cargó a todos los que pudo y esclavizó al resto.

—Es un buen resumen, sí.

—Los humanos son una raza cruel.

—De las peores de Ásico. No deberías encariñarte mucho con los humanos, Rompehuesos. Son traicioneros, retorcidos y además se mueren muy fácil.

—¿Sabes? Maté a la Tjarina de Hienza, pero ella revivió, de alguna forma.

—No me extraña.

—Pero estaba bien muerta,apestaba y todo, y por eso la llevamos a Barzy.

—Sí, se mueren de verdad, pero los Tjares siempre reviven cuando los mata alguien que no es otro Tjar o un heredero.

—¿Por qué?

—Porque son dioses en la tierra.

—No deberíamos haberla devuelto.

—La hubieran enterrado, y se hubiera desenterrado sola.

—¿Y si me la comía?

—Ibas a cagar a una mujer viva.

—Eso suena muy incómodo... ¿Y si varios animales se la comían o si sus restos eran separados y dispersados por el mundo?

—Del trozo más grande iba a crecer una nueva Tjarina. Una vez lo vi, hace muchos siglos. Un espectáculo grotesco.

—No quiero imaginarlo.

—Nada te prepara para ver algo así.

—¿Y cómo fue que lo viste?

—Algún día te lo contaré, allí está la ciudad.

Toda la intriga que sentía se desvaneció en cuando puso sus ojos en Dkol nur Shana. Indra estaría muy feliz y no veía el momento de verla.

—Sujétate —dijo y aleteó con más fuerzas.



Una vez que se corrió la voz de que los crahsti habían ido a buscar el río, toda la gente dejó lo que estaba haciendo para ir a verlo recuperarse. Se reunieron en ambas orillas y esperaron. Cayó la noche e hicieron grandes fogatas, porque no querían perderse el instante exacto en que el agua llegara. Sin embargo, el río llegó de a poco, con un murmullo musical, sucio y arrastrando un montón de ramas muertas y pastos secos. Alguien comenzó a cantar en la orilla opuesta en la que estaban Indra y los demás, y pronto eran muchas voces, muchísimas, que agradecían a Rompehuesos y al fénix por lo que estaban haciendo. La capacidad de los prury de inventarse canciones de la nada era impresionante.

Un día no muy lejano habría flores adornando los jardines y las calles, la gente estaría limpia. Ya cantaban, cantaban mucho, todo el día y todos tenían una sonrisa constante en el rostro. Algunos empezaron a hacer huertos cuando Rajesh regresó, porque ya no había impuestos para usar el agua, y los primeros brotes empezaron a salir de la tierra el día anterior. Los

sirvientes del palacio estaban tan felices que casi hacen una fiesta para celebrarlo. Rajesh trató de disuadirlos, porque no estaban las cosas para fiestas, pero ellos insistían en que cada logro debía celebrarse, más aún después de tantas batallas perdidas, de tantos años en los que solo sobrevivieron por voluntad de Vari y porque no les cobraban impuestos por el aire que respiraban. Rajesh les dio la razón, pero de todas formas se negó a hacer una fiesta por eso.

La llegada del río, sin embargo, era otra cosa completamente diferente y no había nadie que no estuviera allí. No había guardias para mantener el orden en la ciudad, porque ningún prury había podido acercarse a un arma en casi dos décadas, así que los encargados de cuidar que no hubiera demasiado caos eran los dos kanafi, que se turnaban para usar sus espíritus de cuando en cuando. Los hacían circular entre la gente, para que supieran que estaban allí y que debían comportarse, y la noche pasó sin grandes sobresaltos, a excepción de un par de graciosos que se arrojaron al río. Tuvieron que sacarlos los espíritus a la rastra, por supuesto, porque la corriente tenía mucha fuerza para ese entonces y nadie en su sano juicio se aventuraría a entrar al río de noche para rescatarlos.

El amanecer los encontró allí, todavía riendo, bailando y festejando y, cuando el sol estaba en el punto más alto de su camino diario, llegaron Rompehuesos y el fénix. Los prury seguían allí, por supuesto, y aplaudieron lo más fuerte que pudieron y cantaron con más ganas y le ofrecieron dos vacas a Rompehuesos, que las convirtió en una fiesta de sangre y huesos en un instante, para fascinación y horror de quienes se habían quedado cerca para verlo comer.

Para el fin de la tarde, el río se había calmado y fluía tranquilo, y la gente comenzó a marcharse a sus hogares, porque estaban cansados y desvelados, pero felices.

26 – Indra y Akram

—Te golpearé de verdad... —dijo sin dejar de caminar a grandes zancadas. Indra casi que tenía que trotar para ir a su paso.

—No creo que me sirva de mucho si no lo haces.

—Puede que te rompa algo —se excusó. Ni siquiera la había mirado desde que le pidió que le enseñara a pelear.

—Tampoco vas a matarme...

—Te encargaste de cuatro tipos tú sola, me parece que no necesitas que te enseñe.

—Eso no, necesito saber cómo carajos dejar de ser tan miedosa. Me paraliza el miedo cuando sé que hay soldados cerca y ya no quiero que sea así.

Qhar se detuvo, la miró por unos momentos, pestañeó un par de veces y se pasó las manos por su rapada cabeza.

—Es que simplemente no tengo ganas de enseñar —dijo encogiendo los hombros.

—Maldito seas...

—Pídeselo a alguien más. —El hombre volvió a caminar, pero Indra ya no lo siguió.

—Grandioso, muchas gracias —exclamó—. Iré a hablar con alguno de los invencibles soldados del ejército del Tjar Rajesh, a ver si alguno de ellos se digna a ponerme atención.

—Me parece bien —dijo, y agitó la mano como si estuviera saludándola.

—Pedazo de inútil, bueno para nada, soberbio, engreído de cuarta... —Indra se volvió mascullando insultos. Rajesh no tenía un ejército. Ni siquiera un par de tipos fornidos que pudieran pasar por guardias. Estaban todos en los huesos, sin mencionar que eran casi tan inútiles como ella.

«¿Qué me queda por hacer?» se preguntó y se le ocurrió que, tal vez, sería una buena idea ir a las afueras de la ciudad a buscar algunos problemas, porque de esa forma no tendría manera de escaparse.

Indra dejó los jardines del palacio como solía hacerlo antes, trepando muros y saltando en los tejados. No porque tuviera prohibido salir, sino porque no quería dar explicaciones o que intentaran evitarlo, sin mencionar que si lo pensaba con algo más de detenimiento, el miedo le empezaría a dar toda clase de consejos disuasorios y no se atrevería a hacerlo. Además le serviría también para estirar un poco los músculos, porque hacía meses que no hacía más que caminar o ir sentada en el lomo del dragón.

El sol estaba acercándose al borde del mundo, y una nube anaranjada, de polvillo de las calles mezclada con luz del atardecer, se enredaba en los pies de los habitantes de Dkol nur Shana que estaban regresando a sus hogares después de un extenso día de trabajo. Al día siguiente de la llegada del río, comenzaron a regar los terrenos de las orillas y a cavar semicírculos. Inundaban los surcos, y mezclaban en ellos el lodo que extraían del fondo del río, algas y pastos secos, y los cubrían con la tierra que habían quitado antes. Después de un par de días de riego diario, removían la tierra y le agregaban más algas y lodo. Según Rajesh, eso le devolvería la vida a la tierra y tal vez era cierto, porque tenía unos cuantos libros en el almacén donde se escondían y en alguno de ellos seguro que leyó sobre cultivos y tierras muertas.

Antes de poder pensar en que necesitaba una buena dosis de polvo, Indra bajó a la calle y

corrió por los pasadizos del barrio más alejado del palacio, donde habían quedado aquellos que no les interesaba un carajo quién diera las órdenes, ni que Adheej fuera libre, aquellos que preferían seguir borrachos, aspirando polvo, vendiendo polvo, sus cuerpos o cuerpos ajenos.

No tuvo que hacer mucho para encontrar problemas, porque bastó con chocar a una mujer para que esta quisiera golpearla. Las mujeres no le daban miedo. Tal vez porque no tenían un pene que quisieran meter en su cuerpo, aunque si alguna vez se hubiera puesto a pensar en que lo mismo podían violarla con cualquier objeto, hubiera tenido un poco más de precauciones. Le costó poco y nada deshacerse de ella, pero al parecer era propiedad de un tipo, porque la mujer empezó a gritar y un sujeto salió de un callejón dispuesto a cobrarse lo que Indra hizo. Comenzó a seguirla y ahí sí que empezó a sentir miedo. Era un hombre, y era un proxeneta, y ella una imbécil con menos seso que un pájaro.

Indra buscó por donde subir a los tejados, pero las casas allí no eran siquiera casas, eran unos refugios de palos, paja y telas tejidas, que parecía que se vendrían abajo ni bien les pusiera un pie encima. Ni siquiera encontraba una que tuviera los muros de barro porque, claro, ¿quién podía hacer barro en una ciudad sin río?

Siguió corriendo y escapando, internándose cada vez más en ese laberinto de callejuelas que conocía más de lo que hubiera deseado. Estaba cerca del templo abandonado que fue su refugio antes de dejar la ciudad y, si nadie lo había usurpado, podría esconderse allí. Tal vez, con mucha suerte, podría encontrar un poco de polvo que le diera algo de valor para poder hacerles frente a esos idiotas.

Se dio la vuelta para mirar y vio que eran dos los que la seguían. No quería pensar demasiado en qué sucedería si la atrapaban, pero su cabeza tenía voluntad propia y sí qué pensaba en ello. Empezó a notar que los latidos de su corazón resonaban en sus oídos a una velocidad estremecedora y pronto se dio cuenta de que un par de lágrimas se habían escapado de sus ojos. Sin embargo, reconoció a alguien que entraba a una taberna de mala muerte a pocos pasos de ella y se detuvo, sin aire, sin pensar en que la atraparían, sin pensar en nada. Sí, se habían dado la libertad de buscar a otras personas, pero una cosa era no enterarse y no volver a pensar en ello, y otra muy diferente era verlo entrar allí.

Su mente quedó completamente en blanco, porque jamás se imaginó que vería a Akram frecuentando un lugar de esos. Sintió que se le rompía algo dentro, en su pecho. Había un poco de decepción mezclada con vergüenza, una sensación de ridiculez que no sabía de dónde provenía, pero que allí estaba, haciendo que sus oídos se sintieran a punto de explotar.

Antes de que pudiera pensar en qué hacer, oyó pasos y una respiración agitada acercándose. Indra sacó su daga y se dio la vuelta. Estaban demasiado cerca como para escapar, y ella tan aturdida que solo atinó a cortarle el paso al que estaba más cerca. Indra era bastante rápida cuando aspiraba polvo, pero no se imaginó que su cuerpo pudiera responder de la misma forma sin haberlo hecho. No recordaba que contaba con la ventaja de ser una masdi. Casi nunca lo recordaba, mejor dicho, salvo cuando se lastimaba y su cuerpo hacía lo necesario para sanarse. Era como si haber regresado a Dkol nur Shana significara que volvía a ser la misma de antes, cuando era todavía más inútil.

El primer tipo quiso sujetarle la mano en la que llevaba la daga, pero lo único que logró obtener fue un tajo en la palma de la mano. Indra recibió una bofetada que le recordó a Bjasa y ahí se le fue a la mierda la poca seguridad que consiguió reunir por unos muy breves instantes. El segundo llegó por detrás y la sujetó por los brazos.

La mente de Indra se había paralizado por completo para ese momento.



Akram entró al salón y miró a su alrededor, buscando a quien estaba a cargo. No era difícil hallar a los dueños, siempre estaban en una mesa en un rincón, normalmente solos, desde donde podían ver todo lo que ocurría en sus dominios. Caminó hacia él y el tipo lo invitó a sentarse, sonriendo. Al parecer, ya sabía quién era, lo que no era algo descabellado de pensar. Ya todos lo habían visto junto al nuevo Tjar de Adheej.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Akram trató de buscar toda la seguridad posible para hablar, porque se sentía mortalmente avergonzado por estar allí.

—Busco compañía.

—¿De qué clase? Mujer, hombre, ¿ambos, tal vez? Hay jóvenes, mayores...

—Una mujer.

—¡Bien!

—¿Puedo hacer con ella lo que quiera?

—Lo que desee, pero si la mata, tendrá que pagarme dos monedas de oro. Si la deja incapacitada de forma temporal o permanente, una moneda de oro.

—¿Y su silencio cuánto cuesta?

—Nadie sabrá lo que usted va a hacer, señor. —Akram asintió, el hombre se puso de pie e hizo una seña—. Acompañeme, lo llevaré a su habitación. ¿De qué clase le gustaría? Hay douryenses, hienzenses, prury...

—Prury.

—¿Joven?

—De unos veinte años estaría bien.

El hombre se detuvo frente a una puerta y lo invitó a pasar.

—Su compañía vendrá enseguida —dijo antes de marcharse.

Akram miró el cuarto, iluminado por varias lámparas de aceite que colgaban en las paredes a diferentes alturas. Una cama en un rincón, un balde con agua en otro rincón, una silla y eso era todo. Era deprimente. Estaba a punto de marcharse cuando la puerta volvió a abrirse y entró una muchachita sonriente, que se acercó a él. Sus manos le tomaron el rostro y quiso besarla, pero él la detuvo. La muchacha, sin inmutarse, sonrió y empezó a desabrochar los botones de su vestido.

—No es necesario. Acuéstate.

La muchacha obedeció y se acostó mirando al techo, con las piernas separadas.

—¿Así? —preguntó mientras se levantaba despacio la falda del vestido.

Akram negó moviendo la cabeza de lado a lado.

—De lado. —La chica le dio la espalda—. Para el otro lado. —Akram buscó uno de sus huesos y lo sostuvo en la mano—. Sardhari.

—¿Qué? ¿Qué va a hacerme?

Akram se acostó en la cama, de espaldas a ella.

—¿A ti? Nada, solo... Me gustaría que me abrazaras.

Una mano temblorosa se ubicó en su hombro, con más dudas que alivio.

—¿Por qué el espíritu? —preguntó con cierta duda.

—Para poder ver a alguien que no puede abrazarme.

La muchacha se acomodó mejor y lo rodeó con sus brazos. Akram cerró los ojos, imaginando que era Indra quien estaba con él, que era de ella el calor de ese cuerpo, que eran sus dedos los que le acariciaban el cuello y el rostro. ¿Cómo serían las caricias de Indra? Seguro que no como las de esa muchacha...

—Dalha —dijo y el espíritu atravesó el techo y se mezcló con la noche para buscar a Indra. Pensó que se iría hacia el palacio, pero revoloteó en la misma zona en que él se encontraba, y volvió a descender en un callejón. Indra estaba allí y Akram se sentó, sobresaltado. Había dos sujetos molestándola—. ¡Krasta!

—¿Qué sucede? —dijo la chica, pero Akram estaba viendo como el espíritu rompía el cuello de un tipo y despedazaba al otro—. ¿Qué dijiste? —insistió, con la voz llorosa.

—Tengo que irme —dijo y dejó un par de monedas en la cama antes de ponerse de pie—. La persona a la que veía está en problemas y debo buscarla.

—¿No me hará nada a mí?

Akram trató de sonreír.

—No, no te preocupes. Gracias. —Se dio la vuelta para irse, pero la chica le tomó el brazo.

—Si se va apresurado y con cara de disgusto, me van a castigar.

—Hablaré con el dueño. —Quiso de nuevo marcharse, pero ella no lo soltó.

—¿De verdad?

—Sí. Volveré en unos días, pero debo marcharme ahora.

Caminó por el pasillo, apresurado, mientras veía a Indra acurrucada y escondida detrás de un carro desvencijado.

El dueño del lugar lo sorprendió cuando le habló. Parecía haber estado esperándolo, puesto que se encontraba afirmado contra la pared.

—¿Ya se marcha? —preguntó con cierta ansiedad, mientras caminaba con él—. ¿No le gustó? Hay otras, con más experiencia.

—Ella no hizo nada mal —dijo sin detenerse—. Tengo una urgencia y debo irme de inmediato.

—Regrese cuando guste, señor Akram.

Él asintió y continuó caminando hasta que alcanzó la salida. Indra estaba acucillada abrazando sus rodillas, sin moverse, sin pestañear. No quería hablarle para no asustarla, aunque tal vez ni siquiera se daba cuenta. Dejó a su espíritu con ella, para cuidar que nadie se acercara demasiado, que nadie la molestara otra vez. Corrió por dos calles, giró hacia el norte, siguió corriendo por tres calles más hasta que llegó.

—Indra. —Se acercó despacio, para que no se sobresaltara.

—Akram —dijo y se incorporó. Él levantó la mano para tocar su rostro, quería limpiarle la sangre ajena y quitarle las lágrimas, que corrían como dos surcos plateados por la luz de la luna—. No, no me toques, porque querré abrazarte si lo haces.

Indra se apoyó en la pared y se dejó caer hacia el suelo.

—Perdóname. —Akram se sentó frente a ella.

—¿Por?

—Por no llegar antes.

—No fue tu culpa.

Quizás no, pero se sentía como la mierda porque, tal vez, Indra salió detrás de él. No sabía si era correcto preguntárselo y se quedó en silencio.

—¿Me estabas siguiendo? —preguntó después de un rato, porque ya no podía quedarse con la duda por más tiempo.

—No... Aunque te vi entrar a ese lugar.

—Puedo explicarlo...

—No lo hagas. Cuanto menos sepa, será mejor.

—Indra...

—Déjalo así —sonrió—. Ambos sabíamos cómo iba a ser esto. Difícil y... triste.
—Nunca fue mi intención hacerte sentir así.
—Lo sé.
—Quería... —bajó la vista, porque necesitaba que ella lo supiera, aunque fuera vergonzoso.



—¿Recuerdas lo que dijo la yadugari que me leyó los huesos? —lo interrumpió. No quería escucharlo, no quería pensar en eso, siquiera—. Mencionó que pasaría por tres pruebas: valor, sacrificio y verdad. Si este es mi sacrificio, lo seguiré haciendo, pero no tienes que sentirte mal. No necesitas explicarme nada. Ya te dije que me basta con verte sonreír y eso quiero, que sonrías. Por ti, por todos los años que no pudiste hacerlo.

—¿Cuánto tiempo puedo sonreír si no puedo abrazarte?

—Akram... —dijo en voz baja. Parecía que algo se había roto de nuevo en su interior, pero esta vez dolió más que antes. Los ojos se le empañaron y se limpió con el dorso de la mano. Lo miró, pero él tenía la vista puesta en sus manos, que jugueteaban, nerviosas, con un par de huesos.

—Quería que me abrazaras. Por eso fui a ese lugar, para que alguien lo hiciera por ti.

Indra se preguntó qué sería más difícil de soportar, si el dolor físico de la maldición de Akram, o si verlo así...

Él se puso de pie y ella levantó el rostro para verlo.

—¿Vamos? No avisaste que saldrías.

—Es cierto —dijo mientras se incorporaba.

—¿Ya estás mejor?

—¿Qué cuándo?

Akram sonrió apenas.

—Que cuando te encontré. —Indra encogió los hombros y empezó a caminar.

—¿Cuál crees que sea mi sacrificio? ¿Sufrir por verte triste o sufrir tu maldición en mi cuerpo?

—¿Qué? No —se detuvo—. No te tocaré.

—No podría hacerte eso... Solo que me surgió la duda.

—No lo sé, pero no pienso hacer nada para responder a esa pregunta.

«¿Qué tan egoísta es creer que la que está maldita soy yo?» pensó, pero no era algo que pudiera decir sin hacerlo sentir pésimo, y Akram ya se veía bastante mal. Caminaron en silencio por un buen trecho, Indra pensando en lo miserables que ambos eran y Akram vaya uno a saber en qué. Le hubiera gustado saberlo y se preguntó si el dragón no le había dado también la posibilidad de meterse en la cabeza de las personas para saber en qué estaban pensando.

«Debería preguntárselo, tal vez de esa forma dejo de ser tan inútil». Antes era una ladrona, lo que era bastante práctico, pero ya no había nadie a quién robarle cosas de importancia, porque eran todos igual de pobres en Dkol nur Shana y porque ya no había a quien querer sabotearle nada. Lo único para lo que había sido buena, a veces, era para robar, para ya ni eso le quedaba.

—¿Estabas aquí por lo mismo que yo? —preguntó Akram de pronto—. ¿O qué hacías?

Así que eso era lo que estaba pensando... Que Indra también iba a buscar alguna clase de contacto físico. Solo pensarlo le dio asco, otra vez.

—No, vine para tratar de sacarme el estúpido miedo de encima, pero me volvió a ganar.

—Indra... No puedes tomar esta clase de riesgos sola.

—De alguna forma tengo que hacerlo. Qhar no quiere enseñarme, y no quiero tener que aspirar polvo antes de poder sacar la daga. —Se detuvo y llevó las manos a la cintura, pero su arma no estaba donde debería, ni en ningún lado—. Demonios, ¿y mi daga?

—Groni —dijo Akram y un trozo de noche permaneció apenas un instante en su mano, para luego desvanecerse. Antes de que pudiera preguntarle qué significaba eso, el espíritu regresó con su daga—. Ten, estaba tirada en la calle.

Le dio un poco de impresión tomar el arma de entre el humo negro, pero trató de disimularlo lo mejor posible. Akram lo hizo desaparecer enseguida.

—Gracias —dijo y volvió a caminar—. Se me debe haber caído cuando me atraparon.

—No te gustan, ¿verdad?

—¿Los espíritus? —Akram asintió—. Son un poco raros, porque si lo pienso, fueron gente una vez, pero ya están muertos, aunque están un poco vivos... Hablan, se mueven, hacen cosas... pero son humo. No sé, me parecen raros.

—Pero son leales. Morirían por mí una y otra vez —dijo Akram aparentando seriedad, pero Indra se largó a reír—. Te acostumbras con el tiempo.

—Es impresionante como las personas se acostumbran a todo. No solo a los espíritus, sino al hambre, a la soledad, a hacer cosas malas.

—Me pregunto si también los humanos nos acostumbramos con la misma facilidad a las cosas buenas... A comer sentados y poder bañarnos cada día, a dormir en una cama.

—No he tenido mucho de eso, pero lo de comer todos los días sí que se me hace bastante extraño. ¿Tú te acostumbraste a algo bueno?

—Tengo que obligarme a hacer muchas cosas, y cuando estoy en el palacio, siento que me va a caer un garrotazo en cualquier momento, de algún lado, como antes.

—¿Por eso estás siempre afuera? —Akram asintió—. Vaya, no soy la única que piensa en cosas horribles...

—¿Por qué lo dices?

—Hace un rato, cuando me atraparon, uno de los tipos me abofeteó y eso me hizo recordar a Bjsa, el carcelero que tú mataste. Tuve una vida de mierda, pero antes no me habían violado nunca, o al menos no que recuerde. Después de perder a mi bebé empecé a aspirar polvo, enormes cantidades de polvo, así que si alguien me tocó en esos primeros días, no lo recuerdo. Esa fue la segunda cosa más espantosa que pudo sucederme y tengo que olvidarla, tengo que poder hacerlo, tengo... Necesito dejar de tener miedo, pero no sé cómo.

Indra miró hacia su lado, donde debería haber estado Akram, pero no lo encontró. Se hallaba en cambio, en medio del cruce de calles, unos cuantos pasos detrás. Señaló hacia el este.

—Ven.

—¿A dónde vamos?

—Quiero enseñarte algo.

Indra asintió y fue con él. Caminaron por un par de calles hasta una zona de muchos descampados y casas esporádicas, y se detuvieron frente a uno de esos baldíos.

—Aquí maté al guardia de la cárcel —dijo Akram—. No sé si te sirva de algo saberlo, pero ese cabrón está muerto y no puede volver a tocarte. ¿Quieres ver dónde lo hice?

Indra asintió. No podía hablar, no sabía qué decir, tampoco. Akram entró al descampado y se dirigió hacia un grupo de palmeras. Indra se detuvo antes de llegar, porque no sabía si de verdad quería ver

—En esa palmera ató sus manos —dijo mientras caminaba—, y en aquella sus pies. ¡Todavía está aquí! Era tan mierda que ni siquiera se ocuparon en buscarlo.

Se dio vuelta para mirarla y estaba sonriendo; le hizo una seña para que se acercara e Indra lo hizo. Tal vez eso le servía para matar también a su miedo.

En efecto pudo ver los brazos estirados por sobre su cabeza, todavía sujetos a la cuerda que los retenía. Las piernas también seguían atadas. No era más que un esqueleto cubierto de piel seca que colgaba hacia los lados, pero todavía le daba miedo. Toda su gordura se había marchitado, y su piel parecía un trapo viejo y arrugado. El vientre era lo más horrible, porque estaba abierto y vacío, y se le podían ver los huesos de la columna.

Indra no sabía qué sentir. Ni siquiera sabía si estaba sintiendo algo. Tal vez... Tal vez sus sentidos se habían apagado o estaban un poco dormidos. Era cierto, Bjsa ya no volvería a molestarla, pero ¿cómo podía lograr que sus recuerdos también se murieran?

—Hay muchas formas de torturar a un espíritu. Si quieres puedo...

Indra dejó de escucharlo. No porque no sintiera deseos de hacer sufrir a ese gordo inmundo aunque ya estuviera muerto, sino porque recordó, por segunda vez en esa noche, su estadía en la prisión. Soldados, guardias, Bjsa, el Gran Señor Uzair, Bjsa, la condenada mesa inclinada, Bjsa, Bjsa, Bjsa. Sus inmundas manos, sus asquerosos labios, su lengua, su voz, su olor, su peso sobre ella, sus golpes, sus gemidos.

«Eres una puta», «A las putas les gusta que las trate así», «¿Te gusta?», «Sé cuanto lo disfrutas, zorra», «Bésame, maldita seas».

No sentía más que su cuerpo aprisionado entre las frías piedras de la celda y la grasosa humanidad de Bjsa, no escuchaba más que la voz y la respiración agitada de ese fantasma que parecía no querer irse.

No sabía que Akram estaba hablándole, tratando de hacer que se calmara y dejara de herirse como lo estaba haciendo, pero la mente de Indra volvió a ese lugar y ese momento cuando Akram la abrazó.

—Está bien, todo está bien —susurraba. Uno de sus brazos la sujetaba con fuerza, su otra mano acariciaba su rostro. Temblaba. Akram temblaba. Su cuerpo, su voz—. Soy yo, Akram. No te dejaré sola, estoy aquí.

—No me toques —dijo en voz baja—, si algo me pasa, te sentirás culpable.

—No importa... Quiero que estés bien.

¿Cómo iba a estar bien? Estaban uno más deshecho que el otro, uno más destruido que el otro. Cada uno de ellos tenía tantos fantasmas en su interior, que podrían pasarse la vida entera enumerándolos. Sin embargo, allí estaban, tratando de juntar sus pedazos, de volver a colocarlos en donde correspondían, si es que había un lugar donde poner las inseguridades y los traumas. Indra lo abrazó y lloró. Y él también. Lloraron sus miedos, sus recuerdos, sus carencias, el uno por el otro y por ellos mismos.

Ya daba igual, ¿no? Ya se habían tocado y no pensaban separarse por un buen rato, hasta que las lágrimas dejaran de tener sentido, hasta que se cansaran de recordar, hasta que sus manos se cansaran de sostenerse mutuamente, o hasta que alguno de sus pedazos al fin sanara, si eso era posible.

Tal vez la solución para Indra era dejar de ser quien era, de una vez y para siempre.

27 – Azhar y Qhar

*Indvhe
Doury Kasesh*

«Si no limpio mi alma, el caos me destruirá, maldito sea el Tjar. Más le vale tener una buena razón para molestarme».

Llegó a la sala del trono lo más rápido que pudo. Le habían interrumpido un ritual de limpieza y eso la hizo irritar a niveles inconmensurables. Pensó que el caos la consumiría, pero el caos estaba allí, en ese salón. El Tjar estaba rodeado por todos sus cintis y sus espíritus, a su vez, rodeaban a otro.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó.

—Este espíritu quiere hablar a solas contigo y con el Tjar —dijo un yadugari nuevo. No recordaba su nombre—. Dice ser Nadira, y que habla con las palabras de la Tjarina de Hienza, pero sabemos que todos murieron cuando fueron a Dkol nur Shana.

Azhar ya sabía que la Tjarina había resucitado, Qhar se lo dijo, pero no se los había comunicado para evitar ponerse en evidencia.

—¿Alguien fue a Hienza para comprobarlo? —Los cintis se miraron entre ellos y Azhar suspiró, con cierto fastidio, cuando estos negaron moviendo las cabezas. Sacó uno de sus huesos y lo hizo viajar a Hienza. Vio a la Tjarina en su trono, más viva que antes si eso era posible, y a una mujer muy bajita con manchas azules en su frente a su lado. Se anunció y le comunicó a Tjarina que solo estaba allí para comprobar que lo que Nadira decía era cierto—. Risda. La Tjarina está viva, y su kanafi es quien envió a su espíritu.

El Tjar Rizwan sonrió y se vio aliviado, aunque solo por unos instantes, porque luego frunció el ceño, habló con su vocero y este despidió a todos los inútiles que lo rodeaban. Cuando se marcharon, el vocero también fue despedido, y el Tjar y Azhar se dirigieron a la sala donde se encontraban casi a diario; él hablaba mucho de sus temores y pesares, Azhar se mostraba amable y comprensiva. El Tjar tenía un miedo casi irracional a la muerte desde que se enteró de que el dragón había acabado con la Tjarina de Hienza; Azhar disfrutaba de verlo sufrir. Algunas veces cogían, pero eran las menos, por suerte. Al final decidió que era mejor escucharlo que tenerlo dentro.

—Ya puede hablar —dijo el Tjar cuando estuvieron sentados.

—La Tjarina Navila de Hienza le presenta sus saludos y desea pedirle disculpas por haber causado confusión en su corte, su Majestad.

—Estoy rodeado de inútiles, no fue su culpa que mis cintis no pudieran hacer algo tan simple como ir a Hienza para comprobar la veracidad de sus palabras.

—La Tjarina Navila agradece su comprensión. Estoy aquí porque la Tjarina desea discutir con usted asuntos concernientes al problema de Dkol nur Shana.

—Necesito hablar con mi paraki unos momentos —dijo y el espíritu desapareció del salón—. ¿Qué le digo?

—Usted ya empezó a preparar su ejército, su Majestad, y tener aliados es importante. Sin

embargo, en mi humilde opinión, debería escuchar primero lo que la Tjarina tenga para decirle para saber si puede confiar en ella para unir fuerzas.

El Tjar asintió y le ordenó enviar a Hienza a su espíritu, para decirle a Nadira que podía regresar.



Las velas se apagaron todas de repente. De inmediato Qhar dejó caer el libro que sostenía y puso la mano sobre sus huesos, que estaban en la mesa frente a él.

—Sardhari.

Cuando pudo ver a través de sus espíritus, se encontró con un espíritu cautivo.

—Soy yo, Azhar —dijo.

—Demonios, podrías haberte anunciado antes, ¿no?

—Es divertido verte asustado.

—Voy a guardar todos los calzones cagados que tenga y tendrás que lavarlos con tus propias manos cuando al fin pueda verte otra vez —dijo, molesto, y Azhar rio—. ¿Qué haces a esta hora aquí?

—Tengo unas noticias de mierda. Hienza y Doury Kasesh atacarán Dkol nur Shana juntos.

—Malditos sean.

—¿Ya llegó el Tjar Galadh?

—Todavía no, pero mañana iré a verlo. Akram está de acuerdo en resucitar al dios muerto.

—¿Pudiste convencerlo?

—La resurrección de la Tjarina Navila lo hizo.

—¡Eso es grandioso!

—En parte. Nos falta un paraki y otro kanafi.

—Encontré una kanafi aquí.

—¿De dónde es?

—De Doury Kasesh, pero puedes hechizarla.

—Por supuesto que lo haré.

—Debes ir a Manai y hablar con la señora Bherna. Tenemos que asegurarnos de que esté dispuesta a hacer el ritual.

—Por lo que oí de ella, dudo que no quiera.

—Akram también tiene su fama, pero se rehusó en un inicio.

—Es cierto. Hablaré con el Tjar Rajesh y búscame mañana en la noche, te informaré de lo que sepa.

—Bien. Trataré de obtener la sangre y el cabello de la kanafi, porque quedan solo cuatro noches para la luna negra.

—Lo sé. ¿De dónde sacaremos otro paraki?

—Ysha.

—Ysha ya no está, Azhar, por más doloroso que sea.

—Ya lo sé, pero puedo usar su espíritu.

—Pero... ¿Servirá hacerlo de esa forma?

—El segundo paraki es para que cuide al primero. Los paraki siempre van de a dos, para cuidar de quien realice el Tuom Karap, nada más. Por eso casi siempre los de mi clase son gemelos o hermanos, rara vez un hermano traiciona al otro.

—Excepto por la princesa Lucyl...
—Tú lo has dicho.
—¿Estás segura de que no necesitamos otro paraki?
—Segura.
—Si llegamos a fallar...
—No fallaremos. Tan solo necesitaremos de alguien que me cuide. Puedo ordenárselo a Ysha, aunque preferiría no hacerlo, porque no está del todo bien todavía.
—Podríamos hechizar a alguien más.
—No podrás hacerlo tú, porque tienes que encargarte de la kanafi.
—Bueno, se lo decimos a Akram.
—No sé si querrá hacerlo, no lo veo muy dispuesto a hacer rituales.
—Demonios, no importa, ninguno de nosotros te atacará mientras estés en transe.
—Sí, es cierto... ¿Y la señora Bherna?
—La obligaré a hacer un juramento, por si acaso. Ya vete, iré a hablar con el Tjar Rajesh. Y trata de ser un poco menos escandalosa para la próxima, ¿sí?
Azhar volvió a reír.
—Lo haré. Cuídate.



Manai
Adheej

Qhar aspiró una dosis mayor de la que acostumbraba para, primero, atreverse a montar en el dragón y luego para soportar el viaje a Manai. Así y todo, cada vez que se aventuraba a mirar hacia abajo le parecía que se caería, o que el suelo se estaba acercando peligrosamente a ellos, o que el dragón subía y bajaba a gran velocidad, a pesar de que Rompehuesos volaba siempre a la misma altura.

Le pidió aterrizar antes de llegar a la ciudad, porque quería recomponerse y no caer al suelo ni bien sus pies tocaran tierra. Ni navegando en medio de una tormenta había sentido tanto malestar en el cuerpo. Qhar se tomó su tiempo para caminar, estirar los músculos y acostumbrarse a la estabilidad del suelo, y Rompehuesos se echó una siesta o, al menos, permaneció en silencio y con los ojos cerrados.

Era muy distinto a su hermana y era un poco doloroso saber la razón de esas diferencias. A Rompehuesos lo trataron mal, lo torturaron sin razón y lo encerraron en una cueva. A Ze Rawa la criaron con cariño, amabilidad y cuidados de todo tipo. Rompehuesos apenas hablaba con alguien más que no fuera Indra, Ze Rawa hablaba con todos, sin importar si recién lo conocía o si ya lo había visto un par de veces. Rompehuesos parecía siempre malhumorado, Ze Rawa era toda alegría, todo el tiempo.

Cuando le pareció que ya había vuelto a la normalidad, Qhar se acercó al dragón, este se despertó, se acomodó para que Qhar montara, y volvió a saltar al cielo. A la mierda la estabilidad. El mundo le daba vuelta para todos lados al mismo tiempo. Rompehuesos rugió un par de veces en cuanto vio Manai, para avisar de su llegada. Qhar ni siquiera distinguía la ciudad de todo lo demás.

Aterrizó en medio de la ciudad, y esperar a que la yadugari se acercara, era una buena excusa para hacer tiempo para poder recuperar su perdida estabilidad.

La señora Bherna era una mujer desaliñada, que debía tener unos cuarenta años. Se vestía bastante mal, una mezcla de túnicas caras, abrigos mal tejidos, mucha cantidad de collares y pulseras de los que colgaban distintos amuletos y huesos, un bastón largo y unos quince perros a su alrededor, que se largaron aullando ni bien vieron a Rompehuesos. Se acercó lo suficiente como para quedar fuera del alcance del dragón y preguntó, con una voz ronca y gruesa, quién era.

Qhar le dijo que iba de parte del Tjar Rajesh, y la mujer esperó a que él descendiera para saber qué era lo que el Tjar necesitaba de ella.

—Al dios Yakyur —respondió y los ojos de la mujer se iluminaron.

—Por supuesto, claro que sí —dijo sin siquiera pedir explicaciones—. ¡Baddi!

Una douryense comenzó a caminar hacia ellos arrastrando sus pies descalzos. Se veía más miserable que el más miserable de los prury cuando Rizwan gobernaba todavía Adheej.

—¿Quién es?

—Nuestro sacrificio al dios. Ella dará su vida por Yakyur. —Baddi llegó hasta ellos y no miró a ninguno de los dos, solo miraba el suelo. Qhar notó que estaba en las últimas fases de su embarazo y se lo hizo notar a la señora Bherna—. Parirá pronto un hijo del dios Yaskha.

—No tiene sentido molestar a más dioses. Necesitamos a alguien más.

—Bien, elige a quien quieras y llévatelo.

Qhar estuvo de acuerdo y encadenó a un douryense flaco y alto, que tenía menos voluntad que un arbusto. Lo dejó junto al dragón y el hombre ni se inmutó. Aunque caminara, y respirara, ya estaba muerto, al parecer. Cuando regresó con la yadugari, se arremangó la camisa y le mostró el juramento que compartía con Azhar, el que hicieron para garantizar que harían todo lo posible para que Adheej renaciera.

La señora Bherna lo leyó, fascinada.

—Yo también quiero tener uno —dijo y sacó un cuchillo de hoja corta de su bolso, se cortó el brazo y lamió la herida.

«Vaya, ni siquiera tuve que obligarla» pensó.

La señora Bherna recitó las mismas palabras que leyó antes y estas se escribieron en su piel con tinta de fuego, que luego se apagó. Con un gran orgullo, la yadugari le enseñó su brazo, donde quedó tatuado el juramento: «Haré hasta lo imposible para lograr que las llamas de Adheej vuelvan a arder».

Qhar asintió.

—Eso implica dejar de lado todos nuestros intereses personales, nuestros deseos y aspiraciones.

—Lo sé, mi señor Qhar, mi única aspiración desde que Adheej cayó, fue que volviera a existir en toda su magnificencia. No pude hacer mucho hasta el levantamiento, pero el Tjar sabe que Manai le pertenece, que haré lo que sea que él ordene, cuando lo ordene.

Qhar asintió. Eso era todo lo que necesitaba escuchar. Sacó uno de sus huesos y lo obligó a regresar del reino de los muertos.

—Necesito conocer su esencia, para que podamos hablar cuando sea el momento.

—Por supuesto —dijo la mujer.

—Si se atreve a cambiarla, no le va a alcanzar el mundo para esconderse.

—No lo haré, mi señor Qhar.

El espíritu revoloteó alrededor de la mujer para absorber su esencia y el kanafi lo devolvió a su reino después que terminó. No tenía muchas ganas de volver a volar, pero no le quedaba otra opción, así que se despidió de la mujer, ayudó al tipo encadenado a acomodarse en el lomo del

dragón, y dejaron Manai.

Al hombre no se le movió un pelo en todo el viaje, no dijo nada, no se quejó, no discutió ni causó problemas, y Qhar no sabía si era por la diferencia de tamaño que había entre ambos, si era por el dragón o porque ya le importaba tres carajos lo que le sucediera. De cierta forma, sintió algo de lástima por él, pero eso no evitaría que fuera a hechizarlo para que su única meta fuera entregarle la vida al dios Yakyur. Eso era algo que iba a suceder aunque el hombre se quejara, gritara o pataleara.

Llegaron a Dkol nur Shana cuando el sol estaba empezando a ser engullido por el horizonte. Aterrizaron en el patio del palacio, y Qhar hizo que llevaran al prisionero a una de las celdas. El Tjar Rajesh salió a recibirlo y Qhar lo puso al tanto de lo que sucedió en Manai.

—¿Cómo están las cosas por aquí?

—Ya comenzamos a preparar todo.

—Me alegra oírlo. Con su permiso, voy a hablar con el Tjar Galadh para comunicarle las noticias.

28 – Akram, Ze Rawa y Rompehuesos

—¿Indra, me escuchas? Por favor abre ya los ojos.

—Déjala que descanse...

—No está descansando, está sufriendo, Mhena.

—No puedes saberlo. La vez anterior durmió hasta el atardecer y se despertó bien, un poco mareada, pero bien.

—Pues ya pasó el atardecer y no debe faltar mucho para que el sol nazca otra vez.

—Bueno, quizás se vuelvan más prolongados los episodios cada vez que se tocan. —Akram la miró. No se imaginó que Indra le hubiera hablado de ellos a Mhena—. No es necesario que finjas, noté la forma en que se miran, cómo se preocupan el uno por el otro...

—No quería que esto sucediera así.

Mhena sonrió.

—Amar es parte de estar vivo, Akram, no hay nada de malo en eso.

—Pero no somos dos personas normales.

—No, tú eres un kanafi, y ella una masdi. Estará bien, ya verás, es cuestión de tiempo que su misma sangre limpie el daño.

—¿Y si no ocurre así? Mírala. Su piel está enrojecida y a veces se estremece.

Mhena se acercó de inmediato y le puso la mano en la frente.

—Por Vari, está ardiendo —dijo Mhena, alarmada, y a Akram se le desapareció el suelo que pisaba. «Se va a morir porque la abracé» pensó con todo el peso de la culpa sobre él—. Akram... Ve por agua de inmediato, yo iré a prepararle una infusión.

—¿Se va a morir? —preguntó como pudo.

—No, solo es fiebre, ¿sí? Se va a poner bien, pero apresúrate a ir por agua, tenemos que bajarle la temperatura cuanto antes.

Akram asintió y, ni bien Mhena dejó la habitación, sacó uno de sus huesos y le ordenó ir por un balde con agua. Cuando regresó, tomó un paño, lo humedeció y lo soltó sobre la frente de Indra. Ya no quería tocarla de ninguna forma, ni siquiera acercarse a su piel para acomodar la tela, que quedó arrugada. No sabía, tampoco, qué tan perjudicial podría ser que usara uno de sus espíritus para hacerlo, así que decidió que era mejor esperar a que Mhena o alguien más llegara.

La yaducare volvió un poco después, acompañada de una sirvienta y le pidió a Akram que dejara la habitación, porque necesitaban desvestir a Indra para refrescar su cuerpo. Salió al patio a tomar aire, porque sentía que se iba a volver loco por la culpa y la incertidumbre. Rompehuesos dormía a pocos pasos de la puerta y no lo escuchó, así que trató de mantenerse lejos de él por si despertaba y decidía calcinarlo.

—¿Cómo está Indra? —preguntó el dragón y a Akram casi se le sale el corazón por la boca por el susto.

—Pensé que dormías —dijo cuando se repuso—. Tiene fiebre, Mhena se quedó con ella.

—Se pondrá bien, entonces.

Akram se sentó frente a él, en el suelo.

—Espero que sí.

—¿Tú tienes algo que ver con eso?

Lo pensó un poco antes de responder, porque no sabía qué esperar de Rompehuesos, pero decidió ser sincero.

—Sí...

El dragón largó un suspiro largo y caliente. Akram pensó que iba a cocinarlo a fuego lento, pero no fue así.

—Lo siento mucho.

—Indra tenía miedo, se estaba lastimando y la abracé para que se calmara. No debí hacerlo.

—Hiciste bien, Akram. Indra deja de pensar cuando se asusta y no sabe calmarse sola. Te necesitaba.

—Pero ahora está sufriendo por eso...

—Sufría antes, también. El dolor físico pasará y se olvidará de lo que está sucediendo ahora, lo importante es que estuviste a su lado cuando te necesitaba, deja de castigarte.

—No puedo.

—¿Quieres que me enoje contigo y haga todo un escándalo por haberla abrazado? —preguntó con calma y Akram sonrió un poco—. Puedo hacerlo si te hace sentir bien, soy el mejor haciendo escándalos ruidosos.

—Despertarás a toda la ciudad, mejor no lo hagas.

—Bien, bien... —Rompehuesos se acomodó de lado y levantó un ala—. Entonces ven a dormir, necesitas descansar, porque tendremos un día largo y atareado.

—¿Contigo? —sonrió.

—¿Tienes miedo?

—No, es que nunca imaginé dormir junto a un dragón.

—No soy *un* dragón, soy *el* dragón.

Akram rió y se acercó a Rompehuesos, que volvió a moverse un poco más. Buscó cómo acomodarse en el espacio que había entre su vientre y sus patas. Era un buen lugar para dormir, caliente, mullido... Con razón a Indra le gustaba quedarse con él en las noches. El dragón lo cubrió con su ala y quedó una tienda de lo más cómoda y abrigada. No tardó nada en dormirse y, cuando despertó, pensó que había sido la mejor noche que había pasado en su vida, aunque hubiera dormido solo por un rato.

Lo primero que hizo, después de sacarse la modorra con un poco de agua fría, fue ir a ver a Indra. Dormía todavía, pero ya no tenía fiebre.

—¿Dijo algo? —le preguntó a Mhena.

—Nada. Abrió los ojos, maldijo, y volvió a dormirse.

Akram sonrió.

—Muy propio de Indra. Cuando despierte, dile que Rompehuesos y yo regresaremos, como muy tarde, a mediodía. Si se nos complica algo, enviaré a un espíritu para avisarles. Cuídala, por favor.

—Sí, no te preocupes.



Ze Rawa se ponía más nerviosa a medida que pasaba el tiempo y, cuando al fin vio la ciudad de Dkol nur Shana, tuvo que aterrizar para poder calmarse. No podía completar el último tramo. Las alas no le respondían y no tenía control alguno sobre su cola, que serpenteaba y se movía de lado a lado como si tuviera vida propia, haciendo que su vuelo fuera errático y brusco, lo que era un peligro para Galadh, además.

Él, en cambio, le acarició el lomo y le cantó un par de canciones, y eso ayudó a que sus nervios disminuyeran, pero solo hasta que vio una enorme mancha negra salir volando desde la ciudad. Era negro, no rojo, y a Ze le pareció hermoso.

—¿Cómo debo comportarme?

—Sé tú misma.

—¿Y si no le agrado?

—Es tu hermano, claro que le agradarás.

La mancha comenzó a tomar forma de dragón y Ze decidió que ya podía volver a volar, por lo que se impulsó hacia la nada. Rugió, feliz de verlo, y él respondió de igual forma. De los hocicos de ambos salían torrentes de chispas, que llenaban el cielo de estrellas viajeras y pronto escuchó reír al muchacho que iba con Rompehuesos. También era lindo oírlo.

Se cruzaron en el aire, y dieron algunas vueltas sobre sí mismos para verse, para conocerse y reconocerse. Rompehuesos se veía aterrador e imponente y su nombre le inspiraba todavía más respeto. Era un gran nombre, sin dudas.

—Eres grandiosa —dijo Rompehuesos al finalizar la inspección, y buscó donde aterrizar, pero su compañero le pidió que regresaran a la ciudad para que el Tjar pudiera descender allí.

—Pensé que Indra era una chica —dijo Ze cuando se encaminaron hacia la ciudad.

—Él es Akram. Indra está enferma.

—Lo lamento. ¿Es grave? ¿Ya le diste de tu sangre?

—Lo hice el primer día que la vi, se estaba muriendo. Lo de ahora... Es un poco complejo, pero estará bien.

—Seguro que sí. Ojalá sane pronto, porque quiero conocerla.

Rompehuesos soltó un puñado de chispas que se perdieron entre los rayos del sol.

Volaron, entonces, hacia Dkol nur Shana y descendieron en medio de la calle. La urbe era fea, estaba rota en muchas partes y se veía muy sucia. Las personas que la habitaban no se veían mucho mejor, y estaban tan delgados que se le podían ver todos sus huesitos a través de la piel.

«Ese Tjar del sur sí que es malo» pensó, afligida, Ze Rawa.

Un par de personas salieron de uno de los edificios más grandes y Galadh se puso feliz de verlos, porque su cuerpo emanó esos aromas de alegría absoluta que solo había olido de él un contadas ocasiones. En tres, a decir verdad. Cuando la dragona hizo fuego por primera vez, cuando le contó que su hermano estaba vivo y cuando le dijo que volarían al sur.

Después de haberle quitado las alforjas y de haberle advertido que se cuidara, Galadh le permitió ir a volar con Rompehuesos.



Era dorada y roja. Sus escamas y plumas parecían recién salidas de una fragua por lo mucho que brillaban, y Rompehuesos estaba maravillado de verla. Era muy parecida a su madre, o al recuerdo que tenía de ella, al menos. Hablaba mucho y su vida había sido maravillosa. Su comprador la había cuidado desde el primer instante, y menos mal que era así, porque Rompehuesos no dudaría ni un instante en hacerlo pedazos si Ze Rawa le decía que él la maltrataba.

—¿Y tú? —preguntó cuando se cansó de hablar.

—¿Qué te gustaría saber?

—Si estás bien ahora. Ya sé que tu vida fue horrible hasta que la humana te ayudó a

escapar. Es buena, ¿verdad?

—Es una buena cría humana, sí.

—Ya me lo parecía, por lo que oí de ella. —No se había cansado de hablar, al parecer—. Qhar nos habló de todo lo que sabía. También de que tiene un problema de adicción al polvo de estrellas. Eso es malo, muy malo. ¿Sabes cómo se hace el polvo de estrellas?

—No.

—Huesos de crahsti.

—¡No es cierto!

—Sí lo es. Los muelen hasta hacerlos polvo, y eso es lo que aspiran los humanos. ¿Alguna vez lo probaste? Yo sí. Fue una locura.

—¿Cómo demonios se te ocurrió hacer una cosa así?

—Fue antes de saberlo. Jhara, uno de mis cuidadores, lo usa. Un día, cuando era cachorra, estaba jugando con él y rompí su saco. Lo había visto olerlo, por lo que mi curiosidad me llevó a acercarme. Fue una locura, de verdad. Nunca creí que algo iba a ser tan horrible. Soñé cosas rarísimas, que mi fuego era helado, que mis alas eran de tela, que Galadh era de agua. Un espanto. Cuando se me pasó el efecto, mi humano me contó cómo lo hacían. Quiso despedir a Jhara, pero yo lo defendí. No había sido su culpa, fui yo la imprudente.

—¿Eso le sucederá también a Indra?

—No, a los humanos les afecta de forma diferente. Jhara me lo dijo cuando se me pasó el efecto y hablamos sobre eso.

—Indra solo mencionó que deja de pensar y que se vuelve un poco más ágil.

—Jhara dijo que se pone feliz.

—Tal vez la felicidad es diferente para cada persona.

—Tal vez.

—¡Mira! ¡Ciervos! —Ze Rawa se lanzó en picado hacia abajo. Rompehuesos se preguntó cómo había sido capaz de verlos, si estaban volando tan alto, que apenas si se lograba distinguir el camino que usaban los humanos. La siguió, por supuesto, y acomodó sus alas para lograr ese zumbido aterrador que tanto le fascinaba.

Ze Rawa se dio vuelta para mirarlo, sorprendida, y él pasó a su lado a toda velocidad.

—¡Eres grandioso! —exclamó su hermana, y él soltó un puñado de chispas, de puro gusto. Le agradaba estar con ella.

Ze Rawa lo alcanzó poco después y descendieron juntos un tramo, pero ella comenzó a frenar la caída mucho antes que él, lo que fue una sorpresa para el dragón.

Faltaban apenas unos metros para reventarse en la arena, cuando Rompehuesos extendió sus alas y elevó todas sus púas. El aire curvó las membranas y los músculos se le tensaron por la fuerza que debía hacer para que no se vencieran por la presión. Moviò la cola para cambiar de dirección justo cuando estaba a una garra de enterrarse hasta los cuernos. Pasó rozando la arena y oyó cuando Ze Rawa le gritaba que estaba orgullosa de él.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó en cuanto lo alcanzó. Salían chispas de su hocico.

—Practicando. Una vez me rompí varios huesos por no poder detenerme, y casi mato a Akram.

—¿Quién es Akram?

—El amigo de Indra, el kanafi que estaba conmigo.

—¡Ah, cierto! ¡Es kanafi como Qhar! Enséñame a hacerlo, quiero aprender a ser tan grandioso como tú.

—Si tienes miedo, no podrás conseguirlo.

—No le tengo miedo a nada.

«Porque no conoces de verdad a los humanos» pensó Rompehuesos, pero decidió no decirlo.

—Y te vas a golpear muchas veces.

—No me importa —aseguró Ze Rawa, entusiasmada.

—Pero vamos a tener que decirle a Mhena que nos acompañe, por si te rompes un hueso.

—¿Mhena es sanadora?

—Sí, una yaducare.

—No conozco de esas. Bueno, no importa... Solo quiero aprender a ser como tú.

—¿No querías un ciervo?

—Prefiero cazar sin asustarlos. Pasar miedo es una cosa horrible y ninguna criatura de este mundo debería jamás tener que sentirlo.

29 - Rajesh

Ya el hecho de ver a un dragón volando era impresionante. Ver a dos enormes, brillantes y majestuosos dragones era completamente... Rajesh no encontraba la palabra para describirlo, a pesar de ser un tipo bastante culto y que había leído un par de libros. No sabía cómo llamar a ese sentimiento, pero eran unas irracionales ganas de aplaudir, de reír, de bailar y de gritar con todas sus fuerzas que eran hermosos.

Por costumbre buscó a Mhena a su derecha, para poder decir algo lindo y, también, para verla sonreír, pero no se encontraba allí. Además de que Índara no despertaba, estaba tratando de que el palacio se viera lo más decente posible, porque se había obsesionado con el aspecto del palacio de Barzy... pero su palacio era una ruina, sin más puertas que las que daban al exterior, casi sin muebles. Rajesh miró hacia el cielo para poder sonreír otra vez, porque no quería recibir al Tjar Galadh luciendo más miserable de lo que se sentía.

Sonrió, por supuesto. Antes pensaba que Rompehuesos era hermoso, pero su hermana era aún más bella y más brillante, aunque tal vez era porque el rojo y el dorado no absorbían tanto la luz como el negro del dragón. Estaba en esos coloridos debates mentales, cuando ambos dragones aterrizaron frente al palacio. El aire se llenó del polvillo blanquecino de las calles y este se estacionó con delicadeza sobre todo lo que alcanzó. Personas, escombros, edificios, carros. Pocas personas, a decir verdad, porque todos huyeron en cuanto las sombras de los dragones comenzaron a hacerse más grandes. Rompehuesos solía pasar bastante tiempo echado en la calle frente al palacio, pero los prury no se acostumbraban a su presencia. Daban enorme rodeos antes de arriesgarse a pasarle cerca.

Akram y el Tjar Galadh desmontaron, y se acercaron a él caminando despacio. El Tjar del norte era un hombre joven y de apariencia delicada, pero estaba bastante maltrecho. Rengo, medio ciego y tenía una impresionante cicatriz en el rostro. Rajesh tuvo que hacer un gran esfuerzo para no preguntarle qué demonios le había sucedido para terminar así.

Akram hizo una reverencia y continuó su camino hacia el interior del palacio, después de que el Tjar Galadh se presentó. Su voz también era algo... delicada, también, casi femenina.

—¿Puedo ir volar con mi hermano? —preguntó la dragona, impaciente.

—Claro, pero no te alejes demasiado.

—Ya soy grande, no me voy a perder —dijo y saltó hacia el cielo. Rompehuesos la imitó al instante.

—Es tan imprudente —dijo Galadh, sin quitar el ojo de la dragona—, que a veces sí pareciera que es una pequeña dragoncita.

—Rompehuesos a veces también pareciera ser una cría. —Rajesh hizo una seña hacia la entrada—. Pase, por favor, me imagino que no está acostumbrado el calor del sur.

—No me molesta, al contrario. Además, preferiría quedarme aquí... Es la primera vez que salimos de casa... Temo que algo le suceda.

—Rompehuesos es un dragón muy protector, no dejará que nada ni nadie lastime a su hermana.

—Lo sé, aun así...

—Comprendo —asintió—. Muchas gracias por haber venido hasta aquí. Lamento mucho

que las condiciones de la ciudad no sean las adecuadas para recibirlo. —Rajesh suspiró—. Todo es un desastre aquí, y el interior palacio no se ve mucho mejor.

Si uno lo miraba del lado sano, su rostro era bastante agraciado... Atractivo, de hecho, bien proporcionado.

—No debería preocuparse, su Majestad. Sería poco apropiado de mi parte quejarme, cuando sé de sobra la situación en la que se encuentran. Es más... Trajimos un presente, acompáñeme.

El Tjar Galadh rengueó de regreso hasta las alforjas que había bajado de los costados de la dragona, y abrió las hebillas de dos de ellas. Estaban hasta arriba de relucientes, brillantes, gloriosas monedas de oro.

—Mi contribución a su causa, Tjar Rajesh.

—No... Por Vari, con sus consejos será más que suficiente. —Rajesh pensó que con eso podría alimentar a la ciudad por un año, aunque luego también llegó a la conclusión de que era inútil tener tanto oro cuando no tenían a quién dárselo. No había, a su alrededor, nadie que les fuera a vender granos ni ganado.

—Ze Rawa no podía cargar más, pero mis barcos están casi a la altura de Indvhe y traen un poco de oro y provisiones. —El Tjar volvió a cerrar las alforjas—. Estarán aquí muy pronto, en unas semanas, tal vez.

—¿Cómo podrían llegar tan rápido?

—Tengo a varios cinti a mi servicio, y ellos pueden hacer que los barcos y los carros se muevan más rápido, de ser necesario.

—Soy tan ignorante, mis disculpas.

—Creció alejado de su hogar y de sus costumbres, su Majestad, es natural que no tenga conocimiento de cómo solemos manejar nuestros reinos. De todas formas, quédese tranquilo. Vine a ayudarlo en todo lo que esté a mi alcance para que Adheej vuelva a ser el país próspero que era cuando su padre reinaba.

—Me bastará con sus consejos, porque no puedo aceptar su oro...

—Ahora usted lo ve así, como si fuera una cantidad desmedida, pero créame, eso se acabará en un par de semanas. La gente que está trabajando en la ciudad necesita recibir un pago por ello, para elevar su confianza en sí mismos y su productividad.

—No lo creo. Hienza no nos venderá nada, mucho menos Doury Kasesh, si es que algún día llegamos a la paz. Puede que los barcos de Dwot Vla lleguen algún día, pero lo dudo, porque tienen una relación muy estrecha con el Tjar Rizwan. Tendremos que valernos por nuestra cuenta hasta que tengamos la posibilidad de negociar alguna cosa con Hienza y Doury Kasesh. Por ahora tenemos que concentrarnos en recuperar las tierras de cultivos después de tantos años de sequía, si es que eso ocurre alguna vez.

—¿Servicios por alimento? No le veo mucho futuro. Aunque nadie les venda, producirán sus alimentos y el intercambio de alimentos funcionará un tiempo, pero luego también necesitarán de maestros para los niños, tejedores para la ropa, las mantas, las alfombras, alfareros, soldados, guardias y para eso, el oro será de gran utilidad.

Rajesh apretó uno de sus puños para no mostrar su frustración. Desde que recordaba, no había conocido más que el hambre, la miseria, las necesidades no satisfechas, el miedo y la lucha por sobrevivir. Lo primero en que pensó fue en limpiar la ciudad, en tratar de que todos tuvieran dónde dormir, en que el caos y las revueltas no continuaran y eso le hizo olvidar de que la ciudad evolucionaría, en algún momento.

—Es... demasiado —admitió—. No podré manejarlo, no sabré qué hacer.

El Tjar Galadh le puso una mano en el hombro.

—Por eso estoy aquí, para ayudarlo lo mejor posible. Varias veces envié a mis cinti a buscarlo en la ciudad, pero jamás encontraron nada, ni una pista que los llevara a usted.

—¿Por qué?

—Rizwan me dejó así, como me ve, con un ojo menos y una pierna casi inútil, pero su pueblo me mantuvo vivo. Tras la caída de Adheej, los príncipes Rodo y Lucyl de Dwot Vla, y yo vinimos para frenar esta locura. Acordamos una reunión pacífica, sin armas... Pero Lucyl decidió que quería casarse con Rizwan ni bien le puso los ojos encima y fue a la reunión armada. Mató a su hermano ni bien comenzó el encuentro, y yo estuve a nada de irme al reino de los muertos cuando Rizwan me sorprendió. Lucyl lo convenció de que estaba de su lado al acabar con su hermano.

—¡Mierda! No conocía los detalles, tan solo supe años después que hubo un intento de parte de Cingze de negociar la retirada de Doury Kasesh, pero que no hubo ningún acuerdo.

—El muy cobarde tenía armas escondidas...

—Mierda.

—Creyeron que yo moriría desangrado, y me dejaron allí, en la sala del trono... Cuando Rizwan los envió a limpiar la carnicería, los esclavos prury vieron que estaba vivo y me ayudaron. Curaron mis heridas de la mejor forma que pudieron y me enviaron de regreso a Cingze. Lógicamente, mis padres creyeron que estaba muerto después de que les llegó la noticia de lo que había sucedido aquí, pero fue una gran sorpresa para ellos verme regresar.

—Puedo imaginarlo...

—Me llevó varios años recuperarme por completo... El cuerpo se recupera relativamente rápido, pero la cabeza no te queda bien, nada bien. Perdí un ojo y mi rostro está deforme, no puedo pisar bien porque Rizwan me cortó un tendón y necesité apoyarme en un bastón por mucho tiempo. Yo era bueno con la espada, pero después de ese ataque, quedé inutilizado por completo y mi cabeza no estaba preparada para eso, para ser un inútil con un arma en las manos, para ver con un solo ojo, para ver mi rostro deformado. ¿Y mi espalda...? —suspiró—. Mi espalda... Esto de caminar torcido por tantos años hizo que mi espalda también se deformara y que los dolores se volvieran insoportables.

—Lo lamento mucho...

—Aun así, me siento en deuda con su pueblo, Rajesh, y por eso estoy aquí. Intenté de muchas formas encontrarlo después de que llegó el rumor de que vivía. Envié gente de confianza y cintis, pero ninguno encontró nada que me condujera a usted.

—Mhena, mi yaducare, hizo un buen trabajo manteniéndome oculto, aunque también debo decir que muchos murieron para que yo pudiera continuar viviendo. Tengo sus nombres anotados, y la lista es inmensa. Algún día, cuando las cosas se acomoden un poco aquí, quiero que sus nombres sean tallados en piedra, para que el tiempo no pueda borrarlos jamás de la historia de Adheej.

—Me gustaría sumar los nombres de quienes arriesgaron sus vidas por mí.

—Por supuesto. Sé también que muchos otros ciudadanos conservaron una lista de nombres, así que va a tener que ser una piedra bastante grande.

—O muchas... Se me ocurre que, tal vez... —Galadh se agachó y tomó una de las tantas rocas que había todavía amontonadas en la calle—. Tal vez podría hacer un memorial inmenso, un campo del recuerdo, o algo así. Un monumento a cada uno de los que dieron su vida por la libertad. Poner una por cada persona, para que, si tienen familia, tengan dónde dejar unas flores...

—No tenemos flores aquí desde que nos robaron el río, pero confío en que pronto crecerán

en todos lados.

El Tjar Galadh sonrió.

—¿Ya recuperó río?

—No yo, Rompehuesos y el fénix —dijo y señaló hacia lo más alto del palacio, pero el crahsti no se encontraba allí—. Bueno, no está. Suele descansar en la torre, pero no sé dónde puede estar ahora.

—Es un animal tan misterioso que lo poco que se sabe de él, tiene más de leyenda que de verdad.

—Es cierto.

—¿Me llevaría a ver su río? —preguntó el Tjar Galadh sonriendo y a Rajesh le pareció un poco inocente su entusiasmo. Era un río... Si bien para Dkol nur Shana recuperarlo fue una victoria, estaba seguro de que no tendría mucho de diferente de los ríos de Bahud, la capital de Cingze.

—Por supuesto —sonrió, también—. Claro que sí.

El Tjar Galadh se giró para buscar a Qhar.

—Dile a Ze que regrese, por favor.

—Espere, por favor, debo ver si Índara, la compañera de Rompehuesos, ya despertó.

—Olvídalo, Qhar. Haz que entren los cofres y cuídalos, por favor.

—Como ordene, su Majestad —contestó el kanafi.

Galadh asintió y se dirigieron hacia el interior del palacio. Entraron entonces al palacio y, aunque Rajesh se sentía muy avergonzado por la miseria que los rodeaba, el Tjar Galadh sonreía y saludaba a todos los que se cruzaban en su camino hacia la habitación de Indra. Canturreaba alguna canción cuando no había nadie a la vista; parecía un tipo bastante feliz.

—¿Qué le ocurre, si puede saberse? —preguntó en un momento—. Rompehuesos le confió a Ze que estaba enferma.

—Fiebre... No sabemos a qué se debe, pero desde ayer que no despierta.

Galadh bajó la voz.

—Qhar mencionó que tiene algunos... problemas con el polvo de estrellas.

—Sí, así es, pero no es por eso. Solo tuvo un breve momento de debilidad en Barzi y cuando despertó de esa noche, la alejé de la ciudad para que evitara la tentación de volver a comprar de esa mierda.

—Lo acompaña una yaducare, ¿no? —dijo Galadh y Rajesh asintió—. ¿Ella no pudo curarla?

—Lo intentó, pero parece que no obtuvo resultados. Indra es, además, una masdi.

—La fiebre ya se la hubiera llevado de no ser así...

—Eso mismo dijo Mhena.

—¿Saben si ingirió algo extraño? ¿Alguno más de su séquito se encuentra igual?

—No tengo un *séquito* como tal, más bien un puñado de amigos leales.

—Eso, entonces. ¿Alguien más enfermó?

—No, todos estamos bien.

Rajesh se detuvo antes de entrar a la habitación para que Galadh ingresara, pero él no lo hizo. Lo miró, en cambio y habló en voz baja.

—Me gustaría echarle un ojo, si me lo permite. Después de quedar como quedé, encontré refugio en los libros y me interesé por las artes curativas. Tal vez pueda ayudarla.

—Por supuesto, eso estaría muy bien —sonrió y lo invitó a entrar con una seña.

—¿Revisaron su cuerpo en busca de alguna picadura o mancha extraña? —preguntó el Tjar

Galadh después de haberse presentado a Mhena.

—Sí, su Majestad —respondió Mhena—. Pero ya sé por qué Indra no despierta. Es por la maldición kanafi.

Rajesh se sobresaltó, porque no había visto que Índara y Akram fueran tan cercanos.

—¡Ah! ¡Busca la mancha azul!

—¿Perdón?

El Tjar Galadh tomó a Indra con cuidado y la sentó en la cama.

—En su nuca, entre su cabello —dijo a Mhena—. Tiene que tener la mancha azul si es por eso.

—No lo sabía. —La yaducare se sentó junto a Índara y comenzó a revisar su cuero cabelludo, para ver si daba con la mancha. Rajesh se acercó a mirar, por supuesto, no se podía quedar con la duda.

«Así que Índara y Akram... »

No era tan irracional si lo pensaba. Estaban pendientes el uno del otro todo el tiempo, la incomodidad de Akram cuando Rajesh le dijo que se quedara con ella en el desierto, la forma en que Akram sonreía cuando estaban cerca...

—Te ayudo a echarle un ojo —dijo y se acercó para ver en los sitios donde Mhena separaba el cabello de Índara—. ¡Allí! —exclamó el Tjar y su pálido dedo señaló un lunar azul.

—¡Demonios, qué buen ojo! —dijo Mhena, pero su rostro enrojeció por completo al recordar que el Tjar, de hecho, tenía solo un ojo—. Perdón, su Majestad.

Rajesh estuvo a punto de reprenderla, pero eso hubiera sido todavía peor que quedarse callado. El Tjar Galadh recostó a Índara sobre la cama y se acomodó la túnica.

—Hablar así a un tuerto está mal visto —dijo con toda seriedad. Rajesh tuvo que mirar para otro lado, porque casi suelta una carcajada, pero Galadh empezó a reírse antes, para su alivio, porque no sabía si iba a poder contener la risa por mucho tiempo.

—Por los bigotes de mi abuela —susurró Mhena.

—Hay que tomarse las cosas con algo de humor, señorita Mhena, porque el mundo ya está bastante jodido como para no reírse. Además, tengo la visión de dos concentrada en un solo ojo, lo que es bastante bueno, desde mi punto de vista.

Rajesh volvió a reír, pero no porque fuera tan bueno el chiste, sino porque... Porque sí, porque hacía tanto que no lo hacía que casi había olvidado cómo era, porque estaba en el palacio que lo vio nacer, porque Adheej volvía a ser una realidad.

El Tjar Galadh sonreía al verlo y Mhena se contagió también de su risa; ella también necesitaba soltarse un poco y ese era el momento ideal, al parecer, para reírse tontamente de nada y de todo a la vez. Mhena terminó llorando y, al principio, eran lágrimas de risa, pero luego su llanto cambió. Rajesh se acercó a ella y se arrodilló a su lado.

—¿Qué sucede?

—¿Y si se muere?—dijo con la voz entrecortada.

—No se va a morir —dijo el Tjar—. Se puede... Bueno, no se puede revertir, pero puede que ser una masdi le ayude a hacerlo. Lo que sí podemos hacer es que sus dolores y su fiebre no la molesten tanto. Tal vez hasta no vuelven a afectarle. Su sangre dorada quizás ayude a que elimine la maldición por completo.

—¿Y si no? —lloriqueó Mhena.

—¿Y si sí? —dijo Rajesh.

—Pero, ¿y si no?

—No lo sabremos si no lo intentamos... —dijo Rajesh.

—¿Y el kanafi? O la kanafi...

—Es «él», Akram —respondió Mhena—. Salió a recorrer la ciudad.

—Lo necesitamos.

—Dile que regrese, por favor, no debe estar muy lejos —dijo Rajesh.

Mhena asintió y salió de la habitación, pero se asomó momentos después.

—Pregunta para qué lo necesitan.

—Para sanarla. Necesitamos su sangre.

—Por Vari —dijo Rajesh y el rostro de Mhena se contrajo en una mueca de desagrado. El Tjar encogió los hombros y Mhena volvió a desaparecer tras la puerta—. ¿Su sangre?

—Mejor que no sepan más. Lo hablaré con el kanafi. Él está acostumbrado a esas cosas.

—¿Eso aprendió en sus libros de artes curativas? —Rajesh no pudo ocultar su repugnancia.

—Eso y mucho más, aunque no todo es así, por supuesto. Lo que involucra a cintis oscuros, sin embargo, suele ser bastante... inusual.

—Tiene razón, no necesito saberlo. Iré a buscar una habitación donde pueda acomodar sus cosas.

—No es necesario, dormiré afuera, con Ze.

—¿Seguro?

—Es cómoda, tiene el vientre caliente...

—Pero no puede dormir afuera, ¡soy responsable por su seguridad!

El Tjar levantó la ceja sana.

—No creo que alguien se atreva a acercarse demasiado a Ze.

—Sí, eso es cierto, no me di cuenta.

—Sí agradeceré un poco de agua para darme un baño.

—¡Claro que sí! Ahora tenemos agua de sobra.

—Con eso me bastará, entonces, ni siquiera necesito pedirles la cena.

—Pero...

—Tengo algo de pan y un par de frutas.

—Frutas, por Vari... Vaya uno a saber cuándo fue la última vez que mi pueblo comió una fruta.

—Para el próximo año, todos comerán frutas. Ze tardó dos días en llegar desde el barco —dijo Galadh y Rajesh lo miró con un poco de confusión—, pero el peso del oro le dificultó un poco el avance, sin mencionar que yo no puedo pasar tanto tiempo montando. Rompehuesos y ella, sin jinetes, pueden ir y volver en ese tiempo, estoy seguro.

—Creo que no comprendo...

—¡Árboles! Traemos árboles, granos y semillas.

—Gracias —balbuceó Rajesh. Sentía una inmensa piedra en la garganta que le impedía respirar y hablar correctamente.

—Pueden ir a buscar los barcos mañana al amanecer y regresar al día siguiente. Ordenaré que los carguen con los árboles y algunos sacos de semillas. Tal vez no sea mucho, pero...

—Es muchísimo. —Rajesh lo abrazó, porque no podía expresar su agradecimiento de otra forma. Hasta ese momento pensó que solo regresó a la ciudad para condenar a su pueblo a una muerte lenta y dolorosa, por la escasez de agua primero, por las tierras infértiles después, porque empezaron a tratar de revivir la tierra sin saber siquiera si tendrían qué sembrar. Lo único que los movía era la esperanza y la libertad, y el Tjar Galadh había llegado con lo necesario para darle a Rajesh al menos una certeza en esa marea de dudas e incertidumbre en la que se encontraba.

Un par de brazos los rodeó y ambos miraron quién era. Mhena lloraba más de lo que Rajesh

lo hacía, si eso era posible.

—Gracias, su Majestad —sollozó.

—Mhena sabe mejor que nadie lo mucho que intentamos hacer para liberar a Adheej.

—Y no lograron una mierda —dijo Índara. El Tjar Galadh retrocedió un paso y todos miraron a la cama, pero ella seguía con los ojos cerrados—. ¿Por qué no se van a llorar a otro lado?

—¡Un poco de respeto, por favor! —dijo Mhena. Índara abrió los ojos un poco, pestañeo un par de veces y se sentó en la cama.

—Pero qué sujeto más blanco...

El Tjar Galadh rio.

—¡Índara!

—Déjala, debe estar confundida aún.

—¿Y este quién es? —preguntó mirando a Mhena.

—Por los bigotes de mi madre, muestra un poco de respeto al referirte al Tjar Galadh.

Índara abrió un montón los ojos y la mandíbula se le aflojó un poco, pero enseguida se bajó de la cama y se arrodilló en el piso.

—Perdón, mi señor, por haberle hablado así.

—Disculpas aceptadas. Ponte de pie, por favor —dijo con amabilidad, y ella obedeció—. Quiero darte las gracias, en nombre de Ze Rawa, por haber rescatado a Rompehuesos de la horrible prisión en la que estaba. Ze fue inmensamente feliz cuando supo que su hermano estaba con vida.

—Rompehuesos también se alegró cuando supo de su hermana, así que puedo imaginar cómo se sintió ella —respondió sin levantar la vista del suelo—, y también imagino que usted se alegró mucho al verla así.

—Estás en lo cierto. Desde que Ze aprendió a hablar conmigo, siempre me preguntó por su hermano, y por eso es que Qhar los buscó en Hienza para hablarles sobre nosotros.

—Hay algo que no entiendo —dijo Índara y Rajesh contuvo la respiración, porque no sabía con qué planteo podría salir—. Las gemelas paraki del Tjar fueron quienes robaron los dragones de su nido y los entregaron a usted y al Tjar Rizwan. Si usted y su kanafi son aliados de las gemelas, sabía dónde estaba Rompehuesos encerrado y no hicieron nada por él.

—No fue así. Ellas se lo obsequiaron al Tjar para poder obtener su atención, pero nunca supieron qué sucedió con él, puesto que fueron llevadas a Indvhe con el Tjar, y el dragón quedó bajo el cuidado del Gran Señor Uzair. Fueron unos largos meses de incertidumbre hasta que volvimos a oír de él, que fue cuando escaparon y la noticia corrió por todo Dkol nur Shana primero, y por el resto de Ásico después. Qhar estaba en Hienza hacía tiempo, así que él nos avisó cuando ustedes se presentaron allí. Por eso le pedí que les hablara de Ze y de mí.

—Comprendo. Lamento haber dudado de sus intenciones, su Majestad.

—Después de todo lo que les sucedió en la vida, es algo completamente comprensible. Seguro quieres descansar —dijo antes de dirigirse hacia la puerta.

—Gracias, su Majestad.

Rajesh acompañó al Tjar Galadh, pero alcanzó a escuchar a Mhena regañando a Índara, como de costumbre.

—Pido disculpas por el comportamiento de Índara. No tengo forma de excusarla, ni de justificar la forma en que se dirigió a usted.

—No es necesario. Es la compañera del hermano de Ze Rawa, lo liberó y cuidó de él. No tengo más que agradecimiento para ella, porque Ze no podía ser feliz sin saber de su hermano. Si

ella es feliz, yo lo soy también. Eso es lo único que me importa. Además, Índara creció en un país devastado y empobrecido, ¿cómo podía aprender de reglas y formalidades cuando su prioridad era sobrevivir? Conozco demasiado bien la historia reciente de Adheej como para reprocharle a ella o a alguien más su falta de tacto o educación. No pretendo reverencias ni tratos especiales del pueblo que me salvó la vida y se aseguró de que llegara a salvo a mi hogar, a pesar de los riesgos que corrían. Soy yo quien debería caminar de rodillas ante cada uno de ustedes

—Ni siquiera lo intente, su Majestad, por favor. Demasiado está haciendo por nosotros.

—No hice nada aún. Dije que traería provisiones, pero ustedes no las vieron aún y ni siquiera saben si es... Por todos los dioses sagrados, Nayith, estás viva. —El Tjar se arrojó de rodillas a los pies de una mujer que estaba cepillando las paredes de la galería. La señora se secó las manos con su túnica y se apresuró a acariciar su blanco cabello.

—Señor príncipe, usted... Usted se acuerda de mí.

—¿Cómo iba a olvidar tu precioso rostro? Me acordé de ti cada día desde que dejé Dkol nur Shana.

Rajesh estuvo a punto de decirle que ya no era un príncipe, pero Galadh le hablaba con tanta confianza y consideración, que le pareció inútil hacerlo. Se quedó mirándolos, en cambio, entre asombrado y conmovido. Nayith se quitó las lágrimas que amenazaron con desbordar sus ojos y se secó la mano en su ropa antes de volver a tocar al Tjar para ayudarlo a ponerse de pie. El soberano de Cingze le tomó el rostro arrugado y castigado por las penurias, le acarició las mejillas y la abrazó.

—Nayith, mi dulce Nayith. —El Tjar miró a Rajesh; tenía los ojos enrojecidos, pero sonreía—. Ella fue quien me recibió en su casa, me alimentó y curó mis heridas cuando me sacaron a escondidas de la sala del trono.

—Me alegra la vida saber que se encuentra bien. —Nayith retrocedió para verlo, levantó una mano de dedos un poco torcidos por la edad y la acercó al rostro de Galadh, pero la retiró antes de hacerlo. Sin embargo, el Tjar tomó su mano y apoyó la mejilla en ella—. Lamento mucho no haber podido hacer más para sanar su bello rostro, mi señor príncipe.

—Ahora soy medio bello —sonrió y la mujer se largó a reír—. No me llevó la fiebre ni se me pudrieron las heridas y eso es lo que importa. Estoy vivo, algo sano, y vine a devolverles lo que ustedes hicieron por mí. Tjar Rajesh, si no es molestia, me gustaría que Nayith tuviera un mejor trato...

—No me maltratan aquí, señor príncipe —se apresuró a decir.

—Estás cepillando paredes, Nayith, mereces algo mejor que eso.

—Soy una mujer libre y vine a ofrecer la única habilidad que tengo para ayudar a Adheej. No sé hacer números, ni cuentas, ni leer muy bien, no sé de ríos, tierras ni cosechas, pero me gané la vida honradamente limpiando, mientras pude. Primero me pagaban para limpiar el palacio del Tjar Jalush, luego tuve que hacerlo por obligación y a cambio de algunas sobras, hasta que me escapé. Me siento bendecida de poder hacer mi trabajo otra vez, porque eso significa que me mantuve con vida para ver a Adheej renacer de las cenizas, porque puedo levantarme de la cama cada día, caminar por mis propios medios, usar mis manos y mi cabeza.

—Pero, Nayith...

—Una casa limpia, es una casa sana, mi señor príncipe; y un pueblo limpio, es un pueblo sano. Muchos piensan en todo lo demás, pero este es un trabajo que debe hacerse y me siento orgullosa de hacer mi parte para que el Tjar esté cómodo y a gusto para poder ocuparse de las cosas que merecen su atención.

—Gracias, señora Nayith —dijo Rajesh.

—La vida te ha vuelto una mujer sabia —dijo Galadh sin ocultar la admiración que la mujer despertó en él—. ¿Tus niños? —preguntó con cierta precaución y Nayith negó moviendo la cabeza. El Tjar volvió a abrazarla y acarició su cabello, que era más gris que negro—. ¿Qué ha hecho la vida contigo, mi dulce Nayith?

—Enseñarme a ser fuerte, a luchar y a conservar las esperanzas. Eso fue lo que me mantuvo viva para ver a Adheej libre de nuevo. A Adheej y a usted, mi señor príncipe. Me siento satisfecha y agradecida con la vida, no se aflija por mí.

El Tjar la tomó con delicadeza por los hombros y la apartó de él. Volvió a tomarle el rostro y se agachó un poco para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—Seré feliz por ti, entonces —dijo y le dio un beso en la frente.

—Eso me hace sentir mejor, mi señor príncipe.

—Dejaré que continúes con tu honrada tarea, que yo debo continuar con mis ocupaciones.

—Gracias por haber regresado a ayudarnos.

—Imposible que no lo hiciera —sonrió—. Quiero volver a hablar contigo luego. Tal vez no hoy o mañana, pero sí en unos días, cuando nos acomodemos.

—Cuando usted lo desee, señor príncipe.

—Así será. Ahora sé dónde puedo encontrarte. —El Tjar Galadh le sonrió una vez más, besó sus manos, aunque ella quiso evitarlo, y luego comenzó a caminar nuevamente—. Jamás me hubiera imaginado que vería otra vez a Nayith. Tenía la esperanza, por supuesto, pero Dkol nur Shana fue un mal lugar para vivir los últimos años.

—Fue una de las primeras personas en presentarse para trabajar en el palacio; mencionó que estuvo aquí cuando mi padre gobernaba, pero no me habló sobre usted.

—¿Se da cuenta de la nobleza de su pueblo, Rajesh? Podría haberlo hecho, y estaba en todo su derecho de hacerlo, pero quiso ganarse su lugar con su trabajo, no por lo que hizo hace dieciséis años.

—La verdad es que no puedo quejarme. Fue mucha la gente que se presentó a trabajar, aunque sabían que era más pobre que ellos y que no podría pagarles lo que merecían. Y aquí están. Limpiando, cavando pozos para tratar de revivir la tierra, limpiando las calles, acondicionando los edificios, sacando la basura... por nada.

—Por nada, no. Por ellos, por Adheej, porque son libres y porque quieren recuperar su dignidad.

—Ya lo dijo la señora Nayith: Una casa limpia es una casa sana.

30 – Akram, Rompehuesos e Indra

Akram entró a la habitación y vio a Indra sentada en la cama, mirando a la nada, pero se giró en cuanto lo oyó. Sonreía y Akram no pudo ser más feliz.

—Me dijo Mhena que el Tjar Galadh puede curarme del todo de tu maldición —dijo Indra.

—¿Cómo es eso?

Indra encogió los hombros.

—No lo sé, ella tampoco supo decirme, pero el Tjar es alguien que estudió mucho, al parecer, y quiere ayudarnos.

—Vaya, a mí Mhena me dijo que el Tjar necesitaba mi sangre.

—¿Tendré que beber tu sangre? —preguntó sin hacer ni un mínimo intento de ocultar su asco y Akram rio.

—No lo sé, pero es una posibilidad.

—Olvídalo. Prefiero el dolor de cabeza y la fiebre.

—La segunda vez fue peor que la primera, y supongo que cada vez que te toque será peor.

—Que nos toquemos, querrás decir.

Akram asintió. No tenía caso discutir con ella también por su irresponsabilidad. Sabía que no debía hacerlo, pero lo hizo de todos modos...

—¿Quieres salir a la calle? Seguro que pronto llegarán los dragones.

—¿Dónde están? —Indra se paró con algo de inestabilidad, pero ante la reacción de Akram de querer ayudarla, se apoyó en la cama para recobrar el equilibrio.

—Se fueron a volar ni bien llegamos. Tal vez tenían muchas cosas de las que hablar.

—Cosas de dragones, seguramente.

Por Vari, tenía tantas ganas de poder ayudarla, de hacer algo tan simple como tomar su mano o dejar que se sostuviera de él para poder caminar. No quería pensar en su antiguo amo, pero le era imposible no odiarlo cada vez que estaba cerca de Indra. Lo odiaba un poco más cuando pensaba que ella debía sentir los mismos deseos que él.

Indra no dijo nada ni se quejó, pero parecía que no estaba del todo bien, porque tenía el ceño fruncido y caminaba despacio, con mucho cuidado. Se dirigieron a la salida e Indra se sentó en la escalinata de la entrada.

—¿Quieres que busque a Rompehuesos?

—No, siéntate conmigo... Déjalo hacer sus cosas de dragones. Estuvo sin ver a alguien de su especie por mucho tiempo y, los últimos que vio, estaban muertos. Déjalo ser feliz un rato más.

—¿Qué crees que pasó con los dragones?

—Es obvio que alguien los mató, no sé si a todos, pero sí a una gran cantidad. Lo que no se me ocurre es por qué alguien querría hacer algo así. Hace siglos que ellos estaban en paz en las montañas, sin molestar a nadie.

—Yo creo que se molestaron cuando se llevaron a Rompehuesos y a su hermana, que atacaron alguna ciudad y por eso los exterminaron.

—¿De Dwot Vla? No creo que el Tjar Galadh haya ordenado hacer algo así, con todo lo que quiere a la dragona.

—Ya hemos visto que los Tjares son gente complicada, Indra. La Tjarina estaba muy feliz de tener noticias de su hijo, pero entregó a Rajesh ni bien pudo.

—A cambio de su hijo, lo que no es algo tan descabellado. Es más, tú me lo advertiste, me dijiste que tuviéramos cuidado, pero yo creí que sería una persona honrada y que de verdad podría ayudarnos.

—Nos ayudó, si lo piensas. Sabemos que no se puede confiar en ella y que Azhar está de nuestro lado.

—Y que nos hará pedazos en cuanto llegue con las tropas de Doury Kasesh.

—Resucitaremos al dios muerto y otra vez va a ser la historia.

—¿Ya tienen todo listo?

—Quedan resolver algunos detalles nada más.

Indra asintió y se quedó en silencio, con la vista perdida en algún punto de la calle, y no volvió a hablar hasta que los dragones regresaron. Ambos descendían a una velocidad impresionante y Akram pensó que se estrellarían frente a ellos. Indra se había puesto de pie y los miraba atónita, sin reaccionar, por lo que la tomó del brazo para alejarla.

—Te toqué de nuevo, maldición —dijo mientras corrían para alejarse de la entrada.

El zumbido de las alas de los dragones los aturdió y, si Indra dijo algo, él no pudo oírlo. Parecía que la cabeza se le iba a reventar por el extraño sonido y las vibraciones que producían. Dejaron de correr para cubrirse los oídos y se giraron para mirar a los dragones. Tenían las alas casi plegadas por completo y las extendieron a poco de estrellarse contra uno de los edificios; el cambio en sus cuerpos hizo que los dragones se elevaran nuevamente y un montón de chispas salieron de los hocicos de los dos, dejando a todos los que habían visto la escena con tanto miedo como preocupación.

—¿Qué demonios les sucede? —preguntó Indra, molesta—. Pensé que estaban heridos o que algo los perseguía. Dile a Rompehuesos que venga de inmediato.

Volvieron a caminar hacia el palacio y Akram sacó uno de sus huesos. Los Tjares salieron del palacio, agitados y preocupados, e Indra se quejó por lo que habían hecho. El Tjar Galadh no estaba muy feliz, tampoco.

Los dragones aterrizaron poco después e Indra caminó hacia ellos a grandes zancadas.



—¿Qué mierda tienen en la cabeza? —exclamó la cría humana—. ¿Quieren matarnos a todos de un susto o qué carajos?

Rompehuesos rugió y la cubrió de humo negro y espeso, pero ella no se inmutó. No sabía cómo todavía tenía las agallas de tratarlo como a un cachorro, si tranquilamente podría comerla de dos bocados.

—A mí no me gruñas en ese tono, ¿me oyes? Tengo todo el derecho de estar enojada. Casi se me explota el corazón pensando que alguien los estaba atacando.

—¡Ay, es tan chiquita y tan dulce!

—Tú también eres una irresponsable —regañó Indra y Ze Rawa se echó en el suelo y pareció acobardarse, porque se aplastó todo lo que pudo.

—No le grites a mi hermana —gruñó.

—¡Le grito todo lo que quiero!

—¡Índara...

—¿Qué? —rugieron Rompehuesos e Indra al mismo tiempo. Rajesh hizo una seña al Tjar Galadh, que se acercaba caminando de forma rara hacia la dragona.

—La señorita Índara tiene razón —dijo el pálido humano—. Nos asustaron a nosotros y a mucha gente más.

—No quisimos hacerlo, estábamos jugando —se excusó Ze Rawa.

—Pero no pueden jugar así en la ciudad, tienen que tener en cuenta que se veían como dos malditos edificios con alas que caían en picado —dijo Indra, todavía molesta, moviendo los brazos de forma exagerada—, y que se iban a estrellar contra el palacio. Eso no es jugar, eso es asustarnos de muerte.

—No es para tanto.

—¿No es para tanto? Estoy segura de que pudiste oler nuestro miedo y te importó una mierda. Esta gente sufrió lo mismo que tú, pero por casi veinte años. Nos hostigaron, nos esclavizaron, nos golpearon, nos hicieron temer hasta a nuestra propia sombra —Rompehuesos se sentó, para luego recostarse frente a Indra. Se sintió como la mierda pensar en que él hizo, por unos momentos, lo mismo que le hicieron—. Ustedes tienen que cuidarnos, no aterrorizarnos. No quiero que vuelvan a hacer algo así en la ciudad otra vez.

—Perdón, no nos dimos cuenta —dijo Ze Rawa.

—No volveremos a hacerlo —dijo Rompehuesos.

—Más les vale. —Indra les dio la espalda y se dirigió al palacio. Sufría, la cría humana estaba sufriendo por su culpa. Rompehuesos se arrastró tras ella, porque quería que dejara de sentirse así.

—Indra —dijo en voz baja y ella se dio vuelta—, perdóname. Huelo tu sufrimiento.

Se acercó a él y apoyó la cabeza en su hocico.

—No es por ti —dijo en voz baja—, no te sientas mal. Es la maldición de Akram la que me causa este dolor, pero no quiero decírselo, porque ya demasiado está sufriendo por haberme abrazado una vez.

—¿Quieres ir a dar un paseo?

—No creo que pueda, necesito recostarme un rato más

—¿Estarás bien?

—Claro que sí —dijo, mientras le acariciaba la frente.

—¿Segura?

—Sí.

—Entonces me echaré en el patio para que puedas descansar conmigo.

—Eso estaría muy bien.



Los dragones partieron antes del anochecer hacia el mar, acompañados por una estela de chispas, que parecían estrellas doradas que habían descendido de los cielos para alumbrar la ciudad. Ambos estaban muy entusiasmados por haberse encontrado, pero Ze Rawa era quien más lo exteriorizaba. No solo porque estaba con Rompehuesos, sino porque les habían asignado su primera misión juntos: llevar provisiones desde los barcos a Dkol nur Shana. En un inicio, Ze no quiso hacerlo, porque se consideraba más importante que una mula de carga, por lo que Galadh tuvo que explicarle que salvaría la vida de una ciudad entera al ir por las provisiones. De esa forma, la dragona se dio cuenta de la importancia de esa misión y su entusiasmo creció a niveles siderales. Los Tjares habían pensado en dejar a los dragones descansar bien durante la noche

para que partieran al amanecer, pero era tal la exaltación de ambos, que los dejaron irse cuanto antes.

Mientras los Tjares se ocupaban de estudiar las mejores alternativas para sacar adelante a la sociedad de Adheej, los cintis esperaban con gran nerviosismo la noche de luna negra, que sería al finalizar el siguiente día. Azhar se las ingenió para conseguir la sangre de la kanafi y un par de sus cabellos, y uno de los espíritus de Akram fue por el botín.

Indra, por su parte, ocultó lo mejor que pudo el malestar que sentía en el cuerpo, hasta que este la abandonó por completo, a mitad del día siguiente. Después de eso, se dedicó a deambular por el palacio, buscando alguien que le enseñara a hacer algo, pero todos estaban demasiado ocupados como para acceder a su petición. Decidió ir a la sala de las lavanderas, porque pensó no se necesitaba tener un conocimiento desmedido para fregar trapos. Se equivocó, por supuesto. Cada tela tenía una forma diferente de ser tratada, los colores se lavaban por separado... aunque la verdad que no había muchos colores para separar, y casi todas las túnicas y bombachos estaban desteñidos y gastados; a Indra le dio un poco de lástima que se esmeraran tanto por cuidar esos trapos viejos. Al final, solo ayudó acarreando agua, porque para eso sí que no se necesitaba técnica.

Qhar dejó el palacio a media tarde para irse al templo donde antes vivía Indra, porque no quería que Mhena se enterara de lo que estaba por hacer.

Akram se pasó la noche sentado en medio del patio, porque las noches de luna negra le causaban muchos recuerdos horribles. Indra se quedó con él, a su lado, en silencio. Por más que lo intentaron, las conversaciones no fluyeron y murieron a las pocas palabras.

Cuando el sol se despegó de la arena e iluminó esa porción de Ásico, estaban dormidos, uno muy cerca del otro, pero sin llegar a tocarse. Se cuidaban mutuamente hasta en sueños.



Los dragones atravesaron la noche en el silencio del desierto y, cuando el día empezó a apagar las estrellas en el borde del mundo, descendieron a descansar y a apreciar lo maravilloso que era el amanecer. Partieron poco después, y a media mañana una mancha oscura nació en el horizonte. Comenzó a crecer y a hacerse cada vez más extensa, mientras le disputaba a la arena parte del campo visual de los crahsti. Para cuando el sol llegó a su punto más alto, los dragones llegaron al lugar donde el mar acariciaba la arena. Aterrizaron una vez más para descansar las alas, pero no por mucho tiempo.

—¿Alguna vez te bañaste en el mar? —preguntó Ze Rawa.

—Nunca había visto el mar, para empezar...

Ze saltó al aire, voló a baja altura por un tramo y luego se zambulló en el agua, que se mecía hacia adelante y hacia atrás sin detenerse. Rompehuesos no la siguió tan rápido esta vez. Una cosa era un río o un oasis, donde se podían ver las orillas, y otra muy diferente una inmensidad de agua que no tenía fin.

Estaba confundido. El desierto también parecía no tener fin, pero se podía aterrizar y descansar... Y en el agua eso no era posible, porque Ze no parecía estar pisando ningún fondo, había desaparecido por completo bajo esa movediza superficie. ¿Y si abajo el agua se movía igual y se le enredaba en las plumas y ya no lo dejaba asomar la cabeza nunca más? No, no arriesgaría su integridad física por saber qué se sentía. Seguro era desesperante.

Rompehuesos se acercó a la orilla, porque su hermana no salía del agua y ya estaba empezando a preocuparse. Metió una pata al agua y luego una más. Era una sensación agradable,

el agua parecía acariciarle entre las escamas y eso se sentía bien. Raro, pero bien. Caminó un poco más hasta que el agua le llegó al vientre y cuando ya estaba por empezar a desesperarse, Ze asomó la cabeza, luego su cuerpo, extendió las alas y voló de regreso a la orilla. Traía algo plateado y bastante grande en la boca, y lo soltó en la arena húmeda.

—Te traje un pescado.

—¿Un qué?

—Pescado. Criaturas del mar. Son sabrosos, pero tienen huesitos chiquitos y pinchudos. Saben mejor cuando los cocinas un poco, pero los puedes comer crudos, también.

Rompehuesos se acercó y lo olfateó. No tenía un olor muy apetitoso, pero si no lo probaba, no sabía qué tan bueno podría estar. Hizo que una pequeña llamarada saliera de su boca y envolviera al bicho marino hasta que empezó a despedir un muy agradable aroma a carne asada. Era muy diferente a cualquier cosa que hubiera olido antes y no pudo esperar a probarlo, sin importar si estaba cocido por completo o no. Mordió un poco de carne y no supo qué pensar.

—¿No te gusta? —Ze no quitaba los ojos del pescado, lo que le pareció un poco gracioso a su hermano.

—No lo sé —dijo mientras trataba de asimilar el sabor—. Creo que un poco.

—A mí sí me gusta. —Parecía que la dragona estaba haciendo un enorme esfuerzo por contenerse de saltar sobre el pescado y devorarlo entero.

Rompehuesos miró el pescado por unos momentos, antes de decidirse si darle otra probada más o no. Miró a Ze y vio que le caía un hilo de baba. Retrocedió un paso y luego otro.

—Cómelo tú, que...

Antes de que terminara la frase, Ze se abalanzó sobre el pescado y, un pestañeo después, solo las aletas de la cola asomaban entre sus dientes.

Indra siempre le dijo que era muy bruto para comer, y Rompehuesos pensaba que era porque cuando estaba en la cueva siempre tenía hambre, pero Ze Rawa había vivido siempre rodeada de comodidades y alimentos y era tanto a más bruta que él.

—Iré a buscar más, estoy hambrienta —dijo antes de correr hacia el mar hasta que este se la tragó por completo.

Regresó trayendo un montón, de varios tamaños y distintos colores. Los cubrió de fuego por algunos momentos y separó el más grande de todos.

—Es para ti. Este es diferente, tal vez te guste un poco más.

Rompehuesos sonrió con un montón de chispas y se echaron a comer. Él con algo de cautela, porque no sabía si le gustaba el pescado o no, Ze Rawa como si fuera su primera comida en meses.

—¿Sabes dónde encontrar a los barcos? —preguntó Rompehuesos cuando terminaron de comer.

—Un poco. Recuerdo dónde estaban la última vez, así que haremos la misma ruta que hicimos con Galadh cuando los dejamos... En algún punto los hallaremos.

—¿Y si no? El mar se ve inmenso...

—Con Galadh volamos por el mar por muy poco tiempo, así que los encontraremos pronto, seguro que antes del atardecer.

—Es una buena cantidad de tiempo. ¿Qué pasa si alguno de los dos necesita descansar?

—Podemos descansar en el mar.

—El mar te tragó.

—No, yo me zambullí. Ven conmigo.

Caminaron hacia el agua y esta empezó a hacerse más alta a medida que se adentraban en el

mar. Pronto les llegó a los vientres, y siguió subiendo, y llegó al lomo y Rompehuesos se detuvo, porque parecía que estaban separándose sus pies del fondo y eso lo desesperaba un poco. Retrocedió, pero Ze continuó y pronto solo su cabeza y parte de su lomo asomaban y se deslizaban sobre las olas.

—¿Vuelas en el agua? —preguntó algo confundido.

—No, estoy flotando. ¡Ven! Es divertido.

Rompehuesos ya no era tan cobarde como cuando era un cachorro, pero el mar le imponía respeto y se lo pensó un poco antes de seguirla. Ella esperó, paciente, mientras se deslizaba de un lado al otro. A veces se zambullía y regresaba a la superficie con una cola con aletas en el hocico, que era engullida poco después. Luchó contra sí mismo por un rato, pero al final reunió la cantidad de coraje necesaria para aventurarse a entrar al mar y sus misterios. No comprendía eso de flotar, pero confió en su hermana, que se acercó de inmediato a ayudarlo.

—Extiende las alas si te sientes inseguro, ellas te van a ayudar a no hundirte, como te ayudan en el aire a volar. —Rompehuesos quiso regresarse a la orilla, pero Ze se lo impidió—. Tienes que aprender a flotar, por si necesitas descansar y no hay tierra dónde hacerlo. No es tan difícil, haz el intento.

A pesar de no querer, extendió las alas y era tan extraño tenerlas desplegadas sobre el agua como todo lo demás. La sensación era extraña, la resistencia era diferente y... extraña, no tener nada bajo los pies, pero aun así sentir el agua era también extraño.

—Todo es tan raro —dijo, confundido y un poco asustado. Quería volar de regreso con Indra, ya no quería estar más allí, tan lejos y tan perdido en esa inmensidad. La idea de no poder hallar nunca más a Indra le oprimió el pecho—. ¿Y si nos perdemos?

—Confía en mí, sé cómo ir a los barcos y cómo regresar a Dkol nur Shana.

Rompehuesos regresó a la orilla, respirando agitado.

—Quiero ir a Dkol nur Shana. Quiero a Indra.

—Tenemos que ir a los barcos, primero. —Rompehuesos se echó en la arena, porque se sentía abrumado y un poco mareado—. Indra espera que regresemos con las provisiones, ¿recuerdas? —dijo Ze, que se sentó a su lado—. Ella confió en ti, en nosotros. Todo el pueblo de Dkol nur Shana espera que regresemos, con la esperanza puesta en que nuestras garras y nuestros lomos les llevarán un poco de alivio. Tenemos que ir hasta los barcos, cargar todo lo que podamos y volver cuando antes. ¿Qué dices? —Rompehuesos la miró apenas, jadeando—. Cálmate, intenta respirar profundo, eso siempre funciona. Luego volveremos al agua e intentarás flotar, ¿sí? Respira profundo, llénate mucho de aire y déjalo dentro un rato antes de soltarlo.

Rompehuesos obedeció, porque su mente estaba desesperada y confundida y no sabía qué demonios hacer con su cuerpo y con él mismo. Respiró varias veces como su hermana le dijo, y notó que de verdad sentía como su mente se calmaba poco a poco. Ze Rawa caminó hacia el mar otra vez y él se incorporó y la siguió, con algo más de seguridad.

«Indra confía en mí» se dijo para convencerse un poco más.

La segunda entrada fue un poco mejor y adoptó los consejos de Ze de respirar mucho cuando estaba por desesperarse. No tardó mucho en aprender a flotar y, lo siguiente que su hermana le enseñó, fue aprender a despegar desde el agua. Eso fue más simple, por lo que fueron a buscar los barcos ni bien Rompehuesos dominó las técnicas básicas de supervivencia en el mar, como Ze lo mencionó.

Los barcos también se le hicieron extraños. Eran como edificios, pero de madera, y que flotaban y se mecían en el agua. Ze voló sobre los barcos y las personas que estaban en ellos saludaron y gritaron sus nombres cuando pasaron.

—¡Te aman! —exclamó Rompehuesos, entusiasmado.

—Claro que sí. Si me hacen enojar, puedo convertirlos en antorchas flotantes y eso es algo que da un poco de miedo —contestó, divertida.

Había un barco diferente a los demás en medio de la flota, mucho más ancho y que apenas tenía un solo mástil. Era plano, a diferencia de los otros que tenían barandas, escaleras y muchos postes. En ese fue que aterrizó Ze. Cuando Rompehuesos vio que se hundía un poco con su peso, decidió que él no contribuiría a que se rompiera al medio, así que permaneció en el aire, girando sobre ellos, hasta que Ze le pidió que bajara. Según dijo, era seguro que él también aterrizara allí, por lo que decidió probar qué tan cierto era.

Las maderas crujieron y el barco se balanceó peligrosamente, pero ninguno de los hombres que estaban allí se alarmaron, así que supuso que estarían bien. Ze habló con los hombres en su idioma, que Rompehuesos no entendió en lo absoluto, y después de convencerlos de que podían acercarse a Rompehuesos sin peligro de ser devorados, estos comenzaron a tejer una red de sogas sobre él. Se notaba que sabía lo que hacían, ya que fueron veloces y eficientes en su tarea. Después de que terminaron, otros hombres se aproximaron trayendo cuatro grandes sacos de cuero que engancharon en esa red. Ze le pidió que volara, para poder comprobar si estaba incómodo y Rompehuesos trató de despegar sin saltar, para no hundir el barco, y casi lo logra. El barco se balanceó y crujió y Rompehuesos pensó que lo había destruido, pero cuando bajó la cabeza para mirar, vio que este continuaba a flote. Aliviado, probó que el peso no significara que se agotaría demasiado; Ze le advirtió que no podrían descansar en el agua mientras estuvieran cargados, porque arruinarían las provisiones.

Después de un par de vueltas, volvió a descender sobre el barco y los hombres festejaron su regreso. Se le hacía un poco extraño, otra cosa más para sumar a las extrañezas de ese viaje, que tanto Ze como los soldados tuvieran siempre tantas palabras amables para decirle. No estaba acostumbrado a tanta cortesía y buenos modales. Era agradable, aunque nunca sabía muy bien qué responder a eso y se limitaba a soltar algunas chispas. Se preguntó por qué Indra nunca le decía cosas así...

Los hombres de Cingze sujetaron a la red de sogas un montón de ramas desnudas, que según su hermana eran árboles, y le comunicaron que habían terminado de cargarlo. La dragona también estaba lista, así que se despidieron de los hombres del barco y partieron de regreso a tierra.

Rompehuesos estaba feliz de ser útil. No solo servía para destruir cosas y matar Tjares temporalmente, sino que era bueno para llevarle alimento al pueblo de Adheej y eso se sentía bien, muy bien.

31 – Indra y Rompehuesos

*Dkol nur Shana
Adheej*

Indra estaba, como de costumbre sin mucho para hacer, así que se había sentado en la escalinata de la entrada para decirles a quienes quisieran hablar con Rajesh, que el Tjar no podía recibirlos. Veía el día pasar, mientras la demás gente andaba de un lado para el otro.

La ciudad no se parecía en nada a la de antes, cuando estaban aplastados por la sandalia del Tjar Rizwan. No es que todos fueran por la vida derrochando riquezas, pero tenían algo que no se podía encontrar en los cofres de los Tjares más prósperos: felicidad. Había sonrisas, muchas sonrisas. Todavía faltaba un poco para las flores, las panzas llenas y los ancianos, pero la gente estaba contenta y la tranquilidad de un pueblo feliz no se podía pagar con monedas. Las madres podían dejar a los niños jugar en las calles, porque tenían la seguridad de que nadie se los llevaría para esclavizarlos o porque estuvieran molestando a algún cabrón douryense con su andrajosa presencia. No había mucho a cambio del trabajo de todo un día, pero antes tampoco y lo mismo trabajaban para los douryenses; la diferencia era que esta vez lo hacían por y para ellos, para comenzar a fabricarse un futuro.

Algunas personas saludaban a Indra, principalmente los más jóvenes, pero la mayor parte de los prury miraban para otro lado cuando pasaba cerca de ella. Indra no entendía la razón, pero tampoco le importaba demasiado, estaba acostumbrada a andar sola por el mundo y, además, tenía a Rompehuesos. Con eso le bastaba.

—Señorita Índara. —La voz del Tjar Galadh la sorprendió, por lo que se puso de pie de inmediato e hizo una torpe reverencia—. Me gustaría hablar unos momentos con usted, si no está ocupada.

—Por supuesto. No estaba haciendo mucho, la verdad...

—Acompáñame, por favor —dijo haciendo una seña hacia el interior del palacio. Indra lo siguió, porque no se atrevía a caminar a su lado. Había sido una completa ordinaria la primera vez que lo vio y le daba algo de vergüenza estar cerca de él. Había tratado de evitarlo lo más posible, pero esta vez el Tjar había ido a buscarla y estaba demasiado desocupada como para negarse.

Entraron a la que antes había sido la biblioteca del Gran Señor Uzair, pero que se había vuelto un poco desván de muebles rotos que algún día serían reparados, un poco sala de reuniones. El Tjar Galadh se sentó en el sillón que se veía en mejores condiciones, e invitó a Indra a sentarse frente a él, al otro lado del escritorio.

—Quiero pedirle un favor —comenzó. Se lo veía preocupado.

—Lo que usted desee.

—Quiero que cuide de Ze Rawa.

Indra frunció el ceño, confundida.

—¿Por qué? ¿Piensa marcharse y dejarla aquí?

El Tjar bajó la vista a sus manos. Se las estaba retorciendo sin piedad alguna.

—Voy a ofrecer mi cuerpo para alojar al dios muerto.

—¿Qué? Usted es un Tjar, no puede hacer eso.

—El Tjar Rizwan me arrebató lo poco que me hacía un hombre. No me dejó más que cicatrices y un cuerpo inútil, y juré vengarme de él. No puedo hacer mucho con mi cuerpo como está... Pero el dios Yakyur sí va a poder hacerlo.

—¿No quiere pensarlo un poquito mejor? Es lo más descabellado que escuché en mi vida.

—Voy a ser más útil...

—¡No! —Indra se puso de pie y miró al rostro por primera vez. Su ojo era celeste, como el cielo un día sin viento, pero había en él una tristeza conmovedora. Se sentó, algo avergonzada—. No tiene muchas ganas de seguir vivo, ¿o me equivoco?

El Tjar miró hacia la ventana unos momentos.

—Ya no, Índara. Voy a ser más útil muerto que vivo.

Por la cabeza de Indra pasaron mil ideas a la vez, una más desoladora que la otra y su cuerpo reaccionó cubriéndose de sudor frío. Cuando consiguió poner algo de orden a sus pensamientos, tuvo un par de cosas en claro. Entre todo ese caos, se dio cuenta que ese delicado hijo de puta que estaba sentado frente a ella no podía entregarse al dios muerto.

—¿Y qué hay de Ze Rawa? —preguntó tratando de apelar a sus sentimientos—. ¿Cómo voy a explicarle que ella no era suficiente para que usted quisiera permanecer aquí?

—No es así, ya lo había decidido antes de que Ze llegara.

—¿No es así? Es así, señor, porque ella va a sufrir muchísimo y a usted no le importa.

—Por eso es que quiero que tú la cuides.

—La única forma que conozco para solucionar mis problemas es atiborrarme los sentidos con polvo de estrellas, ¿cómo pretende que cuide a una dragona con el corazón destrozado? Mejor dejarla sola en medio del desierto que a mi cuidado.

—Lo hiciste bien con Rompehuesos.

Indra rio.

—¿Bien? Rompehuesos es una olla a presión que en cualquier momento va a reventar y ojalá nos encuentre bien lejos cuando eso suceda. No quiere más que destruir ciudades porque los hombres le hicieron demasiado daño, ¿y sabe lo que ocurrirá con Ze Rawa cuando deje de llorar su muerte? Va a acompañar a Rompehuesos a hacerlo y para ese momento yo voy a estar muerta, o demasiado drogada como para pensar en detenerlos. ¿Eso es lo que quiere?

—Ya está decidido. —El Tjar Galadh evitó responder y no dio muestras de haber escuchado lo que le dijo o, por lo menos, parecía no querer pensar en ello—. El tiempo se acaba, el ritual será mañana en la noche y no puedo retractarme.

—¿Por qué? ¿Está hechizado o algo?

—Di mi palabra, Índara.

—Pues dígales que se arrepintió. Yo lo haré.

—¿Qué?

«¿Qué mierda dije?»

—Eso —dijo para convencer al Tjar y a ella misma—. Yo lo haré. Usted tiene que gobernar Cingze, cuidar de la dragona, casarse y tener herederos que puedan seguir su linaje.

—Soy una ruina de hombre... —Su rostro se giró hacia la ventana otra vez—. Y ni siquiera soy un hombre por completo.

—Hubo antes soberanos que tuvieron muchas heridas y siguieron gobernando.

El Tjar Galadh sonrió apenas y comenzó a desabrochar los botones de su camisa. Su pecho

estaba vendado e Indra pensó que era por sus problemas de espalda.

—Que esté un poco roto no lo hace menos persona, mi señor.

—¿Sabes que hay aquí abajo?

—¿Más cicatrices?

—Dos tetas, Índara. Dos putas tetas de mujer. —Indra no supo cómo reaccionar—. Nací mujer, pero nunca me sentí cómodo siendo *Eriana*. ¿Crees que puedo casarme con una mujer y tener hijos? Es muy poco probable que suceda. Sin embargo, mi decisión de entregar mi vida al dios Yakyur no tiene nada que ver con esto, sino con que Rizwan me inutilizó aún más.

—Aun así, tiene que cuidar de Cingze y de Ze Rawa.

—Mis hermanos pueden cuidar de Cingze, y tú de Ze. ¿Y quién va a cuidar de Rompehuesos si te entregas al dios muerto?

—Yo —dijo con una seguridad que la sorprendió hasta a ella misma—. A diferencia de usted, yo no pienso morirme. Voy a ser parte de ese ritual, voy a entregar mi cuerpo, pero es *mi* cuerpo y me costó bastante que llegara vivo y sano para ver a Adheej libre. No sirvo para nada si no aspiro polvo de estrellas, porque el miedo me paraliza, pero si puedo hacer algo para que esta ciudad siga siendo la capital de Adheej voy a hacerlo.

—¿Y si no sobrevives?

—Akram dijo que solo era posible vivir si se tenía la inmensa voluntad de hacerlo y ¿sabe qué? Yo la tengo, porque quiero ver a dos Tjares muertos, quiero ver a Rompehuesos tranquilo y feliz, quiero ver a Rajesh reconstruyendo el país que le fue arrebatado a su padre, quiero ver a Mhena en paz, quiero poder abrazar a Akram algún día. Quiero vivir, más que nunca antes. Tengo muchas razones para hacerlo, pero usted quiere morir y eso puede que nos libre de un problema temporalmente, pero nos va a dejar a un dios descontrolado haciendo desastres en Ásico y no voy a ser cómplice de esa aberración.

—No lo entiendes... —dijo e Indra sintió muchísimos deseos de golpearlo. Al fin y al cabo, no era más que un maldito egoísta que solo pensaba en él mismo y le importaba tres carajos Dkol nur Shana, Adheej, Ásico...

—Por supuesto que no. No entiendo de muchas cosas, pero sí sé de desastres, de vidas de mierda y de catástrofes... Un dios sin nadie que pueda detenerlo va a ser una puta catástrofe, pero no solo para nosotros, sino para todo Ásico. Akram me dijo que la última vez que resucitaron a ese dios, el desierto se comió gran parte del continente, ¿qué va a pasar cuando regrese esta vez si no tiene una persona viva que lo contenga? No va a haber nada ni nadie que pueda ponerle un fin a su existencia.

—Así y todo, ya di mi palabra.

—¿Usted quiere que lo golpee? —preguntó con la paciencia al límite. El Tjar Galadh abrió mucho el ojo, sorprendido—. Puedo hacerlo, dejarlo inconsciente, atarlo y encerrarlo bajo llave hasta que toda esta mierda pase. No voy a permitir que traiga la ruina a un país que ya de por sí está en ruinas. Mi pueblo ya sufrió demasiado como para que venga otro Tjar extranjero a hacer mierda todo. Si quiere ayudarnos de verdad, sea inteligente y piense un poco, hay mil maneras de vengarse del Tjar Rizwan.

—¿Cuáles, por ejemplo? —preguntó sin mucho convencimiento.

—A ver, se me ocurre que puede...



—¿Qué carajos estás diciendo? —Akram se sentó, alarmado, pero Indra dio un par de palmadas

en la manta donde estaba acostada, para que él volviera a su lugar, frente a ella.

—El Adheej que queremos no va a ser posible mientras esos hijos de puta sigan vivos, Akram.

—Me importa una mierda —dijo antes de volver a recostarse de lado, para mirarla—. No voy a dejar que lo hagas.

—¿Sabías que el Tjar Galadh era quien se ofrecería?

—No.

—¿Y sabías que ya no tenía la voluntad de vivir? Por la expresión de tu rostro, no lo sabías. Los dos nos sentimos unos inútiles, pero él tiene poder, oro, un ejército y barcos... Lo único que yo tengo es una cantidad de hambre desmedida. Y no solo hambre de comida, también de ver a Adheej como en las pinturas que había en mi templo: verde, feliz, próspero. Ese cabrón se quería morir y nos iba a dejar con el problemita del dios resentido a nosotros, cuando lo que menos necesitamos en estos momentos son más problemas.

—Visto así, tienes razón, pero ¿qué si te mueres?

—¿Tú crees que me voy a dejar matar? Estás loco. Por primera vez en veintidós años, o los que sea que llevo en este reino, tengo demasiadas ganas de vivir. Estamos construyendo el país que siempre soñé. Además... —Levantó la mano y la acercó al rostro de Akram, aunque se detuvo antes de tocarlo. Él cerró los ojos unos momentos, tal vez pensando en que ella lo haría—. Tengo muchas ganas de verte sonreír siempre, de poder abrazarte, y besarte y... —se mordió el labio—. Mejor no sigo... —Él se largó a reír e Indra sonrió—. ¿Crees que no quiero volver a escuchar tu risa? Lo mejor de cada día es cuando llega la noche y puedo estar contigo un rato, aunque ni siquiera podamos tomarnos de la mano. No voy a renunciar a esto, Akram, por nada del mundo.

Akram bajó la vista, un poco avergonzado, pero volvió a ponerse serio y a mirarla.

—¿Qué dirá Rompehuesos?

—Vaya uno a saber... Tal vez le gusta la idea.

—No lo consultarás con él, ¿verdad?

—No creo que regresen antes del ritual.... Creo que por eso Galadh hizo que los dragones dejaran la ciudad, para no tener que explicarle a Ze Rawa lo que haría.

—Es cierto, qué cobarde.

—No sé qué opinaría Rompehuesos de esto, pero ya no hay tiempo y veo un poco difícil que encuentren a alguien dispuesto a hacerlo.

Akram asintió, se tendió de espaldas y se quedó en silencio un rato, mirando las estrellas.

—¿Y el Tjar Galadh estuvo de acuerdo en que tú tomaras su lugar?

—No le di opción —sonrió y Akram volteó el rostro para verla. Tenía el ceño arrugado y la interrogó con la mirada—. La gente sin un propósito es la que menos ganas de vivir tiene, pero si alguien les da algo en lo que enfocarse, las cosas cambian. Él quería entregar su vida al dios Yakyur para vengarse del Tjar Rizwan, pero hay otras formas en que puede hacerlo sin cagarnos la vida a todos. Yo solo le mostré que hay muchos caminos...

32 – Rompehuesos e Indra

—¿Tú crees que se vayan a sorprender? —Ze estaba estirada en la arena, con el vientre hacia el sol.

—Claro que lo harán —contestó Rompehuesos, desde el otro lado de la duna. Ya había sido mucho sol para él, y deseaba un poco de sombra.

—¿Y cómo crees que reaccionarán?

—Cantando y bailando.

—Es lindo verlos felices, ¿no?

—Mucho mejor que verlos enojados, te lo aseguro.

—Me asusté mucho cuando tu compañera se enojó, Galadh nunca reaccionó de esa forma.

—Indra grita bastante seguido...

—¿Y no te da miedo?

—¿Indra? Podría comérmela de dos bocados, solo que no quiero hacerlo. A veces me divierte verla enojada, a veces me molesta un poco. Miedo me daban los soldados, pero ya no. Sé que soy más grande y más poderoso que un ejército entero y ya no pueden asustarme.

—Por supuesto que no, eres capaz de causar las peores pesadillas, Rompehuesos. ¿Sabes? No te lo dije antes, pero tu nombre es grandioso.

—Se le ocurrió a Mhena, y me permitió adoptarlo.

—¿Quién era Mhena? —preguntó con algo de cautela.

—La yaducare.

—Ah, sí.

—Es una herbolaria muy poderosa y amable. Estaba ocupada con Indra, pero cuando la conozcas bien, sabrás de qué te hablo.

—Me gustará conocerla más, entonces.

Rompehuesos se incorporó, excavó un poco en la arena para llegar a la que estaba más fresca, y volvió a echarse.

—Jhara me agradó.

—¡Jhara es grandioso! Sabe muchísimas historias de todo Ásico y cada día me contaba una diferente.

—Nunca me contaron historias.

—Cuando Jhara llegue a Dkol nur Shana le diré que nos cuente algunas. Debería haberlo traído...

—Podemos ir por él en unos días, y de paso llevar más provisiones.

—Eso suena como una gran idea. Seguro que a Galadh le agrada. ¡Eres tan inteligente!

—Rompehuesos sintió que la arena empezaba a caer sobre él y se incorporó para mirar qué ocurría. La cabeza de su hermana asomaba en la parte más alta de la duna—. Podríamos seguir, ¿no? Ya quiero ver a Galadh y contarle tu idea.

Rompehuesos se incorporó y estiró los músculos para comprobar que estuvieran listos para volar.

—Sí, ya podemos seguir.

—¡Grandioso! Llegaremos antes del atardecer.

—¿No estás cansada?

—No, pensé que tú lo estabas, por eso sugerí que descansáramos.

Rompehuesos rio.

—¿Cansado yo? Voy a media marcha para no dejarte atrás... Es más, podría llegar a media tarde si me lo propusiera.

—¿De verdad? Yo pensé lo mismo —dijo antes de batir las alas e impulsarse al cielo, seguida de un remolino de arena y de chispas doradas.

Su hermana era mucho mejor dragona de lo que se había atrevido a pensar alguna vez.



—¡Los dragones! ¡Regresaron los dragones!

Indra se puso de pie cuando vio que la gente empezaba a acercarse corriendo hacia el palacio. Pensaban que llegarían al día siguiente, pero allí estaban los dos, tan enormes, coloridos e imponentes, que a Indra se le explotó el corazón de felicidad.

Los dragones aterrizaron e Indra corrió a abrazarse de la pata de Rompehuesos.

—¿Comiste? ¿Estás cansado?

—Estoy bien, ¿tú por qué hueles raro? No conozco ese olor.

—Te lo diré luego, cuando estemos solos.

—Quítame esto de encima, ¡rápido! —Sus escamas sonaron como diminutos cascabeles cuando las movió a todas a la vez.

—Tranquilo, o vamos a arruinar las provisiones.

El Tjar Galadh salió del palacio acompañado de Qhar, y ambos se acercaron a Ze Rawa, que soltó un montón de chispas cuando los tuvo cerca. Los espíritus de Qhar salieron de su mano y se ocuparon de liberar a los dragones de la carga.

—Monta —dijo Rompehuesos antes de darle tiempo siquiera de ver qué habían llevado de los barcos. Indra obedeció, y el dragón se lanzó hacia el cielo y salió de la ciudad, para luego descender en la arena, lejos del camino—. ¿Qué sucedió?

Indra le contó lo que Galadh quería hacer y él le interrumpió antes de que pudiera terminar:

—¿Y mi hermana? Va a morir de tristeza si él no sobrevive.

—El ya no quería seguir viviendo, pero lo convencí de que no se entregara al dios muerto.

—Eso fue muy noble de tu parte...

—Voy a hacerlo yo. —Indra cerró los ojos porque se esperaba que estallara la tormenta de furia del dragón. Esperó, pero nada ocurría, así que lo miró. Estaba sentado mirando cómo la arena se movía entre sus garras.

—¿Por qué? —preguntó en voz muy baja y a ella se le destrozó el corazón al verlo así, tan apagado. Se acercó a él y le acarició la nariz.

—Porque yo no me quiero morir, Rompehuesos. Tengo muchas razones para querer estar viva y tú eres una de ellas.

—¿Estás segura?

—No podría dejarte solo, porque te amo muchísimo.

—¿Y si ese dios te mata?

—No lo hará.

—¿Estás segura?

Indra se movió a un costado para ponerse frente a uno de sus ojos rojos.

—Muy segura.

El dragón rio con un murmullo lleno de chispas.

—¿Y te vas a volver poderosa e imparable?

Indra rio.

—No lo sé, pero me conformo con poder matar a algunos Tjares.

—Seguro que serás poderosísima, y será grandioso. Tú y yo. Un dragón y la diosa Indra —rio entre chispas doradas.

—No seré una diosa.

—Si llevas a un dios en tu cuerpo, eres una diosa... Ya eres una diosa. Evitaste que el Tjar Galadh dejara a mi hermana sola y voy a estar siempre agradecido por eso.

—No fue solo por ella, no creas que soy tan buena persona.

—¿Entonces por qué más?

—Un poco porque soy una inútil y cobarde que no sirve para nada, aunque principalmente porque el Tjar Galadh ya no quería vivir y nos iba a dejar con el problema de ese dios en el reino de los vivos.

—No había pensado en eso.

—No, porque eres un dragoncito muy, muy tierno y solo pensaste en la posibilidad de que yo no sobreviviera.

—Soy un animal feroz y salvaje.

—Sí, claro...

—Y tú sí eres una buena persona.

—No tanto.

—Claro que sí. Pensaste en todo Ásico al evitar que el Tjar le diera su cuerpo al dios.

Indra suspiró y se sentó en la sombra que proyectaba el dragón.

—Desde que llegamos a Dkol nur Shana estoy pensando en que tengo que estar a tu altura, porque tú eres impresionante y yo una cobarde. Intenté quitarme los miedos, pero sin polvo de estrellas no puedo hacer nada. Cuando Akram mencionó al dios muerto, se me ocurrió por primera vez decirle que yo le entregaría mi cuerpo, aunque no lo pensé con más detalles. La idea empezó a seducirme cada vez más, pero el miedo a morir era más fuerte, así que seguí callando.

—¿Ya no tienes miedo a morir?

—Cuando el Tjar Galadh me dijo que él lo haría, me di cuenta de que quería entregarse por completo y ahí sí que tuve miedo. No del que me paraliza, sino otro diferente, uno que me hizo pensar como nunca antes.

—Y sin polvo.

Indra rio

—Con el polvo no pienso, siquiera.

—Como sea.

—Eso, como sea... La cosa es que me sentí aterrada al imaginarme cómo sería tener a ese dios suelto haciendo su voluntad. ¿Imaginas cómo sería?

—¿Peor que un humano?

—Mucho peor, sin dudas.

—Si de verdad tienes tantos deseos de seguir viva, entonces hiciste bien en convencerlo de ocupar su lugar. ¿Ya no se quiere morir?

—Creo que no... Al menos no de momento.

—Menos mal, Ze Rawa aprecia mucho a ese humano.

—No sé qué pensar de él... Es un buen tipo, pero no puedo dejar de pensar en que estuvo a

punto de tomar la decisión más egoísta de todas.

—Pero allí estaba para impedirlo la diosa Indra —dijo con un montón de chispas— ¿Por qué crees que los demás no trataron de evitarlo?

—Tal vez, porque simplemente no les importaba. ¿Vamos? Esta noche será el ritual y... bueno, tengo que buscar a Qhar.

—Si llegas a morirme esta noche...

—No me voy a morir.

—Pero si ya no vuelvo a verte, quiero decirte que eres una buena humana.

—Y tú eres un gran dragón.

—¿Puedo acompañarte esta noche?

—Me encantaría que lo hicieras.



—¿Cómo va a ser? No están aquí los otros cintis. —Estaban sentados uno junto al otro en el tejado del palacio, viendo cómo el sol se achicaba de a poco en el borde del mundo. Hacía rato que estaban en silencio, desde que llegaron, más bien.

—No tienen que estar en el mismo sitio, basta con que tengan la misma intención. —Akram le tomó la mano y ella se sobresaltó, por lo inusual que era—. Indra, yo... Yo entiendo por qué lo haces, pero tengo mucho miedo.

—Mañana en la noche estaremos sentados aquí, como siempre —sonrió. Le hubiera gustado que él también pudiera sentir la seguridad que corría por sus venas desde el instante en que decidió que alojaría a ese dios en su cuerpo. Sin embargo, no podía, y la mano de Akram temblaba y sudaba.

—¿Y si no?

Indra lo abrazó. Fuerte, muy fuerte.

—Te prometo que no me voy a morir. No esta noche, al menos.

—Quise aceptarlo, Indra, quise ser fuerte para ti, para que no tuvieras miedo ni quisieras arrepentirte, pero no puedo.

Indra se apartó de él y le tomó el rostro con las manos.

—No tengo miedo, ¿sí? No sobreviví veintidós años para que me mate un dios que ya está muerto. —Akram sonrió y ella le acarició la mejilla. Miró sus ojos brillantes y sus labios—. Mañana te voy a besar, aunque después me quede inconsciente y con fiebre por una semana entera.

—No, Indra... —Akram no se movió y su queja sonó más bien como todo lo contrario. Sus ojos estaban fijos en los labios de Indra.

—Claro que lo haré. Voy a poner a prueba a ese dios resucitado. Si es tan poderoso como dicen, tendría que ser capaz de liberarme de tu maldición sin muchos problemas, porque no le servirá de mucho un cuerpo enfermo y medio agonizante, ¿no?

—¿No sería mejor probarlo de otra manera?

Indra lo pensó un poco.

—Las otras formas que se me ocurren involucran más cosas, además de besarte...

—Por Vari sagrada. —Akram puso sus manos en su rostro, la miró unos momentos, y le dio un beso en la frente—. Ya vámonos, ¿sí?

33 – Indra y Rompehuesos

Llegaron al templo algo destruido donde antes vivía Indra, y ella se fue a dar una vuelta a la parte de arriba, para ver si había quedado algo de polvo allí. No había nada, ni siquiera habían dejado las cajas de madera donde estaban los sacos.

«Malditos sean todos».

Estaba regresando hacia la planta baja, cuando vio en el suelo un cartel con grandes letras y su rostro. Bueno, algo que se parecía un poco a su rostro, pero como si lo hubieran inflado a golpes. Los labios gordos, los ojos hinchados y enrojecidos, las mejillas...

Qhar estaba colocando en el suelo un montón de velas a medida que las encendía. El sacrificio estaba encadenado a una columna, mirando a la nada, sin voluntad alguna. No lo había visto hacer ni una miserable expresión en todo el camino.

—¿Cómo se supone que alguien iba a encontrarme si me retrataron así?

—¿De qué hablas? —preguntó Qhar.

—Mira —dijo y le entregó el cartel.

—¿Esta eras tú? —Qhar miró el cartel y miró a Indra—. Sí, eres tú, pero como si estuvieras muy gorda.

—Me engordaron a golpes, nada más. Eso es de cuando me encarcelaron, cuando era piel y hueso.

—Y cabello...

—¿Qué tienes con mi cabello?

—Nada, que tienes mucho.

Indra sonrió.

—A mí me gusta, más desde que el dragoncito me dio su magia y se puso brillante y sedoso.

—¿De dónde lo sacaste? —preguntó y se lo devolvió.

—Lo encontré arriba. Quizás alguien vino a buscarme aquí y lo dejó cuando vio toda mi provisión de polvo de estrellas... ¿Tienes polvo? —Indra se apoyó en la mesa de piedra que estaba en la nave central.

—¿Otra vez? ¿Para qué? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a entregar mi cuerpo al dios muerto.

Qhar se llevó a mano a la frente y luego la pasó por todo su rostro, en un gesto de agobio, desesperación, hartazgo y vaya uno a saber qué más.

—Pensé que solo venías a curiosar. ¿Por qué tú?

—Porque tu Tjar tiene otras cosas que hacer, sin mencionar que nos iba a joder la vida a todos si él se entregaba, ¿no te lo dijo?

—Creo que olvidó mencionarlo —respondió con cierto malhumor—. ¿Y para qué quieres el polvo? ¿Ya te arrepentiste?

—Es que estoy nerviosa...

—A veces no sé si eres demasiado valiente o demasiado estúpida —dijo mientras buscaba el saco de polvo de estrellas.

—Tal vez las dos cosas.

—¿Akram lo sabe? —preguntó antes de entregárselo.
—Sí —dijo y le arrebató el saco. Qhar quiso recuperarlo, pero Indra se alejó corriendo.
—¿Y Rompehuesos? —preguntó con más preocupación.
—También, ya deja de seguirme. —Indra terminó de abrirlo y dejó caer un poco en la palma de su mano.
—Si me llega a enterar que no se los dijiste...
Indra aspiró el polvo y se tapó a nariz.
—¿Qué vas a hacer? —sonrió, burlona—. ¿Matarme?
Qhar la miró como si de verdad quisiera matarla.
—No volveré a darte polvo.
—Espero ya no tener que necesitarlo.
Qhar suspiró.
—¿Sabes lo que tienes que hacer?
—Por eso estoy aquí. Akram me dijo que tú dirigirás el ritual.
—Bien, siéntate y despídete de tu cabello.
—No... —se quejó, pero eso no evitó que obedeciera.
—¿Te molesta perder tu cabello y no la posibilidad de perder tu vida?
Indra se quitó el pañuelo que cubría su largo, brillante y bonito cabello. Quería llorar, siempre había soñado tener el cabello hermoso, lo que solo sucedió cuando el dragón le dio su sangre. A pesar del poco cuidado que podía darle, no le bastaba más que lavarlo para que quedara precioso otra vez.
—Lo dices porque tú ya no tienes, qué gracioso —respondió, molesta.
—Me afeito la cabeza.
—Sí, claro...
Qhar tomó un mechón de la parte de arriba de su cabeza y lo cortó con su cuchillo.
—No necesitaba más que un mechoncito, pero ya que insultaste mi calva...
—¡Me cago en tu putísima calavera! —Indra se llevó las manos a la cabeza y se encontró con lo que parecía un cepillo. Qhar se largó a reír.
—Ya no me queda más opción que afeitarte la cabeza.
—Eres un...
—Te dejaré así, entonces.
—Demonios, no.
Qhar levantó el cuchillo e Indra asintió, molesta. El kanafi se acercó y comenzó a cortarle el cabello al ras.
—¿Cuál es tu maldito problema? —preguntó cuando comenzó a afeitarla.
—Me dio envidia tu cabellera —respondió con toda seriedad.
—Espero que te hagas una peluca con esto.
—Tal vez lo considere.
—Maldito calvo.
—Te diste cuenta de que tengo un cuchillo en la mano, ¿no?
—No me vas a matar, de todos modos.
—Pero podría lastimarte.
—Da igual, mi cuerpo se cura solo.
—¿Eres inmune al dolor?
—No.
—Entonces deja de quejarte de una vez, el cabello te va a volver a crecer.

—Lástima que a ti no...

—Considérate afortunada, muchos han muerto por menos que eso.

—Puro bla, bla.

Qhar no dijo nada, pero Indra lo vio sonreír.

—Ya. Quedaste horriblemente calva.

Indra se pasó las manos por la cabeza. Era horrible, en efecto, y sintió ganas de llorar otra vez.

—Al menos puedo cubrirme con el pañuelo —dijo conteniendo las lágrimas.

—Hay cosas peores. ¿Ya estás lista?

Indra encogió los hombros. ¿Cómo saberlo? Estaba a punto de dejarse poseer por un dios, o a entregarle su cuerpo si las cosas no eran tan fáciles como ella pensaba que serían.

—Como sea. Desvístete.

—¿Aquí?

—No sé, ¿quieres una habitación privada o algo así? —Indra se abrazó a sí misma. No quería hacerlo—. De una forma u otra te voy a ver los cueros, Indra. Quédate vestida, si quieres, pero tu ropa se va a prender fuego y lo mismo vas a quedar desnuda.

—Es que... me das miedo.

—Estas muy flacucha y muy prury como para llamar mi atención.

Indra rio, algo menos nerviosa, y respiró profundo un par de veces, para terminar de calmarse del todo.

—Igual me voy a quedar vestida.

—Como desees. —Qhar encogió los hombros y le dio la espalda. Sacó una copa de su bolso y la puso sobre la mesa de piedra—. ¿Y Akram?

—No lo sé, no debería tardar.

Qhar sacó una bandeja de plata, dos frascos de vidrio, dos copas de madera muy pequeñas y un montón de bolsas de tela y de cuero de diferentes tamaños.

—Tu fiebre fue por él, ¿no? —dijo mientras acomodaba los objetos en diferentes sitios de la mesa.

—Sí.

—Es una mierda que estemos malditos así.

—Pues sí...

—Me enamoré una vez, cuando era más joven.

—¿Fuiste joven alguna vez? —preguntó para romper un poco la tensión.

—Una vez, sí —respondió divertido—, cuando tú todavía no existías y andabas saltando de un huevo al otro.

—¿Un huevo al otro? —preguntó, confundida.

—Los de tu padre —dijo Qhar y se señaló la entrepierna.

—Por los bigotes de mi abuela —rio—. ¿Y qué pasó con tu enamorada o enamorado?

—Se murió de a poco.

—Lo siento mucho.

—En menos de un año pasó de ser la mujer más bella, rosada y saludable de Ásico, a ser huesos y piel seca. No sufrió dolores físicos, pero empezó a consumirse, a marchitarse, a volverse gris y triste. De ser pura alegría, pasó a ser alguien a quien le dolía demasiado vivir. Al final, su muerte fue un alivio, pero yo todavía sigo viviendo en esos días.

—¿No lo hiciste tú?

—Lo pensé, pero no tuve los huevos para acabar con su vida.

—No te culpo, debe ser una de las decisiones más difíciles que uno puede tomar.
—Así es. Si de verdad lo amas, aléjate de él. Sufrirán mucho al principio, pero es mejor un desamor a que la culpa lo acompañe por siempre.
—Acordamos no tocarnos y estamos bien así.
—Pero tuviste fiebre.
—Fue una excepción. La vez que no quisiste entrenarme, me vine a esta zona a buscar problemas, a ver si así se me iba el miedo. Encontré problemas, pero el miedo me ganó. Me asusté, y cuando eso pasa me pierdo, no sé lo que hago. Empecé a lastimarme y él tuvo que tocarme, por supuesto, porque no lo escuchaba.
—No lo sabía, perdóname.
—Como sea... Ya pasó. No niego que sí me gustaría que fuéramos como dos personas normales, pero no me importa que sea así.
—¿El Tjar Galadh no pudo ayudarlos?
—Mi sangre es dorada, no se mezcló con la de Akram.
—Oh, vaya...
—De todos modos, eso no cambiaría demasiado las cosas. Haría que la agonía fuera más prolongada, según dijo. Menos sufrimiento cada vez, pero más tiempo de vida. Algo así entendí.
—Es una maldición, después de todo.
Indra encogió los hombros.
—Ya lo sabíamos desde un principio, así que mejor dejar las cosas como están.
—Tal vez ahora sea diferente.
—Lo mismo pensé. A un dios no le serviría de nada un cuerpo enfermo, ¿no?
—Si sobrevives...
—Claro que voy a hacerlo.
—Estoy seguro de que sí. —Qhar sonrió y luego eligió uno de los huesos que había sobre la mesa de piedra frente a él—. Enviaré a buscar a Akram, se está tardando demasiado.



—Así que, ¿tú confías en ella?
—¿Acaso tú no? Estará de regreso con nosotros cuando el ritual termine, ya verás.
Akram se veía triste, muy triste y apagado. Sus ojos grises parecían negros, aunque sí era cierto que tenía unas manchas muy oscuras alrededor de los ojos... Tal vez era por eso que Rompehuesos lo veía así.
—¿Por qué no puedo estar tan seguro como tú?
—Porque tienes miedo y no confías en tus ganas de vivir. Conocí a Indra cuando era un despojo humano, un montón de huesos y cuero, sin voluntad para nada. Nunca oí tanta miseria y desesperación en una criatura. Me entregó su cuerpo porque consideró que sería mejor que yo siguiera vivo. Esa Indra ya no existe, Akram. Ahora sonríe, vive, se aburre, grita, se enoja, pero quiere seguir haciéndolo. Y siente amor. Por ti, por mí. Si fueras capaz de olerlo, te convencerías de que Indra regresará con nosotros.
Akram sonrió.
—¿A qué huele?
Rompehuesos pensó algunos momentos, para ver si podía compararlo con algo que ambos conocieran.
—Cuando te ve, huele como algo suave y cálido, y a la vez fresco como la hierba verde que

crece junto al río. Cuando me ve, huele como el cielo en su parte más alta, como el sol...

Akram parecía no comprender muy bien, pero lo mismo sonreía. Él también olía como Indra en esos momentos.

—Indra va a seguir aquí, con nosotros —dijo como si acabara de descubrir la mayor de las verdades.

—Claro que sí, es lo que te estaba diciendo.

Akram volvió a apagarse.

—¿Y si no?

—Pues sufriremos un montón, pero después podemos ir a destruir todas las casas de Ásico, si quieres.

—Suena como algo que podría disfrutar.

—No hay día en que no piense en que sería una manera grandiosa de pasar el tiempo.

Akram se largó a reír.

—Eres un peligro para Ásico.

—Los hombres mataron a todos los de mi especie, no sé quién es más peligroso, la verdad...

—Comprendo por qué quieres hacerlo, lo que no entiendo es cómo haces para contenerte.

—Por Indra. —Rompehuesos vio que se acercaba una voluta de humo negro—. Un espíritu —susurró. Akram se puso de pie y buscó sus huesos.

—Soy Qhar. Ya está todo listo.

—Iremos enseguida —dijo Akram y caminó hacia el costado del dragón para subirse a su lomo.

—¿Indra va a sufrir?

—No debería. No vamos a lastimarla, ni quemarla, ni golpearla, ni nada de eso. Ni siquiera la tocaremos.

—¿Podré quedarme a su lado?

—Si no intervienes, sí.

—Bien. Monta.

Akram obedeció y Rompehuesos se dejó caer desde el techo con las alas desplegadas. Planeó por unos momentos, pero luego aleteó para dirigirse hacia el templo de Indra. La idea lo divirtió. Antes la había llamado *diosa Indra*, y harían el ritual en un templo. Era todo muy gracioso.

Llegaron y Rompehuesos aterrizó en la calle. Allí la ciudad no era como alrededor del palacio, sino que apenas si había un par de antorchas y ningún farol, y además se veía sucia y apestaba a orina y a cosas muertas. Akram desmontó y se dirigió a la entrada, pero Rompehuesos se quedó pensando cómo haría él para pasar por esas puertas, si se veían muy pequeñas de ancho y de alto.

«Pues me hago una de mi tamaño» se dijo y metió la cabeza en la abertura por la que Akram pasó momentos antes. Empujó las paredes hacia los lados y hacia arriba, hasta que consiguió pasar sin problemas. Los tres humanos miraban aterrados tanto a él y como al techo.

—No toques las columnas, por todo lo que es sagrado —murmuró Indra—, o el templo se vendrá abajo y nos aplastará a todos.

«Mierda».

—No lo haré. —Caminó con cuidado hasta donde el lugar se hacía amplio y despejado, y se sentó junto a Indra—. No huelo que estés asustada.

—No lo estoy.

—Eres grandiosa, Indra.

—Solo quiero que seas feliz —susurró y las chispas que salieron de su hocico la cubrieron por completo.

—Ya estoy listo —dijo Akram y luego miró a Indra—. Ven, tienes que acostarte sobre la mesa.

Indra le dio un beso en la nariz a Rompehuesos y luego hizo lo que Akram le pidió. Qhar le puso una copa en las manos y le dijo que bebiera. Indra obedeció.

—¿Estás bien? —preguntó Indra a Akram mientras se acomodaba otra vez, y él sonrió.

—Todo estará bien, confío en ti —dijo.

Rompehuesos pensó en que esos dos eran de las pocas cosas bonitas que había en Ásico, aunque pronto todo se volvió muy horrible en ese templo y el dragón tuvo ganas de escaparse llorando y gritando varias veces.

Para empezar, aparecieron tres espíritus con voces cavernosas y profundas que se presentaron y se saludaron entre sí, por lo que Rompehuesos supo que eran Ysha, la señora Bherna y Tarla, las cintis que ayudarían a Akram y a Qhar en el ritual. Indra no reaccionó, así que supuso que estaba dormida por la bebida que Qhar le dio. Menos mal que no podía escuchar nada, porque los tres espíritus y los dos hombres empezaron a cantar en un idioma que sonaba horrible y que hacía que se le erizaran todas las escamas. El aire se volvió denso, pesado y caliente enseguida, y lo que parecía ser una nube negra flotaba alrededor de ellos. Esa fue la primera vez que quiso tomar a Indra y huir de allí.

Luego los espíritus levantaron en el aire al hombre que trajeron de Manai y lo mantuvieron sobre Indra; Qhar y Akram le hicieron unos tajos en las extremidades y dejaron que su sangre cayera en cuatro copas diferentes. El pobre tipo no se quejó en ningún momento, ni se movió, ni se resistió y Rompehuesos no comprendía por qué. Lo único que repetía era «Yakyur», el nombre del dios muerto.

Después, Qhar sacó de una jaula dos ratas gordas y le entregó una a Akram. Los hijos de puta le arrancaron las cabezas con los dientes y las dejaron desangrar en una copa grande. Ni él comía ratas, eran unos animales horribles, enfermos y sucios. Cuando le exprimieron hasta la última gota de sangre, les abrieron los vientres y pusieron las vísceras en una bandeja. Rompehuesos casi vomita y esa fue la segunda vez que quiso escaparse.

«Menos mal que Indra está inconsciente».

El dragón quería preguntar qué mierda era todo eso, pero si intervenía de alguna forma, lo harían salir de ahí y no quería dejar a Indra.

Cuando terminaron con las ratas, Akram tomó dos bolsas de cuero y le entregó una a Qhar. De ahí sacaron dos criaturas rosadas y viscosas, de cabeza grande y miembros flacuchos y pequeños. No quiso preguntar qué eran. Los cortaron en un montón de pedazos y los pusieron en las copas que había sobre la mesa. Las cabezas fueron a parar a la bandeja.

El olor a sangre que había en el ambiente era insoportable y Rompehuesos pensó que no podría volver a comer carne nunca más. Se alimentaría de plantas, eso haría. De pescados, tal vez, aunque comiera salteado. Con razón Mhena se sentía enferma cuando pensaba un poquito en lo que hacían los cintis oscuros. No quiso imaginar lo que sería sentir a los espíritus sufrir.

Los espíritus bajaron al hombre y lo dejaron caer a un lado, como si fuera un trapo viejo. Dos de ellos se ubicaron sobre él y le abrieron el vientre. El hombre gritó, y Rompehuesos quiso escaparse de ahí de nuevo. Pensó que el sujeto ya estaba muerto, pero no era así. Los espíritus empezaron a sacarle las entrañas, mientras el tipo se retorció y lloraba, pero se quedó quieto de un momento al otro. El silencio solo era interrumpido por el sonido de las viscosas entrañas

siendo arrancadas del vientre.

«Nunca más comeré carne».

Repartieron las vísceras entre copas y bandejas y, cuando terminaron, se dispersaron para colocarse uno a cada lado de la mesa. El tercero estaba junto a Indra, vaya uno a saber desde cuándo.

Rompehuesos quería gritarle que se alejara, que no se atreviera a tocarle ni un cabello... pero el espíritu revoloteó sobre ella y su velo se salió.

«Espera, ¡Indra no tiene cabello! ¿Dónde está su cabello? ¿En qué momento se lo quitaron?»

El espíritu se acostó sobre Indra, se metió en su cuerpo o algo así, porque el espíritu no volvió a verse, pero Indra se movió. Primero se sentó y luego se puso de pie.

Las voces de los demás empezaron a cantar más rápido e Indra comenzó a bailar. Su cuerpo se contorsionaba de formas extrañas, doblándose hacia adelante y hacia los lados con tanta flexibilidad que parecía que no tenía ni un hueso en el cuerpo.

Indra se desvistió y Rompehuesos quiso volver a llevársela. Los hombres y los espíritus lanzaron hacia Indra puñados de un polvo rojo y el cuerpo de la cría humana se cubrió de llamas. Qhar empezó a recitar una oración que sonaba peor que lo que los demás estaban cantando, y a Rompehuesos se le erizaron todas las escamas de nuevo. Ya había perdido la cuenta de cuántas veces quiso escaparse, aunque no supiera contar.

El fuego dejó el cuerpo de Indra, reptó entre las grietas de la mesa y se introdujo en las copas, que empezaron a soltar vapores violáceos. Akram tomó un poco de ese fuego con las manos, como si se tratara de un líquido, y lo derramó sobre la bandeja con las vísceras de las ratas y las cabezas raras.

«Por todos los ciervos, que esto termine de una vez». Pensar en ciervos también le hizo dar más ganas de vomitar.

El fuego chisporroteó y más humo acre inundó el ambiente. Indra seguía bailando, con movimientos cada vez más rápidos y más flexibles, y las llamas consumían las vísceras, la sangre y a la extraña criatura despedazada.

Rompehuesos quería gritar de miedo y asco.

Las llamas regresaron al cuerpo de Indra, y Akram y Qhar se cortaron las manos y pusieron su sangre en las copas y en la bandeja. Los ojos de Rompehuesos volvieron hacia Indra, que era una fogata danzante. Se quedó hipnotizado viéndola bailar, un poco porque ya no quería saber qué otra barbaridad hacían los cintis, otro poco porque de verdad era un espectáculo digno de admirar.

Indra empezó a girar sobre un solo pie, cada vez más rápido, las llamas se extendieron hacia los lados y los cintis cantaron más alto. Rompehuesos tenía todas las escamas de punta. Las nubes negras que flotaban en el templo fueron absorbidas por el torbellino de fuego que giraba sobre la mesa y el espíritu que la poseía salió expulsado de su cuerpo. Rompehuesos suspiró aliviado, pero su alivio se convirtió en terror cuando otro de los espíritus se acercó a ella empuñando una daga y la enterró en su pecho.

Le hubiera gustado reaccionar. Le hubiera gustado calcinarlos a todos en ese instante, pero estaba paralizado.

Vio a Indra desplomarse sobre la mesa y su sangre dorada se derramó por la herida que había entre sus costillas. Verla morir fue lo más espantoso que alguna vez podría haberle ocurrido, a pesar de que él ya tenía una buena colección de cosas horribles a sus espaldas.

Miró a su alrededor para ver a los demás, para tratar de adivinar en sus rostros qué

demonios harían con Indra muerta. Akram tenía los ojos enrojecidos y dos surcos brillantes se deslizaban por sus mejillas. Qhar no tenía ninguna clase de expresión. Los espíritus flotaban alrededor de Indra, impacientes.

Rompehuesos quería matarlos a todos. Hacerlos pedazos. Ir a todas las ciudades donde estuvieran los que usaban esos espíritus y desgarrarles la carne en cientos de pedazos, antes de aplastarles el cráneo a pisotones.

Akram sonrió y el dragón miró de inmediato a Indra. Se estaba moviendo y la esperanza de volver a verla creció en su pecho, subió por su garganta y salió por su boca en forma de chispas doradas.

Indra se sentó, estiró los brazos, y miró a cada uno de ellos. Una nueva voz, más gruesa e imponente, salió de sus labios. Rompehuesos no supo en qué idioma hablaba, pero los cintis, hombres y espíritus, se arrodillaron a la vez y le dieron la bienvenida al dios Yakyur.

Rompehuesos tenía todas las escamas de punta y solo quería saber si Indra era Indra todavía.

Y quería vomitar.

34 – Tjar Galadh, Rompehuesos, Indra y Tjarina Navila

*Bahía Negra
Doury Kasesh*

Galadh se pasó cada momento de descanso hablándole a Ze Rawa sobre toda las mierdas que el Tjar Rizwan esparció sobre Ásico. Se excusó diciéndole que necesitaba descansar cada pocas horas, y tardaron cuatro días en unirse a los demás. Para cuando llegaron a los barcos, la crahsti sentía tanto resentimiento hacia Rizwan, que parecía que no quedaba nada de su dragona dulce, alegre y amable. Era puro nervio y enojo y Galadh ya no estaba tan seguro de que la idea de Índara hubiera sido de verdad tan buena.

Indvhe quedaba bastante cerca del mar, pero en esa zona no había playas, sino unos acantilados de más de cincuenta pasos de alto, que frustraban casi cualquier intento de desembarco. Casi, porque hacía varios siglos que los dragones se habían alejado de los humanos.

Ze Rawa se pasó dos días y una noche subiendo soldados y armas, y no hubo vientos ni cansancio que la obligaran a descansar, porque la movía el odio. Quería acabar con Rizwan por lo que le hizo a Galadh, a su hermano y a los prury, en ese orden.

En el más absoluto silencio, los soldados y los cintis de Cingze se movieron por los agrestes páramos costeros hasta que divisaron las murallas de Indvhe. Esperaron a que la noche llegara y cuando eso ocurrió, Ze Rawa y Galadh volaron hacia la capital.

Una lluvia de fuego cayó sobre los jardines del palacio de Indvhe, convirtiendo la noche en día. Ze Rawa aterrizó, con toda la violencia que fue capaz, junto a la torre más alta y la volteó de un coletazo. Galadh no se imaginó jamás que Ze podría tener tanta fuerza como para hacer algo así.

Las rocas rodaron por el tejado y el estruendo ahogó el griterío que empezó a hacerse oír desde todos lados. La dragona tomó con sus garras un inmenso bloque de piedra, saltó hacia el cielo y se elevó en el aire. Volvió a bajar y soltó la piedra sobre la gente que corría aterrada en todas direcciones.

—Tienes que calmarte —dijo Galadh, que estaba haciendo un gran esfuerzo por mantenerse en la silla.

—Si quieres, te dejo con los demás, yo recién estoy empezando. —Ze voló hacia las afueras de la ciudad y aterrizó frente a la entrada. Los soldados gritaron sus nombres y comenzaron a cantar con una fuerza impresionante el himno de Cingze. Los esperaban formados en prolijas y extensas filas—. ¿Quieres que te deje con ellos?

—No, me quedaré contigo.

—¡Grandioso!

Ze rugió hacia los soldados y ellos volvieron a gritar su nombre, luego les dio la espalda, flexionó un poco las patas y escupió un infierno rojo y dorado que derritió el dragón de oro de

las puertas y convirtió la madera en un montón de astillas en llamas.

Cuando el fuego se apagó, Ze saltó sobre las murallas y lanzó un rugido que le hizo vibrar todo el cuerpo a Galadh. Las botas de los soldados caminaron por la arena primero y sobre las brasas después, haciendo que millones de chispas se dispersaran a los lados. La ciudad ya se había despertado, y la gente corría en pánico y sin saber hacia dónde escapar.



Parpadeó un par de veces y el tintineo de los huesos que Akram movía entre sus dedos se detuvo. Rompehuesos vio que sus ojos ya no eran sus ojos. Eran dos trozos de cielo. Indra se quejó, se estiró, bostezó.

—¿Indra? —preguntó con un montón de miedo encima. Akram estaba sentado frente a ellos. No se había movido de ahí por horas.

—Me duele todo el puto cuerpo —dijo con la voz algo ronca, pero era su voz y tanto Akram como él pudieron relajarse, al fin—. ¿Qué me hicieron?

—Volviste —dijo Akram y se acercó a ellos.

—Les dije que lo haría. —Indra sonrió, pero no se movió demasiado.

—¿Cómo te sientes?

—Igual que siempre... Pero cansada. ¿Cuántos días dormí?

—Once —dijo Akram, porque a Rompehuesos no se le daba muy bien eso de los números ni de contar días.

—Maldición. ¿Y la Tjarina? —Indra se incorporó apoyándose en una de las patas del dragón.

—Llegarán en unos días.

—Maldición.

—Quédate quieta, debes descansar...

—Ya descansé mucho. ¿Funcionó el ritual? No siento nada distinto.

—Sí, lo hizo —contestó Akram—. El dios Yakyur resucitó.

—Vaya...

—¿No tuviste algún sueño fuera de lo común?

—No.

—¿Sientes algo que normalmente no sentirías?

—¿No tener hambre cuenta?

—Creo que sí, aunque Mhena estuvo haciendo lo posible para alimentarte.

—Mhena... ¿Le dijeron lo que sucedió?

—Lo supo —dijo Rompehuesos—. De alguna forma se dio cuenta y no nos dirige la palabra desde entonces.

—Maldición.

—Quiere que dejemos el palacio ni bien te recuperes —agregó Akram.

—Comprendo... —Indra entristeció—. ¿Y Rajesh?

—También está enojada con Rajesh por habérselo ocultado. Qhar se regresó a tu templo ni bien volvimos contigo, Mhena no lo dejó entrar.

—Maldición. —Indra hizo lo posible para ponerse de pie. Sus manos le hicieron cosquillas en el vientre, pero intentó no moverse para no arrojarla al suelo. La cría se apoyó en una de sus patas traseras para descansar, porque no permitió que Akram la tocara.

—¿Y ahora? —preguntó Rompehuesos cuando Indra pareció quedarse de pie sin necesitar

mucha ayuda.

—Tengo que saber qué tanto puede hacer este dios que llevo dentro. Me despediré de Rajesh y de Mhena, si todavía quiere hablarme, y nos iremos al templo. Espérenme aquí, por favor.

—¿Y si te caes? —preguntó Akram e Indra le sonrió.

—Volveré a levantarme. Espérenme aquí.



El piso parecía muy poco estable, pero ayudándose de las paredes, consiguió llegar a la sala del trono. Rajesh se acercó de inmediato a ella y la acompañó hasta un sillón, para que descansara. Indra sentía que no le alcanzaba el aire que respiraba.

—¿Por qué me miras así?

—¿Eres tú? —preguntó después de observarla en silencio por un buen rato.

—Sí, soy yo.

—Tienes los ojos celestes ahora, das miedo.

—Mejor.

—¿Cómo te sientes?

—Cansada, pero más allá de eso, no hay nada extraño. ¿Mhena?

Rajesh bajó la vista.

—No quiere verte, perdón.

—No es tu culpa —susurró. Parecía que el aire era cada vez más denso—. Dile que lo siento mucho, me hubiera gustado despedirme de ella, también.

—¿Te irás? —Volvió a mirarla. Se lo veía algo desilusionado.

—Mhena no nos quiere aquí —dijo con algo de trabajo— y no queremos molestarla.

—¿A dónde irán?

—A mi antiguo refugio. Necesito saber qué puede hacer este dios por nosotros. Akram dijo que los de Hienza están cerca.

—Ya estamos preparados para recibirlos, no deberías preocuparte...

—¿No debería? Hice esto por Adheej, no porque estuviera aburrida, Rajesh.

—Lo sé, pero en tu estado...

Indra resopló. Como si no hubiera valido ni una mierda haber pasado por ese ritual tan confuso y desconcertante.

—¿El Tjar Galadh? —preguntó antes de mandarlo al demonio.

—Ayer supimos que estaban esperando para atacar Indvhe, pero no tuvimos más noticias desde entonces.

—Espero que salga todo bien.

Indra sintió que, de la nada, una correntada de energía corría por todo su cuerpo, como si todo él se hubiera despertado de repente, como si hubiera aspirado una buena cantidad de polvo de estrellas, pero no del ordinario, sino del bueno, del puro, ese que era muy, muy caro, pero que valía cada puto grano. Se miró las manos y hubiera jurado que veía que una luz dorada corría por sus venas. Para cerciorarse, miró a Rajesh, y vio lo mismo en él, pero su luz era menos intensa y más roja, como un fuego algo apagado.

—Por los sagrados bigotes de Vari —murmuró. Miró a su alrededor y vio que una planta pequeña crecía en una maceta. Corría una especie de luz verde por sus nervaduras—. ¿Qué

mierda?

—¿Qué sucede?

—Puedo ver mi sangre, tu sangre, la de las plantas...

—¿A qué te refieres?

Indra se puso de pie. Su cuerpo se sentía liviano como una pluma, libre, ágil, lleno de energía.

—No entiendo un carajo, pero debo ver a Rompehuesos. —Corrió hacia la puerta, por los pasillos, salió al patio. El dragón era una impresionante red de fuego, y Akram... Akram era todo oscuridad. Lo rodeaba un halo de un negro intenso, que casi no le permitía ver su bonita sonrisa. Sintió una tristeza inmensa y quería, más que nunca, abrazarlo y llenarlo de luz.

¿Y si lo hacía?

Encogió los hombros y corrió hacia él, que la miraba sonriendo y sin comprender qué ocurría. Lo abrazó y quiso eso, llenarlo de luz, sacar toda esa porquería de él porque, fuera lo que fuera, no lucía como algo muy saludable.

Indra sintió que eso que lo rodeaba empezaba a entrar en ella, tristeza, mucha más tristeza de la que hubiera imaginado, dolor, resentimiento.

«Maldición».

A él también le hicieron cosas horribles, más horribles que unos cuantos latigazos. Desde que era un niño muy pequeño, su amo lo humilló de formas terribles y dolorosas. Indra empezó a llorar, porque no quería saberlo, ni mucho menos sentirlo. Por un momento se arrepintió de haber querido liberarlo de eso, pero luego se dio cuenta de que era la única forma de ayudarlo.

Akram se desmayó y Rompehuesos se apresuró a acercarse, para mantenerlo en pie mientras ella lo sostenía.

—¿Qué está pasando? —preguntó el dragón, confundido.

—De alguna forma estoy sanándolo. Su... Su alma —contestó con la voz ahogada. Indra vio mucho, y sintió mucho más. Lloró mares de lágrimas propias y de Akram, todas las que Akram no conseguía arrancar de su alma y que habían echado raíces por años, contaminando su cuerpo y su corazón. Se preguntaba cómo todavía ser una buena persona si cargaba con tanta cantidad de resentimiento y odio.

Indra y Rompehuesos lo bajaron con mucho cuidado al suelo, e Indra se sentó con él. Acarició su rostro, que se veía en paz. Ya no había en él dolor, ni culpa, ni vergüenza. Besó su frente y lo abrazó, porque necesitaba ella misma serenarse, también.

—Indra —susurró el dragón y ella lo miró, mientras se secaba las lágrimas. Rompehuesos señaló hacia detrás de ella, e Indra se giró para ver. Mhena refulgía en luz blanca, y más de esa luz blanca se aproximaba hacia ellos.

—Yakyur —dijo una voz femenina e Indra la reconoció de inmediato, aunque no porque le hubiera hablado antes, sino como a una persona que se parecía a Mhena por su cuerpo flacucho y desgarrado, aunque con otro rostro y otra actitud.

—Manya, Dama de las flores —dijo Indra, aunque no era ella quien hablaba con su propia voz, sino que era una voluntad desconocida quien lo hacía. Akram se movió, pero Indra lo sujetó para que no interrumpiera.

—Han pasado muchos años.

—Muchos, sí.

—Pero de alguna forma regresaste.

—Fui obligado.

—Espero que esta vez seas más piadoso con los habitantes de Ásico.

—¿Qué sucede? —preguntó Akram e Indra puso una mano sobre sus labios para que hiciera silencio.

—Eso se verá con el tiempo...

—Esta vez no dejaré que hagas tanto daño, Yakyur.

—Tu linaje sigue protegiendo al linaje del traidor.

Akram se puso de pie y se alejó de todos. Tenía un gesto extraño, parecía asustado.

—La diosa nos dio una misión, Yakyur.

—¿Proteger traidores?

—Enmendar el error de un hombre.

—Su sangre debe pagar por mi caída.

Indra hubiera querido saber qué le sucedía a Akram, más que los chismes entre la Dama de las flores y el dios.

—La sangre del traidor se diluyó con el tiempo, Yakyur, y ahora tú y él tienen que salvar miles de vidas.

—¿A cambio de qué?

—Te prometo la luz del reino de los dioses.

Akram se llevó las manos a la boca, asombrado. Indra estaba cada vez más intrigada.

—Lo pensaré.

—Tienes esta noche para pensarlo, no queda mucho tiempo.

—Mañana lo sabrás.

—Mañana te buscaré, Yakyur.

—Mañana te esperaré, Dama de las flores.

La presencia se ocultó en Indra, que no sabía cómo demonios interpretar lo que acababa de ocurrir.

—¿Mhena? —preguntó, algo asustada. Las ánimas también se habían marchado y Mhena se veía tan asombrada y asustada como los demás.

—El Tjar Rajesh es el descendiente del Tjar Valhú —respondió Akram, sorprendido.

—¿Qué? —preguntaron Mhena e Indra a la vez, y Akram les habló de la leyenda del dios y de ese Tjar antiguo.

—Maldición —dijo Rompehuesos—. Creo que nos precipitamos un poco en resucitarlo.

—¿Un poco? —preguntó Mhena—. Esto será un desastre.

—Hasta mañana, no lo sabremos. —Indra se puso de pie—. Pasando las cosas en limpio. Rajesh está en problemas, yo puedo ver las energías de las personas y de las plantas, puedo sanar el alma de las personas, la Tjarina llegará en cualquier momento, al amanecer, seguramente. Rompehuesos tiene unos deseos impresionantes de romper cosas, Ze Rawa está rompiendo cosas, al Tjar Galadh le duele la espalda, los brazos y el trasero, Akram está confundido, Rajesh no sabe si ahorcarse o si empuñar una espada y lanzarse de cabeza hacia la Tjarina, Qhar está más triste que un cactus en medio del desierto, Azhar no ve la hora de volver a casa, Tarla se enterró un cuchillo en el cuello después de acabar el ritual y la señora Bherna está ayudando a su aprendiz a parir.

Indra dijo eso mientras un montón de imágenes de todos ellos aparecían en su cabeza en unos fugaces relampagueos. Era confuso, alarmante y preocupante en partes iguales. Una parte de ella quería montar en Rompehuesos y decirle que el desierto era un lugar perfecto para esconderse del mundo. Otra parte quería quedarse allí y hacer correr sangre hienzense.

—¿Qué? —preguntó Mhena. Indra los miró y vio que Rompehuesos se había hecho chiquito, Akram lucía todavía más asustado y Mhena... Mhena estaba aterrada. Indra se tomó la

cabeza, se dio cuenta de que el cabello había crecido un poco y se pasó las manos por ese suave cepillo.

—Solo sé que lo sé. De alguna forma, veo a todos los involucrados en el regreso del dios Yakyur. Akram, ¿podrías decirle a Qhar que regrese? —Akram asintió y se apartó. Indra, por su parte, se acercó a Mhena para tomarla de las manos—. Perdón, sé que te molestará, pero... La Tjarina está cerca y lo necesitamos.

—¿Trae cintis? —preguntó Akram.

—Más cintis que soldados. Un ejército entero de esos cabrones.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Mhena.

—Tú podrás cumplir con tu misión —sonrió Indra—. Tendrás muchos espíritus para liberar. Indra pensó que la yaducare se pondría feliz, pero palideció de un modo alarmante.

—No tienes que hacerlo, si no quieres —dijo Rompehuesos, que le ofreció una pata para que ella se apoyara.

—No es eso... —dijo mientras acomodaba la espalda en la pata del dragón—. Ya siento a esos espíritus sufrientes. Son miles... Los usan para mover sus carros y están muy cerca.

Indra miró al dragón y este soltó un montón de grandes chispas por la boca.

—Monta.

—Espera —dijo Akram e Indra lo miró. Akram pareció arrepentirse al instante, puesto que bajó la vista—. No importa.

—Ven conmigo, dragoncito, tengo algo para ti —dijo Mhena y se fue con Rompehuesos hacia el portón que daba a la calle.

—¿Qué sucede?

—Estoy muy feliz de que seas tú de nuevo. —Akram la abrazó, pero ella no respondió. No porque no quisiera. Lo que no quería era que él se sintiera culpable si a ella le volvía la fiebre—. No eres tú, ¿verdad?

Akram retrocedió y se veía un poco decepcionado, un poco triste. Indra, en cambio, sonrió.

—Claro que soy yo, y no me olvidé que dije que iba a besarte. —En el rostro de Akram volvió a dibujarse esa sonrisa tan encantadora e Indra casi se olvida lo que quería decir—. Solo que... Tengo miedo de que la maldición siga haciéndome daño. Me duele que te sientas culpable cuando me da fiebre.

—Entiendo...

—Creo que deberíamos seguir como antes por un tiempo, porque no estaría muy bien que cayera inconsciente por una semana entera justo ahora, cuando están llegando los de Hienza.

—Tienen unas ganas impresionantes de morir, al parecer, porque están usando a sus cintis para llegar antes.

Indra rio.

—Confían en que nos harán pedazos.

—Si supieran que tengo casi setenta espíritus a mi servicio, no estarían tan tranquilos.

—¿Eso es bueno o es malo?

—Depende de qué lado de la muralla te encuentres.

Indra se mordió el labio. Cuando hablaba con esa seguridad, le daban ganas de...

—Putra madre, Akram —murmuró.

—¿Qué?

—Nada, olvídalo —sonrió—. ¿Quieres venir con nosotros?

—No puedo, debo quedarme aquí. Qhar y yo protegeremos la ciudad.

—¿El cuántos espíritus tiene?

—Siete.

—¡Mierda! Entonces...

—Indra, debemos irnos —dijo Rompehuesos y aterrizó en medio del patio.

—Cuídate —dijo Akram.

—Tú también.

Aunque un poco de ella quería quedarse allí, a salvo de los soldados y de la ira de la Tjarina Navila, otra parte deseaba ir a su encuentro y abrirla en canal. Montó en el lomo del dragón y cuando se elevó en el aire, Akram volvió a hablar.

—¡Indra! ¡Te amo hasta los huesos!

Indra rio. Le hubiera gustado poder decirle que ella también, pero Rompehuesos se elevó hacia la noche para volar en dirección a las puertas. Descendió afuera, en el camino, e Indra se bajó de un salto. Sentía el cuerpo ágil y liviano, lo que era grandioso.

—¿Estás nervioso?

—Ansioso. ¿Tú?

Indra miró al cielo y se extrañó un poco de que no hubiera estrellas esa noche.

—En calma.

—¿Tu dios qué decidió?

—No tengo idea, no sé cómo hablar con él, pero con la sed de sangre que siento, creo que ya aceptó la propuesta de la Dama de las flores.

—Eso es bueno...

—Por lo poco que sentí y lo que dijeron, creo que sí, que es algo bueno.

—¿Y tienes armas o algo? —Indra negó con un gesto al darse cuenta de que no llevaba más que una túnica—. ¿Cómo piensas matar a la Tjarina?

—Yo qué sé. Tal vez hago alguna otra magia rara, además de ver la sangre de las personas.

Rompehuesos rio.

—¡No te rías, que nos van a ver!



Las antorchas de las murallas de Dkol nur Shana se apagaron de un momento al otro y la Tjarina se sorprendió por la impresionante coordinación de sus soldados. Le pareció extraño, porque hasta donde sabía, Rajesh no tenía un ejército como tal.

—Espíritus —susurró Nadira, que estaba a su lado.

La única arma que tenía el principito perdido era un par de cintis y un dragón, y la Tjarina sonrió. Adheej volvería a enterrarse en las arenas del olvido, porque no había oído nunca de las habilidades de ese tal Akram, y la yaducare... No es que los de su clase fueran útiles en una batalla, más bien todo lo contrario.

Ordenó con una seña que empezaran a hacer sonar los tambores que marcaban el paso de los soldados. El aire se inundó de voces y gritos ni bien comenzaron a marchar. Sus hombres estaban nerviosos y preparados.

El ritmo de la marcha se hizo más rápido y el cielo comenzó aclararse, pero Dkol nur Shana seguía a oscuras. La cubría una cúpula del negro más absoluto. Cuando el sol asomó su primer rayo dorado, Navila vi que estaban a no más de cien pasos de esa cúpula hecha de espíritus cautivos. Era alarmante.

Ordenó que se detuvieran y, cuando los tambores hicieron silencio, un par de ojos rojos los

miraron desde las sombras; debajo de ellos, un par de ojos celestes como el cielo más claro. Luego, chispas. Muchísimas chispas.

Un relámpago les sacudió el cuerpo y la Tjarina miró hacia el cielo. Estaba cubierto de espesas nubes grises y eso no era para nada normal. Nunca llovía en el desierto.

Navila sintió que le corría un escalofrío por la columna vertebral.

—Estaremos muertos para el atardecer —murmuró Nadira.

Fin del libro 2

Epílogo

*Desierto de Larha
Doury Kasesh*

El templo a Sheera compensaba la falta de comodidades con las privilegiadas vistas que se tenían del extenso cielo nocturno y de las formaciones rocosas de los alrededores. Lo habían construido hacía miles de años los devotos a la diosa de la sabiduría, y allí pasaban gran parte de su vida los monjes y estudiosos de los misterios de los cielos y de los hombres.

El hermano Takho estaba en la torre más alta del templo, observando el tránsito de los astros cuando notó algo completamente inusual. De inmediato tiró de la sogla que activaba la campana del piso inferior, porque necesitaba que otro hermano de Sheera pudiera corroborar lo que él veía. No sería la primera vez que alguno bebía una cantidad exagerada de la *pócima de la calma* y terminaba alucinando, después de todo. Al poco rato empezó a escuchar el sonido de los talones de alguien golpeando en los escalones de roca.

El hermano Takho señaló hacia el poniente. El hermano Latho asintió y tiró de otra sogla, la que usaba el encargado de corroborar lo visto. Después de eso le hizo una seña al hermano Takho y se dispuso a bajar por el túnel resbaladizo que llevaba a la biblioteca.

Allí, encendió una lámpara de aceite y corrió entre los estantes colmados de libros. Se detuvo frente a uno de ellos, sacó un libro rojo y corrió hacia el mesón central.

Pronto más hermanos y más lámparas llegaron, y se oyeron exclamaciones y sonidos guturales. No era que no hubiera mucho para decir, sí que lo había. Lo que sucedía era que ninguno de ellos tenía lengua para poder expresar verbalmente lo que ese río de estrellas significaba.

Se pasaron el resto de la noche y el día siguiente consultando libros, corroborando datos y contrastando información, y al atardecer del día posterior al hallazgo, el hermano Takho, el gran descubridor, fue el encargado de redactar la nota que enviarían al palacio de Indvhe:

*Cuando el río de estrellas cruce el cielo, el árbol
de fuego regresará a la vida y llegará la hora del cambio de paradigma.*

Sin embargo, cuando volvieron a subir a la torre esa noche, vieron que Indvhe ardía por completo.